



# DEUDA DE SANGRE

*Tres  
Deseos*  
HAZ TUS LIBROS REALIDAD

CONTI CONSTANZO

*“Es parte de la vida cometer errores, pero lo importante es ser valientes, aprender la lección y seguir adelante. Eso... simplemente se llama saber vivir”*

## Capítulo I

Agotada, cansada y con el puño ensangrentado, Ira entró en su habitación, encendió el iPad y luego ingresó al baño para darse una ducha, esa noche sí que la necesitaba. Con rabia se fue desprendiendo de toda la ropa, hasta quedar completamente desnuda y al fin poder despejar su mente bajo el agua, que de verdad deseaba que estuviera aún más caliente, pero no era mucho más lo que podía pedir, no en aquel lugar, no en aquella habitación, no en Moscú, no en Rusia, no en aquel país .

Terminó de sacarse el *shampoo* del pelo sin dejar de cantar *Animals* de Maroon 5, intentaba así no pensar en lo que acababa de hacer, y en lo que podría haberle sucedido si no hubiera estado preparada. No quiso detenerse a analizar más la situación, después de todo, estaba entrenada para ello.

A pesar del frío que hacía, salió de la habitación solo envuelta en su toalla azul. Su ropa, claramente manchada, ya no le servía y ni siquiera se preocuparía por lavarla, simplemente la tiraría al cesto de la basura.

Lo primero que vio antes de salir le pareció algo extraño, así que volvió a encender la ducha y, antes de que el individuo pudiese reaccionar, se lanzó sobre él con un objeto pesado para atacarlo.

—¡Mujer!, ¡detente, qué me matas!

—¡Mierda, Brad! ¿Qué haces aquí? —lo interrogó aún sobre él.

—¿En serio? ¿En serio me estás preguntando después de lo que acabas de hacer?

—Ah, no —rio levantando las manos en forma teatral—. Me declaro inocente.

—¡Inocente! —exclamó—. Acabas de dejar a ese pobre hombre

inconsciente.

—¿Pobre hombre? —se burló ajustándose la toalla para salir de encima de Brad—. Ese hombre no tiene nada de inocente, me tocó el culo e intentó manosearme.

Brad la miró atónito, ella parecía estar de lo más tranquila y sin atisbo de culpa después de dejar a un hombre de unos treinta y cinco años, del doble de su estructura ósea, inconsciente y sangrando en el suelo, pero la verdad es que no debía extrañarse, su compañera era capaz de eso y de mucho más.

Ira era una agente, y una de las buenas, práctica, versátil y muy disciplinada, eso la había llevado a ser de las mejores de su promoción y ahora, con sus treinta y un años que no representaba, estaba en una de las misiones más importantes de su vida, que la llevarían a jugar en las ligas mayores si todo salía bien, pero si no era así, ni ella ni sus compañeros podrían llegar a contarlo. Sin lugar a dudas era la misión más peligrosa de toda su vida.

Por eso, cuando el FBI le había asignado el caso y sabiendo que su oficial a cargo sería el bueno de Brad Cambell, ella no lo había dudado ni por un segundo, y ahora llevaban dos arduos meses en uno de los países más peligrosos de Europa del Este.

—¡Mierda, Ira, le pegaste a un diplomático!

—¡Bien! Punto para mí —ironizó—. Le acabo de hacer un favor a la perestroika, deberían darme una medalla o al menos un Galvano.

—No, no está bien, no puedo seguir cubriendo tus arrebatos, o estás preparada o no para seguir en este caso. Yo sé que es difícil, y ni me imagino como lo llevas cada...

—¡Alto ahí! —lo detuvo seria, ya no como Irina, sino como agente. Una de las cosas que se tomaba muy en serio y no admitía errores ni cuestionamientos era su trabajo—. Mi permanencia en este caso no está en

discusión, porque bajo ningún punto de vista dimitiría, y por lo demás, he conseguido más información que ustedes desde la furgoneta. —Levantó la mano lanzándole una mirada furiosa para acallarlo cuando su agente al mando iba a protestar—. Y no me arrepiento de nada de lo que sucedió, no solo porque me haya agarrado el culo sin mi consentimiento, sino porque ese hijo de... ese político como hablas tú, como si fuera una deidad, se lo merecía. Yo estaba en el callejón porque el muy cabrón estaba abusando de una menor —comentó poniéndose las bragas bajo su atenta mirada. Cuando Ira se ponía a defender derechos del desvalido no solo se convertía en otra, sino que además usaba palabras del más alto calibre, y él, que la conocía, desde hacía más de diez años, lo había comprobado en carne propia—. ¿Y qué pasará? ¡Nada! ¿O me lo vas a negar? Así que no me vengas con clases de moral. ¡Y menos a mí!

—No puedes salvar...

—Y antes de que te marches —anunció sin escucharlo mientras se dirigía a la puerta para echarlo—, que te quede bien claro que aunque ustedes tengan ojos y oídos —indicó apuntando al collar que no se sacaba nunca por protección y para dejar constancia de todo—, ¡no tienen ni puta idea de lo que sucede cada noche!

—Ira... —pidió un tanto avergonzado y arrepentido Brad.

—Estoy cansada, voy a dormir —respondió ya casi echándolo.

—No quiero irme enojado.

—¡Oh...! Con eso tendré pesadillas, no podré dormir —se mofó.

—Vete a la mierda —respondió Brad ya enfadado. Tenía paciencia, pero no era un santo.

—¡Pues contigo por delante para que no me pierda! —gritó de vuelta dando un gran portazo que retumbó en toda la habitación y parte del edificio.

Más calmada, se terminó de vestir para al fin meterse en la cama y

dormir, o intentar hacerlo, ya que desde que había puesto un pie en Rusia, le era casi imposible.

Ella sí tenía pesadillas y de las peores.

Cuando amaneció se alegró de no ver nieve caer, eso significaba una sola cosa: saldría a trotar.

Se calzó los pantalones deportivos, la sudadera y, cuando ya se hubo puesto su collar, salió a correr en tanto los auriculares la aislaban del mundo.

Escuchaba rock con el corazón totalmente acelerado, casi en la garganta, pero eso no le importaba, tenía una rutina y día a día intentaba superarse a sí misma. Por mucho que armas o que sus compañeros la vigilaran, si tenía que correr, solo sus pies y su rapidez la salvarían de alguna situación extrema.

Y aunque no le gustara reconocerlo, los parques de esa ciudad que tanto odiaba le encantaban. Aquel verde era sin igual, exuberante y totalmente diferente a todo lo que había conocido jamás.

Trotaba sin detenerse cuando alguien se posó a un lado y le ofreció un botellín de agua, que ella en un principio ignoró. Así siguió su paso por varios minutos más, y aunque le quedaba solo el último aliento, corrió aún más rápido.

—¡Me doy! —chilló Brad levantando las manos totalmente extenuado y sudado, con la gorra negra era imposible que alguien lo pudiera reconocer.

Varios metros más allá se detuvo y estiró el brazo, haciéndolo caminar. El agente llegó apenas, claramente su estado físico era deplorable.

—Eres mala —anunció entre jadeos.

—Ni te imaginas cuanto... —respondió recibiendo la botella, tomándose todo el contenido en un santiamén—. Ahora, vete. Por estupideces como esta podrías estar arriesgando la misión —informó mirándolo de soslayo, para volver a correr dejándolo atrás.

Él sonrió. A veces Brad se preguntaba quién era el agente a cargo. ¡Claro qué se había arriesgado! Pero con ella no podía estar enfadado, y el haber aparecido allí, era para ser perdonado.

Un par de horas más tarde, Ira regresó a la habitación, se metió al baño, dio el agua y esperó a que el vapor nublara el espejo, se acercó y mirando directamente escribió:

### **TE PERDONO ò VOYERISTA.**

Brad, que en ese momento estaba vigilando desde el edificio de enfrente, casi se atragantó con el café que estaba bebiendo, pero también supo que todo estaría bien.

Se acercó al monitor que le mostraba todos los movimientos de Ira, y vio negro, eso significaba que se había sacado el collar. Únicamente lo hacía para dormir o para ducharse, solo en ese momento se le estaba permitido.

—Voyerista... ¿yo? —susurró en voz alta, siendo observado por sus compañeros que también habían visto el monitor.

Inevitablemente la noche llegó, y con eso comenzaba otra ardua tarea más. A Ira le daba lo mismo si era martes o domingo, para ella cada jornada nocturna era igual, comenzaba la acción y para eso se había entrenado durante años.

Una día más para llegar a la verdad, un día menos para llegar al final.

Llegó puntual a su trabajo como cada noche y Zhenya la recibió con un vaso de vodka en la mano, el único que se le permitía tomar durante la noche “para entrar en calor”, como decían los rusos.

—Apresúrate, hoy tendremos visitas muy importantes y todo tiene

que salir perfecto.

—¿Y quiénes son esas visitas?

—Niña, no seas curiosa, solo mueve ese culo lo mejor que puedas, que hoy el *vor*<sup>[1]</sup> bajará de los cielos para honrarnos con su presencia.

Eso alertó no solo a Ira, sino a Brad, que estaba escuchando todo por el nano micrófono del collar.

«Mierda, el *vor* estará acá», pensó Ira relamiéndose los labios, esa era una oportunidad única, una que estaban esperando hacía mucho tiempo. Tenía que conocerlo, y así poder identificarlo de una vez por todas, al fin el hombre por el cual estaba en esa misión tendría un rostro, y con mucha suerte una identificación de verdad.

Por otro lado, a un par de cuadras, los chicos hacían gestos de felicidad con las manos, no podían hablar y la furgoneta, que estaba camuflada de mensajería, era un escondite perfecto. Aunque Brad no estaba del todo tranquilo, sabía cómo era Vadik y lo que el jefe de la mafia roja era capaz de hacer cuándo quería y cómo quería.

Cuando Ira se adentró más comenzó a experimentar el cambio más duro, al que todavía no era capaz de acostumbrarse a pesar del tiempo que llevaba. El club dejaba de ser un lugar lujoso donde hombres disfrutaban de cócteles y de mujeres para convertirse en una especie de prostíbulo que olía a sexo y a excesos por todos lados.

Mientras avanzaba escuchaba gemidos de mujeres que disfrutaban de lo que les hacían. En aquel lugar estaba todo permitido, todo el tipo de sexo que existiera o que un hombre se pudiera imaginar, o en este caso pagar. De pronto un escalofrío recorrió su cuerpo cuando escuchó cómo un hombre le decía toda clase de vulgaridades a una de las chicas, específicamente a una de



sus compañeras de trabajo.

«Imbécil, como si una quisiera escuchar ese tipo de... estupideces», pensó al tiempo que volteaba la cara para no mirar cómo el hombre le orinaba encima y le decía que la sensación le gustaría. Pero lo peor no era eso, era que a la chica le gustaba y lo hacía encantada.

Para ella todo el lugar olía a sexo y a humillación, le asqueaba, en más de una oportunidad había vomitado al verlo, pero como todo, inexorablemente con el paso del tiempo se había acostumbrado.

Siguió avanzando hasta subir al piso siguiente. Ahí nuevamente todo volvía a cambiar, todo era en tonos rojos, dorados y la elegancia era la reina del lugar. Cada noche se congregaban los hombres más importantes de Rusia y se mostraban diferentes espectáculos, en dónde ella participaba bailando y enseñando... su cuerpo.

Jamás pensó que el haber estudiado todo tipo de clases de baile en su adolescencia, para calmar sus ganas de ser bailarina, le ayudarían tanto en su verdadera vocación.

No quiso distraerse más y rápidamente avanzó hasta donde estaba el camerino. Las chicas, sus compañeras, ya estaban listas y todas muy emocionadas, porque el gran jefe estaría esa noche. Querían ser elegidas, vistas, y ojalá convertirse en parte de su harén y salir de aquel lugar, para cambiarlo por uno que les daría posición y estabilidad.

—Hoy tendremos competencia —protestó una joven entrando con algo en las manos.

—¿Qué?

—Sí, han traído a unas crías para el entretenimiento de esta noche.

—Seguro preferirán carne fresca —comentó otra de las chicas haciendo un puchero.

Ira se quitó la ropa para ponerse lo que ese día le habían dejado, era

diferente a lo que utilizaba habitualmente.

Sin ninguna expresión negativa en su rostro y como si le encantara, se puso un corsé transparente, negro, que realzaba sus senos de una manera grotesca, acompañado de una diminuta braga también transparente que seguro esa noche le traería más de algún problema, para terminar de ponerse las ligas a juego junto con los tacones que la harían verse más alta aún.

Ella medía un metro setenta y cinco, delgada, con el pelo castaño y unos impresionantes ojos claros, pero lo que más sobresalía de su cuerpo era su retaguardia, que en ocasiones con vanidad de mujer amaba y en otras, como seguro sería esa noche, odiaría. Se dejó la melena suelta y desordenada, ya que eso le ayudaba a cubrir su rostro. Siempre estaba pensando en protegerse.

Cuando estuvo lista, sin demorarse más salió, necesitaba grabar todo y enviarle la información a sus compañeros. No estaba en ese caso por la prostitución, ni por la trata de blancas, lamentablemente, sino por algo mucho mayor, pero mientras más tuvieran para inculparlo, sería mejor, y una subasta como la que seguro se haría, y con menores de edad, era una prueba fehaciente para condenarlo.

Siguió caminando decidida hasta el interior. El olor ya no era a sexo, olía a puros caros, perfumes costosos y elegantes, todo acompañado de música clásica, la cual los hombres aristocráticos y con dinero se jactaban de escuchar mientras torturaban a sus víctimas, porque para Ira, todas esas mujeres, sin importar la edad, eran víctimas, ya que los hombres las compraban o pagaban para follárselas, hacer y deshacer, sin importarles los sentimientos, incluso muchas veces eran drogadas para que sus cuerpos fueran inmunes al dolor y así poder resistir mucho más.

—El *vor* las quiere conscientes —escuchó Ira cuando caminaba por un pasillo—, así que solo inyértales la mitad de la dosis.

Decidida, abrió la puerta y vio a varias menores de edad, que estaban completamente drogadas y se frotaban unas con otras, mientras unos hombres les desprendían la ropa para que una mujer regordeta las vistiera con algo parecido a un bikini, claro, si es que así se le podía llamar a ese pedazo de tela.

De pronto sintió un empujón que la estrelló directo al suelo, un hombre corpulento le pasó por encima y aprovechó para repasarle el cuerpo sin ningún pudor.

Ira no se enojó, ni se sintió humillada con aquel sujeto, y no necesitó voltearse para saber que le estaba mirando el culo. A eso, aunque le doliera, ya estaba acostumbrada, y en ese momento tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

El hombre, que la observaba con el entrecejo fruncido después de mirarla lascivamente, le tendió la mano y, en cuanto se la cogió, tiró de ella, pegándola a su cuerpo, girándola para pegar el torso a su espalda y pasar los dedos por entremedio de sus senos.

Ira intentó calmar su respiración y comportarse lo más natural posible.

—Estás un poco grande para sentarte junto a las chicas —le indicó haciendo que las mirara.

«¡Por supuesto que sí, malnacido, cabrón!», pensó sin poder gritárselo, en cambio asintió con una falsa sonrisa e intentó separarse para romper el contacto.

—No quiero volver a verte por acá, si no, no lo vas a contar —le dijo empujándola suavemente.

Una vez que estuvo separada, lo miró directo a los ojos, tuvo que subir la cabeza, cosa que no le pasaba muy a menudo y menos sobre esos tacones de infarto que llevaba puestos.

El tipo se sorprendió, Ira lo pudo notar en su cara, debía tenerlo

enfrente el mayor tiempo posible, uno, para estudiarle sus tatuajes y para saber qué lugar ocupaba en la organización. En las *bratvas*<sup>[2]</sup> los tatuajes hablaban por sí solos, y claramente el tipo que tenía enfrente era alguien importante, pero sobre todo peligroso. Para saberlo únicamente bastaba ver la cantidad de calaveras que llevaba tatuadas, tanto en los dedos como en los hombros.

Cuando Ira dio un paso atrás él alargó su mano para tocarla, su expresión cambió, de un rápido movimiento la atrajo hacia sí. Su musculoso brazo la rodeó por el cuello, haciéndole presión, pero sin llegar a ser brusco para estrangularla, pero sí con la fuerza adecuada que le indicaba quién tenía el poder y quién debía estar a su merced.

—La próxima vez, ni se te ocurra moverte —susurró en su oído mandándole una corriente que no supo cómo descifrar, pero antes de que aquel hombre acercara su boca, sintió cómo los hombres lo llamaban, con demasiado respeto para su gusto.

—Misha. Ya están listas para que las revises.

Uno de los hombres que Ira había visto inyectando a las niñas era el que ahora se dirigía al ruso musculoso.

—Creo que son todas vírgenes, fue una buena pesca —se burló el otro.

«Cabrones, ya quisieras ver lo que te puedo pescar yo», pensó Ira ocultando un escalofrío.

—De eso me voy a cerciorar yo, no quiero errores como la vez anterior.

—Misha, yo...

—No quiero escucharte, Blasko, ya sabes cómo se pagan los errores —voceó dirigiéndose al hombre, que con solo escucharlo temblaba de miedo, y viéndola a ella susurró—. Vete.

Ira apretó los labios con tanta fuerza que sintió el rechinar de sus propios dientes mientras caminaba para abandonar la habitación, y antes de dar el primer paso sintió cómo el tal Misha le daba una palmada en el culo. Ella no se volteó e hizo como si fuera lo más normal del mundo.

Al salir al fin pudo respirar, pero ahora su corazón latía desbocado con solo imaginarse lo que en aquella habitación estaría ocurriendo.

Rápidamente se introdujo en lo que significaba la vorágine de la noche, y salió a escena con sus compañeras.

Cuando terminó de bailar *Army of me* de Bjork, Zhenya se acercó a ella con esa expresión indescifrable que siempre tenía en el rostro. Ira la había tratado de comprender muchas veces, y a la única conclusión que había llegado era que su cara era de hastío con la vida y con todo lo que seguro una mujer de esa edad había visto, y sobre todo para ocupar el lugar que ella tenía en aquel club.

—Debes llevar vodka a la cabina 3.

—¿Yo? —preguntó, no era camarera y a ese lugar nunca asistían las bailarinas como ella.

—Si no fueras tú, no te lo estaría diciendo.

—Está bien —asintió caminando a la barra.

—Ira —la detuvo con su voz ronca de fumadora—. El vodka es para el *vor*. —Ella hizo como que no le importaba, no podía mostrar sentimientos—. No arruines quizás la única oportunidad que tienes para salir de aquí.

—¿Estás segura que debo ir yo?

Zhenya sonrió de medio lado. Por alguna extraña razón, esa muchachita algo diferente le gustaba, a pesar del poco tiempo que la conocía, aunque no dejaba de encontrarla algo extraña.

—El mismo Misha lo ha pedido.

—¿Misha? —preguntó haciéndose la tonta, necesitaba recabar

información.

—El próximo sucesor de Vadik, uno que seguro será muy diferente.

—¿Diferente?, ¿para bien o para mal? —quiso saber, sabía que se estaba arriesgando, pero tenía que intentarlo.

—Ni mejor, ni peor. —Se encogió de hombros—. Él es de la vieja usanza, pero con métodos de nuestros tiempos —confirmó y se alejó del lugar.

Mientras Ira caminaba al bar sacaba sus propias conclusiones, y no le gustaban en absoluto. Ya sabía quién era el tipo de horas anteriores, y ahora sí le encajaban los tatuajes que lucía en su cuerpo, al menos lo que había podido vislumbrar.

También pensaba en que su apreciación de “ni mejor ni peor” distaba mucho de la de Zhenya. La vieja usanza era lo peor, hombres acostumbrados a hacer su voluntad, sin sentimientos, y lo que era mucho peor, sin remordimientos, para ellos las personas eran objetos para un propósito y la esclavitud parte normal de la vida.

Dentro de la furgoneta, Brad estaba nervioso, y aunque no quería que sus compañeros lo notaran, era evidente. Tenía la vista pegada en la pantalla y ni siquiera había pestañado una sola vez, que su compañera estuviera sola con el *vor* y con el otro tipo le asustaba.

—Tranquilo, Brad. Ira sabe lo que hace.

—No me preocupa.

—Jefe —rio el joven que se ocupaba de la comunicación—, ¡apenas respiras!

—Es verdad —habló Blake acomodándose la *beretta* que llevaba en la espalda—, estamos a dos minutos de distancia.

—Ciento veinte segundos muy largos —suspiró Brad apesadumbrado.

—¡Voto de confianza para nuestra chica superpoderosa! Sin ella no estaríamos aquí.

—Ni que lo digas —comentó riendo Blake para aligerar la situación de tensión—, mira que si no, ella será nuestra superior en la próxima misión.

—¡Retrocede la cinta! —los cortó Brad, viendo algo que le llamó poderosamente la atención.

Rápidamente Peter obedeció y también notó lo que su jefe quería ver. Ira había empañado un vaso para ponerles una carita feliz, eso significaba que ella estaba bien y tranquila y eso a ellos, sobre todo a Brad, le devolvía el alma al cuerpo. Ellos podían ver y escuchar, ella no, estaba sola en aquel tugurio de vanidades.

—¡Esa es mi chica superpoderosa! —exclamó bajito Jeff, tranquilizándose también.

Con la botella de vodka sobre la bandeja caminó segura, adentrándose por los pasillos que la llevaban directo a las cabinas. Los hombres que custodiaban la entrada ya estaban advertidos de su visita, así que la dejaron pasar deleitándose cuando la vieron caminar. Ira, en cambio, iba diciendo maldiciones para cada uno de ellos, acordándose de todos sus antepasados mientras veía la cantidad de armas de última generación que ellos portaban. Pensaba que con solo una de esas podría acabarlos a todos y una pequeña sonrisa se le escapó de los labios.

Con ese pensamiento se detuvo frente a la cabina número 3. Con cautela y dando un profundo suspiro, giró el pomo que seguro sería chapado en oro. No terminó de girarlo cuando alguien desde dentro le abrió, invitándola a pasar.

Su vista se dirigió directo a la mujer, que en ese momento estaba haciéndole sexo oral a un hombre que estaba sentado en un gran sillón rojo

estilo real.

Solo una pequeña luz iluminaba la cabina, pero eso no le impidió notar varias fotografías dispersas sobre una mesa, era como una especie de catálogo que enseñaba distintas mujeres que poseían un número y un valor.

«¡Cerdos, esto no es una multitienda donde todo es llegar y llevar!».

De pronto sintió cómo la mano robusta del mismo hombre que ya la había tocado la hizo ingresar para cerrar la puerta tras de sí.

—Déjalos en la mesa y quédate frente al vidrio —le ordenó.

Ira tragó saliva disimulando su nerviosismo y obedeció sin entender nada, pero cuando se quedó frente a la ventana, vio cómo una joven de no más de dieciséis años caminaba meciéndose de un lado a otro solo en ropa interior. La joven subió a una especie de tarima y giró para enseñar su cuerpo en todo su esplendor. Vio cómo varias luces rojas se encendieron y cómo un hombre apareció de la nada para sacarla del lugar. Ella bajó la vista y escuchó cómo el otro ruso le hablaba.

—No te ordené que dejarás de mirar, puta.

«No soy puta, imbécil».

—Separa las piernas.

—Vadik...

—Lo sé, lo sé, solo quiero ver hasta dónde está dispuesta a llegar esta puta por complacer a su *vor*. Y créeme que su culo me apetece más de lo que crees, sino lo hubiéramos conversado, estaría encantado de follármela por detrás tan duro que no duraría más de un par de meses a mi servicio.

Ira apretó la mandíbula, sintiéndose ultrajada verbalmente, ese tipo no era un hombre, era un cerdo que estaría encantada de llevar a prisión para que a él sí que se lo follaran por todas partes hasta que suplicara clemencia.

Eso era lo único que le daba fuerzas para continuar, quería acabar con aquella organización, solo debían esperar el momento justo, y solo esperaba



que la entrega fuera lo más pronto posible.

—¡Mierda! —escuchó distrayéndola de sus pensamientos aún mirando por la ventana—. Puta, ¡me rozaste con los dientes! —exclamó para posteriormente propinarle un golpe a la mujer, que la dejó tirada en el suelo.

Rápidamente y sin decir ni media palabra, el musculoso se puso delante de él y ayudó a la muchacha a que se levantara. De reojo, Ira vio que era una de sus compañeras la que lentamente ahora se incorporaba.

—Tráeme a una que valga la pena, Misha, antes de que rompa la promesa que te hice.

—¡Fuera! —voceó el ruso dirigiéndose a Ira, que aún estaba expuesta en la ventana, pero cuando se giró se quedó mirando unos segundos al hombre que aún permanecía sentado.

—Tienes agallas, puta, pero estás vieja para lo que a mí me gusta.

«Cerdo».

Misha las cogió a ambas del brazo para sacarlas, Ira tomó de la cintura a su compañera y rápidamente la sacó de la cabina.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—Quiero volver —pidió deteniéndose.

—¡Pero estás loca, mujer! ¿Quieres que ese hombre te mate?

—Ese hombre es el *vor*, y yo ya estoy muerta, ¿es que tú no entiendes!, llevo en esto toda la vida y ese hombre, cualquiera de los dos, es la única salida que tengo para tener mi libertad.

—Una falsa libertad, Erika.

—Ira... —Volvió a detenerse para mirarla a los ojos—, vete de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué...por qué me estás diciendo esto? ¿Qué escuchaste, Erika?

—Nada —respondió y volteó la cara hacia otro lado, con eso Ira supo

que ya no diría nada más. Siguió caminando con ella hasta llevarla al camerino para que descansara, pero antes de llegar escuchó cómo detrás de una puerta niñas lloraban, o mejor dicho sollozaban.

Dejó a Erika sentada y volvió a salir para dirigirse hacia el sollozo, abrió la puerta y vio a dos niñas abrazadas llorando.

—¿Qué sucede? ¿Están bien? —sabía que la pregunta era estúpida, pero no podía dejar de hacerla.

—Nos ha comprado el *vor*, eso nos dijeron, ahora están... —murmuró apuntando hacia otra puerta—, preparando a otras chicas, el hombre dijo que las follaría por detrás para dejar intacto su himen... —No alcanzó a terminar cuando la joven comenzó a llorar de nuevo.

Ira ya no pudo escuchar más y, aunque arriesgada, tomó una decisión. C cogió a las niñas de la mano, salió y comenzó a caminar para llegar a las escaleras de emergencia.

Utilizando todas sus fuerzas logró abrir la pesada puerta. El frío que la recibió la hizo tiritar, ahora sí estaba nevando, y ninguna de las tres llevaba más que ropa interior, cogió a la joven que estaba más cuerda y zamarreándola por los hombros le habló muy claro:

—Van a bajar por las escaleras de emergencia sin mirar hacia arriba ni detenerse, ¿me entiendes? —La joven asintió con la cabeza—. Cuando toques el suelo correrán hacia esa esquina, un amigo mío las estará esperando y las llevará de regreso a casa.

—Soy ucraniana —susurró la menor, que hasta entonces no había hablado. Ira le dedicó una sonrisa y le explicó lo mismo en su idioma y por fin vio una sonrisa en aquellas caritas teñidas de pena y dolor.

Ambas se abalanzaron a ella para darle un abrazo, pero rápidamente ella las apartó y las apremió para que comenzaran a bajar mientras vigilaba la puerta y la escalera, tenían muy poco tiempo.

Cuando ya estaban en las escaleras de emergencia, se arrodilló en el suelo y escribió para asegurarse que sus amigos la entendieran, el viento soplaba demasiado fuerte y no estaba segura si sería oída.

## **VUELAN DOS PAJARITOS ù**

—¡Brad! —gritó Blake, que en ese momento no podía creer todo lo que había escuchado, para posteriormente leer el mensaje.

Con la ventisca de afuera apenas se podía escuchar por el micrófono, pero cuando leyó lo que Ira ponía en el suelo supo lo que debían hacer.

Brad, que en ese momento estaba totalmente concentrado con audífonos y en otro ordenador analizando la voz y el perfil de Vadik, tardó unos segundos en darse cuenta de lo que su compañero le decía, pero cuando vio el monitor lo entendió todo.

—¡Mierda, Ira! —exclamó bajito poniéndose de pie, cogiendo un par de chaquetas, para rápidamente salir del nido a buscar ese par de pájaros.

Congelada, y con los dientes castañeándole, Ira vio cómo a lo lejos las niñas eran interceptadas por Brad que, a pesar de estar a varios metros, era capaz de ver la cara de enojo que la atravesaba como si fuera un rayo en aquella noche de tormenta de nieve.

Cuando volvió a la puerta, notó que le costaba más abrirla. Claro, ya casi ni sentía los dedos, incluso le costaba caminar, pero una vez que entró, sintió cómo el calor proveniente del interior invadía su cuerpo, se apoyó en la pared y bajando la espalda lentamente sintió que tocaba el suelo, estaba tiritando, necesitaba entrar en calor y salir lo más pronto de ese piso.

Varios minutos transcurrieron hasta que se sintió capaz de caminar de nuevo, pero aún estaba congelada. Comenzó a bajar por las escaleras hasta que llegó al piso inferior, donde varios clientes jugaban al *póker*, apostando grandes sumas de dinero (entre otras cosas). En ese lugar al menos solo se apostaba, y las únicas mujeres que había eran para repartir cartas.

Se acercó a una mesa y vio lo único que seguro en ese momento la podría calentar, tomó un vaso de vodka y a palo seco se lo tragó, este le quemó la garganta, el esófago, hasta alojarse en su estómago. Luego repitió la operación con otro vaso que estaba también sobre la mesa. Cuando acabó, en agradecimiento y para no levantar sospechas, tomó al hombre mayor y regordete de la cara y lo besó en los labios, repitiendo la operación con su contrincante en el juego. Ambos hombres quedaron felices y vitorearon unas palabras de agradecimiento, pero Ira ya estaba a punto de llegar a la puerta.

—¡Eh, puta!, si te doy una botella de vodka completa, ¿qué me das a cambio?

Antes de darse la vuelta cerró por una fracción de segundo los ojos para tranquilizarse, y así poder girarse con la más falsa de sus sonrisas.

Y al hacerlo, lo vio.

El ruso tatuado.

El musculoso.

Misha la miraba con las manos cruzadas a la altura del pecho, con una sonrisa ladina y de soslayo, riéndose de ella.

—Tampoco eres hombre para estar en este lugar.

Ira lo miró y sonrió antes de darse la vuelta para salir de aquel lugar y también para dejar de mirarle los nuevos tatuajes que ahora había descubierto, ya que estaba solo con unos pantalones ajustados negros. En su brazo izquierdo tenía tatuado un alambre que le rodeaba el bíceps. Este tenía cinco púas, eso significaba que había pasado cinco años en la cárcel, con eso

seguro se había forjado su posición.

Al fin salió de su vista y de su alcance. Ese hombre no le gustaba, algo le sucedía cuando estaba junto a él, y esa noche ya lo había visto demasiado, incluso el frío se le había quitado, ¿u olvidado?

## Capítulo II

Al fin salió del club nocturno en el que trabaja cada noche, pero esta vez tenía una ruta muy distinta en su cabeza. Se abrochó hasta el último botón de su chaqueta y apresurada comenzó a caminar. Cuando estuvo alejada, hizo parar un taxi para que la llevara a la nueva dirección.

Al llegar, no alcanzó a tocar cuando Jeff la recibió con una amable sonrisa.

—Brad está cabreado contigo, está estacionando.

—Buenas noches, Jeff, yo también me alegro mucho de verte — saludó con sarcasmo.

—¡Yo me alegro! —exclamó levantando las manos—. Pero el que avisa no es traidor.

No alcanzó a responderle cuando de pronto la puerta se abrió de nuevo, distrayéndolos de su pequeña conversación.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo?!

—¿Ahora?, bueno, intentando....

—No me jodas, Emily. No estoy jugando.

Hacía dos meses que no escuchaba su nombre verdadero, eso solo significaba una cosa: Brad Cambell estaba cabreado.

—¿No me jodas? ¡No me jodas tú entonces preguntándome estupideces! Y dime si las niñas están bien —le respondió igual de cabreada que él.

—¿Cuándo mierda te vas a meter en esa cabecita tuya que no estás aquí para salvar menores? —gritó a todo pulmón. Menos mal que aquel ático estaba insonorizado, si no todo el edificio se hubiera enterado.

—Eh... —intervino Jeff, que conocía el genio de ambos—, ¿podemos tranquilizarnos?

Ira se había volteado y le daba la espalda a todos sus compañeros, necesitaba imperiosamente tranquilizarse. No porque no supiera qué decirles, porque lo tenía muy claro, pero eso no les incumbía a ninguno de ellos.

—Las menores están en la embajada —reveló tras tensos segundos al fin Brad, sentándose frente a los ordenadores—, la ucraniana mañana debería estar de vuelta en su país. Y espero... —se detuvo a ver si así Ira se volteaba, pero nada—, que tu desliz no traiga consecuencias.

—Nadie se ha dado cuenta de nada, todos estaban demasiado ocupados atendiendo al *vor*.

—Y hablando de eso —continuó Jeff—, ahora desde esta pequeña maravilla —apuntó refiriéndose al ordenador de última generación que tenían a su disposición—, podremos hacer el reconocimiento facial. Fue muy inteligente de tu parte mirarlo, Ira.

—Hago mi trabajo, porque aunque algunos crean que no tengo nada en la cabeza, ¡tengo!

—Ira...

—También hay que saber quién es el otro ruso, Zhenya me dijo que sería el próximo sucesor de Vadik.

—O sea, estamos buscando las identidades de los hombres más importantes de esta *bratva* —reconoció Jeff tocándose la barbilla—. Sí que has hecho un buen trabajo, chica superpoderosa.

—Ya te lo dije —se jactó—, tengo cerebro, aunque algunos no lo noten.

Solo un gruñido se escuchó por parte de Brad, que ahora estaba sentado, muy concentrado, traspasando toda la información para comenzar a analizarla.

Cada uno de esos hombres comenzó a hacer su trabajo, no estaban de vacaciones precisamente, y cada uno de ellos tenía un lugar asignado en

aquella investigación. Jeff era de informática; Blake, de audio y comunicaciones; Peter recopilaba información cruzada y encriptada; Ira, además de ser una muy buena *hacker*, era la agente de campo, todos comandados por Brad Cambell, uno de los mejores agentes con que contaba la agencia. En todos sus años de servicio no había habido ningún operativo en que no hubiera salido victorioso, incluso se le adjudicaban grandes logros con Oriente Medio, pero de eso Brad no hablaba. En esa ocasión, él había sido el de campo.

Ira se sentó en el borde del sillón retorciéndose las manos, aún tenía frío, no podía calentarse totalmente, cosa que no pasó por alto Jeff, quien le tendió la mano y la llevó hasta la parte de atrás, donde estaban las habitaciones que usaban para descansar.

—Sácate el abrigo y tiéndete boca abajo. —Ira levantó una ceja y una mueca se escapó de sus labios—. Mal pensada, trabajar en la noche te está afectando. Te voy a hacer entrar en calor.

Obedeció y rápidamente se acostó tal como se lo había dicho y, antes de preguntar, Jeff estaba en la cama sentado a horcajadas sobre su espalda, masajeándola.

—¡Dios! —murmuró.

—Eso mismo dice Annie, solo que tú no me pagarás como lo hace ella.

—¡Mmm! —respondió queriendo decirle que no, que solo su esposa le pagaba con sexo.

—Eso también me lo dice Annie —rio.

Después de varios minutos de silencio, Ira preguntó:

—¿Tú también crees que hice mal salvando a esas chicas?

—No sé si hiciste bien o mal, te arriesgaste y arriesgaste la misión, pero...



—¿Pero? —preguntó intentando levantar la cabeza, algo que Jeff no le permitió.

—Pero yo hubiera actuado de la misma forma. —Eso sí la tranquilizó—. Y aunque Brad no lo reconozca, él también lo hubiera hecho.

Ahora sí que cerraba los ojos absolutamente tranquila. Sabía que había hecho lo correcto, no lo había dudado ni por un momento, pero que su equipo se lo corroborara era importante para ella.

Jeff volvió a la sala de comunicaciones, como le llamaban ellos, y comenzó a traspasar toda la información del collar de su compañera y amiga. Ella estaba tan cansada que ni siquiera se había dado cuenta de que se lo habían quitado.

—No me gusta ese tal Misha —habló rompiendo la concentración y el silencio que reinaba en el lugar.

—Si te gustara serías *gay* —bromeó Brad mucho más distendido.

—Para payasos el circo —respondió hosco. Cuando él trabajaba se concentraba a fondo, no por nada era uno de los mejores en su campo, además de haber estudiado psicología, por eso todo el mundo le decía que era el mejor entendiendo los problemas ajenos—. La conversación entre Vadik y Misha no me gustó nada. ¿Qué es lo que conversaron ellos? ¿Qué promesa le hizo sobre Ira?

—¿Cuándo hablaron de Ira? —preguntó Peter, ahora sí poniendo mucha atención, dejando de limpiar las armas.

—Cuando ella fue a la cabina algo le dijo, por eso el *vor* no siguió con el tema.

—Ese hombre no me gusta.

—Ni a mí.

—¿Pero saben qué es lo que más me preocupa?

—Ilumínanos —dijo Brad a Jeff.

—Que no existe, ni siquiera sus huellas dactilares existen.

—¿Y de dónde sacaste sus huellas dactilares? —interrogó muy interesado el agente a cargo.

—De Ira.

—¿Cómo? ¿Cuándo te las entregó?

—No me las entregó.

—Explícate —lo apremió Brad, prestándole toda la atención.

—El ruso la tocó, sus huellas quedaron marcadas, pensé que podía funcionar, me aventuré y bueno... funcionó.

—¿Le tocaste el culo a Ira! —exclamó Blake riendo—. Como se entere, te rompe las pelotas.

No hizo falta dar más explicaciones, esos cuatro hombres veían lo mismo, y como si eso fuera poco, se conocían demasiado bien.

—Ahora está durmiendo, lo necesitaba. Esto es más duro de lo que ella misma quiere aceptar.

—Es una agente, está preparada para eso —afirmó Brad, incómodo por la conversación.

—Es la chica superpoderosa —apostilló otro.

—Sí —habló Jeff más bajo, mirándolos—, pero cuando esto acabe, su mente le jugará malas pasadas.

—Tonterías, Jeff.

—No, Brad, no lo son, ¿o acaso tú no tienes pesadillas con la misión de Iraq? Porque yo sí las tengo, y estuvimos la misma cantidad de tiempo.

Un nuevo silencio se hizo en el salón y todos siguieron trabajando en la identificación de los rostros. Se quedarían un rato más y luego se irían a dormir.

Muy temprano en la mañana, y totalmente repuesta, Ira despertó, se

encontró con que todos aún dormían y decidió salir a comprar para despertarlos con un buen desayuno.

Ya tenía todo listo cuando, sonámbulo, Brad apareció solo en *bóxer*. Rascándose la cabeza, y aún con los ojos cerrados, caminó directo hasta la cafetera de última generación. Ese era el único lujo que se permitían, pero más que un lujo era necesario, sobre todo para aguantar las últimas horas del día. Pero antes de que la encendiera, Ira extendió su brazo con una taza humeante de café, bien negro, sin azúcar, tal como le gustaba a él.

—Buenos días, agente.

—¿Ira? ¿Qué haces aquí?

—Dormí aquí, ¿no lo recuerdas?

—¡Dios! —suspiró refregándose la cara, había pasado casi toda la noche despierto—. Tienes toda la razón, el sueño me está pasando la cuenta —reconoció, aceptando la taza con una gran sonrisa.

Los demás no tardaron en despertarse e incorporarse al majestuoso desayuno que Ira les había preparado con mucho cariño. Todo era paz y armonía hasta que un pitido proveniente desde uno de los ordenadores los alertó.

Blake fue el primero en llegar.

—¡Mierda y más mierda!

—¡Pero qué finos estamos hoy! —exclamó Ira divertida, acercándose hasta él.

—Definitivo, el cabrón de Misha no existe, cotejamos sus huellas dactilares con bancos de datos internacionales y nada, no existe, es un fantasma.

—¿Y cómo obtuvieron las huellas?

—No preguntes —dijo Brad acercándose hasta ella, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda.

Ira no tardó ni dos segundos en salir disparada de la sala y dirigirse a la cocina. Mientras sus compañeros, que estaban atentos a los ordenadores, escuchaban cómo Jeff se quejaba de lo lindo, en tanto pedía y suplicaba clemencia. Cuando regresó con ellos ya estaba más calmada, aunque respiraba agitada.

—¿Y del *vor* tenemos algo?

—Todo y nada. Todo porque sabemos perfectamente quién es, pero nada con que agarrarlo, no tiene familia, y está más limpio que un niño de tres años.

—Por supuesto —suspiró apesadumbrada Ira, sentándose sobre la mesa—. Un *vor*, para serlo, debe cumplir ciertas normas: no puede relacionarse con la autoridad, ni participar en actividades, debe mantener en secreto los nombres de sus cómplices, clubs, lugares... pero sí debe tener información de las otras mafias, y aunque no trabaja de forma ilícita, siempre le llega mucho dinero, no es necesario que les diga cómo, ¿verdad?

—Si lo piensan bien, el *vor* es un pobre tipo.

—Uf, sí —se burló Blake—, pero con mucho poder y ganas de joder al mundo.

—No estamos aquí para analizar lo que es un *vor* —los cortó Brad—, sino para detenerlo y hacer justicia.

Todos asintieron y siguieron trabajando arduamente, hasta que para Ira llegó la hora de marcharse. Se colocó el collar y se despidió de todos sus compañeros.

Mientras caminaba por la calle vio lo hermoso del paisaje. Los edificios con cúpulas sobre sus techos de colores le gustaban, incluso el verde le daba al entorno una fachada de postal muy especial. Sonrió al pensarlo, no podía seguir negándolo, había cosas de Rusia que le agradaban, claro le apetecerían más si estuviera como turista.

«Algún día volveré».

Al llegar a su casa, lo primero que hizo fue entrar al baño y darle a la llave de agua caliente. Cuando el vaho hubo cubierto el espejo escribió:

## **YA ESTOY EN EL NIDO ò Y EN 20 SALDRÉ A VOLAR.**

Especialmente esa noche tenía una actitud diferente, estaba más tranquila y no se le hacía tan tedioso tener que ir a trabajar, es más, estaba tan relajada que tenía ganas de bailar.

Como siempre, Zhenya la recibió en la entrada, pero no con la cara de siempre. De hecho, sin decirle ni media palabra, le señaló que la siguiera hasta una de las oficinas. Dentro estaba el que hacía de jefe, o al que ella debía respetar como tal. No era el dueño, porque ese era Vadik, aunque no estuviera escrito en ningún lugar.

—¿Sabes las reglas verdad?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué te fuiste con un cliente anoche?

—¿Cómo?

—¡No me tomes por estúpido, puta! —Ira reprimió las ganas de estamparle la estatua de un león que descansaba sobre su escritorio, cómo le molestaba que le llamaran así...—. Anoche no dormiste en tu departamento, y ni siquiera intentes negarlo.

—No, no lo hice —respondió viéndolo directo a la cara, sin atisbo de culpa.

—No te quieras hacer la lista conmigo, Ira. Sabes las reglas y lo que sucede cuando se incumplen, no toleraré ninguna insurrección, y si no fuera porque tienes un compromiso en este momento, yo mismo te daría una zurra que te dejaría sin trabajar —rio con malicia, recorriéndola con la mirada—.

Pero ya sé quién se encargará de ti. Van tarde, preocúpate de que todo salga bien —bufó mirando a Zhenya.

Dicho esto, ambas mujeres salieron de la habitación e Ira fue la primera en romper el hielo.

—Zhenya, anoche no estaba con...

—No agraves la falta con una excusa —la detuvo sin siquiera mirarla—, creía que eras inteligente, y parece que me equivoqué.

—Escúchame...

—No —dijo deteniéndose en seco para girarse—. Escúchame tú a mí. Aquí —dijo haciendo un aspaviento con los brazos—, no sucede nada sin que yo lo sepa, niña estúpida, no eres la primera que se cree heroína. Pero deja que te diga una cosa, las heroínas solo existen en las películas de Marvel, así como las princesas solo existen en los cuentos de Disney, así que hazme un favor a mí y uno a ti misma, no intentes ser algo que no eres —concluyó y siguió caminando.

Ira rápidamente comenzó a analizar lo que le había dicho. ¿Sabía lo que había sucedido anoche con las niñas? Y si era así, ¿por qué no la había delatado?

De pronto, una de sus compañeras la sacó de su ensoñación.

—¿No estás contenta? Yo estoy súper emocionada, ¡vamos a la casa de Misha! Cómo me gusta ese hombre, su barba insipiente, sus ojos, sus manos, ¡mmm!, su cuerpo, ¡todo!

—Dicen que es un buen amante.

—De los mejores.

—Un cerdo —habló sin darse cuenta en voz alta, pensando en lo que ese hombre hacía con menores.

—Insisto —acotó Zhenya pasando por su lado, propinándole un empujón—. Pensé que eras inteligente. Hablas demasiado y las paredes oyen.

Todas entraron al camerino y se cambiaron la ropa que traían por una que ya estaba lista y dispuesta para ellas: vestidos de látex blanco.

Ira suspiró, pero al menos esa noche estaría vestida.

Una limusina las esperaba en la puerta. Eran la envidia de sus compañeras. Las seis chicas iban felices, y cuando se subieron al lujoso auto que las esperaba lo fueron aún más.

Ira miraba todo a su alrededor, y a pesar de que reía igual que sus amigas, iba observando todo y enviando información. Incluso fue ella quien animó a dos de las chicas para que salieran por la ventana del techo a disfrutar del aire. Así marcaba la ubicación.

Al salir de la carretera tomaron un camino interior que se encontraba en medio de la nada. Varios kilómetros anduvieron así hasta que, al doblar, una fortificación se irguió frente a ellas. Más o menos doscientos metros de una pared que debía tener tres metros de altura. A simple vista no se veía nada, pero el ojo biónico de Ira logró captar orificios en la pared, por donde salían puntas de lo que seguro serían ametralladoras apuntándole a cualquier cosa que se acercara.

La puerta se abrió y el auto ingresó, quedando en un espacio vacío, aún sin darle la bienvenida a la propiedad. Las hicieron bajarse a todas, y los hombres que revisaban el auto las apuntaban constantemente. Todos eran iguales: altos, musculosos y con tatuajes.

—¡Abre! —gritó uno de ellos, y las chicas subieron de nuevo. Ahora sí ingresaban, y como si se transportaran a otro planeta, todo lo que veían era diferente. Una mansión aparecía frente a ellas. Se podían apreciar claramente tres pisos, era como un castillo ruso, con sus cúpulas incluidas y, apostados a cada lado de la escalera curva, varios hombres también armados les daban la bienvenida.

Las chicas, sin más tiempo que perder, ingresaron, en cambio Ira

caminó lento grabando todo, quedándose atrás.

Al entrar al vestíbulo no pudo dejar de suspirar al ver tanta opulencia, todo en tonos dorados y una gran mesa redonda en el centro del vestíbulo. Pero no fue el lujo lo que le llamó más la atención, sino la pequeña con cara de ángel que la miraba escondida entremedio de los barrotes de la escalera, e Ira no pudo evitar caminar hacia ella.

—Hola, ¿qué haces aquí tan solita? —preguntó con una dulce sonrisa a la niña, que con camisón la miraba, intentando ocultarse.

—¡Chisst! —le dijo frunciendo el entrecejo de forma cómica—, estoy mirando a las hadas.

—Ah...—Ira reprimió la risa y entendió a qué se refería la niña, la pequeña creía que la gente que entraba, que seguro estarían muy bien vestidas, serían hadas, así que le siguió el juego—. ¿Y cómo sabes que son hadas?

—Porque brillan —respondió mirando su collar, y claro, lo entendió todo, el destello de luz que emitían las piedras les daban un brillo especial, por eso creía que eran hadas.

—Tú eres un hada muy linda —susurró tocando su collar, manchándoselo de chocolate. Ira sonrió pensando en la cara de los muchachos, seguro ahora no verían bien.

—No deberías estar acá, esta es una reunión para adultos.

La pequeña asintió con la cabeza y se llevó el dedo a la boca.

—¿Quieres que te lleve a tu habitación?

Esa pequeña en cosa de segundos le robó el corazón, esa menor inocente en ese mundo turbio y oscuro le conmovió hasta los huesos. Sin pensárselo dos veces, como muchas de las cosas que hacía, se quitó los zapatos de tacón y la cogió en brazos para llevarla al dormitorio.

Ira parecía el hada madrina de la pequeña con camisón rosa, que en



ese momento le volvía a tocar el collar.

—Es un collar mágico —reveló sin querer—, me cuida.

—Mi mamá me cuida desde el cielo —suspiró aferrándose a su cuello.

—Muy bien, entonces, ahora te acostarás y soñarás con ella —dijo mientras la pequeña la guiaba con maestría por la mansión, hasta que llegaron a una puerta. Al entrar, se dio cuenta de que era su dormitorio. Y al verlo supo de inmediato por qué la pequeña creía en las hadas, entrar en esa habitación era ingresar a un cuento, a un universo paralelo.

—Ahora debes quedarte, prométeme que no bajarás, las hadas estarán muy ocupadas y no querrán saber que las espías. ¿Me prometes que...?

Antes de terminar la frase sintió cómo una mirada le estaba recorriendo la espalda, al mismo tiempo que escuchó cómo una voz masculina y fuerte le decía poniéndola nerviosa no solo a ella, sino a la pequeña también:

—¿Qué crees que haces aquí?

Tragó saliva y, antes de darse la vuelta, le dio un beso a la niña en la frente.

—¿Acaso no lo ves? —soltó con rabia, sin darse cuenta de la envergadura de su descontrol.

Cuatro palabras, solo cuatro fueron suficientes para dejar a Misha sin nada que decir. Aquellas palabras pronunciadas en tono grave habían sonado a pecado y dejaban en ridículo a muchas de las mujeres que utilizaban su voz en líneas eróticas.

Esa era la mujer que él había estado esperando durante la velada, la misma que desde la noche anterior no podía quitarse de la mente, incluso sabiendo lo que arriesgaba.

Sí, estaba cometiendo una estupidez.

—Las putas están abajo.

«Imbécil».

Ira abrió los ojos tanto como para que él se diera cuenta de lo inapropiado de su comentario, y esperaba de corazón que la pequeña no se hubiera percatado de nada.

Se puso de pie, y sin zapatos apenas le llegaba al hombro, pero no por eso se amilanó, ni le apartó la mirada. Salió de la habitación tirándole un beso al aire, que la pequeña atrapó encantada.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le habló entre dientes.

—Solo la acostaba, no la voy a ensuciar, no soy un monstruo.

«Como tú».

Misha no estaba acostumbrado que nadie le hablara así, ni que lo miraran de aquella forma. La cogió del brazo para sacarla del lugar y, cuando lo hizo, sintió que una oleada de calor lo recorría. Cuando ella se giró para esquivar su contacto, su rostro tierno y la sonrisa angelical de segundos anteriores se transformaron en una penetrante mirada de... ¿odio?

Se giró y, dirigiéndose de nuevo a la habitación, habló fuerte y claro.

—Katuska, no vuelvas a salir de esta habitación.

—Ya... —susurró la pequeña, produciendo que a Ira se le encogiera el corazón, aquella niña no debía tener más de cinco años.

Bajaron en silencio hasta que él mismo la dejó junto a sus compañeras, que esperaban en una habitación, igual de fastuosa que la misma casa y se fue.

—Yo podría vivir en este palacio —chilló una de las chicas, lanzándose a la cama con dosel.

—Y yo —comentó otra.

—¿Alguien sabe qué es lo que estamos haciendo aquí? ¿Para qué nos trajeron?

—Me da igual para qué, nos van a pagar el doble.

Antes de que siguieran hablando Zhenya, ataviada en un vestido negro y luciendo como nunca la habían visto, ingresó a la habitación.

—Imagino que se preguntarán para qué han venido.

—Sí —respondieron todas al unísono.

—Bueno, han venido a servir.

—¿A servir? —preguntó una de las chicas jóvenes, tocándose el cuerpo.

—No —la cortó Zhenya, molesta—. Afuera se encuentran personas importantes, de distintos círculos sociales. Ustedes serán las encargadas de servirles, y por si sus cabezas huecas no entienden el concepto de “servir” —dijo haciendo un gesto con los dedos—, servirán los cócteles. Cualquier otra proposición será supervisada por el *vor*. No intenten pasarse de listas, esta vez no habrá ni perdón ni olvido —recalcó esto mirando a Ira.

Sin más preámbulos, las mujeres salieron a hacer su propósito. Ira recibió una bandeja que contenía lo que Zhenya había llamado “cócteles”, nada más lejos de lo que ella entendía por ese concepto. Sobre el cristal que manipulaba llevaba diversos tipos de pastillas y pequeños frascos con un líquido transparente, pero no eran esas drogas las que le extrañaron. Podía distinguir claramente de cuales se trataban, pero había unas en forma de láminas que jamás había visto, y que por lo demás, eran bastante apetecidas. Sin que nadie se diera cuenta, cogió una y se la guardó bajo el vestido.

Así siguió paseándose por entremedio de los invitados, poniendo su mejor sonrisa. Podía divisar sin dificultad políticos de distintos países, empresarios, artistas, modelos y, por supuesto, varios hombres pertenecientes a la mafia roja.

Mientras caminaba pensó que un operativo, en ese momento, se llevaría a la mitad de los asistentes directos a la cárcel, pero claro, no

alcanzarían a poner un pie en prisión cuando ya estarían en las calles de nuevo.

Sin algo realmente contundente, no tenían nada.

A lo lejos divisó como el *vor*, Misha y unos hombres, que seguro serían de Oriente Medio, subían por una escalera que hasta entonces ella no se había fijado que existía.

Ese era su objetivo ahora, ¿pero cómo podía entrar a ese lugar? Siguió caminando sin darse cuenta de que la bandeja se le vaciaba, hasta que de pronto un hombre, uno al que ella y cualquiera que viera la televisión conocerían muy bien, se acercó.

—Llevo mirándote toda la noche. ¿Qué tengo que hacer para que me consigas uno de esos frasquitos con LSD?

«Todo lo que tienes de guapo lo tienes de... ¡estúpido!».

—Enseguida se lo traigo —dijo y se dirigió donde Zhenya, que al decirle de quién se trataba, no solo le dio la droga, sino que un incentivo extra.

De vuelta le entregó el contenido, y el actor estrella de cine se lo agradeció con una gran sonrisa que Ira fue incapaz de no devolver, después de todo, ese hombre era uno de los más deseados. Cuando le contara a su mejor amiga Annie, esposa de Jeff, que había estado con Ray, seguro sería su envidia.

Varios minutos pasaron, y ellos conversaban como si se conocieran de siempre. El sujeto era mucho más simpático y amable de lo que lo tildaban los tabloides.

—¿Qué tendría que hacer para salir contigo a un lugar más... alejado de la multitud?

—Nada, porque eso es imposible —respondió resuelta pero él, no dispuesto a rendirse tan fácilmente, la cogió de la cintura y la atrajo

sugerentemente para susurrarle en los labios:

—Vamos, no todos los días conoces a un actor de Hollywood.

«Pedante», pensó regalándole una de sus mejores sonrisas.

—Me encantaría, no sabes cuánto, pero...

—¿Qué mierda crees que haces? —le preguntó el ruso, más ofuscado de lo que quería aparentar frente a un invitado, pero le molestaba de sobremanera verla coqueteando con otro hombre.

Ira se dio la vuelta, nerviosa, ¿por qué ese hombre tenía la capacidad de ponerla nerviosa siempre?, ¿en qué momento había acabado la reunión?

—Estoy trabajando —respondió, y por el rabillo del ojo vio como los hombres de Oriente Medio ahora salían de la mansión.

La oportunidad de saber qué ocurría y de grabarles las caras se estaba esfumando frente a sus narices, y todo por culpa del ruso. Aquello no podía estar pasándole, tanto tiempo esperando la oportunidad para saber quiénes eran los contactos del *vor* para que ahora, por una estupidez, se echara todo a perder.

—¿Zhenya no te enseñó las reglas?

—Sí, sí, Zhenya, Zhenya... me las explicó —respondió pensando en alternativas para salvar la situación, aún no podía creer que se hubiera perdido aquella oportunidad.

—Ni perdón ni olvido, puta, esas cuatro palabras son las que deberías grabarte en esa cabeza para seguir viviendo, y desde anoche no las estás cumpliendo. ¿Te queda claro?

Ira suspiró un par de veces para tragarse la rabia que sentía en ese momento, y así poder contestarle con una amabilidad que por supuesto no sentía.

—No volverá a suceder, pero solo hacía mi trabajo —respondió y no tardó nada en darse cuenta de la gran equivocación que había cometido. No

tenía la cabeza en aquel lugar, sino volando lejos junto con los árabes, pero pensó que sería mejor no rectificarlo. “Trabajo” para él era muy distinto que para ella.

Y por supuesto que el ruso lo malinterpretó. Achinó los ojos mirándola, furioso. Sin el menor tacto ni importándole nada la agarró del brazo, le quitó la bandeja, pasándosela a uno de los invitados, y la alejó a toda prisa.

Buscó un lugar más tranquilo para poder estar a solas, el salón ya estaba atestado de gente, y lo único que divisó fue la cocina.

Tiró de ella con firmeza para que lo siguiera, advirtiéndole con una sola mirada que caminara con naturalidad entre la gente. Miró la entrada, y con el cabreo que llevaba tampoco podía pensar más claro.

—¡Fuera! —Fue lo único que dijo. Cocineros y empleados, que en ese momento trabajaban, dejaron sus cosas y salieron lo más rápido posible del lugar, incluso los fuegos quedaron encendidos.

Ira sabía que en el punto en que estaba todo se podría complicar en solo milésimas de segundos. Ese tipo era peligroso. ¿Qué pretendía hacer Misha con ella? También sabía que esta vez estaba sola. Por muy protegida que estuviera por sus compañeros, estos no podrían entrar, ni en ciento veinte segundos, ni en una hora, esa era su propiedad y ni con un pequeño ejército, debido a la cantidad de hombres armados, podrían rescatarla. Pero no le temía, ella no moriría sin defenderse, incluso ya sabía en qué lugar estaban los cuchillos y tenía a mano una sartén muy cerca, para defenderse si es que era necesario. Era una profesional, había luchado cuerpo a cuerpo varias veces, y aunque ese hombre lleno de músculos le doblara en tamaño, se defendería igual.

La cocina era enorme, con una gran isla en medio, pero Misha la volvió a tomar para llevarla al lugar más apartado y lamentablemente lejos de

lo que ella quería usar como armas de defensas.

—Esta va a ser la última vez que te lo explique y, por tu bien, espero que lo entiendas...

A Brad, que escuchaba y veía todo por la pantalla, no le gustaba en absoluto la situación, y al escuchar aquella frase comenzó a gritar como un loco al ordenador.

Al ver que la chica no le respondía la tomó del cuello, tapándole el visor del collar. No ejercía presión, solo la estaba intimidando para que le respondiera.

Ira tragó saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta. Se le formaba por el solo hecho de pensar en cómo estarían Brad y los muchachos, ellos debían sentirse impotentes, y de corazón esperaba que el agente a cargo no hiciera ninguna locura que acabara en un tiroteo descomunal.

—Estoy esperando, maldita sea, ¿o quieres que te torture para que me respondas? —preguntó entre dientes aprisionándola contra la pared, ahora sí no muy suavemente.

—Entendí, y tal como se lo dije a Zhenya esta tarde, no fui a mi casa, pero no me fui con un cliente. Aprecio mi vida y entiendo las reglas —respondió nerviosa y, aunque no quisiera reconocerlo, asustada. Tragó saliva y cerró los ojos para continuar hablando y así poder calmarse, pero cuando los abrió se encontró con una mirada gris que desprendía un brillo especial, y en sus labios algo parecido a una sonrisa triunfal.

Ira intentó separarse un poco más pero se le hizo imposible, ya que el ruso comenzó a acercarse. Misha bajó las manos de su cuello y puso una en su nuca y con la otra le sujetó la mejilla. Se detuvo un segundo, indeciso, para observarla mientras ella volvía a cerrar los ojos. De pronto pegó su

rostro, sus labios húmedos y calientes estaban sobre los de ella, devorándose los. Sintió como si la quemaran y una corriente recorriera su cuerpo, asándole el cerebro, para luego extenderse por todo su cuerpo.

El brazo de Misha la apretaba más contra él. Sus pechos chocaban con su torso duro y cincelado. Ira abrió la boca para hablar, pero fue el momento que él aprovechó para introducir la lengua, que la deslizó como si fuera seda entre sus labios. Fue entonces cuando se olvidó de Brad y de la fiesta y se dejó llevar por el placer que en ese momento estaba sintiendo su cuerpo. Habían pasado siglos desde la última vez que la habían besado, y ninguno de aquellos besos podía siquiera compararse como el que en ese momento le estaba nublando la razón. Cuando volvió a recuperar la cordura, se separó y jadeando habló:

—No, no... Hay cámaras, no puedo. Ni perdón ni olvido —recordó aludiendo a sus propias palabras para salir de ahí lo más rápido posible.

Pero en vez de eso, contrariado, Misha la miró a los ojos un momento, le tomó la mano y la sacó del lugar, guiándola por la misma escalera que los había visto subir anteriormente.

Su corazón empezó a bombear apresuradamente y su mente comenzó a tejer una red de esperanzas.

Un par de hombres, al verlo, bajaron la mirada y lo dejaron pasar por el largo pasillo que los llevaba directo hasta una última puerta, donde otro guardia con metralleta en mano los esperaba, pero que al verlo rápidamente se hizo a un lado.

—Este es el único lugar donde no hay cámaras.

Ira observó la puerta que tenía enfrente con un temblor recorriéndola completamente. Él estaba delante, tecleando un código de ingreso, y al terminar un clic y un sonido presurizado se escuchó, dándoles la bienvenida. Cerró los ojos un momento al pensar lo que sucedería a continuación. No era



la primera vez que tenía que tener sexo con alguien por causa de alguna misión. Lo había hecho anteriormente, así que se quitó cualquier sentimiento que se interpusiera en su mente y se concentró en la única oportunidad que tendría, y una muy pero muy buena.

No se permitiría desaprovechar el momento. A pesar de que la misión se centraba en incautar un importante cargamento de drogas, para ella también era importante colaborar, aunque fuera con un granito de arena, en detener algo de la esclavitud sexual.

Ingresó decidida hasta que Misha le tendió la mano, para situarla en medio de la habitación.

—Esta habitación está libre de cámaras, insonorizada y posee un anulador de señal. Todo lo que ocurra aquí quedará entre tú y yo.

«Mierda, estoy sola e incomunicada», pensó tragando saliva, cerrando los ojos mientras Misha estaba de espaldas a ella tecleando un nuevo código, imposible de ver.

«Perfecto, y ahora estoy atrapada».

Efectivamente, ningún ruido se escuchaba, ni de afuera, ni de adentro. La habitación estaba en penumbra, solo el reflejo de las luces provenientes del exterior les alumbraba.

Sin ningún preámbulo más, Misha se quitó la camiseta, quedando desnudo de la cintura para arriba. No quería seguir esperando, esa mujer lo descontrolaba, y la quería ya.

Ira se giró. Sabía que, si tenía que desvestirse, primero debía quitarse la droga que escondía entremedio de sus senos, y en el momento en que se llevaba la mano al escote, sintió como una fuerte de él la detenía.

—¿Qué tienes? —la increpó.

Al contrario de lo que él pensó, Ira se giró entregándole la lámina de droga que escondía.

—No me gustan las mujeres drogadas —espetó quitádoselo y lanzándolo lejos—. Otra falta que no toleraré.

Hasta el minuto no todo estaba saliendo como quería, lo único que le daba fuerzas y una adrenalina que la tenía en las nubes era ver un tesoro a escasos metros de ellos: el ordenador.

Él comenzó a bajarle el cierre del vestido, dejándola solo con las diminutas bragas blancas que llevaba.

—Tienes un culo muy apetecible.

Su voz, su tacto... todo él la estaba excitando, aunque tampoco se dejaba engañar, seguro que eso se lo decía a todas y ella no estaba ahí en una cita romántica. Agradeció que los chicos no pudieran ver ni escuchar nada, pues ella ya estaba totalmente inmersa en el papel de Ira, una prostituta croata. A medida que él la tocaba le iba diciendo palabras soeces, que sabía que encantaban a cualquier hombre, además, así se lo habían enseñado.

—No hables.

—¿No te gusta mi voz? —ronroneó sobre su oído.

Misha no respondió nada, no era eso, sino todo lo contrario, su voz sí era un problema, lo haría llegar al clímax antes de lo que él tenía previsto, y eso sí que no lo permitiría.

—No estás aquí ni para hablar ni para pensar, solo para servir —murmuró girándola para que lo mirara. Ella, valientemente, le sostuvo la mirada y comenzó a recorrer su torso perfecto, pasando lentamente las manos por el tatuaje. Ahora se lo estaba grabando, pero en su mente, ya que la cámara no estaba funcionando.

Acababa de descubrir algo nuevo. Él había sido adicto a las drogas, al menos así lo demostraba la telaraña que lucía a un costado. Y muy grande, en su pectoral derecho, una insignia militar con un SS dentro. O sea, nunca en la vida había delatado a nadie. Ese hombre no solo era un fantasma para el

sistema, sino que alguien muy poderoso además.

Misha la recorrió con la mirada, deleitándose con su cuerpo bien definido. Tenía las piernas torneadas y músculos que la hacían verse una mujer muy sexy, hasta que notó una pequeña marca que quiso examinar más de cerca. Se arrodilló y pasó uno de sus dedos por la cicatriz. Ira rezó para que no se diera cuenta de lo que era, pero increíblemente eso le dio más fuerza para concentrarse en su misión.

Meciéndose la melena, se sentó sobre el escritorio y abrió las piernas, invitándolo a acercarse. Misha se encontró con ella totalmente desnuda y comenzó a acariciarle los muslos, besándoselos, y cada vez que lo hacía sentía cómo su cuerpo le correspondía erizándole el vello de la piel. Pero cuando le acarició los pezones, se mordió el labio para no gemir. Ira lo tenía rodeado con sus piernas por la cintura, produciendo que su erección creciera cada segundo más. Cuando el ruso respiró profundamente, se emborrachó con su olor, uno muy peculiar que no había oído jamás, le gustaba y no sería difícil convertirlo en su adicción.

Mientras Ira lo besaba y lo acariciaba, él se fue haciendo paso dentro de su cuerpo, y con cada paso que daba el calor que sentía Misha era más insoportable. Nunca se había dejado llevar tanto con una mujer, pero con ella lo estaba haciendo, ¿por qué?

Ira arqueó el cuerpo, invitándolo a saborearla aún más, quedando uno de sus senos al alcance de sus labios, oportunidad que él no desaprovechó.

Endurecido como pocas veces, se inclinó para besarla, quería encontrar todos los puntos sensibles de esa mujer, mientras ella le bajaba la cremallera del pantalón poniendo su mano dentro. Cuando sus dedos se cerraron en la erección palpitante, Misha se quedó sin respiración. Olvidó lo que estaba haciendo, dejó libre sus senos para apartarse de ella y quitarse el pantalón, sacarse los zapatos y desprenderse de su *bóxer*, ahora sí que todo le

molestaba.

—Estoy limpio. —Fue lo único que le dijo con una voz tan ronca que hasta a él le costó reconocerla. Cuando volvió nuevamente a mirarla, ella tenía las piernas abiertas en una clara invitación. Ahora era Ira la que se entregaba por completo, utilizando la lengua con audacia y esmero dentro de esa boca rusa que le estaba haciendo tocar el cielo.

Sin esperar más tiempo, y hambriento por poseerla, apoyó la punta de su miembro, y de una sola certera estocada la penetró hasta el fondo, haciéndola gemir desde su interior.

—¡Dios! —expresó en su idioma sin poderse contener, pero Misha estaba demasiado ocupado como para entenderla. Él tenía la respiración acelerada y se movía a un ritmo frenético, si seguía así, la volvería loca de placer y la haría entregarse por completo, pero aunque estuviera en el séptimo cielo, ella tenía un propósito, y el que debía quedar totalmente agotado en aquella ecuación no era ella precisamente.

Sus miradas se conectaron y ella tomó el control de la situación. Lo besó con tanta pasión que Misha no pudo seguir aguantándose y terminó por rendirse, cayendo al precipicio, mientras Ira escondía una risita triunfal a sus espaldas.

«Hombres, básicos y predecibles».

Mucho rato después, cuando ambos saciaron sus instintos más básicos sobre el sillón, Ira descansaba, acariciando su cabeza, en una especie de masaje de relajación. Ella lo miraba a la cara y lo recorría con la punta de sus dedos, hasta que de pronto su respiración acompasada le indicó que estaba profundamente dormido.

Se levantó con sigilo en cuanto estuvo totalmente segura de que él dormía. Descalza y sin hacer ningún ruido, se acercó hasta el ordenador y lo encendió con la pantalla apuntando hacia abajo para no emitir luz. Se llevó

las manos al collar, y desde debajo de la piedra que servía como cámara sacó un *pendrive* diminuto y lo conectó al USB, le dio a las teclas y rápidamente la información comenzó a grabarse.

No tenía tiempo de organizarla, no, todo lo que se pudiera capturar serviría. Lo que sí alcanzó a ver fue que se copiaban archivos encriptados. Peter estaría feliz. Decidió apartar esos pensamientos, mirando al hombre que todavía dormía plácidamente y feliz. El tiempo avanzaba despacio, no pasaban cinco minutos y ella ya estaba nerviosa, no podía olvidar que Misha no era un novato, seguro tenía más o tantos conocimientos como ella.

El archivo que estaba copiando desde el disco duro era bastante extenso, y cuando vio que el ruso se movió la adrenalina se le subió a la cabeza. Sin querer arriesgarse más, retiró el dispositivo y lo volvió a poner dentro de su collar. Apenas saliera de aquella habitación, este empezaría a darle a sus compañeros toda la información. Rápidamente corrió a sentarse en el suelo, al lado del sillón y comenzó a jugar con un mechón rebelde de su cabello, bostezando como si estuviera aburrida de las circunstancias.

Misha despertó, y en los primeros segundos lo hizo desconcertado, perdiendo la relación de tiempo y espacio, en cambio Ira se mordía el interior de la mejilla rogando que no notara nada extraño.

—Tengo que volver —susurró con voz aterciopelada—. Zhenya me estará buscando, llevamos mucho tiempo fuera.

Molesto porque ella fuera quien se quisiera ir y no deseara quedarse un tiempo más, se levantó tirándole el vestido, que en un rápido movimiento ella atrapó y se puso con coquetería delante de sus ojos. Cuando estuvo lista, él se levantó solo con el *bóxer*, le abrió la puerta y siseó:

—Ya sabes el camino de regreso.

—Gracias, espero que hayas dormido bien —respondió, saliendo con una sonrisa imposible de disimular, sintiendo a sus espaldas solo un portazo

de despedida.

Al llegar al primer piso respiró al fin tranquila, pero con una puntada en el pecho que nunca había sentido. Debía salir de ahí lo más pronto posible, tenía que llegar a casa y entregar la información.

Sí, había hecho lo correcto.

## Capítulo III

Con un vaso de vodka en las manos, Misha vio desde la ventana como la limusina se llevaba de vuelta a las mujeres al club, y por más que pensaba, no entendía cómo se había dormido y qué era lo que aquella mujer le había hecho sentir. No era un niño, y mucho menos un adolescente con las hormonas revolucionadas para no haberse podido controlar.

¿Qué le estaba sucediendo?

De pronto sintió como la puerta se abría tras él. Ni siquiera se molestó en ver quién era, solo había una persona más en el mundo que sabía aquella combinación, y precisamente en ese momento no lo quería ver.

—Me imagino que la puta valió la pena, estuviste más de dos horas encerrado con ella, y aunque me gustan las jovencitas, a esta la quiero probar.

—No.

—¿No?

—Esta vez no quiero compartir —aclaró de inmediato, con tanta convicción que hasta él mismo se sorprendió.

Vadik lo miró incrédulo por lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?, ¿me vas a decir que esa mujer tiene droga entre sus piernas y volviste a la adicción? —le preguntó en tono de burla, aspirando una línea blanca que extendió sobre la mesa.

—No estoy de humor, Vadik. Déjame solo.

—¡Qué mierda te sucede! Tenemos que celebrar el negocio que acabamos de hacer.

En respuesta a eso, Misha levantó el vaso y de pronto unos golpes se escucharon en la puerta. Con parsimonia, el *vor* fue a abrir y tres mujeres rubias impresionantes ingresaron a la habitación.

—¡Que comience la celebración!

Con el dolor de su corazón, Ira tuvo que irse a su casa. Sabía que de alguna u otra forma la estaban vigilando, lo había comprobado.

Se metió al baño, encendió la ducha y escribió:

**¡¡NOTICIAS!!**

Luego de eso se metió al agua tibia, debía sacarse ese olor, el olor de Misha, ese que se le había metido bajo la piel. Se cubrió con el albornoz, y con el collar en la mano salió, encontrándose de lleno con uno de sus compañeros.

—¡Jeff! ¿Habrás algún día en que toquen a la puerta antes de entrar?

—Chica superpoderosa —bufó divertido, sentándose sobre su cama —. Has hecho un trabajo increíble —reconoció con orgullo.

—Dime, ¿es importante la información? ¿Pudieron identificar a las personas? ¿Estaba bien la cámara? ¿Por qué no vino Brad?

—¡Wow! Mujer, ¿qué eres, periodista o agente? A todas tus preguntas, sí, estamos trabajando, y respecto a Brad, no sé si comentarte...

—Habla —lo apremió preocupada.

—Se vio todo y más de lo que nos gustaría haber visto. ¿Te queda claro así?

—Supongo que no me dirás más, ¿verdad?

—Exacto, lo único que te diré es que si no quieres matarnos de un ataque cardíaco, intenta alejarte del ruso, cada vez me gusta menos. Los fantasmas no existen.

—¿Aún no encuentran nada de él?

—Nada de nada.



—¿Y si conseguimos su ADN? ¿Fluidos?

—¿Más semen dices tú?

—¡Jeff! —exclamó tirándole la almohada enojada—. No, idiota. Sangre, saliva... lo otro no existe —respondió segura, dándole la espalda.

—Recuerda que soy un genio de la informática —le recordó levantando las cejas.

—¿Cuánto se vio?

—Ahora vete a descansar, mañana nos juntaremos aquí —le informó besándole la mejilla y entregándole un papel con la dirección—. Tú solo agradece que no me gusten las películas pornográficas.

Esa fue toda la comunicación que tuvieron e Ira se fue a dormir, esa noche tenía mucho en que pensar. No alcanzaron a pasar muchos minutos cuando recuerdos fogosos de la noche le vinieron a la mente. Era la primera vez que se dejaba llevar de esa manera. Por mucho que dijera y se mintiera a sí misma diciendo que era por la misión, también lo hizo por ella. El encuentro fue rápido, directo, frío y sin preliminares, dejándola con ganas de más. Lo único bueno había sido conseguir el objetivo.

Lo que no le quedaba claro era dónde quedaba Katuska en la ecuación. ¿Cómo podía ser él el próximo *vor* si tenía una hija? Y si tenía una fiesta privada en su casa, con todos los excesos que ella vio, ¿dónde estaban las menores? Esas dos incógnitas no las podía encajar, no existían.

A pesar de lo cansada que estaba no podía dormir, daba vueltas una y otra vez, y por primera vez sintió calor, mucho calor, a pesar de que la noche estaba tremendamente helada.

Le dio un golpe a la cama con el puño cerrado y bufó:

—¡Maldición, yo no soy así!

Necesitaba hacer algo, salir, ir a trabajar con los chicos si fuese posible, pero no podía arriesgarse. Hacer su vida, concentrarse en su trabajo,

dejar de pensar, y como si desde algún lugar del universo le recordaran que era persona y no la chica superpoderosa que se creía, de pronto comenzó a sentir una picazón gigante en su cicatriz.

—No, Elisa, ahora no —murmuró poniéndose de pie. Una ducha fría, que le hiciera olvidar todo, junto con un par de pastillas para dormir era lo que necesitaba. El orden, el cálculo y tener planeado el día era lo que siempre le ayudaba a sobrellevar su vida, eso le daba estabilidad y ahora la única cosa que le podía dar batalla se la estaba dando: su mente.

El día para Ira comenzó después del mediodía. Como si tuviera un reloj biológico, despertó justo una hora antes de la reunión. Se vistió con un pantalón negro y un *sweater* del mismo color y salió.

Llegó antes de la hora pactada, se sentó al fondo y con un café humeante comenzó a leer el periódico. Se fue directa a la parte de “Ocio y Entretenimiento”, quería ver si aparecía algo de la fiesta de la noche anterior, pero nada.

—¿Descansaste? —preguntó Brad, tirando unos papeles sobre la mesa.

—¡Dios mío! Me vas a matar de un infarto —gritó casi soltando la taza de café que sostenía entre las manos.

Brad la miró con el ceño fruncido sin decir nada, hasta que Blake llegó junto a ellos.

—Como diría mi hermana pequeña, la noche te está pasando factura, tienes una cara que no envidio.

—No es la noche —apostilló Jeff sentándose a su lado—, es...

Solo un codazo recibió por parte de Ira, entendiendo de inmediato el mensaje.

—Esto es peor de lo que pensábamos, los árabes ya cerraron el trato, y no es la droga lo que me preocupa.

—¿No? —Él negó con la cabeza—. ¿Y qué es entonces?

—Uranio enriquecido al 90 %.

—¿Cómo?!

—Sí —continuó Jeff, adoptando una postura seria—. Estamos hablando de una bomba nuclear.

—¡Mierda!

—Lo que no sabemos es cuándo será la entrega, ni la cantidad.

—¿Entonces puede que no sea para una bomba? —preguntó intrigada Ira.

—¿Follar con el ruso te nubló las neuronas? —atacó Brad, mirándola directamente a ella—, ¿o crees que para hacer pan no necesitas harina?

—Gracias a eso tienes la información —apuntó arrastrando los papeles hacia él—. No cuestiones mis métodos. Yo no cuestiono los tuyos y hago mi trabajo.

—La hubiéramos conseguido de otra forma.

—¿Sí? ¿Cómo? A ver, quiero escuchar tu teoría para saber cómo ibas a ingresar en esa habitación, que si no te diste cuenta tiene código lector de huella digital, y por si eso te parece poco, está resguardada por dos hombres armados con ametralladoras PKM. ¡Ah...! ¡Ya lo sé! Con la capa mágica de Harry Potter —se burló liquidándolo con la mirada—. No me jodas, Brad Cambell, y reconoce que todo salió mejor de lo esperado. ¿No fuiste tú el que me enseñó que en este trabajo se separan la vida del deber?, ¿o cómo lo haces tú cada vez que te miras al espejo por la mañana?, ¿o cuando miras a Mary? Porque ella no tiene idea de tu doble vida, ¿o le contaste y yo no me enteré? —replicó molesta—, porque si es así, avísame para dejar de ser la azafata que cree que soy y tú el capitán.

—¡Basta! —espetó dando un golpe en la mesa. Los chicos se miraron y decidieron caminar a la barra. Adoraban a la chica superpoderosa, y uno de

sus superpoderes era sacar de quicio al paciente de Brad, y cuando la batalla se desataba era mejor no estar cerca, las balas siempre se disparaban en todas direcciones.

—No quiero que cuestiones mi trabajo.

—¡Y yo no quiero que te arriesgues innecesariamente, maldita sea! ¡¿Cuándo lo vas a entender?!

—¡Nunca! Estoy haciendo esto lo mejor que puedo, me estoy esforzando al máximo. ¿O crees que no quiero volver? Quiero que toda esta mierda se acabe y así regresar a casa, tomarme unas vacaciones en el campo y olvidarme de todo, ¡y de todos!

—Mentira.

—¡¿Qué sabes tú?!

—¡Todo lo que tú quieres es vengar la muerte de Elisa!, por eso te interesó esta misión. ¿Crees que podrás exterminar a todos los abusadores de este mundo? ¡No! ¿Hasta cuándo tengo que repetírtelo? Asúmelo de una vez para que puedas avanzar en la vida.

—¡No hables! ¡Tú no estabas allí!

—No. —Volvió a golpear la mesa, llamando la atención de todos—. Y me arrepiento cada puto día por no haber estado, pero sigo adelante y no intento matarme para vengar a Elisa, y tú debes hacer lo mismo, ¡han pasado tres años ya!

—Y aunque pasen cien, Brad. Siempre lo voy a recordar, yo no pude hacer nada.

El agente suspiró tomándole las manos, ella estaba temblando y tenía la mirada apagada.

—Escúchame, Ems. Ese día estábamos todos, era imposible saber que se encontraría con ese cabrón en la calle.

—Debí salir con ella, irme, no quedarme en el bar con ustedes.

—¿Y qué hubieras hecho?

—¡Matarlo! Sí, ya lo dije, ¡y qué! Si yo hubiera estado lo habría matado con mis propias manos. ¡¿De qué me sirve que ese cabrón esté en prisión?! ¡Anda, dime!

—Esa no es la mejor respuesta para una agente que trabaja para el departamento de justicia.

—No me jodas, Brad, cualquier persona con sentimientos y nuestros conocimientos haría lo que yo quise hacer. Y si no es así, es porque ya perdieron el corazón y solo son robots sirviendo a su patria. Dime, ¿tú ya te convertiste en uno?

—¿Crees que no tengo corazón por querer hacer lo correcto y llevarlo a la justicia? Somos agentes, no superhéroes que hacen justicia por sus propias manos.

—No lo sé, te lo estoy preguntando a ti —espetó desviándole la mirada, tenía tanta rabia que no la podía ocultar—. Pero lo que sí sé es que si hubiera estado a mi alcance, no habría esperado que otros con sus leyes hayan vengado a mi hermana, y si no lo mataba, al menos lo hubiera dejado sin un solo hueso en buen estado, y después lo habría entregado a una prisión de hombres con un tatuaje que dijera “violador”, así todos se lo follaban por cabrón.

—No hablas en serio, ¿verdad?

—¿No harías lo mismo si hubieran violado y matado a tu hermana, Brad? —preguntó apelando a su empatía. Ella hablaba desde lo profundo de su ser, aún con rabia y dolor porque un sádico malnacido había violado a su hermana menor el mismo día que celebraban su cumpleaños y ella, a pesar de ser agente, no había podido hacer nada para salvarla.

—No, Emily, ya te dije lo que pienso y lo que haría, y no puedo creer que tú —apuntó—, aún guardes rencor.

—¿Rencor? No es rencor el que le guardo, es odio el que le tengo y...

—¿Y qué?! —la cortó nervioso por lo que seguro ella estaba pensando.

«¡Y el día que salga me las va a pagar todas!».

—Nada, nada, olvídale.

—No puedes ser tan vengativa.

—No lo soy —siseó entre dientes, limpiándose rápidamente una lágrima que se le escapaba por el rabillo del ojo—. Y ahora, por favor, te pido que me dejes hacer mi trabajo como mejor lo sé hacer. Y deja de cuestionarme por todo.

—Cuando el caso acabe, irás a terapia, y no acepto discusión alguna, o seré yo el que redacte el informe para decir que no estás apta para ninguna otra misión.

Ira entrecerró los ojos fulminándolo con la mirada, pero se tragaría todas sus palabras, discutir con Brad no la llevaría a ninguna parte.

Los muchachos, al verlos más calmados, se acercaron y comenzaron a trabajar, tenían muchas cosas que hacer, y otras tantas por averiguar.

De toda la información recabada, ahora sabían en qué consistía el cargamento y lo que contenía, pero no sabían la fecha ni el lugar, eso tendrían que averiguarlo a como dé lugar, y aunque no les gustara aceptarlo, Ira era la única que podía averiguarlo, y lamentablemente de la mano del ruso.

—No creo que sea tan complicado volver a esa habitación.

—Él no se volverá a dormir, y aun así nada nos asegura que vuelvan a ese mismo lugar, teniendo el club o cualquier otro puto hotel en esta maldita ciudad —reconoció Brad mirándola.

—Intentaré volver a su casa.

—No me parece —bufó el agente a cargo, echándose hacia atrás para mirarlos a los cuatro.

—No veo otra alternativa, por lo demás, no sé si es gran sacrificio para... —Otro codazo por parte de Ira se llevó Jeff.

Al rato se despidieron como siempre. Ella debía volver a su trabajo. Un día más para averiguar, un día menos para el final.

Con un vaso de vodka, Ira se sentó en la barra. Recién había terminado de bailar y Zhenya en premio le había regalado un aliciente. Un segundo trago. La mujer le hablaba de lo bien que lo había hecho, pero Ira no le estaba poniendo atención, no dejaba de pensar en cómo acercarse más a ese maldito ruso.

Una semana había pasado desde la fiesta y él solo se dedicaba a mirarla bailar. En ocasiones le había llevado algo a un privado, pero él hacía como que no le importaba, incluso compartía con sus compañeras. Ella misma lo había descubierto en varias oportunidades, pero sabía que le atraía, lo había pillado observándola, pero no decía nada. ¿Qué pasaba por la cabeza del ruso? ¿Cómo podía hacer para acercarse más a él? Tenía que volver a llamar su atención, ¿pero cómo?

Dio un sorbo al vodka mirando cómo una de sus compañeras flirteaba con un cliente abiertamente. En cosa de minutos apareció Zhenya regañándola. Le quitó la bandeja y caminó directamente hasta donde estaba ella sentada.

—Tú, lleva esto al privado cinco donde está el jacuzzi.

—Terminé mi turno —y mirando su reloj continuó —, hace cinco minutos.

—¿Te lo repito?

—No. —Sonrió a Zhenya, estirando la mano para que le entregara la bandeja—. No seas cascarrabias, se te pondrá el cabello completamente blanco.

—Ustedes harán que me vuelva vieja antes de tiempo. —Le devolvió algo parecido a una sonrisa—. Ahora ve, que a los árabes no les gusta esperar.

—¿Árabes? —Eso sí encendió su curiosidad, ¿podrían ser los mismos?

—Bueno, árabes, musulmanes, iraquíes, iraníes, no sé de dónde son exactamente, solo sé que son los invitados del *vor* y son preferenciales.

—Bueno, entonces no los hago esperar más —dijo, y decidida caminó hacia el privado, pero antes puso en un vaso:

## **LOS ÁRABES ESTÁN AQUÍ, PREPAREN EL IDENTIFICADOR BIOMÉTRICO ù**

En el privado no solo estaban los árabes, estaban con compañía. Desde un lateral de la habitación, Misha observaba cómo dos mujeres se tocaban entre sí y luego avanzaban al jacuzzi, donde no tardó en incorporarse Vadik.

—¿Hoy solo mirarás? —le preguntó su amigo, indicándole a una de las chicas que fuera a entretenerlo, y ella encantada obedeció.

Misha sonrió, era típico del *vor* creer que el sexo lo era todo, eso sería su perdición, en cambio para Misha solo existía una cosa importante: él y solamente él.

Mientras los observaba besarse dentro del jacuzzi, se le pasó fugazmente la idea de compartirlo con Ira.

Esa mujer que no se podía sacar de la mente.

Estaba excitado mirando la situación, no lo podía negar. Vadik estaba follando a una mujer dentro del agua mientras Ahmed la poseía por detrás.



Cuando la chica se acercó, decidió entregarse al juego sin dudarle y susurró:

—Hazme olvidar quién soy.

Deseosa de cumplir su deseo, la chica comenzó a seducirlo, jadeando mientras se acercaba a su boca, pero él se la retiró.

—No me beses y demuéstreme lo que sabes hacer.

Eso fue todo, y la chica comenzó a hacer lo que sabía. Durante varios minutos él se olvidó del mundo, cayendo en aquel morboso juego de deseo y seducción.

Una, dos y tres veces tocó la puerta del privado Ira, que más que una habitación, era un pequeño salón con jacuzzi y cama incluida, y al ver que nadie respondía, decidió entrar.

Dejó la bandeja a un costado, pero al ver al *vor* y al árabe no pudo desperdiciar la oportunidad, los tenía a la vista. El árabe ocupaba todo su campo de visión, tenía que grabarlo, pero algo llamó su atención, y sin girar su cuerpo, por el rabillo del ojo lo vio.

Esa voz, ese gemido era inconfundible para ella, ronca, masculina y muy a su pesar... su perdición.

La mujer estaba haciéndole una felación a Misha, mientras él la sentía con los ojos cerrados apurándola todavía más, pero como si algo le impidiera concentrarse y culminar, abrió los ojos y la vio. Sus miradas conectaron y él sonrió con arrogancia sin dejar de mirarla ni un solo segundo.

Ira sintió una puntada de placer que se alojó justo en su entrepierna cuando Misha tomó a la mujer y la sentó sobre él de espaldas, sujetándole la cola para que ella mirara al techo de la habitación.

—¿Quieres más duro? —preguntó a la joven y esta asintió, en tanto Ira tragaba saliva y cruzaba las piernas para disimular su excitación.

A partir de ese instante, el cuerpo de la agente comenzó a temblar, y todo lo que la mujer sentía se lo traspasaba a ella. Un calor intenso se apoderó de su cuerpo. Una... otra... otra... y otra vez. Misha entraba y salía del cuerpo de su compañera mientras jadeaba de puro placer. Una vez que la mujer llegó al orgasmo arrasador, el ruso con cuidado la levantó, depositándola en la cama, para luego caminar hacia ella.

—No te muevas —le ordenó en un tono frío y aterrador, llamando la curiosidad de todos, justo cuando ella comenzaba a dar el primer paso hacia atrás.

—Eh... tú, puta —le habló el árabe, llamando su atención—. Entra acá.

—Olvídalo —aclaró Vadik—. Esa puta tiene dueño.

Ira negó con la cabeza las palabras de esos hombres, una cosa era hacerlo con Misha y una muy diferente con alguno de ellos. Dio un paso más desobedeciendo la orden y chocó con un cuerpo duro como un muro, que la detuvo presionando una mano contra su cintura.

—¿No te gusta lo que ves?

No pudo responderle. Cuando escuchó a ese hombre, muchas imágenes se le pasaron por la mente, asustándola.

—Vamos —la apremió, moviéndola aún más hacia adelante para que la vieran—. Responde.

—No... yo... por favor... no puedo.

Asombrado al escuchar la fragilidad de esa respuesta y que incluso le costó hablar, pero sobre todo molesto porque aquella insensata llamara la atención de Ahmed, preguntó:

—¿Qué mierda haces tú acá, puta? Siempre estás en lugares que no te corresponden. Sabes que yo podría hacer que te echaran ahora mismo, ¿verdad?

Ella tragó saliva asintiendo y después de unos segundos murmuró:

—Zhenya me envió, pero... pero no le digas que me quedé... por favor.

Irguiéndose para mostrarle la diferencia de estaturas, y totalmente desnudo, la giró hacia él para que lo mirara a los ojos.

—¿Por qué no quieres que le diga? ¿Acaso no haces lo mismo que ellas?

Ahora sí que estaba nerviosa, tenía que salir de ese lugar, pero no podía, Misha no se lo permitía, y susurrándole sobre los labios le dijo:

—Te aseguré que te pagarían muy bien, sobre todo Ahmed. Incluso podrías alardear entre tus compañeras que te follaste al árabe más importante de este país. ¿No es eso lo que ustedes hacen? ¿Acaso ya no le contaste a Zhenya que follamos...?

Achinando los ojos, y molesta por aquella aseveración tan venenosa, intentó soltarse con todas sus fuerzas y murmuró:

—Yo... yo no le he contado a nadie.

—¿No?

—No. Y ahora suéltame.

Por supuesto que no lo hizo, deseaba desnudarla, meterla en algún privado y disfrutar de ella hasta extasiarse. La deseaba más que a nada en esos momentos, y sin dudarlo, le tomó la mano y se la llevó a su erección. Al sentir su tacto, susurró en su oído, poniéndole el vello de punta:

—Me debes un orgasmo, y me lo vas a dar ahora.

—No... —balbuceó, una cosa era estar con el ruso por un propósito en su oficina, y otra muy distinta era en aquel lugar donde no podía sacarle ningún tipo de información.

Misha acercó su boca a la de ella, y después de pasar su lengua por sus labios le aclaró:

—No te estoy preguntando, puta, te lo estoy ordenando.

Esa voz... Aquella intensidad no la dejaba pensar con claridad. Una parte de ella quería decirle que sí y entregarse al placer que sabía que obtendría, el mismo que había reprimido sentir en su casa. Dios... deseaba sentirlo a él, solo a él y para ella, y antes de que le pudiera responder, sintió como pegaba sus labios y la besaba. Metió la lengua con tal intensidad que fue imposible rechazar, el sabor de Misha era cautivador y, pegándose más a su cuerpo, se acercó a él para devolverle el beso con la misma intensidad.

Misha soltó un gemido de puro placer mientras iba sintiendo cómo cada parte de su cuerpo reaccionaba a ese beso arrollador que ahora ella le estaba otorgando.

Cuando Ira sintió que se le acababa el aire, y él bajaba toda la guardia, se retiró, y mirándolo a los ojos, dándole un mordisquito en el labio inferior, le soltó:

—Soy puta con un horario establecido, y este terminó hace más de media hora, si quieres tener tu orgasmo, pídeselo a alguien que esté trabajando a esta hora.

Alucinada por lo que acababa de hacer, y antes de que el musculoso pudiera reaccionar, corrió por el pasillo que daba a la salida. Fue directa al camerino, tomó sus cosas y salió del club.

«¿Qué mierda me está pasando?», se preguntó con el corazón acelerado.

Cuando varios segundos después Misha fue consciente de lo sucedido, golpeó la pared con fuerza. Unas mujeres que pasaban por ahí se asustaron, más que por el golpe, por la cara que ahora tenía aquel hombre. Y muy consciente de la erección que aún poseía, que ahora le llegaba a doler, volvió a entrar en la habitación donde continuaría jugando.

¡Ahora sí iba a jugar!

Él sabría esperar, si la puta quería jugar, le enseñaría quién saldría ganador.

Al otro día, muy temprano, incluso antes de las siete de la mañana, alguien tocó a la puerta de Ira. Eso la alertó. Buscó el arma que guardaba bajo una tabla de la cama y caminó decidida a mirar por el visor. Cuando vio quién era, se relajó.

—Si no es realmente importante, Jeff, yo misma te voy a matar.

—Vístete, vamos a correr.

—¿Qué? Estás loco, está nevando —le dijo apuntando hacia la ventana.

—¿Te lo repito?

—¿Qué quiere Brad? —preguntó resignada—, ¿qué hice ahora?

—Brad ahora está en el séptimo sueño, soy yo el que te lo está ordenando.

—No eres mi superior —comentó mientras se colocaba un par de pantalones.

—Tienes cinco minutos, si no sales, te sacaré yo mismo y me dará igual si estás en bragas y se te congela el culo —afirmó, y salió dando un portazo que hizo estremecer toda la habitación.

Vestida como si viviera en el polo, Ira salió a encontrarse con el agente, que tal como le había dicho, la esperaba en la esquina. Comenzaron a correr por el parque, hasta que casi una hora después Ira, agotada, sin poder dar ni un solo paso más, pidió clemencia.

Jeff aminoró el paso, pero no dejó de correr hasta que llegaron a una cafetería.

La chica al verlo, con una sonrisa maravillosa, se acercó para

atenderlos, por supuesto, primero a él.

—¿Qué desea?

—Dos cafés, dos tostadas y huevos revueltos.

Ira levantó una ceja increpándolo, pero a Jeff eso no le importó.

—¿Cómo les fue con la identificación del árabe?

—Ahmed Zelfi, cuarenta y tres años, sunita, uno de los terroristas más buscados en el mundo. Tiene en su país más del 75 % de aprobación. ¿Sabes qué significa eso?

—¿Que vamos a atrapar a uno de los mayores cabrones del mundo?

—No, que su pueblo lo considera un dios, así que escucha bien. Escenario: logramos capturarlo y entregarlo a las autoridades. Agentes: son felicitados por la misión.

—Eso me parece fabuloso —reconoció Ira con una sonrisa de satisfacción en los labios, justo en el momento en que la chica servía los cafés.

—Ahora, escenario real: logramos capturarlo sin tener bajas “considerables”. —La forma de decir considerable a Ira no le gustó, pero calló—. Lo entregamos a las autoridades sin ser interceptados por ningún grupo terrorista, ni por rusos, ni por la mafia roja. Agentes: jamás felicitados en público para salvaguardar su identidad.

—Jeff, yo entiendo. Si quieres abortar la misión para no involucrar a Annie...

—¿Me estás escuchando, Emily?

—¡Jeff! —exclamó Ira.

—Jeff nada, escúchame tú a mí, y escúchame bien. Yo estuve de incógnito en Pakistán y lo sabes, pero a diferencia de esta misión fui agente de campo, y jamás temí por mi vida, porque el único flanco peligroso lo teníamos cubierto, en cambio ahora no es así. No tenemos ni un puto flanco

cubierto, porque cada día aparecen más. Uno es este terrorista y otro muy distinto la mafia roja, ni siquiera el pacto entre ellos es confiable, se puede romper en cualquier momento, o peor aún, si otra *bratva* se entera, ofrece más y el uranio se va con el mejor postor...

—No entiendo lo que me quieres decir —reconoció prestándole mucha atención.

Jeff suspiró profundamente antes de continuar.

—Sé que todo lo que te diga no hará que abandones esta misión, que tanto como si fallamos como si no, nadie se enterará. Pero sí quiero que te cuides un 200 %, y que no confíes en nadie.

—No confié en nadie —se defendió.

—Y quiero que lleves esto —le dijo entregándole un móvil inteligente de última generación.

—¿Un teléfono?

—No es uno cualquiera y, además de tener el nombre de todos nosotros en forma de mujer, si aprietas el cero se activará un explosivo en diez segundos. Es una pequeña bomba, debes cubrirte porque la onda expansiva es de diez metros, un metro por segundo, ¿lo entiendes?

—Sí, pero tranquilo...

—Ems, solo hazme caso, y ahora disfrutemos de este desayuno y...

—¿Y aún hay más? —preguntó realmente interesada, todo lo que le había dicho era realmente preocupante, pero ahora no podía dejar que el miedo interfiriera.

—Cuídate del fantasma, no me gusta.

—Nadie te gusta.

—Misha menos que nadie, creo que cuando volvamos a nuestro país te inscribiré en esas citas exprés, donde se reúnen en un bar y se hacen preguntas durante un tiempo determinado.

—¿Qué? ¿No serías capaz, verdad?

—Oh, sí, ya lo verás, incluso Annie está de acuerdo. Necesitas un hombre, uno normal con nombre y apellido, y ojalá vista de chinos y camisa, que tenga un trabajo corriente en una oficina y que su horario sea de nueve a cinco.

—Mejor me buscan un jubilado —se burló.

—Estás loca, no quiero que te lleven a prisión por asesina.

—¿Y por qué por asesina? —preguntó abriendo mucho los ojos mientras le daba una mascada a su pan.

—Porque lo matarías de un infarto al corazón por sexo —apostilló y ambos comenzaron a reír como tanto necesitaban.

La mañana transcurrió con normalidad, entre ellos solo reinaba la paz, eran amigos entrañables, incluso ella le había presentado a su mejor amiga, que hoy era su esposa Annie. Entre ellos no había secretos de ningún tipo. Para el equipo ese era uno de los principales requisitos, honestidad ante todo.

De vuelta a su realidad, y después de haber pasado trabajando toda la tarde con los chicos, Ira volvió a su departamento, se vistió con un short negro de látex y un top que dejaba entrever sus senos. Esa noche se celebraba una fiesta de BDSM.

Cuando entró al club, vio que resaltaban los colores negros y rojos, respiró el ambiente de dominación y sumisión, mientras un escalofrío recorrió su cuerpo al escuchar el tintineo de collares de esclavos y el sonido de algunos látigos chocar con el cuerpo de mujeres y hombres por igual.

A Ira le gustaba el sexo, no lo podía negar, pero no podía entender el gusto por el sadomasoquismo y miraba estupefacta las escenas que se presentaban delante de ella. Esa noche actuaría una rutina diferente, pero sabía que las parejas estarían más concentradas en otra cosa que en ella misma.



Cuando terminó de bailar recorrió el lugar como cada noche, interactuando con algunos clientes, aguantando con su mejor cara algunas nalgadas, pero lo que no fue capaz de tolerar fue un latigazo en el culo. Se giró y, antes de que le propinaran el segundo, ella levantó el látigo y lo atizó contra el cuerpo del hombre, que lo recibió gustoso, incluso pidiendo más, e Ira comenzó a descargar su rabia y su furia con él.

Misha estuvo reunido con Vadik gran parte de la noche y estaba impaciente por bajar para poder verla, pero la reunión se alargó más de la cuenta. Cuando al fin pudo hacerlo, tenía muy claro lo que quería hacer, esta vez ni el horario la salvaría de sus manos.

Lo primero que hizo fue buscarla, y como si tuviera un radar, antes de llegar al último escalón, la vio azotando a un hombre. Como si sus pensamientos conectaran, ella lo miró, y al verlo, como si le quemara las manos, dejó caer el látigo al suelo.

Misha caminó entremedio de la gente con una sonrisa triunfal. Con el ego sobre las nubes llegó hasta ella, recogió el látigo del suelo y le tomó la mano. Ira no tuvo ni una sola posibilidad de resistirse a su agarre.

Entraron a una habitación, y con una mirada desafiante que no admitía reproches, le ordenó:

—Sácate la ropa y ni se te ocurra decirme que no estás en horario de trabajo.

Ira tragó saliva y dudó en una primera instancia, sobre todo cuando vio cómo Misha se golpeaba la mano con el látigo, haciendo que se le encrespara la piel. No había probado el sado, no pensaba hacerlo en ese momento.

Mientras se quitaba la ropa, Misha paseaba su mirada por aquel cuerpo turgente. No podía negar que esa mujer lo enloquecía y era

tremendamente tentadora, incluso para un hombre como él. Cuando terminó de mirarla, dejó sus ojos clavados en su monte de venus y se acercó a ella.

Ira estaba erguida como una estaca, ni un músculo se le movía, pero su cuerpo completo tembló cuando le pasó el látigo por la espalda, apenas la rozó y ella saltó:

—Pensé que eras muchas cosas menos un cobarde que le gusta pegar a las mujeres, haciéndoles creer que sentirán placer al ser golpeadas.

—No te gusta el BDSM ¿verdad? Te asusta —afirmó recorriéndola ahora con la vara verticalmente.

—Deja de preguntar estupideces y haz lo que tengas que hacer ya.

Esa altanería y seguridad que poseía era lo que le encantaba de esa mujer. Sonrió, y deseoso de entrar en su juego, se quitó la camiseta con movimientos lentos y estudiados, para luego comenzar a desabrocharse uno a uno los botones de la bragueta de su pantalón con chulería.

—¿Te agrada lo que ves?

Claro que le gustaba, era fibroso y, a pesar de estar cubierto por tatuajes, que se hacían mayormente en la cárcel, a él le lucían *sexy* y varoniles, pero no pensaba darle en el gusto enalteciendo aún más su ego.

—He visto mejores, no seas egocéntrico —respondió, y caminó hasta una de las mesitas para entregarle un preservativo.

Cuando lo tomó, lo tiró al suelo con desdén.

—No lo voy a usar.

Ira abrió la boca, pero se dio cuenta de que eso era lo que él quería, que protestara, y tampoco se lo diría. Ella se cuidaba y estaba claro que ese hombre estaba limpio, o al menos así lo esperaba.

—Acuéstate sobre la cama y cierra los ojos.

Obedeció y él se dedicó a mirarla. Quería contemplarla, embeberse de su cuerpo, y esta vez quería disfrutarla. Era preciosa, todo en ella le gustaba,

incluso los músculos que se le formaban en los muslos y el pequeño temblor que tenía en sus pies.

Sí, estaba nerviosa.

—¿Te vas a dedicar a mirarme todo el tiempo? Esto no funciona así —protestó—, no tengo toda la noche para ti —acotó. Necesitaba salir rápido de ahí, que pasara lo que tenía que pasar en un plis plas y ya.

—Tengo todas las horas que me plazcan por delante, puta.

«Putá tu madre, imbécil», pensó cerrando más los ojos, signo que él no pasó por alto, eso le molestaba. A cada segundo que pasaba la conocía un poco más, y justo cuando ella, cansada, ya iba a abrir los ojos, sintió como Misha posaba su cuerpo sobre el suyo.

Varios segundos después, acalorada por todo lo que el ruso le decía, obedeció a todas sus órdenes, olvidándose de todo, y de todos. ¡Dios, cómo le hacía sentir ese hombre!

En un momento de cordura intentó quitarse el collar, pero Misha no se lo permitió, apresándole las manos por sobre su cabeza.

—No... me gusta —murmuró extasiado.

«¡Es una cámara, imbécil!».

Si su olor era increíble, su sabor terminaría por hacerlo adicto. Era mejor que la droga, incluso podría ser su heroína personal.

Esa noche y todas las de la semana siguiente, Misha hizo todo lo que quiso con Ira, ella era absolutamente toda para él y nadie más la podía tocar.

Habían adoptado una especie de rutina, y a pesar de las reprimendas de sus compañeros, cada vez que Misha la esperaba después de bailar, ella se quitaba el collar y solo se lo volvía a poner cuando él salía por la puerta de la habitación, dejándola completamente sola.

Deseo, pasión, desafío, pero sobre todo contradicción era lo que cada noche pasaba por la mente de la agente, y aunque no había noche en que la

soledad de su habitación no se recriminara su forma de actuar, era verlo y olvidarlo todo... y a todos.

## Capítulo IV

Tras varios días de ausencia, Misha volvió al club. Esta vez, aunque acompañado del *vor*, decidió buscarla primero a ella. Cuando la vio conversando con un cliente, la miró con deseo. No había podido sacársela de su mente ni una sola vez, era pensarla e imaginársela mirándolo a los ojos con esa forma tan especial... que lo fascinaba por completo.

Tal y como él esperaba, cuando Ira lo vio sonrió, y no tardaron ni dos segundos para que ella se despidiera y caminara a los privados donde siempre se encontraban.

Vadik levantó la mano y uno de sus hombres acudió rápidamente.

—¿Está todo listo para la subasta?

—En una hora todo estará preparado, señor.

—¿Y las *devochki* <sup>[3]</sup> ya están aquí?

—En menos de una hora, señor.

—Perfecto —y mirando a Misha continuó—, tienes media hora con tu puta, luego tienes trabajo, yo estaré en el privado de siempre. Esta vez te dejaré elegir a ti por mí, y quiero a una buena.

Misha solo lo miró, y con un asentamiento de cabeza se marchó hasta donde sabía lo esperaba Ira.

Cuando dos hombres se acercaron para hablarle, él levantó la mano, simplemente los silenció con una mirada y siguió caminando directo hasta donde estaba ella. La tensión sexual no resuelta que llevaba desde hace un par de días lo estaba matando.

Al entrar la vio de espaldas mirando por la ventana, miró su reloj y luego habló.

—Desnúdate, tengo media hora.

El corazón de Ira comenzó a latir. Nada quería más que hacerlo, la idea le encantaba y lo que seguro vendría a continuación también, pero no le había gustado la forma, y cuando fue a protestar, Misha pasó por su lado y dándole un azote en el culo repitió:

—Apresúrate, no tengo tiempo.

Con la respiración acelerada al sentir cómo Misha se acercaba y comenzaba a tocarla, sin poder negarse comenzó a quitarse el vestido, al mismo tiempo que él le decía palabras de grueso calibre al oído. ¡Cómo la enloquecía ese ruso!

—Sí... sí quiero —murmuró a lo que le pedía en ese momento.

Y sin más preámbulos comenzó a bajar, besándole el torso ya desnudo.

—Me gustan tus labios... tu cuerpo...

Extasiada por lo que sentía, cuando estuvo a punto de llegar, al mover su mano sintió su collar. Eso fue un balde de agua fría para su cordura, y con toda la fuerza de voluntad que pudo reunir en cosa de segundos, se separó de él y dijo:

—Creo que mejor lo dejamos para otra ocasión, tú tienes que trabajar y yo tengo que irme, mi horario ya está cumplido.

Enojado y muy molesto porque ella no continuara con lo que estaba haciendo, bufó, resopló y maldijo. Quería sentirla, quería sus labios, sobre todo la quería a ella, pero a pesar de que no insistiría, tampoco daría su brazo a torcer.

—Gírate, es una orden, y las putas obedecen órdenes, además, no lo harás gratis —dictaminó girándola él mismo.

«¡Idiota! Métete tus putos *rublos* por donde mejor te quepan», pensó en tanto sentía cómo Misha se acomodaba detrás de su cuerpo, tocándole los pezones con los dedos hasta dejárselos totalmente erectos.

—No están nada mal.

Eso sí que le molestó. Resopló indignada y él, al ver que se retiraba de su alcance, le dio una nueva nalgada en el trasero.

—Me vuelves a pegar en el culo y lo lamentarás.

Misha rio con ganas, y volvió a azotarle el trasero diciéndole:

—Yo pago por tu culo, así que no seas puritana, que monja no eres, eres...

—¡Putas! Ya lo sé, ¡deja de repetírmelo!

—¿Te molesta que te diga putas?

—No —mintió tratando de serenarse—. Me molesta que me azotes y.... —mirando su reloj continuó—, ya tienes que irte, pasó tu media hora, si quieres le digo a alguna de mis compañeras “putas” —recalcó—, que cuando termines de hacer lo que tengas pendiente se queden contigo.

Misha la miró con rabia, ella tenía razón, su tiempo había expirado.

—Me voy a la subasta —anunció poniéndose la camiseta.

Al escuchar aquella palabra sus cinco sentidos se pusieron alerta, comenzando también a vestirse rápidamente, incluso saliendo antes que él.

Casi corriendo, llegó en busca de alguien que le pudiera dar más información. No le costó demasiado, ya que en el camerino una de sus compañeras estaba justamente discutiendo con Zhenya sobre eso.

—Ira —la detuvo Zhenya—. ¿Has visto a Misha?, el *vor* necesita que supervise y etiquete la mercancía.

“Mercancía y etiquetar” fueron dos palabras que le revolvieron el estómago, y una mueca de asco imposible de disimular apareció en su rostro.

—¿Hasta cuándo esas nos quitarán el trabajo?

—Cállate, Rachel —la cortó Zhenya enojada mirando cómo Ira se marchaba—, hay invitados importantes esta noche, no quiero que hagas ningún escándalo, si no te las verás conmigo —le aclaró y salió rauda del

lugar. Si su intuición no le fallaba, esa noche estaría más ocupada que de costumbre, y a ella una de las cosas que no le gustaba en la vida era hacer de niñera.

Después de haber vaciado todo su estómago en el baño se refrescó bajo el grifo de agua fría. Tenía que recuperar la cordura y pensar muy bien, no tenía tiempo ni para avisarle a su equipo, solo confiaba en que ellos estuvieran viendo y oyendo lo mismo que ella.

Sin perder más tiempo, se dirigió hasta donde seguro estarían las niñas, ese lugar donde la música clásica era la reina del lugar, pero ahora no podía ni quería pensar.

Al fin llegó, situándose delante de la misma puerta que había visto en otra ocasión, pero esta vez no sintió ruido alguno. Por un momento su corazón comenzó a temblar, pensando que había llegado demasiado tarde, lentamente giró el pomo y su alma volvió al cuerpo cuando vio a una de las chicas ovillada sobre un sillón.

Ira caminó apresuradamente hacia ella y la levantó para ver su estado, pero esa no era una chica, era una *zombi* drogada hasta las cejas.

—¿Puedes caminar?

—Mi... mi amiga —tartamudeó apuntando en un hilo de voz hacia otra puerta, una que ella jamás había reparado—. Está... está con el ruso.

El ruso no podía ser otro que Misha, ella lo sabía, no lo negaría, ni se lo negaría a ella misma, solo que no lo podía entender. Sin pensar en nada, y con un solo objetivo, se dirigió a la puerta. Una parte de ella deseaba encontrarlo allí y pillarlo *in fraganti*, y por otra parte rezaba para que no fuera así. ¿Qué le pasaba?

Entró decidida, y lo que vio la dejó unos segundos paralizada en el quicio de la puerta. Una chica sentada, con los ojos cerrados y los pies amarrados, pero lo que la tenía en ese estado era verla desnuda, temblando.



Ahora le costaba respirar, incluso se estaba mareando. Todo estaba volviendo a pasar, estaba volviendo a recordar y a verlo todo, pero esta vez no era Lisa la que estaba en aquella habitación. La secuencia pasó delante de sus ojos. Lo que había sucedido con Lisa le había dolido como persona, la había marcado como hermana y la había sobrepasado como agente, pero sobre todo la había destruido como mujer. Un quejido la sacó de su ensoñación y corrió hacia la silla para ayudarla. Rabia y dolor corrían por sus venas, estaba dispuesta a arruinar la misión por salvar a esas menores, dispuesta a enfrentarse a todo, ya estaba ahí.

Tomó la ropa que estaba doblada en un costado y ayudó a la niña a vestirse, mientras lágrimas de impotencia cubrían su rostro.

Fue tal la angustia que vio la chica en la cara de Ira, que a pesar de estar asustada fue ella quien habló.

—Él... él me salvó.

—¿Cómo? —preguntó cortando las amarras, abriéndole las piernas para ver si estaba bien, y al cerciorarse de que sí, pudo volver a respirar... otra vez.

—El señor me dijo que me quedara acá, que no me pasaría nada, que no entraría a la subasta.

—¿Estás bien? ¿Te ha... tocado? —Incluso a ella le dolía pronunciar aquella palabra.

—*Ne, ne*<sup>[4]</sup>... —susurró ahora asustada, pero más tranquila al ver que el rostro de su salvadora volvía a ser el mismo—. Solo estoy mareada y veo... doble.

—Escúchame, te voy a sacar de aquí, pero necesito que me ayudes, ¿puedes caminar?

La chica asintió con la cabeza, y ayudada por Ira salió de la habitación. Se quedaron un segundo sentadas mientras la agente revisaba si la

salida era segura, una vez que lo comprobó volvió hacia las menores para ayudarlas. Tomó a la de pelo azulado, que era la que estaba en peores condiciones, ayudándola a caminar, pero cuando abrió la puerta se encontró con su peor pesadilla, que antes de que pudiera hablar o reaccionar, levantó el brazo clavándole una jeringuilla en el cuello.

—¡Hija de puta! —Fue lo único que alcanzó a balbucear Ira antes de desplomarse, mientras escuchaba a lo lejos el grito de terror de las chicas que intentaba salvar.

Rápidamente la tomaron por la cintura, sacándola por una puerta lateral, dejando a las niñas al cuidado de alguien que venía detrás.

No supo cuánto tiempo estuvo durmiendo, hasta que sintió un dolor en el cuello y comenzó a reaccionar. Lentamente levantó la cabeza, y al intentar abrir los ojos se dio cuenta de que los tenía vendados. Su primer instinto fue mover las manos, pero también las tenía atadas al igual que los pies.

Escuchaba murmullos entre dos mujeres, una conocida y la otra no, hasta que de pronto sintió cómo caminaban hacia ella, y con un solo movimiento le arrancaban la venda de los ojos. Entonces se alarmó. “Ni perdón, ni olvido”, esa frase fue lo primero que se le vino a la mente.

—Tú sí que eres ilusa, Ira —le dijo Zhenya mirándola desde arriba—, ¿crees que eres la única puta con ganas de salvar a esas mocosas? ¿Crees que son unas santas?

—¡Son unas niñas! —escupió con rabia tratando de soltarse.

—¡Niñas! Esas saben más de lo que tú seguro sabías a esa edad —respondió con desdén.

—Son vírgenes —apostilló mirándola directamente a los ojos, necesitaba ver su reacción y, además, salir de ahí antes de que los chicos entraran por ella.

—Y por lo mismo estaban separadas del grupo —siseó entre dientes y, acercándose a ella para susurrarle al oído, continuó—, no vuelvas a entrometerte, si no yo misma te voy a borrar de este mundo, y si no fueras importante para Misha, yo misma acabaría contigo. Ahora vete —dijo con desprecio, al tiempo que con una navaja, que jamás supo dónde escondía, la soltaba.

—¿Dónde están? ¡¿Dónde las llevaron?! —exigió saber Ira, mientras rápidamente se levantaba para increparla, pero Zhenya la detuvo.

—Están bien, eso es lo único que debes saber. Y esto que acaba de suceder solo quedará entre nosotras, espero por tu bien que lo sepas entender. Ahora sal de aquí —la apremió llevándola hasta la puerta, y antes de abrirla le entregó un papel.

—¿Y esto?

—Misha me ha pedido que te lo entregue.

Rápidamente Ira salió de la habitación, un sentimiento de pena y rabia la embargaba, caminó sin mirar nada ni a nadie. Corrió al camerino a buscar sus cosas, ni siquiera se cambió, solo quería salir de ahí y avisar que estaba bien.

Justo mientras cruzaba el gran salón, vio cómo sus enajenados compañeros Peter y Jeff ingresaban a toda prisa. Ira ahora sí que corrió, y sin poder evitarlo, buscó a Brad con la mirada, sabía que si ellos estaban entrando, el agente a cargo ya estaría en el lugar, y lo que menos deseaba en ese momento eran problemas o un enfrentamiento.

—¡Estoy bien, Brad, estoy bien! —repitió exclamando, casi tirándose sobre él cuando lo vio—. Pero vámonos de aquí, por favor.

—Estoy a punto de matarte yo mismo —le recriminó al mismo tiempo que le tironeaba la chaqueta para revisarle el cuello, y cuando notó el pinchazo, que se le estaba poniendo morado, rugió con rabia y desesperación

—. ¿Qué mierda tienes en la cabeza?

—Vámonos, nos están mirando —pidió Jeff, que había llegado junto a ellos, tomando a Ira posesivamente por la cintura, para simular cercanía y así poder salir sin levantar sospechas.

No alcanzaron a dar ni cinco pasos cuando dos hombres, enseñando sus armas, los bloquearon.

—¿A dónde crees que vas? —oyó Ira que le decían con total claridad, al mismo tiempo que sus amigos y compañeros se cuadraban frente a ella para protegerla del ruso.

Ira no podía creer cómo se estaban complicando tanto las cosas, y lo que temía que sucediera estaba a punto de ocurrir.

—Ya he cumplido mi horario, me voy —explicó aparentando una normalidad que no sentía.

—Hace dos horas me dijiste lo mismo.

«¡Dos horas! Por eso todos estaban tan alterados, Dios, ahora sí que quedaría una hecatombe si no actuaba rápido», pensó.

—Estaba conversando con ellos —apuntó a cada uno de sus compañeros—, son amigos de Zhenya, y ya se iban, ¿verdad?

No de muy buena cara y dispuestos a pelear, ellos asintieron con algo parecido a una afirmación, y fue ella quien dio el primer paso hacia adelante para desmarcarse de su agarre.

—Ahora sí me voy —anunció—, solo he venido a acompañarlos a la puerta.

Pero Misha no estaba dispuesto a dejarla ir, no así tan fácil, así que sin importar le la cara de esos hombres la estrechó entre sus brazos, fijándose también en la marca de su cuello, pero este no dijo nada, aunque le resultaba más que sospechoso.

—Sabes las reglas, ¿o quieres que te las recuerde?

—No, las recuerdo, y si no estás tú para recordármelo está Zhenya.  
¿Me dejas ir?

Una vez que sus compañeros se hubieron retirado, los hombres armados también lo hicieron, dejándolos solos.

—Solo yo pago por ti. ¿Me escuchaste bien? ¿Entendiste bien? No quiero que nadie tenga lo que es mío.

Ira no sabía qué decir, qué responderle, realmente ese hombre le turbaba la razón y los pensamientos. Horas antes estaba dispuesta a enfrentarlo y ahora, después de sus últimas averiguaciones, no sabía ni siquiera qué hacer.

—Me tengo que ir.

—No me hagas enojar, Ira, no querrás ver el demonio que llevo dentro —habló, y después de mirarla fijamente a los ojos, le hizo una señal a uno de sus hombres para que la acompañara, y aunque Ira protestó, fue imposible persuadirlo.

Ahora iba en un auto camino a su casa escoltada por dos guardaespaldas, ya ni su propio lugar sería de dominio desconocido.

Los hombres se cercioraron que ella ingresara y luego se retiraron. Lo primero que hizo Ira fue buscar el teléfono que Jeff le había dado y marcar a Brad. No alcanzó al primer tono cuando escuchó:

—¿Dónde estás?!

—Tranquilo, estoy en casa...

—¿Tranquilo?, ¿tranquilo? ¿Cómo quieres que lo esté?, te perdimos por casi dos horas, ¡¿y sabes por qué?! Porque tú insistes en hacer estupideces. ¡Hasta cuándo, Emily! —gritó como un poseso por el otro lado de la línea.

—Brad... —pidió y un silencio se escuchó en respuesta—, hoy no las pude ayudar y...

—Escuchamos toda la conversación, Ira. El collar jamás dejó de transmitir la señal, ahora Jeff está investigando a la tal Zhenya, ya sabremos de ella. Descansa y mañana hablaremos en el parque, donde siempre.

—Brad, yo...

—No quiero escucharte, lo único que te diré es que la próxima vez que te quites el puto collar, estarás fuera de la misión y no volverás a trabajar en la agencia en toda tu vida. ¿Te queda claro, Emily Claxon?

Si era nombre y apellido era porque realmente estaba cabreado.

—Sí.

—¡Sí qué!

—Sí, señor, entendido.

—Buenas noches.

Apenas cortó el teléfono llamó a Jeff. Este, al igual que su compañero, lo cogió de inmediato, pero su tono de voz no admitía discusión alguna.

—Estoy ocupado, pero sobre todo molesto, no quiero hablarte, pusiste en riesgo la misión y solo pensaste en ti, creo que no entiendes el concepto de compañerismo, deberías buscarlo en el diccionario. Buenas noches.

Ahora sí se sentía perdida y completamente sola, y un ataque de incertidumbre la estaba atacando. Sacó desde dentro del armario lo único que la podía calmar en ese momento. Se quitó el vestido con rabia quedándose solo con las bragas, cogió una camiseta de tirantes y colgó sobre un gancho la bolsa de boxeo que utilizaba para entrenarse, tenía que desfogarse de alguna manera.

Una vez que estuvo lista, ni siquiera miró los guantes blancos y morados que solía utilizar.

El primer puñetazo lo sintió en todo su cuerpo, fue tanta la fuerza que casi la golpea el saco de vuelta, pero el segundo y tercero hicieron que la

adrenalina comenzara a recorrer sus venas. ¡Un puñetazo abajo! ¡Uno arriba! Piernas y puños estaba utilizando.

¿Qué mierda le había querido decir Zhenya? Sabía que veía en su mirada algo extraño, ¿pero hasta qué punto esa mujer estaba metida con la trata de blancas? ¿Las ayudaba o las hundía aún más?

Se lo preguntaba y el agujero que se le estaba formando en el estómago se le acrecentaba, y para eso pateaba y pateaba cada vez con más fuerzas, una y otra vez.

¿Dónde estaban esas niñas ahora? ¿Y qué era eso de que el ruso no la había tocado? ¿Las había salvado? ¿Quién demonios era ese fantasma?

Grito, puñetazo y patada era lo que le había nacido ahora desde lo más profundo de su ser al sentir tanta frustración.

Y sus amigos, compañeros y agentes, ¿por qué no la podían comprender? Si incluso Jeff le había dicho que haría lo mismo la vez anterior, ¿por qué ahora reaccionaba así? Además, si habían estado escuchando todo, ¿por qué tanta alarma? Se preguntaba tantas cosas, y ninguna de ella tenía respuesta, o al menos no la encontraba.

Derechazo, uno, dos, tres y patada arriba, abajo una y otra vez.

¡Qué mierda tenían todos en la cabeza! ¿Qué nadie quería hacer nada? Mientras golpeaba el saco, la imagen de Lisa se le cruzó por la mente. La volvió a ver tirada y como si ahora estuviera siendo una mera espectadora, veía cómo era ella misma la que se acercaba a su hermana, tomándola entre sus brazos para que le dijera algo. En ese momento Lisa tenía la ropa desgarrada y su cara estaba desfigurada. Recordó también el olor que emanaba del cuerpo de su hermana, pero cuando bajó su mirada hasta sus piernas, su estómago no aguantó más y tuvo que correr al baño para vomitar.

Una y otra vez vació su cuerpo, ya no tenía nada que expulsar, sus estertores eran cada vez peores. Como pudo, después de mucho rato

vomitando, se levantó con dificultad y al mirarse al espejo vio que la que le devolvía la mirada era otra, no era Emily, ni mucho menos Ira, era una mujer demacrada y sin vida.

Se mojó la cara, y a duras penas caminó de vuelta a su cama. Ahora sí que estaba agotada, tanto, que ni siquiera fue capaz de contestar el teléfono, que había comenzado a sonar.

—Váyanse a la mierda —fue lo único que dijo cuando cayó desplomada sobre la cama, siendo vencida casi al instante por un sueño demoledor.

Misha, desde que había visto a Ira junto a esos hombres, comenzó a sentir un sentimiento de posesión que jamás había sentido por nada ni por nadie. Y él, que era un hombre duro, sin emociones, no lo podía entender.

Por otro lado Vadik, feliz, celebraba y él no era capaz de concentrarse, incluso sabía que le había respondido mal a las únicas dos preguntas que le había hecho, pero cuando todo acabó, ya no se pudo aguantar más, fue a donde sus hombres para que le dieran la dirección de Ira, y ahora como un idiota caminaba a su encuentro.

«*To, chto, chert voz'mi, ty delayesh'mne, Devochka*<sup>[5]</sup>», pensó mientras abría la puerta sin emitir ningún ruido.

Cuando entró, lo primero que vio fue un saco de boxeo, que rápidamente tomó para que la cadena no sonara. Luego vio por el rabillo del ojo como su *devochka* <sup>[6]</sup> dormía sobre la cama. Lo primero que le vio fue el culo, con el que se quedó totalmente hipnotizado. Además de tenerlo de infarto, la braga negra que lo cubría era diminuta.

—Despierta —la apremió dándole un azote en el trasero más fuerte de lo que en realidad hubiera querido.

Ira dio un salto en la cama, y casi al mismo tiempo que él retiraba la



mano, gracias a sus hábiles reflejos, ella llevaba la suya hacia su arma, pero en una fracción de segundo, al verlo por el rabillo del ojo, la soltó.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Vine a cerciorarme de que estabas sola —respondió en tono de reproche impidiéndole levantarse.

—¿Quién te dio derecho a entrar sin tocar? —Forcejeó con él, pero Misha tenía mucha más fuerza—. ¡Suéltame!

Él acercó su cara a la de ella aspirando ese olor que tanto le gustaba y muy cerca de sus labios murmuró:

—No deberías dormir así —reprochó comenzando a recorrer con la punta de sus dedos el cuerpo de Ira—, es peligroso, cualquiera podría entrar.

—Solo un imbécil sin tocar la puerta —le soltó molesta—. ¡Ahora vete! Esta es mi casa, y no es el maldito club. Acá no mandas, ruso. ¡Y no estoy en horario de trabajo!

Misha comenzó a reír a carcajadas, cómo le gustaba ese temperamento y ese arrojo, eso era lo que le tenía cautivado. Pero cada momento más molesta Ira, sin medir consecuencias, en un rápido movimiento pasó una pierna por sobre su cabeza y luego de un salto, a pesar de estar siendo apresada con sus manos para que no se moviera, ella lo tiró de espaldas a la cama obligándolo a soltarla, quedando ahora a horcajadas sobre él.

—¿Te parece gracioso ahora? —lo increpó.

—Quiero follarte —le respondió sin importarle su pregunta—. Y no te lo estoy ordenando, te lo estoy pidiendo, sé que este no es el club, es tu... ¿hogar? —dijo mirando el lugar, que más que eso era una habitación grande.

Ante esas sinceras palabras Ira no supo qué responder. Con el corazón latiéndole desbocado, se acercó a sus labios y los besó. El sentimiento desconocido que le provocaba ese hombre le nublabla la razón.

Hipnotizado ante la sensación que esa mujer le proporcionaba, con desesperación atrapó su boca para devolverle aquel beso que hasta ese momento ella le estaba dando. Haciéndolo con cariño, con amor y sin prisa alguna, ambos olvidándose de todo lo que llevaban auestas se otorgaron el deleite de la pasión en un momento en el que solo existían ellos dos.

Ira dejó de pensar en la misión..., en el collar..., en Rusia...

Misha se olvidó de quién era..., de su verdad..., de su secreto...

Ella se entregó al placer que le estaban proporcionando mientras el ruso no dejaba de besarla en ningún momento. Sin saber cómo ni por qué aquel hombre la llenaba por completo y a pesar de todo no quería separarse de él, y él por su lado quería protegerla del mundo en el que él mismo vivía, incluso se asustaba de sus propios pensamientos.

Todo estaba fluyendo muy rápido entre ellos, sentían demasiado, pero sobre todo... querían demasiado.

Besos, toques y caricias una y otra vez se repetían, todo en el silencio de la habitación. Se miraban con devoción a pesar de que se besaban con pasión. No eran necesarias las palabras, sus cuerpos hablaban por ellos haciéndolos disfrutar del momento, ninguno valía más que el otro, eran iguales, simplemente dos cuerpos entregándose al placer. El momento mágico les llegó a los dos por igual, mientras se perdían en uno de los besos más intensos que se habían dado jamás.

Misha, con cuidado de no aplastarla, le besó la frente, posándola sobre su pecho, acariciándole la espalda mientras Ira se estremecía entre sus brazos. Tomó aire un par de veces y con cuidado se giró para mirarlo a los ojos y preguntarle lo que tanto le rondaba en la mente.

—¿Estuviste en la subasta?

—Siempre estoy en la subasta —respondió mirándola a los ojos, pero lo que vio en aquellos zafiros lo hizo estremecerse, nunca había sentido culpa

por nada de lo que había hecho en su vida, pero en ese momento algo cambió, algo sintió. ¿Vergüenza?

Con ese sentimiento y con mucho cuidado, pero sin decir nada, la puso a un lado y se vistió. Ahora ni siquiera podía mirarla, no a ella, no después de lo vivido.

No después de tanta conexión.

Ira por su parte sentía que se estaba quebrando por dentro. Cogió las sábanas y se cubrió hasta el cuello girándose para no mirarlo, pero a pesar de eso, sintió cómo terminaba de vestirse y caminaba hasta la puerta.

—¿Zhenya te entregó un mensaje?

Sin ser capaz de hablar, Ira solo le hizo una señal con la mano para que supiera que así era.

—Entonces te espero en unas horas, sé puntual —ordenó y cerró la puerta marchándose del lugar.

Con los ojos vidriosos y pensando en todo lo vivido aquella noche, pero sobre todo con más incertidumbres que antes se durmió, y esta vez esperaba hacerlo sin interrupciones.

Al otro día muy temprano, los golpes en la puerta la despertaron. Definitivo, ese lugar era de todo menos su refugio personal.

Se calzó unos pantalones y fue a abrir. No se molestó en ver quién era, ya que seguro sería alguno de sus compañeros.

Cuando abrió con calma, Jeff entró con una sonrisa fingida.

—Apresúrate, te espero en la esquina, nos vamos a correr.

—Si me quieres decir algo importante dímelo aquí y ahora, no tenemos que correr mil kilómetros para que lo hagas. Además, estoy agotada y luego tengo que salir —se defendió.

—Veo que te gusta que te repita las cosas. Cinco minutos, Ira, y contando.

—No entiendo cómo te soporta Annie.

—Ella no tiene que soportarme en este estado. Hace las cosas bien — la increpó.

—Imbécil —fue lo que le respondió al mismo tiempo que un cojín volaba por el aire y se estrellaba en la puerta que segundos antes había cerrado Jeff.

Diciendo una y mil maldiciones, de mala gana se vistió. Así como iba el día, nada bueno acontecería más tarde, si era un augurio de lo que vendría, todo iría de mal en peor.

Gracias a la nieve que caía, mezclada con diminutas gotas de lluvia, no corrieron tanto, solo un par de cuadras hasta que ingresaron a una cafetería. Ira se sentó mientras su amigo pedía dos cafés y unas tostadas.

Una vez acomodados y sin poder aguantar más la incertidumbre ella rompió el silencio.

—¿Me vas a regañar por lo de anoche?

—No.

—¿No?

—No. Ahora cállate y escucha, que no tengo mucho tiempo, tu collar está desactivado y estará así solo por veinte minutos, y ya llevamos diez.

—¿Y por qué está desactivado? —preguntó tocándose, increíblemente se sintió insegura.

—Porque lo que te voy a decir es solo entre nosotros, así que haz el favor de callarte, ¿estamos de acuerdo? —asintió positivamente y él comenzó a hablar—. Escenario: agente se enamora del ruso. Ruso, que no es idiota, en algún momento se da cuenta de lo que eres. El *vor* se entera, ¿y qué hace? Se venga de la única forma en que lo hace la mafia rusa —levantó la mano cuando Ira iba a protestar y esta calló—. Te lo recordaré, Vadik no te matará a ti, tú eres el problema del ruso, pero se vengará con tu familia, o sea con tus

padres. ¿Quieres que te diga que les hacen a las mujeres?

—¿Y el escenario real? —preguntó tragando saliva mientras un escalofrío la recorría por completo.

—¡Ese es el puto escenario real, Emily! ¡No hay otro!

—Eso no tiene sentido, te estás creando una película de Quentin Tarantino en tu mente.

—¿Sí? ¡No! —se exaltó llamando la atención de algunos clientes—. Llevo días ocultándoles información a los chicos, cubriéndote las espaldas a ti. Vemos y escuchamos, Ira, que eso no se te olvide —recordó tocándole el collar.

—No se volverá a repetir —respondió retorciéndose las manos apesadumbrada—, haré mejor las cosas para que no tengas que cubrirme.

—No me jodas, Emily, si quieres una relación cómprate un perro.

Ira abrió la boca, una, dos y tres veces, pero finalmente no tuvo nada que decir, ya que todo lo que diría sería mentira y a él no le podía mentir.

—Anoche hablé con Annie —dijo mucho rato después cambiando el tema rotundamente—, te envía besos.

—¿Cómo que hablaste con Annie? ¡No puedes! —exclamó regañándolo. Una de las cosas que no podían hacer cuando estaban en misiones era hablar con sus seres queridos, eso más que nada era por su seguridad. Ser agente encubierto o de campo acarreaba muchos riesgos, por eso casi siempre la verdadera identidad se mantenía en completo secreto, pero en este caso, Annie siempre tuvo claro quién y a qué se dedicaba su marido.

—Tranquila. Annie no corre ningún riesgo. Tengo una IP fantasma, se activa y desactiva, solo nos comunicamos así una vez a la semana —explicó.

—O sea que no solo yo hago cosas malas —murmuró dando vueltas al líquido que estaba a punto de acabársele, pero en vez de responderle algo, Jeff miró el reloj y con los dedos le indicó silencio y luego apuntó a su collar,

eso significaba que ahora la conversación era entre tres personas más.

Media hora siguieron conversando hasta que volvieron caminando. Ya casi era la hora justa para que Ira se reuniera donde la habían citado. Un restaurante en el centro de la ciudad. Uno que para cualquier persona sería solo elegante, refinado y selecto, pero para ellos, que investigaban todo, no era así. “Tuchska” era un restaurante distinguido, sí, eso no se podía negar, solo destilaba opulencia, pero lo más importante era que ese lugar era un punto neutro donde distintos personajes de la mafia roja asistían. En ese lugar las rencillas se quedaban fuera, pero tampoco se topaban a menudo, ya que aunque entre la mafia existían códigos de honor, estos no siempre se cumplían.

## Capítulo V

Si Ira negaba que estuviera nerviosa, se convertiría en la mujer más mentirosa de todo el mundo, comenzando porque, además, se estaría mintiendo a sí misma, y eso en su profesión era lo único que no se debía hacer.

Había perdido mucho tiempo en su habitación cavilando si llevar un arma o no, pero después de mucho meditarlo, rechazó la idea y ahora caminaba con un vestido negro ceñido al cuerpo sin ningún medio para defenderse hasta el restaurante donde seguro todos sí llevarían armas.

Mientras caminaba observaba lo que a ojos de cualquiera sería normal, pero estaba lejos de la realidad. Apostados sobre un techo, enfrente, dos hombres se escondían apuntando hacia la puerta del “Tuchska” y en un costado, sentado como si solo estuviera leyendo, otro hombre custodiaba el lugar, y claro, estacionados varios autos de lujo esperaban a sus jefes.

Lo más probable es que apenas ingresara por la puerta cualquier tipo de comunicación entre ella y sus compañeros se viera totalmente cortada. Seguro existían dispositivos internos que harían interferencias en la señal, eso lo sabía ella y por supuesto los agentes que la custodiaban. El menos contento con todo era Brad, pero se guardaba sus aprensiones para sí.

Al llegar a la puerta dos hombres la miraron de pies a cabeza, y ella con su falsa sonrisa y perfecto ruso les habló:

—Misha me ha invitado.

Los rusos, que parecían luchadores de boxeo, se miraron. Uno con un gesto de cabeza le indicó al otro que corroborara la información. En pocos minutos este regresó y le dio a entender que podía pasar. Pero a los pocos pasos, otro destacamento de seguridad la detuvo para inspeccionarla.

Ahora se encontraba frente a una pared siendo revisada por una

mujer, que más que eso parecía un robot, ya que no poseía ninguna expresión en su cuerpo. Agradeció en silencio la decisión de haber ido desarmada, si no seguro en ese momento la misión se hubiera ido al garete.

Con la cabeza en alto y contoneando las caderas a propósito al fin ingresó, llamando la atención de algunos.

Un hombre con un traje negro se acercó a ella para solicitarle su abrigo y al entregárselo terminó de deslumbrar a quienes aún no lo hacía.

La opulencia se manifestaba hasta en los más mínimos detalles, el color dorado junto con el rojo eran los que predominaban por el lugar, al fondo varios hombres reunidos. No le costó nada identificar que había varios grupos de mafias distintas. ¿Pero por qué estaban todas reunidas? Eso solo podía significar algo realmente importante. Pero, ¿qué?

Siguió avanzando, esperando de corazón estar mandando toda la información posible, si no, sabía que al salir el aparato comenzaría a enviar los datos, claro, si es que salía y todo transcurría sin ningún altercado.

Ya había visto a dos grandes capos de la mafia, pero uno le llamó más la atención. Se suponía que estaba muerto, pero si sus ojos no le fallaban y él no era un fantasma, Yuri Antonov estaba vivo y coleando delante de sus ojos. Cuando se giró para captar algo más, a su espalda escuchó:

—¡Hada! ¡Viniste!

No necesitó ver para saber a quién le pertenecía esa peculiar vocecita que le dio un soplo de paz a su interior. Se agachó para recibirla y mirarla, la pequeña vestía impecablemente con un vestido morado rodeado de tul.

—¡Qué princesa más hermosa! —sonrió besándola con afecto.

—Tú estás muy linda pero... no brillas.

Ira rio con ganas, claro, seguro esta vez estaba mucho más normal que la vez anterior, que la había conocido con un vestido de látex, y ella lo agradecía infinitamente. Acariciándole la cabecita se levantó para ser guiada



por la pequeña, pero no alcanzó a dar dos pasos cuando divisó a Misha, que caminaba sin atisbo de felicidad en su dirección.

—Llegas tarde —bufó en su tono habitual y mirando a la pequeña prosiguió—. Ve donde las demás niñas.

—Pero...

—Katiuska, no me hagas repetir las cosas más de una vez.

La cría, con un pequeño mohín de decepción, caminó de vuelta mientras Ira lo miraba reprobatoriamente.

—Llegué a la hora, pero los orangutanes de la entrada tardaron más de la cuenta en revisarme. De eso no me puedes culpar.

Eso no le gustó, ni siquiera quiso pensar el motivo de por qué se habían tardado, aunque claro, viéndola vestida así no era difícil imaginárselo. Más que verse preciosa, que sí lo estaba, se veía despampanante en todo su conjunto. Nada en esa mujer era exagerado a pesar de que llevar un vestido simple para cualquiera podría ser un pecado, sobre todo teniendo aquella voz que incitaba a la lujuria.

—Vamos.

—¿Qué es esto?

Misha se giró para verla y por supuesto con una mirada irónica no le respondió, guiándola en completo silencio hasta la mesa, que era presidida por el mismísimo *vor*.

—No puedo creerlo —fue todo lo que murmuró Vadik al ver a la acompañante de Misha, llevándose solo una mirada de reproche por parte de él—. Amigo mío... las mujeres matan más que la misma mafia —susurró solo para él.

—Y eso —le respondió en el mismo modo—, lo sabes bien tú *moy dorogoy drug*.<sup>[7]</sup>

El *vor* no pudo evitar reír a carcajadas al escuchar cómo le decía “mi

querido amigo” dándole un golpe a la mesa, demostrando su estado de felicidad. Por eso aquel ruso que no le temía a nada era su mano derecha, era capaz de enfrentarse a cualquier cosa, incluso a su propio *vor*.

Los comensales de la mesa reaccionaron igual de felices que ellos, lo que decía el *vor* era ley e Ira miraba todo sacando sus propias conclusiones, hasta que de pronto apareció con una joven que no debía de tener más de quince años, Ahmed, el sunita que se estaba asociando con ellos.

Ira, por debajo de la mesa, apretó los puños cuando aquel malnacido la besó en los labios, y dándole una palmada en el culo la despachó.

Quería saltar sobre él y con el mismo cuchillo que ahora sostenía en sus manos enterrárselo.

—Estás muy tensa, relájate —le ordenó Misha con tono severo, a lo que Ira le regaló una maravillosa sonrisa y a continuación levantó su mano para acariciarle la cabeza, produciéndole algo que jamás había sentido. Fue tanto que incluso cerró los ojos ahogando un suspiro, pero lo que veía en su mirada no le gustaba.

—¿A qué hora comenzará la ceremonia? —preguntó el sunita, que no le quitaba la vista a su acompañante—. Tengo cosas realmente placenteras que hacer.

—Veo que te gustó el regalo que te hicimos, Ahmed.

—Creo que es un diamante en bruto, pero nada que no se pueda mejorar.

—Si necesitas ayuda, Misha es un experto, de eso puedo dar fe.

La cara de Ira se giró como si ella fuera la mismísima niña del exorcista para escrutar a Misha, que permanecía impávido a su lado. Si antes lo miraba extraño, ahora era peor. Lo poco que había comido le estaba subiendo por la garganta y si no quería dar un espectáculo debía salir ya de ese lugar.

—¿A dónde vas?

—Necesito ir al baño.

—¿Ahora?

—¿Quieres que dé un espectáculo aquí?

Misha refunfuñó y sin decir nada se puso de pie para darle permiso, pero no sin antes sisear:

—La coronación del *vor zakone* <sup>[8]</sup> está por comenzar, no tardes.

Al fin pudo saber qué era lo que sucedía, un nuevo *vor* o ladrón de ley sería elegido. Ira quedó atónita por unos segundos, tuvo que disimular muy bien para no ser descubierta, ahora no solo iba al baño para quitarse el asco que sentía, sino que tenía que avisarles a como dé lugar a sus compañeros lo que estaban celebrando en el restaurante. Casi corriendo llegó, cerró la puerta trabándola con la silla, que estaba a un costado, tenía solo segundos para avisarles.

Rodó la llave del agua caliente, esperó impaciente que el vaho cubriera el espejo, y cuando estuvo listo escribió, rogando que pudieran leerlo.

**Hoy es la coronación de un “vor zakone”. Este será el reemplazante del padrino de la mafia rusa que murió acribillado la semana pasada.¡¡Ahora sabremos quién es!!**

Esperó unos segundos y comenzó a tirarle agua al espejo para no dejar huellas. Lo que estaba sucediendo era muy importante, elegirían al próximo capo de la mafia o ladrón de ley, eso significaba que no tardarían nada en identificarlo y pasarlo a la lista de los más buscados.

Agitada salió del baño, y como no podía ser de otra manera, pensando en que el destino siempre le ponía pruebas. La misma niña que había visto junto a Ahmed esperaba con la cabeza gacha que el baño se desocupara.

—¿Estás bien? —preguntó mirando en todas direcciones para cerciorarse que nadie las viera.

Ella solo asintió con la cabeza, pero eso no era ni remotamente suficiente para Ira.

—Escúchame —pidió levantándole la barbilla para que la mirara—, si quieres hablar o si te sientes... —¿Cómo le decía sin sonar brusca?—, incómoda con ¿él? Puedes confiar en mí y decírmelo.

—Él... él es mi dueño, soy de su propiedad y, además, él protege a mi familia.

«¡No! Maldita sea, ¡no!».

—Escúchame, ¿puedes memorizar un número? —La pequeña asintió e Ira le recitó los números de un teléfono móvil—. Ese número tiene conexión las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Mientras estés en Moscú puedo ayudarte.

—Gracias —dijo la pequeña con sus ojos brillantes e Ira no pudo evitar darle un abrazo antes de volver a la mesa, justo a tiempo cuando todos aplaudían.

Uno de los capos más importantes de la mafia estaba hablando en ese momento, dándole la bienvenida a la familia a un nuevo *vor* que no pertenecía a la capital, era de una gran ciudad del norte. Al terminar, todos estallaron en aplausos e Ira no pudo dejar de pensar en que así alguna vez también estaría Misha, pero... ¿qué pasaría con Katiuska? Los *vor* no podían tener familia.

Con la algarabía su retraso pasó desapercibido, ahora todos comentaban dejándola a ella un poco más libre, solo quería alejarse, así que

no dudó en acercarse a Katiuska, pero su sorpresa fue mayor cuando divisó a Zhenya.

¿Qué hacía Zhenya con otro *vor*? Cada segundo que pasaba descubría nueva información. Esa noche sería larga, muy larga.

—¿Por qué no estás a mi lado?

—No quería molestarte.

—Pues no te traje para que pulules como si fueras libre.

—¡Soy libre! —exclamó—. Si quieres una esclava, ve y compra una en la subasta —le escupió con sorna.

—No sabes lo que dices.

—¿No? Claro que sí, no soy sorda y...

No alcanzó a terminar cuando él clavó sus labios sobre los suyos, sin importarle que sus dientes chocaran, luego le metió la lengua en su interior y probó el sabor que llevaba horas deseando degustar. Siguió besándola mientras ella luchaba por separarse con las manos, pero la fuerza de Misha no se lo permitió, y cuando él decidió dar por terminado el beso, enroscando la mano en su pelo y separándose unos milímetros sobre sus labios, susurró:

—No sabes a leche, y eso es lo que me excita.

—Eres un cerdo.

—Pero este cerdo es el que paga por ti. Mueve el culo y acompáñame.

—No estoy trabajando.

—¿No? ¿Y a qué has venido?

¿A qué había ido? Tampoco se lo pudo responder. ¿Estaba trabajando? Sin nada que objetar, lo siguió. Se quedó a su lado todo el tiempo que él determinó. Bebía cuando Misha se lo permitía y comía cuando él se lo ordenaba. Cabreada ya al anochecer, cuando Misha no la dejó coger una copa de vodka, espetó:

—¿Me quieres poner un collar y tratarme como a un perro también?

—Como a una perra querrás decir —la corrigió.

Ira comenzó a respirar con dificultad, incluso las aletas de la nariz se le dilataban por la fuerza que utilizaba. No le respondió nada, solo lo miró fijamente, inmovilizándolo con su mirada fría y llena de reproche consumida por la rabia y la cólera. ¿Por qué tenía que llamarla puta?

Necesitaba salir de ahí, tomar aire y alejarse lo más posible, donde no pudiera decir nada. Porque conociéndose sabía que iba a gritar, que Misha la sacaría de sus casillas y terminarían ofendiéndose. Debía irse, sacar la rabia que sentía, porque tenía mucha.

Misha necesitaba de alguna manera recalcarle lo que era para creerlo él. Los sentimientos que comenzaba a sentir por ella le nublaban la cordura, una que él jamás podía perder, menos teniendo una vida como la que tenía, así que con la misma rabia con que ella lo miraba, la miró, y antes de que diera el primer paso, la tomó por el brazo con ganas de subirla al hombro, pero con tanta gente importante no podía, por eso, solo se tuvo que conformar con su mano y arrastrarla por medio del salón.

—¡Suéltame ahora mismo!

—¿Qué? ¿Me estás ladrando? No entiendo el idioma de los animales —espetó dándole una palmada en el trasero para que se apresurara.

Con una mirada vengativa lo miró e hincó las uñas en su brazo. Misha casi ni lo sintió, y si lo hizo lo disimuló muy bien, porque ningún músculo de su rostro se movió de su lugar.

Cuando salieron de la vista de todos, el ruso de un golpe abrió una puerta, obligándola a entrar, pero con lo que no contaba fue con sentir la mano de Ira estrellándose sobre su mejilla. Tenía mucha fuerza para la diferencia de tamaño que poseían. Y eso le llamó la atención.

Rápidamente sostuvo sus manos, oprimiéndoselas contra su cintura.

—¡Suéltame!

—¡No!

—Eres un... —No alcanzó a terminar cuando la besó.

—¿Qué es lo que soy? —preguntó separándose de ella.

—Eres un...

Misha volvió a pegar sus labios a los de ella, dejándola imposibilitada de responderle. Cómo lo estaba disfrutando, no recordaba haberlo hecho así antes. Ella intentaba separarse, pero como la tenía inmovilizada no había fuerza que la ayudara.

—Creo que no te entiendo, definitivamente eres una perra.

—Y tú eres un... —El maldito ruso la volvía a besar, aprisionando tanto sus labios que tampoco lo podía morder.

—Cuando hables como ser humano, te escucharé —susurró ya agitado mientras la separaba de su boca, porque esa mujer causaba estragos en su pantalón.

No volvería a decirle nada, no le daría el gusto, tenía que controlarse y eso era precisamente lo que estaba haciendo ahora, solo mirándolo con sus labios bien cerrados.

—Ahora sí podemos hablar. No sabes cuánto deseaba tenerte así, entre mis brazos otra vez —gruñó sobre sus labios—. No soporto que me mires como lo hiciste en la mesa o anoche en tu casa. ¡No te permito que lo vuelvas a hacer!

¿Cómo lo había mirado? Pero rápidamente lo recordó.

—No me hagas decirte por qué —soltó con rabia—. Te miro como te mereces.

—No.

—¡¿Cómo que no?! Tú mismo me lo confirmaste ayer y hoy lo hizo el *vor* —protestó afectada—. ¿Qué quieres que piense?

—¡Mierda! —gritó, todo se le estaba saliendo de control, todo le

estaba resultando en su contra, no podía seguir así.

La volvió a tomar del brazo para salir de la habitación, pero con una dirección muy distinta. Casi corrían por el pasillo que los llevaba a la entrada. Solo los guardaespaldas los miraban, pero claro, no se atrevían a hablarle al temible Misha, menos cuando tenía esa mirada destructiva en sus ojos.

Sin siquiera pronunciar una palabra les abrieron las puertas del restaurante para que salieran, pero Ira no podía ir tan deprisa.

—¡Estoy con tacones! ¡No puedo correr!

Sin importarle nada ni nadie, y antes de cruzar la calle, la subió al hombro para llevarla más rápido, a su velocidad, y cuando chilló la hizo callar, dándole un fuerte golpe en el culo.

Afuera el frío le calaba los huesos, ahora nevaba y ella estaba con un vestido sin mangas, y parecía que eso al ruso tampoco le importaba.

Casi dos cuadras caminó con ella sobre su hombro hasta que, cuando llegó a un callejón oscuro, la bajó pegándola contra la pared. Ira tiritaba, y no solo producto del frío. ¿Miedo?

—¿Crees que soy un maldito pederasta?

—¿Y eso no es lo que haces con las niñas de las subastas? —preguntó con la voz llorosa olvidándose de todo, incluso de que estaba en el exterior y que sus sensores volvían a tener señal—. Para eso Zhenya te estaba buscando anoche y lo haces cada vez que hay una subasta. Yo lo he visto, Misha, y no me lo negaste anoche. ¡Son unas crías, hombre, por Dios!

Misha, con la respiración agitada, la apretó contra su pecho, apresándola con sus brazos.

—No las he tocado, Ira... —aseveró con rotundidad, pero con una inusual suavidad—. Créeme, por favor. Y no me vuelvas a mirar así. ¿Entiendes?

—¿Tú crees que yo soy estúpida? ¿Piensas que te voy a creer porque



me lo estás ordenando? O porque soy una puta me tiene que parecer normal.

—¡Porque te lo estoy diciendo yo! —sentenció.

—¡Pues no te creo! ¿Qué vas a hacer? ¿Me acusarás con Zhenya? ¿Con el *vor*? ¿Sabes qué, Misha? ¡Me da igual! Después de lo que yo misma he visto y terminado de comprobar en el día de hoy, ¡puedes pudrirte en el infierno!

«¡Mierda! Su boca y su cabreo la habían traicionado».

—¿Qué? ¿Qué se supone que has descubierto?

—No soy idiota —se retractó—, y tampoco ciega, sé lo que he visto.

Misha soltó el aire contenido en sus pulmones y le dio un golpe a la pared de ladrillo que tenía frente a él.

—Necesito que confíes en mí.

—Lo intento —suspiró confesándole al verlo tan abatido—, a pesar de todo, lo intento.

—No vuelvas a cuestionarme —ordenó pasándose la mano por la cabeza, tenía los nudillos ensangrentados—. Desde anoche no he podido quitarme de la cabeza tu mirada inquisidora.

—Si no confiara en ti, hoy no estaría aquí.

—No me mientas, viniste obligada.

—No me digas mentirosa —respondió molesta, intentando zafar de su agarre.

—¿No lo eres? ¿Qué crees que soy? ¿Imbécil?, crees que no sé lo que vi ayer, ¡tú y esos hombres! ¿Acaso no eran clientes?, yo vi cómo te comían con los ojos.

—No son mis clientes, te lo expliqué anoche. Pero si no me quieres creer...

—Me volví loco al pensar que te ibas con ellos —reconoció cerrando los ojos para luego apoyar la barbilla en su hombro—, no era la primera vez

que los veías, no parecían ser unos desconocidos.

—Tú mismo me lo repites siempre. ¡Soy puta! ¿De dónde crees que los conozco? ¡Son clientes del club! Y... a mí tampoco me gusta pensar que algún día me tendré que ir con alguno de ellos —respondió avergonzada. Ella no era una puta a pesar de que él lo creyera—. Sé que es mi trabajo...

—Ningún otro hombre que no sea yo te tocará —la acalló antes de que continuara, ¿Pero... qué estaba haciendo? ¿Diciendo?

—Debes entenderlo —respondió hosca—. Es mi trabajo. Y no solo a ti te molesta, yo tampoco disfruto viendo cómo mis compañeras hablan de ti o de lo buen amante que eres. ¿O acaso crees que no hablan? ¿Y a mí no me importa? Todas hablan de tus cualidades... —Pero en ese momento una pregunta se le cruzó por la cabeza y no podía dejar de hacérsela—. Misha... ¿por qué dices que ningún otro hombre me tocará? ¿Te da celos?

El ruso se tensó, pero lo negó con la cabeza e irguiéndose frente a ella le respondió:

—No tengo celos. Es solo que me preocupo para que las reglas del club se cumplan, eso es todo y...

—Me sé las reglas de memoria, no necesito que me cuides para que no las rompa —respondió decepcionada.

—Y, además, porque no me gusta que toquen lo que es mío —reconoció abatido mirándola con dulzura.

Ira movió la cabeza, ella estaba mal, su cercanía le estaba afectando demasiado.

—El frío me va a matar.

—Puede ser, pero tengo una solución para que entres en calor.

—¿Y me llevarán detenida por desacato a la moral y a las buenas costumbres?

—No hables —la silenció con un beso impetuoso que los hizo temblar

a los dos, con sentimientos que fluían libremente—. Te necesito —susurró apasionadamente.

—Pero...

—Mírame a los ojos y dime que no me deseas —espetó al tiempo que le tomaba una pierna y se la levantaba, exponiendo su piel desnuda al frescor del aire helado que los rozaba a ambos, pero que no enfriaba sus cuerpos. Afirmó su rodilla a su cadera mientras bajaba su mano, y de un solo movimiento, se desabrochó los pantalones y se bajó el bóxer, liberando su erección, frotándola contra su pelvis. Ahora tenía los pantalones a la altura de las caderas y desde lejos parecía como si simplemente se estuvieran besando, pero eso estaba muy lejos de la realidad, Misha estaba a punto de penetrarla delante de quien pasara por ese lugar.

—Deja de pensar, Ira, y límitate a disfrutarlo —le pidió como si fuera una orden. Le levantó la otra pierna apoyando su espalda contra los ladrillos y tras un par de segundos, moviendo su braga hacia un lado, la penetró con prisa y con urgencia, dejando que se le escaparan algunos gemidos de satisfacción, elevándola a un mundo donde solo podía sentir, catapultándola al abismo donde la cordura dejaba de existir.

Misha aumentó la presión y un cúmulo de sensaciones le comenzaron a recorrer el cuerpo, alojándose en la parte baja de su vientre, con tanta fuerza que tuvo que acallar un grito en el hombro de él.

El sonido gutural que emanó de la garganta de Ira le dio a entender que estaba estallando en un máximo placer mientras él hundía los dedos en sus caderas, al tiempo que se movía rítmicamente, con delicadeza. La prolongación del orgasmo de Ira era extraña, ni buena ni mala, incluso bordeaba entre el dolor y el placer. Cada embestida la catapultaba a otra dimensión y Misha lo sabía, porque lo estaba disfrutando tanto como ella, hasta que no pudo aguantar más, y en un grito ahogado, embistiéndola con

toda su fuerza rozando el dolor, se deslizó más rápido, alcanzando un éxtasis desgarrador, que incluso le hizo respirar con dificultad.

—No era mi intención hacer esto —reconoció—. Pero cuando te vi entrar... te deseé con todo mi cuerpo. Quiero todo de ti, de todas las formas posibles y, a pesar de tenerte, siento que no lo consigo jamás, me desconciertas y no puedo descifrar tu... —tuvo que callarse de golpe, lo que le estaba confesando era más de lo que Ira debía saber, o lo que cualquier ser humano debía escuchar—. Contigo nada es suficiente.

—¿Me estás analizando? —preguntó dubitativa. Esas palabras detonaron algo en su interior.

—No —negó—. Solo intento entenderte —afirmó atrayéndola hacia él, para después de unos minutos separarse y bajarle las piernas al suelo con cuidado.

—Vete.

—Iré a buscar mi chaqueta —respondió intentando comprender su cambio de humor, pero el hombre que tenía en frente ya no era el de segundos anteriores, era... ¿una máquina?

—No —expresó y comenzó a sacarse la camisa, pasándosela para que se abrigara, quedando totalmente desnudo de la cintura para arriba, la tomó de la mano sin decir nada y caminando con decisión a la calle hizo parar un taxi, sacó un par de billetes de su bolsillo y se los tendió al conductor para que la llevara a su casa.

Sin beso, sin despedirse, y sin mirarla, Misha golpeó el techo del auto y este partió, dejándolos a ambos en un cúmulo de pensamientos.

Al llegar a su casa rápidamente se duchó, se cambió de ropa y luego salió, tenía una larga noche por delante.

Camuflada y fijándose que nadie la siguiera, escabulléndose por callejones, llegó al edificio roñoso en el que habitaban sus colegas. No

alcanzó a tocar cuando Peter le abrió.

—¡Chica superpoderosa!, felicitaciones —anunció al tiempo que le daba un gran abrazo. Ira siguió hasta donde estaban sus compañeros concentrados recibiendo datos y enviando informes. Jeff no la miró y Brad, con un rostro indescifrable, fue el primero en hablarle, mientras sujetaba con fuerza unos papeles en su mano derecha.

—Los capos de la mafia rusa más importante estaban reunidos esta noche, algunos de ellos se daban por muertos. El SVR está recibiendo los datos para actualizar su información, así podrán comenzar a darles captura con sus propias estrategias. A nosotros no nos corresponde esa misión. La CIA también comenzó sus trabajos de inteligencia, les ahorraste años al desenmascarar sus identidades —anunció levantándose para acercarse hasta ella, pero estaba lejos de estar feliz—. El subdirector Krause nos ha llamado personalmente para felicitarnos por el rumbo que está tomando esta misión, y me ha pedido que te pongas en contacto apenas aparecieras. Quiere felicitarte —confesó entregándole un teléfono satelital—, lástima que yo no pueda decir lo mismo —acotó con pena e Ira lo comprendió todo. Pero no alcanzó a decir nada, ya que en ese momento el aparato comenzó a sonar.

Se quitó cualquier pensamiento de su cabeza y escuchó atenta todo lo que el subdirector le decía. El hombre se derretía en elogios. Eso significaba que, además de estar muy bien posicionada para su agencia, seguro eso le serviría para un futuro ascenso.

—Muchas gracias, señor, pero esta es una misión conjunta —recordó y luego se despidió, cortando la comunicación.

Se dirigió a la cocina en busca de un café, y fue el propio Jeff quien se lo entregó, murmurándole al oído:

—¿Pretendes soltar a otro pajarito?

—Solo le di el número en caso de emergencia.

—Así que te crees la Madre Teresa de Calcuta —suspiró negando con la cabeza—. Espero que tu altruismo no nos lleve a la mierda.

—Ella no nos traicionará.

—Disculpa, se me olvidaba que, además, eres vidente —espetó pasando por su lado, pero antes de salir de la cocina le volvió a hablar—. Los chicos no lo saben, alcancé a quitarlo del audio para que no tuvieras más problemas.

—Gracias.

—No me lo agradezcas y ve pensando en qué puto perro te vas a comprar —gruñó dejándola sola, pero si Ira pensaba que ahora podría trabajar, estaba muy equivocada. Por la puerta y con cara de muy pocos amigos apareció Brad.

—Vete a tu casa, agente Claxon.

—¿Qué? ¿Me estás echando?

—Sí, no te necesito aquí, este no es tu trabajo.

—¿Me estás diciendo todo esto porque tuve sexo con el ruso? —No lo podía creer, ¡la estaba excluyendo!

—No —siseó entre dientes—. Lo hago porque no te quiero ver, porque lo que tengo frente a mis ojos es algo que jamás esperé de ti. Te estás comportando igual que las putas del club.

Que en el club le dijeran puta lo podía soportar, que sus compañeras la trataran como tal lo podía tolerar, que el ruso se lo recordara a cada momento lo podía aguantar, pero que él, su amigo, compañero y superior la ofendiera de esa manera sí que no lo iba a aguantar.

Brad ni siquiera fue capaz de reaccionar cuando de pronto sintió la mano de Ira cruzándole la cara de una bofetada y sentir el cuerpo de ella sobre el suyo, desestabilizándolo, haciendo que ambos cayeran al suelo, llevándose con ellos varios utensilios por delante.

—¡No te voy a permitir que me vuelvas a insultar! —gritó mientras caía sobre él, dándole a ella la ventaja.

—¿Y no es eso lo que estás haciendo? —rugió apesadumbrado, poniéndose ahora él sobre ella dándole la vuelta, a lo que Ira respondió levantando su pierna con fuerza para empujarlo hacia adelante y tomar de nuevo la delantera.

Los dos agentes estaban forcejeando con todas sus fuerzas, y si no hubiera sido por sus compañeros, que al sentir el ruido llegaron rápidamente, aún se estarían golpeando.

Jeff cogió a Ira por la cintura para separarla mientras ella pateaba e intentaba soltarse infructuosamente.

—¡Te vas a tragar todas tus palabras, Brad Cambell!

—¡¿Y con eso aprenderás a comportarte como una mujer decente?! —gritó de vuelta.

—¡Brad! —lo acalló Peter reteniéndole, estaba enajenado.

—¿Cuál es tu maldito problema, cobarde? ¡El culo es mío y yo veo que hago con él! —escupió con rabia mientras Jeff le rogaba al oído que se calmara.

Brad, al escucharla, haciéndole una llave a su compañero, logró soltarse, y como si fuera un perro con rabia, llegó hasta ella tan rápido que Jeff no alcanzó a sacarla de su agarre.

—¡Tú eres mi problema, maldita sea! ¡Tú! ¡No te das cuenta de nada!

Luego de esas palabras, un silencio sepulcral se hizo en la habitación. Brad cerró los ojos y dando un gran portazo salió de la habitación para abandonar el departamento. Solo segundos pasaron hasta que el cuerpo de la agente comenzó a temblar, la adrenalina ya había pasado y ahora volvía a la realidad.

Peter no sabía qué hacer, jamás había visto a Brad descontrolado de

esa manera y con cuidado le entregó a Ira un vaso con agua que ella no aceptó. Jeff, más sensato, la tomó en brazos y la llevó a la habitación.

Después de varios minutos de silencio, mientras Jeff le acariciaba la espalda a Ira, suspiró y habló:

—No entiendo qué pasó —dijo negando con la cabeza—. Brad... Brad no es así. ¿Tú sabes algo?

—Nada —respondió sin mirarla.

—No me digas estupideces, Jeff —respondió apartándose con voz irónica—, ustedes son amigos, pasan todo el día juntos, y por si fuera poco, si no me estoy volviendo loca, tienes un Máster en psicología. ¿Aún me dirás que no sabes nada? —lo increpó.

—¿Qué estás queriendo decirme?, ¿crees que sé algo que tú no?

—Por supuesto que lo sabes, no me lo niegues, ¡somos amigos!

Jeff la miró furioso, apretando los dientes. No podía traicionar a Brad, porque él no le había dicho nada, pero sí sabía lo que le sucedía, lo sabía como hombre y lo sabía como amigo. Lo único malo es que se sentía desleal con su amiga.

—Creo que es mejor que te calmes, yo iré a buscar a Brad.

—Te vas para no hablar conmigo, ¿verdad? —afirmó con tal vehemencia que Jeff no le quiso mentir.

—Me voy porque estoy preocupado, vete a casa, los chicos trabajarán toda la noche y tú debes descansar.

—Perfecto, si es eso lo que quieres, ve detrás de tu amigo —puntualizó, saliendo de la habitación rápidamente.

Los chicos al verla pasar quisieron ir y detenerla, pero la conocían y sabían que eso sería peor. Lo único que hizo Peter fue entregarle una chaqueta, estaba nevando y ella solo llevaba un vestido y una camisa.

Afuera el viento arreciaba y, para su mala suerte, ningún taxi pasaba



por el lugar. Estaba cerca de su casa, así que decidió caminar. Se abrazó a sí misma y, como si llevara zapatillas y no zapatos de tacón, comenzó a correr. Como lo angosto del vestido le incomodaba, sin dudarlo le hizo un tajo para estar más holgada.

Después de diez minutos corriendo llegó al portal del edificio, y con el corazón latiéndole a mil kilómetros por hora entró a su habitación.

Lo primero que hizo fue encender el agua caliente, estaba empapada hasta los huesos. Luego se dio una larga ducha.

Al salir se sentía un poco más tranquila, pero no por eso relajada, y sin medir los riesgos, tomó su teléfono y tecleó.

Al otro lado de la línea se estaban demorando bastante, sabía que era por la hora, y cuando le respondieron, el alma le volvió al cuerpo.

—¿Diga?

—¡Mamá!

—¡Mi niña! —exclamó su madre—, ¿estás bien?, ¿pasó algo...?

—No —la cortó antes de que siguiera con el interrogatorio—, estoy bien —mintió ahogando un gemido, escucharla le había afectado más de lo que pensó—. Es solo que te extrañaba tanto...

—¡Gatita! —Escuchar eso sí que la mató, y sus lágrimas la traicionaron, solo su familia la llamaba así, por sus ojos y porque cuando era pequeña pasaba encaramada sobre los árboles—. ¿Va todo bien en la misión?

—Si —engañó de nuevo—, te dije que era muy fácil, solo seguir a unos traficantes acá en Centroamérica. —Si fuera Pinocho, su nariz mediría kilómetros. Su madre sabía que era agente, pero no estaba al tanto de la verdadera misión. ¿Cómo le decía que ejercía de prostituta?—. Necesitaba escucharte.

—Acá todo muy bien, extrañándote horrores, cuando vuelvas nos iremos al campo unos días, tus tíos estarán felices.

—Yo también lo estoy deseando. No puedo hablar mucho, ¿está mi papá?

—Sí, dame un segundo. ¡Albert! —gritó con su voz cantarina—. Te lo paso.

—Gracias, y no olvides que te quiero.

—Yo más.

—¡Gatita! —habló su padre y ella tuvo que morderse el puño para que no escuchara su llanto—. ¿Cómo estás aguantando el calor? ¿Brad te está cuidando bien? ¿La misión va en orden? ¿Por qué nos estás llamando? ¿No es peligroso para ti?

—Iré en orden, papi —sonrió para mentir otra vez—. Con el calor todo bien, soportable. Brad siempre me cuida, es un gran amigo. —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. La misión increíble. —Al menos eso era verdad—. Los estoy llamando porque necesitaba hablarles, decirles que los quiero y no, no hay peligro alguno, solo vigilo y desde una caseta.

—Emily, sabes que te conozco como si fuera tu padre —ironizó, ambos tenían el mismo sentido del humor.

—Eres mi padre —sonrió sorbiéndose la nariz, antes de que el líquido que emanaba se le cayera.

—Entonces deja de mentirme, estás llorando, no estás bien.

—¡Papá! —chilló como si la estuviera pillando en la mentira—. Estoy bien, es el aire acondicionado. Solo quería escucharlos. Ahora tengo que cortar. Un beso, te quiero.

—Yo también te quiero, mójate la carita y sonríe, eres muy bonita para estar triste.

—Papá, no...

—Lo sé, gatita, simplemente lo sé, abrígate y cuando regreses hablaremos de lo que sucede. Solo una cosa quiero saber.

«Dios, a este hombre sí que no le puedo ocultar nada, es como si tuviera un radar detector de mentiras, debería trabajar para la agencia».

—Dime, papá.

—¿Si te sintieras insegura en la misión, la abortarías?

—Sí, papá. —Fue su más sincera respuesta—. Ahora sí te dejo.

—Te quiero...

—Y yo —cortó el teléfono, y al fin dejó salir el sollozo que había mantenido ahogado. Luego de unos minutos escuchó:

—¿Eres consciente de que acabas de poner en peligro a tus padres?

—¡Mierda! —soltó Ira, poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué entraste sin tocar? Jeff te está buscando.

—Te responderé por partes —comentó igual como lo había hecho ella a su padre—. Estoy aquí para que hablemos.

—¿Vienes a seguir insultándome?

—Vine para que hablemos —la cortó—. Entré sin tocar porque si lo hacía no me ibas a abrir, y por Jeff no te preocupes, ya le dije que venía a hablar contigo.

—Perfecto, ya me hablaste, vete, no te quiero escuchar. ¡Y ni se te ocurra volver a ofenderme!

—No fue esa mi intención.

—Pues lo hiciste —contestó ella clavando sus ojos en los de él—. Me has llamado puta y tú sabes que no lo soy. ¿Pero sabes algo?

Brad negó con la cabeza. Estaba afectado, pero sobre todo arrepentido, había actuado por un arrebato.

—Me importa una mierda lo que pienses de mí, espero que esta misión se acabe para pedir otro agente a cargo.

—No. Le prometí a tu padre que te cuidaría y eso haré mientras estés en el servicio, ya perdí a una de sus hijas, no permitiré que te pase nada.

—A mi hermana no la metas en esto, y por lo demás no es tu decisión.

—Emily...

—No utilices mi nombre.

—Escúchame, no te estoy pidiendo que me perdones, solo espero que me dejes disculparme. No hace falta más proximidad entre nosotros, solo te pido que sigamos trabajando juntos.

Eso sí que la enfureció y Brad lo notó.

—¿Te das cuenta que no entiendes nada? ¡Si estoy metida en esto hasta el cuello es porque confío en ti!

—¿Me estás diciendo que...?

—¡Se acabó! —rugió perdiendo toda la paciencia que le quedaba—. ¡Te vas! Este es mi espacio, mi lugar y no acepto que estés aquí, agente Cambell.

—Eres imposible.

—Y tú un mentiroso incapaz de decirme lo que te pasa.

—¿No lo sabes?

—Claro que no lo sé, Brad. Nosotros tenemos una relación de...

—No confundas las cosas, Emily. Yo no soy Jeff, no vas a manipularme con nada emocional —aclaró con ironía y despecho—, soy el agente a cargo en esta misión y estoy a tu cargo porque así se lo prometí a tu padre.

—Eres un mentiroso.

—Como quieras —habló apartándose de ella con las manos dentro de los bolsillos. Tomó aire cansado y resopló más aliviado.

—No te reconozco, Brad —murmuró apenada—. Esta misión te está matando el corazón.

—Y a ti las neuronas, Emily.

—Prefiero que sean las neuronas y no el corazón, no quiero ser un

robot, no quiero que la vida pase y a mí no me importe nada —le escupió con rabia, pero con la calma inusitada que da la derrota.

—Todo me importa, y más de lo que piensas.

—Brad... por favor.

—Prepárate —anunció sin mirarla—. Los chicos irán al puerto a verificar una información, y como sé que a ti te gusta la acción...

—Estaré lista en cinco minutos, señor.

Brad se la quedó viendo, admirándola todavía más de lo que ya hacía... entre otras cosas. Emily era una de las agentes más valientes con las que había trabajado, pero sobre todo era tenaz en su trabajo y siempre lo daba todo, incluso ahora, hasta el último minuto intentaba arreglar el problema y encontrarle solución. El tema era que la solución no la tenía ella y el problema era él.

La que salió del baño no era la despampanante mujer que se convertía cuando era Ira, ni la chica superpoderosa Emily. La que estaba lista para la operación era una agente de campo lista para la acción. Vestía pantalones negros y una camiseta a tono. Sin ningún pudor, sacó su arma de su lugar oculto, se levantó la camiseta y se la colocó perfectamente bien, y terminó su atuendo con una chaqueta de piel a juego que tenía un gorro que solo le dejaba libre los ojos.

—Estoy lista.

Él negó con la cabeza.

—No estás con el chaleco antibalas.

—Aquí no tengo y lo sabes, por lo demás tú tampoco, de hecho vistes como diciendo “aquí estoy”, “véanme”.

—Yo no importo —respondió metiéndose la camisa dentro del pantalón, abrochándose los botones de su chaqueta azul—. Además, paso desapercibido. Tú... no, incluso así llamas la atención —bufó malhumorado.

—Y eso según tú, ¿sería bueno o malo?, porque si me lo dijera el antiguo Brad, creería que es bueno, pero tú... —respondió con desdén.

—Te recuerdo que no vas a un desfile de moda.

—No me digas, y yo que pensé que me veía tan bien... —insinuó pasándose las manos por el cuerpo. Brad la repasó completamente, vestida así no pasaría inadvertida ni para un ciego.

«¡Mierda! Tengo que dejar de mirarla», pensó y desvió la vista, era lo más sensato. ¿Pero por qué le costaba tanto?

—Vámonos, los chicos nos esperan.

Salieron por separado. Brad bajó por las escaleras y ella por el ascensor, todas las medidas de precaución que tomaran eran bienvenidas. Era mejor que curar.

A dos cuadras la furgoneta los estaba esperando. Todos vestían iguales, de negro. Apenas subió el agente a cargo le tiró un chaleco antibalas que ella se colocó sin rechistar.

—Dame un informe —pidió Ira a Jeff, que terminaba de ajustarle la mira telescópica a su visor nocturno.

—La información es simple, clara y concisa. Blake interceptó una conversación entre Lastinni y otro de los invitados de la ceremonia de hoy donde le decía hora y lugar del intercambio.

—Yo estaba sentada al lado de Lastinni —dijo sorprendida, y ella no había escuchado nada.

—El micrófono del collar detecta todo tipo de ruidos, Ira —explicó Blake, que era el experto en comunicaciones—. Mientras hablabas con tu ruso, nosotros separábamos las distintas conversaciones de la mesa, por eso detectamos lo de este cargamento.

—Primero, no es mi ruso, y segundo, ¿cómo?, ¿Vadik lo sabe?

—¡No! Eso es lo interesante, y es lo que comprobaremos ahora

mismo, lástima que...

—¿Qué? —lo apremió Ira con su curiosidad de siempre.

—No estaremos solos.

—¿No?

—No —respondió Brad haciéndose cargo de la situación—. No tenemos jurisdicción en esta misión, el SVR también participará.

—¿Ahora?

—Veremos qué sucede.

—¡Yo necesito acción! —exclamó Peter, levantando su arma—. Y matar a un par de esos hijos de puta no me vendría nada mal.

—Esto no es un enfrentamiento, Peter —habló fuerte y claro Brad—, nuestro objetivo no es ese, si estamos acá hoy es porque somos misión conjunta y el FBI no confía ciegamente en el SVR.

—Pero... —iba a reprochar Ira.

—Se acabó, y ahora espero que se comporten a la altura, caballeros.

Esas eran sus órdenes y esas seguirían. Treinta minutos después la furgoneta se estacionó y sus cinco integrantes bajaron. Jeff, Emily y Peter con un solo gesto entendieron hacia donde tenían que dirigirse. Si todo salía según lo planeado, en tres horas llegaría Lastinni.

Brad, con gallardía, y convirtiéndose en el temible y admirado agente Cambell, caminó hacia su contacto ruso. Tras cruzar dos palabras, se dieron la mano y él volvió con su equipo, dirigiéndolos hasta el techo, ese sería el lugar desde donde observarían.

Los chicos parecían gatos saltando muros, esquivando baches, hasta que se situaron sobre las vigas de hierro. Pero Ira, que era mucho más delgada, había vislumbrado un lugar estratégicamente mejor, donde seguro podría poner la cámara y grabar con mejor nitidez.

—¿Adónde crees que vas? —la interpeló Brad cuando la agente tomó la cámara de video y se la puso al cinto.

—Desde esa viga se verá mejor.

—Quedarás desprotegida.

—Tú mismo has dicho que estamos únicamente de espectadores, Brad. ¿Qué puede suceder?

Eso era verdad, no intervendrían, solo grabarían, y los rusos se habían comprometido con lo mismo. Pero, ¿y si algo salía mal?

—Tiene razón —intervino Jeff—, se verá mejor desde esa posición.

—Blake —le llamó despacio pero enérgico—, tú eres más delgado, acompaña la.

Sin oportunidad de protestar, Blake se puso de pie y ambos comenzaron a reptar por las vigas. No eran muchos metros los que los separaban del resto, solo quince... quince largos metros para los chicos, que los veían alejarse y protegerse solo con la gruesa barra de metal.

Los intercomunicadores se encendieron, y ahora todos estaban conectados.

—Vamos, Blake —se burló John—, deja de jadear, me estás excitando.

—Tu estado físico es nefasto —le regañó Brad, que no se perdía detalle de los chicos.

—No jadeo por el estado físico, es culpa de Emily y sus pantalones —rio y tuvo solo dos segundos para esquivar la patada que le había dado su compañera.

—Compórtense —los cortó Brad—, no estamos jugando.

—Entonces dile a Blake que deje de mirarme el culo —respondió jugando a punto de llegar. Sabía que era todo una joda, y como tal se lo estaba tomando, solo que Brad no.



—Te dije que vinieras discreta —siseó.

—Y querías que viniera con falda para que me viera la...

—¡Emily! —la cortó su amigo Jeff, que ya imaginaba lo que seguía a continuación.

—Vale, vale, estoy centrada en la misión —respondió al momento de llegar y acomodarse sobre la vía.

—¿Estamos todos de acuerdo con lo que vamos a hacer? —preguntó Brad—, mirar, grabar y observar.

—Sí, señor —respondieron todos, centrándose realmente en la misión. Ya no más juegos, solo concentración.

Brad se quedó mirando a Emily, que estaba concentrada, poniendo la cámara ayudada por Blake.

—¿Todo bien, Brad?

—Por supuesto, Jeff.

—Entonces redirige la dirección de tu vista.

Solo una penetrante mirada le dio en respuesta, no necesitaba mucho más para expresarle lo que deseaba sin palabras.

Las siguientes horas transcurrieron lentamente, hasta que de pronto Brad recibió un mensaje que leyó en voz alta para que todo su equipo se enterara.

—Dos Hummers se acercan, seis hombres armados en cada uno, Lastinni viene en un auto blindado, en tres minutos los verán entrar en el hangar.

Eso fue todo lo que necesitaron para ponerse en alerta. Al fin comenzaba la acción.

—Emily —habló muy bajito Brad—, no intentes ser héroe. —Silencio absoluto—. Respóndeme.

—Sí, señor, solo grabar y observar.

—Buena chica, corte de comunicación hasta nuevo aviso en tres... dos... uno...

Listo, ahora estaban solos al mismo tiempo que acompañados, las luces de los autos aparecieron casi al tiempo pactado, y antes de que estacionaran, los primeros seis hombres rastrearon el lugar, cerciorándose de que estuviera despejado.

Desde lo más alto ella observaba como los otros también se bajaban. En tanto el capo principal no aparecía, y eso era lo que necesitaban.

Pero la adrenalina que le recorría las venas no la dejaba estar quieta. Camuflada, se levantó para empezar a gatear, y antes de dar el primer paso, su compañero agarró su pie y negó con la cabeza. Ante eso ella bajó la cremallera de su chaqueta y le enseñó el collar para que entendiera que iba a grabar. Con un movimiento vehemente, su compañero le dijo que no, pero ya era tarde, Emily se había soltado y gateaba derecha por la viga.

Antes de que siguiera avanzando, otro auto completamente negro ingresó al hangar. Ira ya lo había visto antes, pero ¿dónde?

De inmediato las luces provenientes de los Hummers se apagaron, dejando solo encendidas las de este nuevo vehículo. Cuando las puertas se abrieron, la chica superpoderosa no creía lo que veía. El mismo *vor* que habían coronado esa misma tarde era el que hacía negocios con Lastinni, que pertenecía a la *bratva* de Vadik. ¡Eso era traición!

Desde su privilegiada posición podía captar todo, pero no escuchar, y eso la estaba volviendo loca. Sabía que aunque hablaran muy despacio, el collar captaría todo, no podía quedarse de brazos cruzados, miró hacia delante y vio la posibilidad de bajar por el pilar.

—Ni se te ocurra —murmuró un grito ahogado de Brad rompiendo todo el protocolo, tanto así que Jeff, que estaba a su lado, tuvo que darle un codazo para que se callara, no porque lo escucharan a él, sino porque la

podían escuchar a ella.

Brad se puso pálido cuando sus miradas se cruzaron y a continuación, como la gata que decía su padre que era, bajaba por un pilar que estaba más o menos a doce metros de altura, pero para ella parecía que solo a dos.

Ya no importaba el protocolo, ni lo que el mismo había dicho, ahora se quitaba la ametralladora de su espalda y la cargaba.

Al tocar el suelo, dio una vuelta sobre sí misma y se escondió detrás de unos tambores. Ahora hasta ella misma escuchaba la conversación.

Blake también comenzó a avanzar, él era el encargado de la cámara, así que le giró la perilla al amplificador para captar lo que más pudiera y todos comenzaron a escuchar:

—Necesito protección para mi familia.

—Eso no es parte del trato —respondió el nuevo *vor*.

—Pero estoy traicionando a Vadik —comentó nervioso Lastinni.

—Y te estamos pagando muy bien. Ahora dime, ¿dónde está mi juguete nuevo?

Nervioso, Lastinni caminó hacia uno de los Hummers y dos orangutanes bajaron una caja de metal que debía pesar varios kilos, incluso a esos dos gigantes les costó maniobrar la caja. Cuando la pusieron en el suelo y la abrieron, ninguno de los agentes podía creer lo que veían sus ojos. Frente a ellos había un dron de combate con dos lanzadores.

—Has cumplido muy bien el trato, Lastinni —lo felicitó con los ojos brillantes y expectantes—, en algún momento dudé que fuera cierto —anunció mientras acariciaba el dron como si fuera un niño pequeño con juguete nuevo—. Después de todo, sí te daré protección para tu familia.

Eso puso una gran sonrisa en la cara de Lastinni, que regocijado se dirigió de nuevo al todoterreno y ahora traía en sus manos una pequeña maleta plateada, que con mucho cuidado colocaba sobre el auto blindado del

*vor*.

«Mierda, son los códigos de lanzamiento», pensó Emily mirando a Brad. En ese momento sus ojos conectaron. Si se los entregaba, el dron quedaría activo. Desde arriba el agente le hizo una señal, enseñándole la ametralladora con mira telescópica para que entendiera que él dispararía, que ahora solo debía cubrirse. Estratégicamente estaban mejor ubicados que los hombres del SVR.

El *vor* puso a la vista cinco maletas llenas de dinero. Lastinni pasó por sobre ellas un aparato para ver si el dinero tenía rastreador, y cuando comprobó que no, hizo un gesto a sus hombres para que se acercaran y se las llevaran. Las cargaron en uno de los Hummers y salieron del hangar apresuradamente.

—Esto merece un incentivo —reconoció el *vor*, moviendo su mano. Rápidamente apareció uno de sus hombres, entregándole otra maleta—. Ahora dame los códigos de acceso.

Lastinni respondió con una sonrisa y caminó directo hasta él para teclear el dígito que la abriría. Cuando lo hizo, la agente alcanzó a ver perfectamente cómo se desplegaba una computadora con el símbolo del país.

—Bien, pon el código y terminemos con esto de una buena vez —lo apremió.

Antes de que tecleara, un ruido ensordecedor proveniente de la espalda de Emily se hizo presente, pero antes de que cualquiera se pudiera dar cuenta, una bala se incrustaba en la cabeza de Lastinni, desatando en la oscuridad una balacera descomunal.

El *vor* y sus secuaces levantaron las armas y comenzaron a disparar hacia los hombres de Lastinni.

Emily rápidamente se bajó la mira nocturna para poder recuperar la visión y así poder protegerse. No estaba entremedio del fuego cruzado, pero

sí del que había desatado el caos.

La batalla estaba en pleno apogeo. Brad desde su posición abatió a dos hombres de Lastinni, disparándoles en la cabeza.

—Sal de ahí, Emily, ¡ahora! —gritó por el intercomunicador.

Mientras se levantaba para correr se encontró con uno de los orangutanes, que no alcanzó a dispararle cuando ella lo golpeó con la pierna y luego le disparó, y en instantes sintió como desde la oscuridad nuevamente disparaban ahora en dirección al nuevo *vor*. Salió de su escondite y abatió a otro, tenía que salir rápidamente, pero ¿por dónde? Estaba atrapada, hasta que vio la solución. Comenzó a subir por un poste, si llegaba a la vía podría salir ilesa del lugar. Con el arma agarrada con los dientes empezó a trepar.

Mientras iba subiendo, vio como hacía su aparición el SVR. Los odió con su alma, ellos habían tardado en ingresar y seguro había sido a propósito.

Cuando al fin se colgó de la viga, divisó por fin quién era el que disparaba entre las sombras.

—¡Ya estamos! Apresúrate —le gritó Jeff desesperado, no quería verla entremedio de la balacera, aunque ahora no corría tanto peligro.

—¡Cuidado, Brad! —vociferó asustada al ver como uno de los orangutanes le apuntaba y disparó a mansalva, perdiendo por un segundo su objetivo, pero le había salvado la vida a su amigo y eso era lo que importaba.

Justo antes de llegar a lugar seguro Peter resbaló, cayendo varios metros hasta un piso de reja de metal.

—¡Peter! —exclamó Blake al darse cuenta, pero todos estaban lejos. Solo Emily, que venía detrás, podía hacer algo. No lo pensó dos veces y, balanceándose en la viga, se impulsó con todas sus fuerzas para caer lo más cerca posible.

El golpe fue seco y demasiado duro para no tener consecuencias. Cayó rodando violentamente hasta que un tambor la detuvo.

—Los cubro desde acá —gritó Jeff, que intentaba darles una salida diferente, solo que esta debía ser por tierra.

—¡Peter, respóndeme, maldita sea! —exclamó tocándole la cara al tiempo que lo revisaba por todos lados. Como no respiraba, y al ver la bala incrustada en su pecho, no tuvo más opciones que quitarle el chaleco y darle un certero golpe a un costado del corazón, tenía que reactivarlo y sacarlo de su estado de letargo.

Peter, tomando una tremenda bocanada de aire, abrió los ojos y respiró, sintiéndose tranquilo cuando la vio.

—¿Puedes caminar?

El agente se miró la pierna. Estaba rota, pero caminaría igual.

Asintió con la cabeza, al tiempo que ella lo cogía por la cintura y a duras penas lo arrastraba.

Entre los barriles apareció Brad para cubrirlos disparando en su dirección, protegiéndolos.

—¡Emily! ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza. Estaba bien, el herido era Peter. Ahora lo tenían uno a cada lado. Podían avanzar más rápido y juntos comenzaron a caminar. Mientras iban corriendo, ella alcanzó a ver como su objetivo anterior luchaba cuerpo a cuerpo con uno de los orangutanes, en tanto por detrás se acercaba otro, poniéndose en posición para dispararle. El estómago se le contrajo al saber lo que iba a pasar. Se soltó del agarre de Peter y corrió a ponerse en posición. En milésimas de segundos, enfocó su objetivo y le disparó directo a la frente. Cayó de inmediato.

La mirada oscurecida del hombre que había salvado se cruzó con la de ella produciéndole un sinfín de sensaciones. Él intentaba a través de esos visores poder descubrir de quién se trataba, pero le era imposible.

Emily reaccionó rápidamente y volvió con sus compañeros para

seguir su camino en medio de las balas y el fuego cruzado, hasta que de pronto una gran explosión hizo que los agentes salieran volando por el aire. Brad maniobró como si fuera un *rugbista*, Peter hizo lo mismo, pero ella no alcanzó a cubrirse y fue a dar hacia el otro lado, lanzada por la fuerza centrífuga de la explosión.

—¡Emily! —gritó Brad desesperado al no encontrarla junto a él, buscándola.

Jeff, al escuchar el grito desgarrador del agente a cargo, temió lo peor. Dejó de avanzar hacia la salida, tenía que encontrarla y sacarla de ahí. Más calmado que el agente comenzó hablarle por el intercomunicador.

—Ems, respóndeme, ¿estás bien? Vamos chica superpoderosa. ¡Responde!

La chica superpoderosa estaba tirada a un costado, y al estrellarse varios tambores habían caído sobre ella, dejándola inconsciente por unos segundos. El humo la estaba ahogando y no la dejaba pensar con claridad. El calor era sofocante. Se quitó la chaqueta de un tirón, tenía que recuperar su temperatura y salir del lugar, sabía que mientras más cerca del suelo, más oxígeno encontraría, pero se le acababan las fuerzas, hasta que de pronto sintió como alguien se la echaba al hombro, sacándola del lugar. Con la cabeza hacia el suelo y la mira nocturna quebrada no podía ver nada, no sabía de quién se trataba, hasta que vio sus dedos y al fin lo confirmó todo. ¡No podía ser!

El hombre al que ella había salvado, y que en ese momento la estaba salvando, era nada más y nada menos, que el ruso. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Ahora estaba segura, pero si la descubría estaría perdida, la mataría a sangre fría, igual como había matado a Lastinni, su amigo y compañero, por traicionarlo.

En un ágil movimiento sacó el cuchillo que llevaba pegado al cinto y

se lo enterró en el muslo, haciéndolo caer.

El sonido gutural desde el interior de Misha la hizo temblar, pero junto con eso él cayó al suelo, tirándola también. A pesar de estar coja, corrió con todas sus fuerzas hasta lo que ella creía que era la salida, encontrándose más adelante con Jeff, que la buscaba desesperado; sin siquiera preguntarle, la cogió en sus brazos y comenzaron a correr hacia el punto de encuentro.

—¡La chica superpoderosa está a salvo!

—¡Vamos detrás! —confirmó Blake—. Los veo.

—¿Estás bien, gatita?

—Brad, su intercomunicador no funciona, ella está bien.

Casi al mismo tiempo llegaron todos a la furgoneta, entrando rápidamente para salir del lugar. El hangar estaba casi destrozado, y ahora patrullas de policías y sirenas de camiones de bomberos aparecían por la carretera.

—¡Maldición! —chilló Peter, que siempre era el más tranquilo—. Los rusos no hicieron nada, nos dejaron de carnada.

—Debí haberlo supuesto —se culpó Brad mirando a Emily, que mantenía los ojos cerrados, sin dejar de toser.

—El dron fue lo que causó la explosión —confirmó Jeff—, eso al menos nos da la seguridad de que no será utilizado.

—¿Hasta cuándo? —preguntó la agente tosiendo—. Si Vadik tenía uno en su poder, debe tener más.

—Deja de hablar —le regañó con cariño—, necesitas oxigenar tus pulmones, ya llegaremos a casa.

—Es verdad, Ems, no hables más.

—¿Pero qué es lo que...?

—Te acabo de dar una orden, agente, no hables hasta que llegemos a casa —le dijo en tono severo, era la única forma de que ella le obedeciera.



Se quedó en silencio escuchando cómo el agente a cargo entablaba una reñida conversación con su símil del SVR. A cada segundo esta subía de tono. Lo innegable era que, después de la discusión, las comunicaciones quedarían un tanto dañadas. Eso seguro llegaría a mandos superiores, pero no les repercutiría a ellos, sino a los rusos, ellos habían hecho un excelente trabajo.

Amparada en la oscuridad del trayecto, pensó en Misha. ¿Cómo se había enterado de la traición de Lastinni? Era descarnado en la lucha, era como un animal que dañaba a su presa antes de acabar con ella, incluso desde lejos ella había podido sentir la rabia con que luchaba. Ese hombre era más peligroso de lo que ella se imaginaba.

Al llegar, fue Brad el que la cargó y le dijo a Blake que llevara a Peter al lugar especial que tenían destinado para curarse si algo sucedía.

Una vez en el departamento, la llevó hasta la habitación. Emily se lanzó literalmente en la cama, pero incluso ese pequeño golpe le dolió, tenía magulladuras por todo el cuerpo.

Minutos después, Jeff salió repuesto tras una ducha con agua caliente y era el turno de Brad, que desde que había entrado estaba taciturno, ninguno de los dos había querido preguntar el porqué.

Se lo imaginaban.

Molesto por lo fallido de la misión.

Dentro del baño, el agente dejó aflorar su rabia. Estaba colorado por la impotencia, había estado a punto de perder algo muy preciado para él. En un principio, la quería matar por imprudente, pero no porque hiciera mal su trabajo, lo había hecho excelente, era porque siempre se arriesgaba innecesariamente. Y esta vez, lo único que no podía controlar era al otro equipo, les había fallado a sus hombres, dejándolos solos. Eso era algo que él mismo arreglaría al día siguiente, presentándose formalmente ante el servicio

secreto ruso. Cuando salió, vio que la agente dormía. No quería despertarla. Decidió ir al salón para recopilar los datos, encontrándose con Jeff, que ya los estaba examinando.

—Emily se durmió.

—¡No! Despiértala, necesita ducharse y curarse las heridas.

—¿No puedes hacerlo tú? —pidió sin ánimo.

—Está bien —respondió volviendo a entrar al dormitorio para despertar a su amiga. Ella con pereza entró al baño. Ahora que tenía los músculos fríos le dolía todo mucho más, y tuvo que pedir ayuda para quitarse el chaleco antibalas.

—Jeff —lo llamó y él de inmediato ingresó—, necesito ayuda para sacarme esto —apuntó.

El agente le sacó el chaleco antibalas y la camiseta con cuidado para no hacerle más daño, pero cuando terminó de quitársela, se dio cuenta de lo magullada que estaba.

—Mierda, Ems, pareces un mapa —rio abatido—, ven, déjame ayudarte —le dijo ayudándole a desvestirse completamente, incluso la ayudó a entrar a la ducha.

—¡Ay! —se quejó ella y él rápidamente corrió la cortina para ver qué le sucedía—. Me duele todo, pero tranquilo, estoy bien.

—Bien lo dudo, termina de ducharte y veré qué puedo hacer por ti.

—Un masaje sería perfecto y mi cuerpo te lo agradecería.

Cuando terminó le tendió la toalla, y aunque en un principio tenía pudor por estar en el baño con él, supo que no tenía sentido que protestara, él no la estaba mirando con lujuria alguna. Le entregó las bragas y, al pasarle el sujetador, ambos se pusieron a reír, estaba roto y no servía para nada.

—Para que no se diga que no soy un caballero —anunció, pero la prenda no servía, así que ella tuvo que conformarse con quedarse frente a él

solo en bragas para que la pudiera ayudar. La llevó hasta la habitación y comenzó a inspeccionarle primero la espalda, mientras ella se tapaba como podía los senos.

Sacó del armario una caja con todo tipo de medicinas, poniendo en la cama las que seguro iba a necesitar. Tenía rasguños en ambos brazos y en el costado izquierdo también.

Con una pinza, y como si fuera un experto, comenzó a sacarle las pequeñas piedras que estaban incrustadas hasta que el brazo le incomodó.

—Necesito que bajes los brazos, no voy a ver nada que Annie no tenga.

—Pero esto no es de Annie —repuso sin estar convencida.

—Por supuesto, porque mi Annie está en casa durmiendo, en tanto su amiga, la loca, está aquí al otro lado del mundo siendo curada por su maravilloso marido —se burló quitándole el brazo para que se relajara—. Vamos, mientras más rápido comencemos, más rápido terminaremos, no seas niña.

Sin mejor opción, dejó de cubrirse para que Jeff la curara mientras cerraba los ojos como si con eso sintiera menos vergüenza.

—¡Ay! Ahí me duele demasiado.

—Esta herida tendrá que llevar un par de puntos.

—¡Mierda, Emily, disculpa! —exclamó Brad al entrar a la habitación y verla desnuda, esa era una imagen que no se quitaría en mucho tiempo.

—¡Ay! —volvió a chillar tratando de cubrirse, ahora le dolía mucho más.

—Eh... yo... mejor me voy.

—¡No!

—¿Cómo que no? —preguntó Brad.

—No, la chica superpoderosa necesita un par de puntadas aquí —

indicó girándola para que viera de lo que hablaba. La herida estaba justo en el costado.

Con toda la profesionalidad que pudo forjarse en segundos, y más nervioso que si tuviera que enfrentarse a un batallón de fusilamiento, Brad sacó del botiquín la jeringuilla para inyectarle un calmante y se sentó frente a ella.

—Vamos, respira o te morirás ahogada.

Jeff se acercó hasta ella y con cuidado comenzó por el otro costado a quitarle las piedrecitas mientras Brad daba las últimas puntadas.

Ya estaba amaneciendo cuando ambos terminaron y por fin le entregaban una camiseta para que se cubriera. Esta se manchó de yodo al instante, ella estaba casi totalmente cubierta por ese líquido.

—Así no puedes ir a trabajar —sentenció Brad.

—¿Y qué quieres que haga?

—Ira Trinovich tiene a su madre en Croacia, la señora acaba de fallecer de una infección respiratoria y tú has tenido que viajar por su funeral.

—¿Y crees que a Zhenya eso le importe?

—¡Se te acaba de morir tu madre! Claro que le importará. Vamos, llámala.

—¿Yo? —preguntó en forma estúpida, era solo que no se lo esperaba.

—Sí, tiene que ser ahora, te acaban de avisar.

—Está bien —aceptó mientras Jeff le tendía un teléfono para que llamara, con número privado imposible de rastrear. Marcó, y al quinto tono, como si estuviera durmiendo, le respondió.

—¿Zhenya?

—¿Y quién más podría ser a las seis de la mañana y con mi teléfono?  
—refunfuñó.

—Zhenya, soy Ira, te llamo porque... —En ese momento Jeff se sentó

al lado de ella y le apretó la herida produciéndole dolor de verdad, y la voz le cambió—, mi... madre acaba de fallecer, me acaban de avisar. Tengo... tengo que ir a verla... por favor.

—Tranquilízate, niña, deja de llorar, tómate unos días, por supuesto sin paga, y cuando vuelvas conversamos.

—Gracias —dijo aguantando el dolor que Jeff le estaba produciendo, y cuando cortó gritó—. ¡Idiota, deja de tocarme!

El aludido rio con ganas y la abrazó.

—Ya, ya calma, solo te estaba ayudando. Eres agente, no actriz.

—Me duele —se quejó con dolor en su voz.

—Ven acá —le dijo Brad acongojado, ofreciéndole sus brazos en forma paterna.

—Brad, ¿podrías dispararle en el brazo a este imbécil para que sufra?

Ahora los tres reían, lo necesitaban, y acurrucada a su amigo y compañero, Emily entró en un profundo sueño reparador, sin pensar en nada, olvidándose de todo. No sabía si era producto de los analgésicos o del cansancio, solo sabía que necesitaba dormir.

## Capítulo VI

Los días siguientes a la explosión Emily los pasó junto a sus compañeros. Se suponía que había asistido al funeral de su madre, por ende no podía estar visible para nadie.

Entre los cinco trabajaban arduamente intentando descifrar todo lo que había sucedido, depuraban el material y descriptaban toda la información que la chica superpoderosa había recabado en la celebración de la coronación del nuevo *vor*.

Tenían mucho material y todo lo que descubrían superaba la ficción. No solo rusos estaban metidos dentro de las *bratvas*, sino que personas muy influyentes de otros países también.

Pero lamentablemente al otro día volvía a convertirse en Ira, aunque esta vez tenía ganas, no había podido dejar de pensar en Misha, claro, era su secreto mejor guardado aunque al único que no podía engañar era a Jeff, que la había sorprendido varias veces mirando a la nada. Él no necesitaba hablarle para decirle lo que pensaba, solo le bastaba una mirada.

La relación entre Emily y Brad había vuelto a ser la de antes. Compartir veinticuatro horas diarias les ayudaba enormemente, era así como el oficial a cargo se tranquilizaba, teniéndola controlada y bajo su atenta observación.

La tarde estaba soleada, eso le daba ánimos a Ira mientras caminaba hacia el club y no podía negar que estaba ansiosa por llegar.

Le extrañó ver a varios hombres apostados en la puerta y cuando estaba a punto de entrar uno la detuvo.

—No puedes pasar.

—¿No? Yo trabajo aquí —respondió levantando la cara para mirarlo a los ojos.

—¿Quién eres?

—No, ¿quién eres tú?, llevo varios meses trabajando aquí y jamás te había visto. Quiero hablar con Zhenya.

Los hombres se miraron entre sí y no dijeron nada.

—Bueno, ¿me dejarán pasar o no? Si pierdo mi trabajo será su culpa —los increpó altiva, necesitaba ingresar, no era solo su trabajo lo que estaba en juego, era la misión.

—Entra —le dijo serio uno de ellos, la tomó del brazo y la puso mirando a la pared.

—¿Qué mierda crees...?

—Silencio, voy a revisarte, si no tienes nada podrás pasar, no queremos tener problemas con Zhenya.

Sin más alternativas, se quitó el abrigo y levantó las manos. Los hombres al verle la silueta se quedaron mirando, esa parte del trabajo sería muy agradable, sobre todo cuando comenzaran a tocarla, porque eso es lo que harían.

Ira sintió como lentamente pasaban las manos por su brazo, para luego pasar por su espalda y continuar bajando de una forma demasiado lenta.

Para aplacar su rabia comenzó a contar, tenía la mandíbula apretada y su corazón se estaba acelerando.

—Si me tocas te mato —masculló.

—¡Uh...! —se mofaron. El que la revisaba se pegó aún más a ella y le susurró al oído—. Me gustan las putas ardientes.

—Tócame y te juro que te mato.

—¿Sí? —rio—, ¿tú y cuántas más? —susurró y poniéndole una mano

en la espalda para que no se moviera, siguió bajando con la otra hasta llegar a sus glúteos y se detuvo—. Tienes el culo grande.

De pronto y sin que nadie lo notara un puño se estrelló contra el hombre, tirándolo al suelo, y cuando cayó le dio una patada en el estómago que lo dobló en dos.

—¿No escuchaste lo que te dijo? —gruñó apretando los dientes desatando una furia diabólica en su interior.

—¿Qué? —preguntó agarrándose el estómago para tomar aire antes de que otra patada se volviera a estrellar contra él.

—Que tenías que haberla escuchado, te dijo que si la tocabas te mataría, pues bien, te mataré yo —masculló en su oído mientras lo agarraba del pelo y lo doblaba hacia atrás, agarrándolo del cuello con un movimiento rápido, levantándolo.

El hombre abrió los ojos asustado, era un hombre acostumbrado a luchar y jamás le había temido a la muerte, pero nunca en sus años había visto esa mirada, era temeraria. Tomando fuerzas desde dentro de su voluntad levantó su pierna y lo golpeó justo donde Misha tenía la herida, haciéndolo caer, pero con un movimiento que Ira en sus años no había visto, él se giró y con un golpe sin violencia clavó dos de sus dedos entre el cuello y el hombro dejándolo sin respiración.

El guardia se llevó las manos al cuello con los ojos muy abiertos intentando respirar, pero era inútil, solo un mísero sonido emanaba de su boca.

—Misha, ¡se está asfixiando! —exclamó como si él no supiera, pero el ruso ni se inmutó, le tomó la mano con fuerza y la jaló para que caminara junto con él—. Misha... —volvió a pedir mirándolo.

—Silencio.

—Misha, por favor —suplicó—. Haz algo.



Fue tanta la intensidad con que lo miró que el ruso bufó, gruñó, pero a pesar de eso dio media vuelta llegando hasta donde el hombre se retorció en el suelo, en tanto sus compañeros trataban de hacer algo.

Se agachó y le dio un golpe seco, y en cosa de segundos dio una bocanada de aire y comenzó a respirar.

—Si la vuelves a tocar dejaré que te ahogues —espetó y mirando a su compañero continuó—. ¿Les queda claro?

El hombre asintió con violencia, luego Misha caminó de vuelta hasta donde estaba Ira agradecida esperándolo.

—Gracias —dijo sonriendo—. Sé que no te importa lo que diga, pero... te lo agradezco.

Esas simples palabras interrumpieron su andar, se detuvo y la miró fijamente abriendo mucho los ojos, hasta que un sonido gutural producido de su garganta emanó de su interior.

Ira asustada intentó separarse un poco de él. Nunca antes lo había visto así.

—¿Qué te...?

No alcanzó a terminar de preguntar cuando sintió cómo se abalanzaba sobre ella, la cogía por la nuca y la besaba sin compasión alguna con un deseo impensable para un hombre como él.

Intentó separarse en un primer momento, no estaba preparada para eso, pero él era más fuerte y entre forcejeo y forcejeo la inmovilizó cubriéndola con todo su cuerpo. Luego agarró sus manos por encima de su cabeza y empezó a tocarla cómo tanto lo deseaba.

Se estaba comportando de un modo animal, la había extrañado demasiado, dejándolo imposibilitado de pensar y reaccionar. No sabía qué sentía, pero sí entendía que ese instinto por poseerla le sucedía solo con ella. Sabía que esa podía ser su perdición, pero desde que la dejó noches atrás no

dejaba de pensar en ella día y noche, pero ahora era el momento de poner fin a su agonía. Definitivo, esa mujer lo convertía en alguien vulnerable.

¿Qué hacía esa mujer con él? ¿Qué significaba para él?, pensaba mientras introducía la mano por debajo de su vestido y al fin tocaba su piel desnuda. ¿Por qué se había desesperado por no poder verla en esos días? Jamás le había sucedido pero con ella no lo podía resistir, suficiente había tenido que soportar ya para ahora no poder poseerla como pretendía, y como si todo eso fuera poco, además, tenía que luchar para controlarse cuando no solo él la viera bailar. No, eso estaba seguro que esta vez no lo podría soportar. Pero, ¿qué podía hacer? Nada.

—Te necesito —expresó con la mandíbula apretada mientras su sexo amenazaba con explotar.

—¿Me extrañaste? —preguntó con los ojos cerrados—. ¿Pensaste en mí?

—*Devochka* —susurró en sus labios para luego darle la vuelta y taparle la boca con su mano, pegando su cuerpo contra el de ella. Sus dedos disfrutaban del contacto de sus labios mientras su brazo ejercía presión en su cuello sin llegar a hacerle daño, pero sí con la clara intención de demostrarle quién era su superior, a quién debía pertenecer su voluntad.

Ira ni siquiera se sintió degradada, por alguna extraña razón lo necesitaba tanto como él a ella y si en ese momento no le miraba a la cara... mejor.

Solo se conformó con sentir su cuerpo y su desesperación por poseerla, porque eso era lo que estaba haciendo en la oscuridad del pasillo que llevaba al salón principal. Era una locura por donde lo mirara, pero la adrenalina del momento le estaba dando la excitación necesaria para no pensar y solo permitirse sentir, ¡y vaya que lo estaba sintiendo!

—Necesitaba follarte, puta —susurró en su oreja mordiéndole el

lóbulo, recordándose a sí mismo lo que era esa mujer.

Ira cerró con fuerza los ojos y apretó la mandíbula.

«¡No soy puta!», gritó en su interior intentando tranquilizarse.

Misha en un movimiento violento la pegó a su cuerpo todo lo que pudo, tiró de su pelo obligándola a que lo mirara, sabiendo de inmediato lo que sus ojos decían.

—No te estoy follando como puta, estoy follando a la mujer —le aclaró quitando los dedos de sus labios para sustituirlos por los suyos.

El calor que provenía de esos cuerpos era capaz de calentar Moscú y sus alrededores, el corazón les palpitaba al unísono terminando el recorrido en sus sexos. Misha acarició con la mano libre sus senos, sonriendo.

A cada embestida que el ruso le daba, Ira sentía que la partía en dos, intentó escapar, pero nada, hasta que sintió como un temblor se apoderaba de su cuerpo.

—Todos tus orgasmos me pertenecen a mí —gruñó en su oído—. Y no te volverás a ir sin que yo lo sepa. ¿Entiendes? —dijo deteniéndose de golpe, dejándola con ganas de más. Pero ella no se iba a quedar así, no señor, echó hacia atrás sus caderas, pero él la detuvo—. Respóndeme.

«No eres mi dueño, imbécil, no soy tu puta».

Misha entrecerró los ojos, sabía lo que estaba pensando y con maestría mordió su hombro produciéndole dolor para que olvidara su excitación, y de un certero movimiento la penetró hasta el fondo llegando solo a un clímax arrasador. Con movimientos oscilantes concluyó y tan inesperadamente como la penetró salió de su cuerpo, dejándola totalmente vacía y con ganas de más.

Misha sudaba y su corazón acelerado no lo dejaba ni hablar, todo en esa mujer lo llenaba: su cuerpo, su olor, su voz... todo se le colaba en su interior.

—Si crees que me voy a quedar así, estás muy equivocado —siseó bajándose el vestido, mirándolo con rabia a los ojos—. Jamás, escúchame bien, ¡jamás te obedeceré!

Misha se quedó sorprendido por su arrojo y valentía, realmente era una mujer como pocas. Sin querer revelar su vulnerabilidad comenzó a reír estruendosamente, hace años que no se liberaba así y con un gesto con la mano le indicó que se fuera. Y cuando la vio marcharse no perdió ni dos segundos en buscar a Zhenya.

Maldiciendo en silencio, Ira se fue. No era su costumbre ser maleducada, pero pasó por el lado de un par de clientes sin siquiera mirarlos. En ese momento odiaba cualquier especie masculina sobre la faz de la tierra.

«¿Así que eso es lo que quieres? ¿Qué más quieres de mí, ruso del demonio? ¡Pues vete a la mierda!».

Mientras hablaba sola buscaba la hoja donde debería salir su nombre y la posición en que salía a bailar. No la encontraba, leyó un par de veces más para cerciorarse y nada.

Ahora sí que no entendía nada y gruñó enfadada, se cambió de ropa y con la hoja en mano salió en busca de Zhenya. No fue difícil ubicarla, ella siempre estaba en la barra conversando con los clientes.

Esta al verla llegar con la hoja sonrió de inmediato, sabía perfectamente a lo que venía.

—Espero que hayas descansado, siento lo de tu madre.

—Ah... —recordó de golpe, ya se le había olvidado que estaba de duelo—. Gracias, pero no es de eso lo que quiero hablarte. ¿Por qué no aparezco en la lista?

—Pues porque hoy no bailas.

—¿No?! ¿Y qué haré entonces?, yo no me iré con ningún cliente —afirmó acérrima.

Zhenya rio abruptamente, cualquiera de sus chicas habría estado feliz, con un cliente ganaban más de lo que se hacían bailando en una semana.

—Atenderás la barra esta noche.

—¿Yo? Nunca he hecho un cóctel en mi vida.

—Pues esta noche tampoco los harás, para eso existe el barman, tú solo... mueve las tetas y sonríe, eso no es tan difícil, ¿verdad? Porque eso sí lo sabes hacer, ¿o no?

—Sé entregar un trago y conversar con los clientes —puntualizó poniéndose detrás de la barra.

—Perfecto, entonces a trabajar.

Dicho eso, Ira fue hasta donde estaba el barman. A ella le gustaba hacer las cosas bien, así que conversando con él aprendió lo básico para comenzar.

La verdad es que incluso se entretuvo conversando con diferentes hombres, no podía negar que eso le gustaba más que bailar.

La noche se le estaba pasando rápidamente, igual que su cabreo descomunal con Misha, a él agradecía no verlo. Al que sí había visto era al *vor*, estaba sentado con dos de sus compañeras y hablaba animadamente con alguien al que desde esa distancia no podía ver.

Estaba demasiado intrigada. La orden que habían recibido todos era que tenían que atenderlo muy bien, como si fuera un zar ruso. ¿Pero quién era?

—Este pedido es para el *vor* —anunció una de las chicas, y fue en ese momento en que Ira pensó que al fin saciaría su curiosidad.

—Perfecto, se lo llevo enseguida.

—Puedo esperarlo —dijo coqueteando con otro cliente.

—No te preocupes —respondió cerrándole un ojo—, ve a ocuparte de lo verdaderamente interesante, yo se lo llevo.

—Gracias, Ira. Eres la mejor.

«Claro que soy la mejor», pensó y entregó la orden. Cuando estuvieron listos, ella misma caminaba en esa dirección con la bandeja en sus manos.

Quería llamar la atención así que meneó las caderas exageradamente y vaya que la miraban, detuvo su andar a pocos pasos de llegar donde el *vor*, sus ojos no creían lo que veían.

Sentado con Vadik estaba el mismísimo Ilenko Kozlov, capitán de la policía rusa.

Ahora sí que necesitaba escuchar qué hablaban. Algo tenía que hacer, así que utilizando todo su poder femenino y poniendo la voz aún más ronca de lo que la tenía les habló:

—Señor —coqueteó oscilando sus pestañas mientras le ponía el trasero al *vor*—, ¿necesita algo más?

Ilenko al escuchar aquella voz quedó magnetizado al instante, incluso dejó de abrazar a la chica que tenía a su lado para sentarse en la punta del sofá, y después de carraspear habló:

—Sí, me gustaría obtener algo más de ti que un cóctel —respondió alargando su mano para que se sentara en su pierna. Ira lo dudó por un par de segundos, pero viendo que era la única posibilidad de quedarse ahí con ellos, aceptó.

—Ilenko, si quieres salir entero de aquí, deja que la puta se vaya.

—La quiero.

—Tú y todos aquí, pero la perra tiene dueño.

—Pagaré por ella.

—Eh, tú, puta, sal de aquí.

Ira hizo el intento de levantarse pero la mano de Ilenko se lo impidió.

—No te he dicho que te levantes.

—Bueno —aceptó el *vor* levantando las manos—, no digas que no te advertí. Sigamos entonces con lo que estábamos. ¿Qué decías del hangar?

—Que con esa explosión tengo a asuntos internos pegados a mis talones, no puedes utilizar el puerto en estos días —comentó seriamente acomodando a Ira mejor en su pierna y de paso aprovechaba para tocarle el trasero.

Ella apretó los dientes conteniendo las ganas de golpearlo, maldita la hora que se había puesto ese pantaloncito tan corto.

«No me sigas tocando, hijo de puta».

—No lo requeriré estos días, pero sí en unas semanas, lo necesito todo para mí, recibiré un cargamento especial.

Ilenko asintió con la cabeza, eso le daba tiempo a que las cosas se tranquilizaran y bastante. Entre tanto cogió un hielo del vaso que tenía en la mesa y comenzó a pasarlo por la espalda de Ira mientras olía su cuello.

Ella no movía ni un músculo, pero estaba apretando tanto los dientes que le llegaba a doler.

—¿Tienes mi dinero? —preguntó Ilenko sin vergüenza dejando caer el hielo por entre medio del pantalón, mojándola.

El *vor* sonrió con petulancia empujando una maleta metálica de su lado. Ira ni siquiera lo había notado y cuando la abrió una gran sonrisa se le escapó de la cara.

«Ahora te tengo por soborno, imbécil».

—Puedes contarlo.

—Confío en ti, como tú confías en mí —murmuró sacando un fajo de billetes, poniéndoselo a Ira entremedio de los senos—. Nunca has visto tanto dinero junto, ¿verdad? Pues yo podría darte esto si tú...

—Ilenko —lo cortó enérgico—, fui claro contigo. Si quieres puedo conseguirte una chica de las subastas.

—¿Esas que escoge ese hombre?, ¿tu mano derecha? —El *vor* asintió—. Dicen que las prepara bien, es uno de los mejores, hace que... duren. He escuchado a varios de tus clientes elogiarlo. —El *vor* asintió—. ¿Y él podría preparar una para mí? Para que aguante hasta el final, no quiero tener que tapar nada después, y si es virgen me excita más.

«¿De qué iba eso? ¿Para qué preparaban a esas niñas?».

—Misha puede hacer eso y mucho más, jamás hemos tenido quejas de él, le gusta la disciplina y lleva años forjándose una trayectoria y... —De pronto se quedó en silencio. Desde lejos vio como el aludido se acercaba a grandes zancadas y él, que lo conocía demasiado bien, sabía el porqué—. Antes de que te exaltes —le dijo estirando el brazo con la palma extendida—, déjame decirte que lo necesitamos vivo para la transacción.

Misha respiró ofuscado y de un tirón separó a Ira de Ilenko, la tiró del brazo, la sentó sobre sus piernas con rabia y habló:

—¿Y podría saber por qué es tan importante este... señor?

—Soy Ilenko Kozlov, jefe...

—No necesito más información, sé quién eres, y para ser quien dices ser eres bastante descuidado, las paredes oyen y la discreción es fundamental en tu trabajo —espetó con rabia dejándolo sin nada que acotar.

El *vor* comenzó a explicarle en qué consistía la ayuda que Ilenko les daría, en tanto Ira intentaba escuchar y poner atención, ya que Misha ahora tenía su brazo cruzándole el cuello ejerciéndole presión y había empezado a susurrarle en el oído:

—Tenías que quedarte en la barra, detrás... no tenías que estar aquí y menos sentada en la pierna de él —gruñó apretándola más. Ira intentaba moverse pero era imposible, de pronto con la mano que tenía libre le cogió el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás, besó su mejilla y le pasó sus dientes por el cuello. Ella alcanzó a tomar aire porque ahora la volvía a sostener del



cuello—. ¿Tú quieres que te folle, Ilenko? ¿Quieres que te prepare para él? —preguntó apretándola un poco más—, ¿no tienes suficiente conmigo, que estás coqueteándole a él?

—No le estoy coqueteando —dijo mientras tosía.

—Lo estabas haciendo, te vi, te dije que no trabajarías mientras estuvieras conmigo. No me hagas enfadar, Ira, yo no soy un hombre paciente, soy un asesino, un mercenario y no voy a dudar en matarte por traicionarme, porque eso es lo que hago con los que me traicionan... —Ira cerró los ojos recordando lo que había visto días atrás y tembló.

—Ándate a la mierda, Misha...

—Haré lo que yo quiera y cuando a mí me apetezca —bufó lamiéndole la oreja, hasta que un comentario de Ilenko lo sacó de su batalla particular.

—Si sigues haciéndole eso a la puta me correré aquí mismo —carraspeó acomodándose los pantalones.

Y antes de que el *vor* pudiera responder lo hizo Misha. Le soltó el cuello al fin a Ira, mirándolo con cara de pocos amigos.

—Si vuelves a mirarla, me importará una mierda que seas el jefe de policía, te asfixiaré yo mismo y no precisamente para darte placer. A mí la hipoxifilia me da asco, igual que la gente que la practica —acotó sin desviarle la mirada.

Ahora sí que Ira abrió los ojos e instintivamente se llevó las manos al cuello. Misha sonrió, él, a su manera la estaba protegiendo.

—Caballeros, por favor, este es un lugar de paz, mantengámoslo así —pidió en tanto se acercaba a la mesa y aspiraba una larga línea blanca que la chica que estaba con él le esparcía. Eran cristales diminutos que incluso brillaban, demostrando su alta calidad y pureza. Luego fue el turno de Ilenko.

La conversación duró un tiempo más, hasta que el *vor* después de

recibir un llamado se levantó rápidamente.

—Nos vamos —anunció levantándose seguido de Misha, pero sin soltar la mano de Ira.

Ilenko comprendió que debía irse, se despidieron y un par de hombres lo acompañaron a la salida. Cuando se quedaron solos Vadik espetó:

—Prepárale a una de las niñas de la próxima subasta, tenemos que tenerlo contento y agarrado de los huevos.

Misha solo asintió.

—Ahora nos vamos, problemas en la casa.

Ira estaba escuchando todo y analizando, algo realmente había sucedido para que dieran la reunión por terminada, incluso el *vor* tenía mala cara.

Misha levantó la mano y rápidamente dos de sus hombres se acercaron.

—Señor.

—Llévala a su casa.

—Pero...

—Pero nada, y te callas —respondió apretando los dientes e hizo como que no le interesaba nada más caminando hacia la puerta.

Escortada por dos orangutanes Ira era llevada hacia su casa, pensando en lo que esa actitud de Misha denotaba. Él intentaba mostrarse como un verdadero hijo de puta, pero algo le decía que no era así. Tenía actitudes que demostraban lo contrario aunque cada vez que averiguaba más sobre él la dejaba confusa, ¿a qué le temía de verdad? Ella había intentado olvidarlo, incluso no pensaba volver a tener nada con él, pero fue verlo y olvidarse de todo, tenía que alejarse, la misión tenía que acabar, cada segundo que pasaba tenía más claro que esta vez sí habría heridos, y ese sería muy a su pesar su corazón.

Misha por su parte llevaba blindado muchos años y esperaba seguir así, pero cada vez que la veía o que estaba con ella algo se le resquebrajaba, necesitaba mostrarse vil para que lo despreciara, pero a pesar de sus palabras algo había en su mirada, algo que lo atraía como un imán y hacía que algo en su cuerpo se empezara a mover.

Movió la cabeza descartando todo tipo de ideas irreales que él no podía ni se permitiría sentir, tal vez debía dejar que otro la utilizara para quitársela de la cabeza.

—¡Y una mierda! ¡Sobre mi cadáver! —exclamó llamando la atención del *vor*, que estaba a su lado.

—Esa mujer será tu perdición.

—No digas estupideces, centrémonos en lo importante.

—Entonces necesito tu mente acá, no pensando en ella —bufó reprobatoriamente el *vor*.

En ese momento su semblante cambió y se centró en lo que vendría a continuación. Habían dejado una caja en la puerta de la casa del *vor*, y dentro de ella estaba la cabeza de uno de sus hombres de más confianza con una nota que decía que Vadik sería el próximo.

En eso debía concentrarse.

Una vez en su casa Ira comenzó a enviarle todos los datos a sus compañeros, esta vez no tenía ganas de hablarles, no quería escuchar ninguna reprimenda por parte de ellos aunque se la mereciera, después de todo ella sabía que su trabajo lo estaba haciendo bien. Mientras escribía un informe, un mensaje entró al teléfono móvil que estaba encriptado.

**¿De qué color quieres el perro?**

**03:14**

Aunque no tuviera remitente, sabía perfectamente de quien era.

**¿No tendré que salir a trotar mañana a las siete de la mañana?**

**03:15**

**Ni la maratón de Nueva York sería suficiente esta vez.**

**03:16**

**Soy adulta.**

**03:16**

**Omitiré comentario... Duérmete, es tarde.**

**03:17**

**Deja de hablarme.**

**03:18**

**Hoy te arriesgaste demasiado.**

**03:18**

**Tenemos pruebas fehacientes contra Ilenko.**

**03:19**

**No lo digo por él.**

**03:20**

**¿Entonces?**

**03:21**

**Lo digo por el hombre de la puerta.**

**03:22**

**¡¡No hice nada!!**

**03:23**

**Si no llega a aparecer el ruso, tú... lo matas.**

**03:24**

**No tengo tanta fuerza.**

**03:25**

**Eres la chica superpoderosa... lo habrías hecho.**

**03:25**

**Jeff... gracias.**

**03:30**

**Las gracias las hacen los monos en el circo. Duérmete.**

**03:31**

**Deja de hablarme.**

**03:32**

Eso fue lo último que recibió, pero se quedó tranquila, al menos no los tenía ahí en su departamento. A ella le gustaba trabajar en equipo, sobre todo con sus amigos, pero últimamente tenían más discusiones que conversaciones agradables.

Bien entrada la mañana, mientras dormía plácidamente, comenzó a sentir ruidos. Al principio no supo identificar de qué eran o de dónde provenían, pero cada vez se acrecentaban más, no quería levantarse, dejó que sonaran, sabía que serían sus compañeros, pero... ¿por qué no entraban ya? Así lo hacían siempre.

De pronto los golpes cesaron y ella lo agradeció, se dio la vuelta y se acomodó para seguir durmiendo. Se había dormido casi a las seis de la madrugada, desobedeciendo la orden de Jeff, pero ella estaba trabajando y directamente con Brad.

Cuando creyó que al fin volvía a los cálidos brazos de Morfeo, un nuevo golpe la sobresaltó. Esta vez fue duro y seco, casi hizo que la puerta se viniera abajo.

Con rabia por esa actitud de alguien que no podía ser otro que Brad, y sin entender por qué, se levantó furiosa hacia la puerta para abrir gritando

mientras caminaba.

—¡Ya! Deja de golpear, el culo es... —No alcanzó a terminar cuando la hoja de madera se abrió de golpe y tras ella aparecía Misha como un toro a punto de atacar. Ira retrocedió dos pasos instintivamente pensando en todo el material que tenía disperso por su cama.

Nerviosa por ser descubierta optó por tomar las riendas de la situación.

—¿A quién le hablabas con tanta cercanía? —bufó entrando, pero ella lo detuvo con su cuerpo impidiéndole avanzar. Así como estaban, ella descalza, le llegaba más abajo del hombro.

—¡A ti! Tú eres el único capaz de tocar así, botar la puerta y entrar como si esta fuera tu casa, ¡y no lo es!

Ante la vehemencia de sus palabras, él por primera vez en su vida retrocedió sintiéndose un invasor, y uno no bien recibido.

—Sal de aquí y toca la puerta como corresponde, soy puta pero decente, y... ¡no estoy trabajando a esta hora!

Misha solo abrió los ojos como platos. ¡Lo estaba echando!

Sin cortarse ni un poco, le agarró del brazo y ella misma comenzó a sacarlo, y una vez que estuvo afuera, cerró la puerta de un gran golpe, dejándolo fuera y anonadado.

Al fin respiró más aliviada. Corrió a sacar los papeles que tenía sobre la cama y a tirarlos al suelo, escondiéndolos, en tanto en la puerta se escuchaban suaves pero enérgicos golpes.

—¿Sí? —preguntó como si no supiera quién era.

—¿Podrías abrir? —pidió desde el otro lado Misha sintiéndose el hombre más imbécil del mundo. Menos mal que sus hombres estaban esperándolo abajo, porque realmente sentía que estaba haciendo una soberana estupidez, pero dejó de pensar cuando Ira le abrió.

—Adelante.

—¡Estás desnuda! —fue lo primero que le dijo respirando con dificultad, no con lujuria, estaba aún intentando tranquilizarse.

Ira le hizo un mohín y luego le habló.

—No estoy desnuda y me has visto con menos que esto. ¿Qué quieres?, no trabajo hasta dentro de unas horas y me gustaría descansar, no sé qué me hará hacer hoy Zhenya.

—No trabajarás esta noche, lo harás ahora.

—¿Qué? ¡No! ¿Quién te crees tú que eres?

—Vístete —le dijo sin responderle a ninguna de sus preguntas.

Ira le dio la espalda y se sentó en su cama como si le hablara el viento, mientras rápidamente buscaba el collar para ponérselo. ¡Mierda! Este estaba en la mesita de noche cargándose, el ruso no lo podía ver.

Tomó el almohadón y se lo puso cruzado entre las piernas, tapándolo, mientras con la otra mano, por debajo con suavidad, lo desconectaba sin que él lo notara.

—Ira... —suspiró—, estoy tratando de ser... amable, vístete.

—No si no sé a dónde voy, trabajo de noche, soy puta —le escupió recordándose.

—Para ser alguien que no le guste que la llamen así, te lo recuerdas demasiado, ¿temes que si no lo dices se te olvide?

—Lo digo para que lo recuerdes tú.

—Lo tengo claro, te pago.

Eso la encendió, la molestó y la humilló, era verdad que le pagaba, pero ella no tocaba ninguno de esos rublos.

Misha, con menosprecio, sacó un fajo de billetes y los dejó educadamente sobre una mesa y luego habló:

—Te espero abajo en diez minutos, vístete.

—¿Adónde vamos? —claudicó abatida mirando el dinero.

—A comer. —Esa fue la única información que le dio y salió de la habitación de Ira dejándola aún más desconcertada.

En quince minutos se duchó y se vistió con unos pantalones negros, un suéter rojo y para abrigarse se puso una chaqueta oscura. Metió en su cartera el teléfono satelital y concluyó poniéndose el collar, pero antes llamó a Brad.

—Sigue durmiendo, es temprano, aún no tengo novedades —contestó sonriente pensando en que ella nunca dejaba de trabajar.

—Brad, no es eso, voy saliendo a no sé qué lugar, el ruso me vino a buscar, no puedo seguir hablando, un beso.

—¡Ira...! —llamó pero ya era tarde, ya había cortado y solo escuchaba el sonido característico de una llamada cortada.

Abajo del edificio Misha la esperaba impaciente, estaba a punto de subir a buscarla. Cuando la vio aparecer al fin, se pudo tranquilizar.

—Tardaste —la regañó en su tono característico.

Ira solo lo miró sin decir nada. Esta vez él llevaba la razón, pero tampoco se lo diría.

—¿Me dirás a qué lugar vamos?

—Al club.

—¿Al club? ¿A esta hora?

—¿Acaso crees que durante el día el club desaparece y reaparece por la noche? —se burló ante el asombro de su pregunta.

—No soy estúpida —bufó—, ahora si no tienes la capacidad de responder una simple pregunta, es porque el déficit aquí no lo tengo yo.

Misha sonrió para sus adentros, esa respuesta le gustó.

—Habrà un almuerzo.

Ira no le respondió, ella iba mirando por la ventana. Como estaba



molesta casi ni se rozaban, cosa que lo molestaba de sobremanera.

Pasados varios minutos de silencio, él fue el primero en hablar.

—Siento lo de tu madre.

—Gracias. —¿Qué más le podía decir? Su madre estaba viva y seguro en ese momento pasándolo muy bien con su padre, ellos tenían un matrimonio ejemplar.

Cuando llegaron al club, a Ira nuevamente le llamó la atención la cantidad de guardias que custodiaban el lugar y Misha no lo pasó por alto, puso la mano en su pierna y le explicó:

—Es por seguridad.

Ira solo levantó las cejas. Esa información era muy ambigua y quería saber más.

—Nunca la hemos necesitado.

—Ustedes, no. El *vor*, sí —comunicó bajándose del automóvil con ella de la mano. Al pasar por la puerta, los hombres de la tarde anterior bajaron la mirada en señal de sumisión. El ruso ni siquiera los miró.

Caminaron lento por el pasillo hasta que llegaron al primer salón, el que generalmente se utilizaba para recibir a clientes importantes y donde nada salía de lo normal, pero esta vez era diferente. Estaba decorado con cojines en el suelo, mesas bajas y los tonos sobresalientes del lugar eran amarillos, morados y mucho blanco, pero lo que la perturbó fue ver mujeres, unas muy jóvenes que esperaba de corazón fueran mayores de edad, pululando por el lugar vestidas solo con sujetadores brillantes y faldas de tul transparente en distintos colores. Ellas bailaban, en tanto hombres vestidos con túnicas blancas, podían tocarlas sin pudor y ellas ni siquiera se inmutaban.

Parecían desinhibidas, idas, mientras movían el trasero y meneaban las caderas al ritmo de una música que ellas mismas tocaban.

—¿Qué es esto? —quiso saber Ira muy interesada en tanto no se perdía detalle de nada y se fijaba que al fondo estaba la misma niña que había visto en la coronación, pero el maldito cerdo no le ponía atención, sino a otra chica que debía tener al menos un par de años más.

—Una celebración para Ahmed. Nuestro *vor* lo está agasajando con lo mejor que posee.

Ira apretó los dientes intentando mantener el control. Si el *vor* los estaba agasajando no podía significar otra cosa que le estaba regalando esclavas, y que todas las chicas que estaban en ese lugar seguro ni se imaginaban lo que les tocaría a continuación.

Se dio una vuelta de ciento ochenta grados esperando que el collar grabara todo y luego el programa de identificación de Jeff pudiera hacer bien su trabajo. En los países de Oriente desaparecían chicas todos los días y nadie las reclamaba, y las que estaban bailando eran sin duda de ese tipo de naciones.

Siguieron caminando hasta que llegaron a la mesa donde los esperaba el *vor*, las putas que siempre lo acompañaban, y el sunita con sus mujeres.

—Finalmente... viniste acompañado —comentó Vadik moviendo la cabeza negativamente y sonriendo.

—Te lo dije.

El *vor* levantó las manos al cielo, risueño por la situación.

—Vamos, hombre, cambia esa cara, siéntate con nosotros y disfruta del espectáculo que está a punto de comenzar.

Ahmed miró a Ira como ya lo había hecho antes, y aprovechándose de su calidad de invitado demandó:

—Es un insulto para mi religión que las mujeres usen pantalones, me gustaría verla con un *bedlah*<sup>[9]</sup>. Eso sí me agradaría mucho.

Vadik, que conocía a Misha, puso su pesada mano sobre su hombro,

lo apretó y luego le dio dos palmaditas, para a continuación hablarle:

—Creo que sería una buena idea —dijo, y luego le susurró al oído—. De todas formas estará con más ropa de lo que usa siempre, no hagas enfadar a Ahmed.

Misha respiró acelerado, pero sabía que él llevaba la razón y habló directamente a Ahmed tomando la mano de Ira.

—Nada me gustaría menos que ofenderte —y entregándole la mano de ella continuó—, creo que a mí también me gustaría verla con uno de esos trajes.

Ira giró la cabeza hacia él con ganas de matarlo delante de todos, pero tuvo que contenerse para no dar un gran espectáculo y poner en riesgo la misión.

—Amira —vociferó Ahmed y una mujer más o menos de su edad con una cría en brazos se acercó—. Prepárala como me gusta a mí —ordenó en su idioma pensando que los rusos no lo entenderían, pero ella si entendía perfectamente ese idioma... y no solo ella.

Amira se levantó y acató la orden con una pequeña reverencia, le tendió la mano a Ira y esta antes de seguirla miró a los oscurecidos ojos de Misha para transmitirle el odio que sentía en ese momento por él.

El ruso se levantó, y con un movimiento ágil le cogió la mano y susurró en sus labios:

—Tranquila, todo saldrá bien.

Ante esas palabras tan sinceras, Ira encontró quietud en la ansiedad que estaba sintiendo. Después de todo, ponerse aquella túnica no podía ser tan terrible.

Estaba en una misión, tenía un objetivo, y todo lo que hiciera daría frutos positivos, al fin acabarían con el *vor* y de paso capturarían a uno de los terroristas de Oriente Medio más buscados del mundo.

Sí, en eso tenía que concentrarse, ella no debía olvidar que era una agente infiltrada que debía observar y enviar información. Ya pronto acabaría todo y eso sería solo un mal episodio en la vida.

Mientras escuchaba a las mujeres hablar y elogiarla en su idioma, ella se hacía la desentendida y solo respondía con una sonrisa. En otro minuto habría tratado de sacarle información a todas, pero por lo que se había podido dar cuenta, ellas pertenecían al harem personal de Ahmed, eran mujeres leales y muy importantes para aquel árabe. Eran sus esposas.

Estaban en una de las habitaciones que ella misma alguna vez había visitado. Sobre la cama había muchas telas de diferentes colores y sobre todo joyas y oro, y muy a su pesar, droga, varias pastillas sobre una bandeja de plata.

Mientras una de las chicas le pintaba las manos con dibujos de *henna*. Otra chica, la misma que ella había ayudado, se acercó con algo entre las manos y le habló en ruso.

—Bebe esto, te ayudará a entrar en un trance donde nada es realidad.

Ira abrió mucho los ojos y así se pudo dar cuenta que claro, por eso parecían idas, estaban todas drogadas.

—No, prefiero ser consciente de todos mis actos.

La chica negó con la cabeza y un gesto de amargura ensombreció su rostro.

—¿Recuerdas el número? —le preguntó tomándola de los hombros con fuerza—. ¿Lo memorizaste?

Ella asintió brevemente.

—¿Y entonces?

—Mi familia nunca ha estado mejor que ahora y... yo estoy feliz por ellos —sonrió sin que se le iluminara el rostro.

«¡Mierda!, ¡mierda y mierda!», gritó en su interior pero de pronto,

como si ya nada pudiera ser más irreal, vio como varias pequeñas entraban gritando y cantando a la habitación, y entremedio de todas, una que le iluminó el alma.

—¡Hada! —gritó la pequeña que corría hacia ella por entremedio de las demás. Parecía como si volara con aquel vestido de gasa lila y adornos brillantes, que la hacían parecer realmente un ángel.

—¡Katiuska! —chilló demasiado fuerte, nerviosa, alzándola en el aire, donde las otras pequeñas se la quedaron mirando. Luego la apretó contra su cuerpo como si la estuviera protegiendo.

—¿Qué haces aquí?

—Yo quiero ir al otro salón, pero no podemos. Ven... ven con nosotras —pidió en el momento en que se bajó—, quiero mostrarte algo —afirmó oscilando esas pestañas largas y curvas que poseía—. Ellas —indicó con su dedo—, nos están enseñando a bailar.

¿Cómo podía negarle algo a esa pequeña? Así que sin más remedio, y a pesar de las negativas de las demás mujeres, caminó con Katiuska de la mano.

Efectivamente en el salón contiguo, donde por la noche varias mujeres bailaban desnudas sobre la tarima, ahora había niñas de diferentes edades danzando al son de la música árabe mientras mujeres mayores las cuidaban y las enseñaban.

—¡Baila! —chilló la pequeña con su voz cantarina llevándola hasta el centro del salón.

—¡No...! Esto no sé cómo se hace —se encogió de hombros.

—Es fácil —dijo y empezó a mover las caderas con la gracia que la pequeña poseía a su edad. Ira comenzó a reír olvidándose de todo, estar con ella le daba paz y la llevaba a un mundo de inocencia.

—Tiene gracia para bailar —comentó Zhenya, asustándola.

—Sí, esa pequeña es increíble, pero no debería estar en un lugar como este.

—¿Por qué? Este es tanto su mundo como el tuyo, lleva toda su vida en él.

—¿Toda su vida? Katiuska es una cría, debería vivir en un mundo de princesas, hadas... —sonrió con amargura—, no en este donde el sexo se vende como en un mercado lleno de drogas.

—Lo que ves acá es familia, esas niñas son hijas de los mismos hombres que están en el otro salón.

—¿Sí? —se burló—. Y me vas a decir que está bien lo que hacen sus padres, drogarlas para utilizarlas a su antojo y tener varias mujeres a la vez. No me digas estupideces.

—Es su cultura, ha sido así por generaciones, tú no lo vas a cambiar y pensando cómo piensas tampoco ayudarás a Katiuska. ¿Nunca viste “La vida es bella”?

Ira giró la cabeza mirándola sin comprender bien lo que le quería decir.

—Pensé que eras más inteligente, Ira. Lo que quiero decir es que la mejor forma para que Katiuska tenga una infancia normal, feliz, es hacer que la crea así, maquillarle la realidad y contarle una ficción. Ni todo es malo ni todo es bueno. ¿Entiendes ahora?

Ella asintió con la cabeza.

—Ahora vete, no querrás que los verdaderos monstruos que están al otro lado vengan por ti y contaminen este lugar.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Porque muy a tu pesar soy más inteligente que tú, pueden ser los años, la experiencia... no lo sé —reconoció con un movimiento de hombros—. Vete.

Ira hizo un movimiento para despedirse de Katiuska, que bailaba feliz, pero Zhenya la detuvo mirándola feo y ella entendió que debía irse en silencio.

Mientras caminaba de vuelta pensaba en lo que le había dicho, tenía razón, ¿pero por qué se lo decía? ¿Quién era Zhenya en realidad? Ahora sí estaba totalmente intrigada.

Por alguna razón mientras regresaba se sentía expuesta, y a decir verdad no lo estaba, vestía un sujetador con una especie de medallas que colgaban y tintineaban al compás de cada paso que daba, y una falda de tul de color rojo que le cubría más de lo que su ropa de noche hacía, pero aun así se sentía insegura. Se llevó las manos a su collar instintivamente.

Al otro lado Brad, que la conocía perfectamente, sabía cómo se estaba sintiendo, y habría dado cualquier cosa por estar ahí con ella. ¿Qué le estaba sucediendo a su chica superpoderosa? ¿Tenía miedo?

Ira estaba angustiada, no lo podía negar, la situación le superaba, una cosa era ver mujeres y otra muy distinta a menores, sobre todo tan pequeñas como Katiuska. ¡Mierda! Eran tantas cosas las que la distraían de su objetivo que sentía que perdía fuerzas y le costaba asimilarlo todo. Pasaba por un estado en que en un momento quería ella misma leerles sus derechos y apresarlos, pero sabía que esa no era la misión, no, eso era algo mucho más grande. Tenía que centrarse y averiguar lo más posible. Sí, ella estaba para eso y nada más.

Cuando llegó donde estaban todos reunidos el sunita aplaudió feliz, Vadik hizo lo mismo asombrado por el resultado, pero lo que pensaba Misha era indescifrable. Se sentó a su lado hincada en el suelo, al igual como estaban el resto de las mujeres.

Misha tenía tomada su mano, inmerso en una conversación importante donde estaban coordinando puntos transcendentales de la

operación. ¿A dónde mandaban a las mujeres como esclavas sexuales? ¿Qué hacía exactamente el árabe con ellas? Y lo más importante, ¿de dónde sacaban el uranio? En todo eso estaba pensando, y esperaba que el collar estuviera transmitiendo todo, porque ella tenía la mente llena de preguntas.

Misha, a pesar de estar muy interesado en la conversación, se daba tiempo para hacerle saber que él estaba allí con ella, al menos así lo sentía Ira cada vez que él le apretaba la mano y le miraba de reojo. Tal vez eran ideas suyas, después de todo era el ruso quien las preparaba y las entregaba. Era, según él había dicho, un asesino, un mercenario al que no le temblaría la mano a la hora de matarla, incluso ya lo había visto con sus propios ojos.

—¿Te pasa algo? —preguntó acercándose a ella mientras estaba concentrada mirando una aceituna, como si esta le fuera a dar las respuestas del origen del universo.

—Eh... no, nada, estoy perfectamente.

—No estás comiendo —aseguró quitándole la aceituna, metiéndosela él mismo en la boca, incluso esperando que le devolviera el hueso—. Abre la boca, escúpelo —demandó con los ojos brillantes.

Ira obedeció. Tuvo que mantenerla abierta porque ahora Misha, sin importar que el *vor* y Ahmed los miraran anonadados, le daba otro bocado de la mesa. Luego, con la tranquilidad que lo caracterizaba, los miró y respondió:

—Si no come... no tiene fuerzas, y así no me sirve.

La agente lo miró con rabia, pero se tragó su malestar junto con el queso que estaba masticando.

—¿Tienes algún problema? ¿Me quieres decir algo? —preguntó con malicia, podía leer sus pensamientos perfectamente.

—¿Yo? —soltó de mala gana achinando los ojos.

Misha, para cabrearla aún más de lo que estaba, la sujetó por la nuca



acercándola hasta él, pasándole la lengua por los labios, los mismos que no había dejado de observar mientras masticaba.

Ira se quedó pasmada, pero no por eso sumisa como le estaba diciendo él que tenía que quedarse. En cuanto el ruso introdujo la lengua, ella se la atrapó sin hacerle daño. Misha abrió los ojos encontrándose con la mirada triunfal de Ira. Para él bastaría solo con hacer un ágil movimiento y quedaría inmovilizada, pero la verdad es que estaba disfrutando de su arrojo.

Hasta que de pronto un ruido ensordecedor los sacó de su ensoñación y cristales volaron por todo el rededor, en tanto la luz parpadeaba cortándose.

La explosión los separó y los hizo caer al suelo. El silencio fue cambiado por gritos y estallidos por doquier.

¡Los atacaban!

Sin pensarlo dos veces Ira se puso de pie para ayudar y ver qué podía hacer. Los hombres que se recuperaban ya sacaban sus armas y comenzaban a disparar hacia la salida e intentaban repeler el ataque, hasta que de un momento a otro una nueva explosión los abordó en el salón. Un proyectil disparado desde el exterior se estrellaba ahora incendiando todo.

El fuego comenzó a arder con furia y cuando Ira se levantó vio a una de las muchachas del árabe sangrando en el suelo mientras él era escoltado por sus hombres. Gateó rápidamente para ir a socorrerla, se agachó para ver si respiraba pero ya era tarde, la chica ya no estaba en este mundo. En ese momento pensó en Katiuska. Ahí parecía que la guerra había estallado y ellos solo pensaban en luchar y cubrirse sin pensar en nadie más, mucho menos en mujeres ni niños.

—¡Ira! —gritó cuando se dio cuenta que ella no estaba a su lado.

—Voy por Katiuska —vociferó por encima del tiroteo—, esto se está incendiando.

—¡No! Quédate a mi lado. Mis hombres se encargarán.

—¡Estás loco! ¡Es una niña!

—¡Es una orden!

—¡Tú no me das ordenes! —respondió soltándose para correr hacia el salón contiguo, dejándolo atrás.

Cuando llegó hasta el otro salón a Ira se le heló la sangre, estaba todo siendo consumido por las llamas. Descalza, caminó aprisa haciéndose daño en los pies.

—¡Katiuska! —la llamó en un grito desgarrador, pero se quedó paralizada cuando vio a una de las pequeñas en el suelo, mientras en ese mismo instante otro estruendo se escuchaba al otro lado del muro.

Un nuevo misil se estrellaba contra el edificio. Estaba en un bombardeo a toda regla y su instinto le decía que si no salía ya, nadie iba a sobrevivir.

A lo lejos la vio acurrucada detrás de una silla. Fueron sus cabellos rubios, que sobresalían de aquel salón, los que la ayudaron a encontrarla.

—¡No te muevas!

Corrió por entremedio de las sillas, pisando cristales. Cuando llegó hasta la pequeña la tomó entre sus brazos y ella de inmediato se puso a llorar desconsoladamente.

—Shhh... tranquila —le dijo acariciándole el pelo. La pequeña no podía parar de llorar y en medio de aquel llanto Ira necesitaba pensar. Necesitaba su bolso, en él estaba su teléfono. Como pudo llegó a la habitación donde se había cambiado, al fin lo encontró y se lo cruzó por la espalda. Tenía que salir de ahí, encontrar una salida. ¡Ya!

—¡Mi hijo... mi hijo! —gritaba una mujer con su pequeño en brazos. Ira no pudo ignorarlo, con la niña afianzada a su cuello fue a ayudarla, en eso estaba cuando Misha ingresó en la habitación.

—Tienes que salir ahora. ¡Por atrás!

—¡No puedo dejarla!

—¡Sal ahora! Llévate a la niña, nos encontraremos afuera.

—¡No! Por ahí no.

—¡Sí!

—¡Por la mierda, ruso! Por ahí nos estarán esperando —espetó furiosa mientras él la tomaba del brazo y la separaba de la madre y su bebé, dejándola imposibilitada de ayudarla.

—Me vas a hacer caso aunque sea lo último que haga. ¡Maldita sea! ¡Ahora vete... joder!

—Dame un arma —pidió antes de desaparecer por la puerta.

—Pero si no sabes usarla.

«Claro que sé, imbécil».

—Misha... —volvió a hablar casi rogándole con premura. Ella ya tenía un plan—, no quiero morir sin defenderme.

El ruso lo pensó un segundo, hasta que al fin claudicó, le quitó el seguro y le entregó su *makarov*<sup>[10]</sup>.

—Esto no es como en las películas, las balas se agotan —indicó—. Solo apunta cuando estés segura, cierra los ojos y dispara.

—¿Qué?!

—Que apuntes...

—¡No! —lo cortó horrorizada—. ¡¿Cómo voy a cerrar los ojos?!

—No quiero que veas a un hombre morir, eso... eso nunca lo olvidarás —reconoció con dolor sin soltarla aún. A pesar de que las explosiones y las balas se acercaban a cada momento más y los gritos se mezclaban con llantos de todo tipo, ellos no se apartaban y eso que dentro estaba ocurriendo una masacre.

Esas escuetas palabras la enternecieron. Sin mediar las consecuencias se lanzó a sus brazos y, sosteniéndolo del cuello con una mano, lo besó.

Misha no tardó ni dos segundos en reaccionar. La atacó con su lengua haciendo lo mismo que ella, necesitaba sentirla, marcarla y poseerla. No lo entendía, pero con ella nada le bastaba.

Cuando se separaron bufó:

—Si te pasa algo te mato. ¡Vete!

Salió abrazada de Katiuska, que después de ser besada por Misha había dejado de llorar. Al traspasar la puerta Ira cambió de dirección, salir por la cocina era impensable, seguro los emboscarían. Se quedó un segundo detrás de una puerta, sacó su teléfono y marcó. No alcanzó el primer tono cuando alterado respondió:

—¡Sal de ahí ahora!

—Brad —dijo asustada—. ¿Por dónde?

—Calma, preciosa, escúchame, los están atacando desde afuera, la policía está siendo interceptada, ¡sube! La azotea es la única solución, el primer piso está destruido.

—Brad... dile a mis padres...

—¡No, maldita sea! Ni se te ocurra pensarlo...

Mientras escuchaba a su superior vio como un hombre se acercaba a ella. Sin titubear apretó el gatillo, matándolo al instante.

Luego se agachó para dejar en el suelo a Katiuska, sacó algo de su bolso y se lo entregó.

—Escúchame bien, te vas a poner estos audífonos y vas a cerrar los ojos, prométeme que no los vas a abrir.

—Pero... —lloriqueó.

—Prométemelo —la regañó enérgica y una vez que esta aceptó le puso unos audífonos, y con parte del tul rasgado que tenía se lo ató alrededor de los ojos. Ahora la pequeña solo escucharía música y no vería nada.

Tomó el teléfono, se lo guardó y con ella aferrada como si fuera un

koala comenzó a subir las escaleras, disparando a todo lo que se le acercaba.

Tosiendo llegó hasta la azotea. El humo ya casi cubría todo y, cuando al fin abrió la puerta, pudo respirar. La pequeña hizo lo mismo. Se tomó un minuto para tragar grandes bocanadas de aire, ni el frío espantoso que hacía la hizo tiritar. Lo que le recorría por las venas no era sangre, era adrenalina pura. Caminó hasta la baranda y efectivamente vio que el edificio estaba rodeado.

—Brad —volvió a marcar—. ¡¿Por dónde?!

Jeff le quitó el teléfono a Brad, que veía el mapa en el monitor y se agarraba la cabeza a dos manos. Desde el piso cuatro hacia abajo estaba todo destruido y el fuego estaba consumiendo rápidamente los tres pisos que faltaban hasta la azotea.

—Emily, ¿me escuchas?

—¡¿Por dónde?! —repitió con los nervios de punta. Ella veía como el humo negro salía por la misma puerta que ella había salido segundos antes.

—Debes saltar al otro edificio.

—¡¿Qué?! ¡Estás loco! —exclamó parándose en el extremo de la azotea—. ¡Nos separan más de tres metros!

Esa información no era nueva para Jeff, ese era el problema que veía Brad en la pantalla, eran casi cinco. Y lo peor era que sabían que tampoco había tiempo para sacarla en helicóptero.

—Son dos metros cincuenta centímetros —mintió para darle valor—, no me digas que no puedes porque hasta mi Annie los salta.

—Jeff...

—¡Mierda! ¡Te estoy diciendo que puedes! ¡¿No querías ser agente?! Si no saltas te juro por Dios que yo mismo voy a llamar a Annie para decirle que eres una completa cobarde y que no serás capaz de cumplirle la promesa a tu hermana. Anda, dime ¿qué vas a hacer?, ¿dejarás que ese sunita hijo de

puta siga abusando de menores?, ¿te llevarás eso en la conciencia? —Brad lo miraba horrorizado por lo que le estaba diciendo, pero cuando iba a quitarle el teléfono Jeff levantó la mano, tenía que hacer que su adrenalina subiera aún más, ya que mezclada con la rabia era capaz de producir fuerzas impensadas. Esa era la única salida para la agente, ahora sí que tenía que convertirse en la chica superpoderosa, eso lo sabía como psicólogo que era, pero sobre todo como amigo, porque si ella tenía miedo, él lo tenía aún más —. ¡¿Me escuchaste?! —la volvió a azuzar—, tu hermana se debe estar revolcando en la tumba por lo cobarde que eres, no te atreves a saltar...

Cuanto más escuchaba Ira, su cuerpo más comenzaba a temblar. Retrocedió varios pasos cavilando la situación, hasta que cuando estuvo lo suficientemente alejada, mientras Jeff le seguía diciendo cosas cada vez peores, le dio un beso a Katuska en la cabeza, la apretó aún más a su cuerpo, soltó el teléfono y comenzó a correr alcanzando una gran velocidad hasta que llegó a la orilla y sin cerrar los ojos en ningún momento, saltar. Como si estuviera en cámara lenta vio cómo volaba entre un edificio y otro hasta que de pronto sintió un golpe seco al caer de bruces sobre la azotea. Sus reflejos rápidamente la hicieron rodar sobre su espalda para proteger a la niña.

Pocos segundos después soltó un grito desde lo más profundo de su alma.

—¡Sí! ¡Sí, maldita sea, lo logré!

Y acto seguido comenzó a reír como una loca, hasta que sintió como la pequeña se removía aún abrazada a su cuerpo, devolviéndole la cordura.

Rápidamente le quitó los audífonos, la tela que le cubría los ojos y la besó. La pequeña no entendía nada, y con el mismo amor que ella le entregaba le devolvió el abrazo.

—¿Estamos bien? —preguntó bajito casi en suspiro.

—Sí, hermosa, siempre lo estuvimos, ahora no debemos hacer ruido,

cierra los ojitos.

—Pero...

—Shhh... todo está bien, en un ratito nos vamos a casa. —La volvió a tomar en sus brazos y se parapetó bajo una caseta que les servía de refugio.

—Dos metros cincuenta centímetros... —susurró sabiendo que la estaban escuchando—, ya me las vas a pagar, aunque... gracias, ya no tienes que llamar a Annie, pero la patada en el culo que te voy a...

—¿Con quién hablas? —la interrumpió Katiuska.

—Eh... yo... sola, ¿desde cuándo me estás escuchando?

—Nunca has encendido la música —respondió a modo de disculpa y eso la hizo reír, la verdad es que parecía una loca.

Minutos más tarde, la dejó sentada y caminó a la orilla. Las cosas aún estaban revueltas, estaba lleno de policías, camiones de bomberos y ambulancias, pero ellas tenían que bajar de ahí, sabía que Misha seguro la estaba buscando, al menos sus compañeros sabían que estaba bien, y aunque intuía que lo único que ellos querían era llevársela a casa, no podrían, estaba con la pequeña.

La volvió a tomar en brazos, pero esta vez le costó un poco más, le dolía el hombro y como no, tenía una fea herida abierta que, además, le sangraba profusamente. Y para rematar, ahora cojeaba.

Comenzó a bajar los siete pisos con bastante dificultad, lo único que le reconfortaba era escuchar la respiración calmada de la pequeña como un ronroneo en su cuello.

Misha acababa de subir al auto al *vor*, y a pesar del mandato de este porque se fuera con él, el ruso le había desobedecido. Estaba en la parte trasera del edificio, o de lo que estaba quedando de la construcción esperándolas, pero estaba claro que Ira no había salido.

Con cuidado comenzó a rodearlo, la policía ya estaba en el lugar. Para camuflarse sacó de uno de los camiones de bomberos un impermeable amarillo, pero ni de asomo lo cubría ya que llevaba en su mano derecha una ametralladora PKM lista para disparar.

La rabia lo consumía por dentro, los habían atacado en sus dominios, él ni siquiera pudo vislumbrarlo, a pesar de las advertencias que les habían dejado. Sentía que estaba fallando y sabía la razón, era la misma por la que en ese momento parecía un perro con rabia intentando encontrarla, pero ahora sí la mataría por desobedecerle.

Caminaba buscando una entrada, lo único que se respiraba en el ambiente era humo, la situación era caótica, la policía tenía a varios árabes y rusos esposados mientras varios cadáveres estaban siendo subidos a camionetas especiales. La policía no sabía qué hacer con tanto detenido, así que los tenían en fila esperando el furgón que los trasladaría a la cárcel. Misha miraba a varios de sus hombres, que bajaban la cabeza cuando pasaba. Ellos no sabían qué era peor, si estar ahora detenidos o que su jefe los estuviera mirando de esa manera. Definitivo, la segunda era la peor opción, ya que el ruso luego se encargaría de ellos, incluso algunos hubieran preferido haber muerto en el incendio antes de decepcionar a Misha o a su *vor*.

Algunos cuerpos estaban tapados, eran pequeños, pero él no miraba ninguno. Algo dentro de eso que se suponía que era su corazón le decía que estaban vivas. No era un hombre de creencias, pero esta vez lo estaba haciendo.

Escondió un poco más el arma, cubriéndola con la chaqueta amarilla, y pasó por detrás del capitán de bomberos para obtener información y así poder escuchar lo que estaban hablando.

—Ya es tarde, si alguien quedaba vivo, el fuego lo asfixió. Y ninguno



de esos hombres ha dicho que estaban haciendo dentro.

Apretó más la ametralladora contra su cuerpo, quería agarrar a ese hombre con sus propias manos y obligarlo a entrar a él de los primeros, ¡era un bombero! No podía darse por vencido.

No quiso seguir perdiendo más tiempo. Caminó más aprisa buscando una entrada, si el ataque había sido por la puerta principal, la parte trasera debía serle útil. Tenía que mantener la cabeza fría y sus pensamientos ordenados, no podía descontrolarse y se repetía a sí mismo que Ira era una mujer tenaz que seguro había encontrado una salida, ¿pero cómo?, ¿cuál? Si no la encontraba con vida, ya tenía forjado un objetivo nuevo en su vida.

Sabía perfectamente como actuaban las *bratvas* y que esto era una venganza a toda regla, su mente incluso ya estaba ideando uno y cien planes para atacarlos. Ya había contactado con algunos de sus hombres, que lo esperaban en el lugar secreto, pero no llegaría solo.

Por más que lo intentaba, no encontraba ninguna entrada, hasta que de pronto a lo lejos escuchó un grito de un anciano que pedía ayuda para una mujer y su hija. No provenía del lugar del caos, pero algo lo hizo voltearse, y al hacerlo la vio.

Que el anciano gritara no era bueno, atraería a los paramédicos y él se aseguraría de que nadie tocara a aquella mujer.

Misha cambió de dirección caminando rápido, furioso y tranquilo a la vez, ya no le importaba que se le viera el arma. Mientras se acercaba notaba como Ira intentaba alejarse del sujeto, pero en cada paso que daba perdía fuerzas, incluso cojeaba y le sangraba el brazo.

Ella intentaba caminar lo más erguida posible para no llamar la atención, pero ahora incluso alzar la vista mientras buscaba a sus compañeros para hacer contacto visual y decirles que estaba bien se le estaba dificultando, estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano. De pronto, como si nada más

existiera y se borrara el caos, el humo, los gritos y todo fuera irreal, vio como ágilmente Misha, el ruso, caminaba hacia ella con una ametralladora en mano, semblante adusto y un rostro que no denotaba compasión alguna por nadie, como si todo lo que estuviera pasando fuera algo normal y de cada día.

Ambos se miraron y nunca antes ella se había sentido tan tranquila, hasta que Misha la abrazó con fuerzas y le quitó a Katiuska para que no llevara peso.

—No te dije que salieras por atrás...

—Y tú aún no entiendes que no me das ordenes... —Eso fue lo último que dijo antes de desvanecerse entre sus brazos.

En frente de la acera Brad apretaba tan fuerte el volante de la camioneta que incluso sus nudillos estaban blancos, golpeó un par de veces el tablero y, a pesar de maldecir una y mil veces, nada lo tranquilizaba, era él el que debía haberla recibido, protegerla y... cuidarla.

Los chicos lo miraban sin decir nada, sabían perfectamente cómo se sentía, ellos estaban igual, querían a su compañera de misión ahí, pero entendían que dadas las circunstancias, no era posible.

El único que sí lo entendía, porque sabía realmente cómo se sentía y la verdadera impotencia que estaba padeciendo, era Jeff, que tampoco despegaba la vista de su amiga, que ahora era llevada en brazos por el ruso hacia un auto, partiendo a un rumbo desconocido. No lo podían seguir, ese ruso era una máquina de guerra, y si antes tenía cinco sentidos, ahora seguro estaba experimentado un par más y cualquier cosa que se le acercara, por diminuta que fuera, él lo sabría y para colmo de males, el collar solo contaba con autonomía para dos horas más, solo que aún él no se lo había comunicado a sus compañeros.

Lo único que tranquilizaba a Jeff era que su amiga estaba viva, y muy

a su pesar, no podría estar más segura que junto al ruso.

—Un perro no será suficiente... —murmuró para sí siendo observado por Peter, que no comprendió nada.

## Capítulo VII

Ira comenzó a sentir como todos sus sentidos volvían en sí y recuperaba la capacidad de pensar y, a pesar de que estaba sumida como en una especie de nebulosa, intentaba abrir los ojos.

Lo primero que sintió fue olor a humo. Eso le apretó la garganta y la hizo respirar con demasiadas ganas, haciéndola toser. Sentía que se ahogaba y, a pesar de estar casi despierta, se veía envuelta en llamas, rodeada por ese humo negro que ahora olía perfectamente bien.

De un golpe se sentó y vio que estaba dentro de una habitación con paredes de madera, solo iluminada por una luz tenue proveniente de la mesita de noche. Lo primero que hizo fue llevarse la mano al cuello.

«¡Mierda! No tengo el collar», gritó en su interior.

Y fue en ese momento cuando se percató que estaba acostada en una cama. Tiró de la colcha a un lado para ponerse de pie y averiguar dónde estaba y, ante el primer paso que dio, cayó violentamente al suelo sintiendo un dolor que jamás antes había sentido.

—¡Auch! —chilló llevándose las manos a la planta de los pies, mirando con horror que solo llevaba una sudadera y nada más. También se fijó que tenía los pies vendados y las heridas curadas, pero su cuerpo estaba sucio, el hollín cubría gran parte de él.

La puerta se abrió cuando aún ella estaba tirada en el suelo.

—¿Qué haces levantada? —la interrogó un hombre que ella jamás había visto en su vida.

—¿Dónde estoy?, ¿quién eres tú? —preguntó atropellándose con las palabras.

—Calma, soy el médico que te ha curado —aclaró apuntando a sus pies—. Te clavaste cristales y algunos metales, los saqué y curé tu hombro —

explicó cuando se agachaba para ayudarla a levantarse.

—¡No me toques! —exclamó asustada apoyando el pie para levantarse, sin éxito—. ¡Mierda! —volvió a chillar de dolor.

—Tranquila, el dolor pasará en unas horas, tenías los pies heridos completamente.

—¿Dónde está Katuska?

—Ella está bien, duerme ahora.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Varias horas...

—Imposible —lo cortó antes de que continuara.

—Te desmayaste, luego te sedamos para poder curarte.

—¿Cuánto tiempo?

—Aproximadamente llevas seis horas durmiendo.

—¡Maldición! —chilló y en silencio pensó en los chicos, llevándose nuevamente la mano al cuello.

El médico se asustó y decidió salir por ayuda, era claro que ella no iba a razonar con él. La dejó sola y a los pocos minutos la puerta se volvió a abrir.

Misha la encontró tirada con las manos tapándose la cara, y al verla, esa imagen le produjo un escalofrío. ¿Ternura?

—Ira... —habló bajito—, ¿qué haces en el suelo?

—No puedo caminar —respondió sin mirarlo ni moverse.

Con un suspiro que no supo de que parte de su ser provenía, se agachó tomándola en brazos para dejarla de nuevo sobre la cama.

—¿Así estás mejor?

Negó con la cabeza.

—Necesito mi... collar, me lo regaló mi madre —mintió nerviosa.

Misha sonrió y sin hablarle se acercó hasta una cajonera que estaba al

fondo, abrió un cajón y se lo entregó. Ira, en un acto reflejo, se lo ató al cuello y al fin pudo suspirar.

—Gracias...

—¿Necesitas algo más?

—Irme a mi casa, darme un baño... necesito sacarme este olor.

Ahora fue Misha el que negó con la cabeza.

—¡¿Cómo que no?! ¡Claro que sí! —chilló e intentó levantarse de nuevo. Estuvo a punto de caer, si no hubiera sido por los brazos fuertes del ruso, que la retuvieron.

—He dicho que no, mañana hablaremos. Ahora dormirás, son las tres de la madrugada y...

—¡No puedes retenerme aquí! ¡No soy de tu propiedad! Y mucho menos tu...

—Cállate, Ira —la cortó enérgico. ¿Por qué todo le resultaba tan difícil con ella? ¿Por qué no solo acataba la orden y listo? Cualquiera mujer habría estado feliz, excepto... ella—. Si no puedes dormir, le diré al médico que te sude de nuevo.

—Pero tú estás...

No alcanzó a terminar de hablar cuando Misha, en un gesto rápido, le indicó al hombre que le inyectara un somnífero, y en cosa de segundos ella se durmió. Luego le ordenó que se marchara.

Después de terminar de acomodarla se quedó un buen rato observándola. ¿Qué tenía esa mujer que no se la podía sacar de la cabeza? No quiso pensar mucho más, si no aumentaría el cabreo descomunal que poseía, como si eso fuese posible.

Se preocupó de limpiarla cuidadosamente, incluso reprimió las ganas de tocarla, y mientras lo hacía se fijó en varias marcas diminutas que tenía en su pierna, pero una le llamó poderosamente la atención. Era más grande y

estaba en su pantorrilla, parecía una herida de bala y eso sí que le extrañó.

Decidió dejar de mirarla y volver a lo suyo. Al salir, Joshua, el médico, le preguntó cómo estaba y él en respuesta solo bufó. Sí, definitivamente, esa mujer tenía algo que atraía a los hombres como abejas a la miel.

A la mañana siguiente, cuando Emily despertó, desvió la vista a sus pies vendados, con cuidado se los tocó y notó que el dolor era bastante soportable, y eso la alegró.

—¡Bien!, puedo caminar —susurró y luego mirándose el cuerpo frunció el ceño, ahora estaba totalmente limpia y con una camiseta holgada que claramente no era de ella. Inmediatamente pensó que lo más probable era que Misha se la había cambiado y sintió un gran escalofrío. ¿Qué más había sucedido mientras dormía? No se podía fiar de él, y menos después de haberla sedado sin ninguna explicación.

Con la mente un poco más calmada, comenzó a estudiar el lugar donde estaba. Tenía que salir de ahí, seguro los muchachos la estarían buscando y esperaba que eso no significara arruinar la misión.

Con cuidado se puso de pie y fue entonces cuando escuchó el rechinar de unos pasos fuera de la habitación.

Volvió a la cama enseguida, seguro alguien aparecería por la puerta en cualquier momento. Con el corazón latiendo rápidamente, intentó ralentizar su respiración para que pareciera que aún estaba bajo el efecto del tranquilizante.

Por el modo de caminar supo que no era el ruso, él pisaba fuerte y seguro, en cambio los pasos que escuchaba eran lentos, incluso podía decir que inseguros, y lo comprobó cuando este le habló. Era la voz del médico. Se sentó en la cama y la examinó protocolarmente. Primero tocó su cuello para sentir su pulso y mientras la revisaba intentó mentalizarse para controlar su

estado, pero...

De pronto sintió como la mano de Joshua comenzaba a bajar por su cuello hasta alojarse en su pecho derecho. De lo único que tenía ganas era de quitarle la mano de un solo manotazo. Sabía que no podía, incluso estuvo a punto de perder el control cuando le pellizcó el pezón.

—Ahora sé por qué Misha te cuida tanto, puta, vales tu peso en rublos.

Emily sintió que su estómago se revolvía cuando su mano siguió bajando, estaba a punto de desenmascararse cuando escuchó que la puerta se abrió.

—Joshua, baja, Misha necesita hablarte ahora, es la niña.

El médico, al sentir a su compañero, maldijo en voz baja, pero si Misha lo necesitaba, debía ir, a él no se le podía hacer esperar, menos después de lo que había sucedido la noche anterior; varios hombres habían pagado caro el error de no tener resguardado el restaurante, en la *bratva* estaban pagando justos por pecadores sin miramientos.

—Luego seguiré contigo, el día es largo... —comentó antes de irse definitivamente de la habitación.

Al sentir la puerta cerrarse, Emily le dio un golpe duro a la cama y ahogó el bramido de rabia que comenzó a emanar desde su interior. Ahora sí que tenía que irse, no solo por sus amigos, sino por su propia seguridad.

Se acercó a la ventana para intentar abrirla y ¡maldición!, estaba cerrada. Utilizó toda su potencia y nada. Intentando con todas sus fuerzas estaba cuando divisó afuera un par de autos blindados y luego varios hombres ingresaron, para segundos después perderlos de vista en el camino nevado que bajaba la colina. No sabía si Misha estaba con ellos, pues iban todos vestidos de negro, lo que sí sabía era que el infame del médico no los acompañaba, ya que todos los hombres eran de complexión gruesa y él era



delgado.

Emily estaba perdiendo el control. Contaba mentalmente los segundos y su corazón estaba a punto de salirse. En cualquier momento él podría entrar y, aunque lucharía hasta el final, sabía que bastaba con un solo pinchazo para dejarla sin voluntad, completamente a su merced.

En un intento desesperado quitó la sábana, enrollándosela en el puño, para darle un golpe con todas sus fuerzas al vidrio, pero nada. Una, dos y tres veces lo intentó, pero lo único que consiguió fue romperse los nudillos.

Frustrada, se dejó caer sobre sus talones y por unos minutos intentó calmarse. Afuera estaba nevando y la poca luz del día se estaba ocultando. En eso estaba cuando sintió que la puerta volvía a abrirse, tomándola por sorpresa. Sintió que debía defenderse, ¡¿pero cómo?! De pronto vio que lo único que la podría ayudar era la pequeña mesita de noche. La tomó con fuerza al mismo tiempo que se parapetaba a un costado de la puerta.

Con lentitud, la puerta se abrió y un hombre ingresó, deteniéndose al instante al no ver nada en la cama.

Emily, al notar su grave error, no esperó a que entrara completamente, ¡era ahora o nunca! Levantó la mesita y se empinó para darle más fuerza al golpe.

Pero en ese momento, como presintiendo lo que venía, el hombre se agachó y, girando sobre su cuerpo, en un movimiento ágil la agarró por el brazo con fuerza, deteniendo la embestida.

Solo un grito gutural fue el que emanó del interior de la agente, haciendo que el hombre ahora rápidamente tapara su boca. Ella en respuesta le mordió, pero no contaba que aunque sabía que le estaba dejando una marca, incluso podía llegar a sacarle un pedazo de piel. Este la estrelló contra la pared, ejerciendo la presión justa para no dañarla pero sí para detenerla.

—¿Mi... Misha? —preguntó asombrada, temblando asustada, pero no

por eso quitándole los dientes o dejando de luchar.

—¡Por supuesto, mujer! ¿Quién más podría ser? Soy yo... —le informó asiéndola de los hombros—. Mírame.

—Pensé... pensé que era... —tartamudeó y luego, recobrando la entereza, levantó la barbilla y respondió—. Nada, nada.

—Estás bien, estamos a salvo —le dijo con la voz demasiado dulce para un hombre como él—, nada pasará acá. Debo ir a la ciudad, te dejaré a cargo de Joshua.

—¡No! —chilló y sus pupilas se dilataron inmediatamente por el miedo y comenzó a temblar—, por favor, no.

Misha, al verla así, entendió de inmediato que algo sucedía, ella no era cobarde y jamás la había visto temblar. Sin siquiera preguntarle la dejó en la cama y rápidamente bajó en busca de alguien que sabía que sí le daría una explicación.

Joshua, que estaba sentado en el salón, apenas lo vio bajar supo que algo sucedía, no necesitó palabras para entenderlo, ya que la furia que veía en sus ojos rojos como si fuera el mismísimo demonio se lo dijeron.

—No, no hice nada —se defendió el médico, en tanto Misha lo miraba impassible con las aletas de la nariz dilatadas.

Sin siquiera utilizar demasiada fuerza lo doblegó y presionando dos de sus dedos en su hombro él se arrodilló.

Joshua cogió aire y con una mueca de dolor le habló.

—¡Lo que dijo la puta es mentira!

Esa era la última confirmación que necesitaba para saber que sí había pasado algo. Abrió y cerró su mano un par de veces antes de estrellarla de lleno en la cara de su ahora enemigo.

—Esa puta como dices tú... —bufó Misha bajando la voz hasta convertirla en un susurró—, no me ha dicho nada.

El médico palideció en ese instante, se había delatado solo y ante eso, y con la única posibilidad de salvarse, decidió cambiar de actitud.

—Yo solo la toqué, pensé que estaba dormida, pero ¡no le hice nada!

—Sabiendo que esa mujer me pertenece, ¡me desobedeciste! —gruñó con la mirada severa.

Joshua agachó la mirada asumiéndose culpable, como si con eso fuera a librarse del castigo de su jefe.

—¿Qué esperabas conseguir? —preguntó luego de un largo rato.

—Nada... —susurró con la voz entrecortada.

—¡Nada! ¿Y debo creer que estás temblando por nada? ¿Quieres que te saque la información de otra manera? —demandó agachándose para quedar a su altura y luego en un susurró prosiguió—. Estoy esperando tu respuesta.

—¡Es una puta! ¡Solo quería probarla! —gritó a todo pulmón.

Misha no le respondió nada y, con una calma inusual, dio dos pasos hacia atrás. El silencio en el salón fue sepulcral. Parecía que no había nadie más, cuando en realidad había tres pares de ojos mirándolos.

—Joshua, Joshua —repitió caminando por el salón, sin dejar de mirarlo—, solo te autoricé a hacerte cargo de las heridas de esa mujer. Pero en vez de eso decidiste desobedecer una simple regla, y la más importante de todas. El respeto por la mujer de un compañero...

—Misha, te ruego que me perdones —lo interrumpió comenzando a hablar, atropellándose con sus palabras—, nunca más volveré a tocarla, ni siquiera a mirarla si tú...

En ese momento el ruso se volteó con brusquedad y lo miró con cólera, haciéndolo callar con solo un gesto. Él ya había oído demasiado, y si algo no soportaba era la traición.

—Joshua Ilivich, solo tenías que respetar las reglas y en vez de eso, creyendo que ella dormía, tú te aprovechaste. Has pasado sobre mí y ni

siquiera te importó, me has fallado y por eso te declaro culpable de traición.

En ese momento Joshua se levantó e intentó atacarlo, pero antes de dar el primer paso, dos hombres lo sostuvieron por los brazos.

Misha ni siquiera se movió ante la trifulca, demostrando por qué era la mano derecha del *vor*, no titubeaba ante nada y parecía como si fuera una máquina y no un ser humano con sangre corriendo por sus venas.

—¡Llevo ocho años trabajando para el *vor*! —gritó desesperado intentando encontrar apoyo en sus compañeros, pero estos agacharon la cabeza—. ¡Soy el único que sabe su secreto! —gruñó en tono amenazante.

Al escucharlo, Misha retrocedió dos pasos hasta situarse frente a él.

—Guarda silencio. Acepta tu castigo como un hombre, no como un cobarde. Nada de lo que digas alterará este resultado.

En ese momento las puertas del salón se abrieron y al médico se le iluminó la vista, recobrando la esperanza al ver quién ingresaba.

—¡Señor! —exclamó haciendo que todos los hombres se cuadraran ante el *vor*, que acababa de llegar.

—¿Qué está sucediendo acá? —gruñó mirando a Misha, pero antes de que él pudiera responder, Joshua se apresuró para acusarlo.

—Me está condenando por querer aprovecharme de la puta que está arriba, señor.

—¿Eso es cierto? —preguntó a su amigo, que tenía tanta rabia que solo asintió. Que Vadik estuviera ahí solo empeoraría las cosas.

—Le dije que yo era importante en la organización —prosiguió con alevosía, sintiéndose vencedor ante la mano derecha de su *vor*—, que yo era el único que sabía su secreto.

En ese momento la cara del *vor* cambió y con sigilo se acercó.

—Vadik —habló Misha, pero fue acallado con un simple gesto de levantamiento de puño, y con otro gesto sus hombres se acercaron.

—Suéltelo —ordenó con la mirada fija en sus ojos—. Los secretos —suspiró arremangándose el puño de su camisa—, dejan de ser secretos cuando se esboza la existencia de ellos, pero como en mi caso quiero que este siga siendo uno, tú lo guardarás en la tumba.

—Se... señor... —tartamudeó abriendo mucho los ojos—, le he servido fielmente todos estos años, ¡merezco una oportunidad! —pidió dándose cuenta de su terrible error, haber hablado de más—. Le suplico misericordia.

Vadik, mirándolo con frialdad, respondió:

—Me halaga que me compares con Dios pidiéndome misericordia, pero no te confundas, yo no soy él —comentó mientras con la mirada le ordenaba a sus hombres que lo capturaran.

Los hombres obedecieron, en tanto Joshua seguía suplicando su perdón.

—Siempre he estado a sus órdenes, ¡sin mi ayuda Anastasia no hubiera muerto! ¡Esto es injusto!, ¡todo esto es por una puta! ¡¿Qué vale una puta comparado con todo lo que yo he hecho por la *bratva*?!

—Sin la lealtad, esta organización no existiría —reconoció moviendo la cabeza de un lado a otro—, así que, además de ser un imbécil, estás equivocado, esto es para dar una lección —susurró en su oído.

—Por favor... —suplicó—. Discúlpeme.

—No sé lo que significa esa palabra —dijo y se volteó para mirar a sus hombres y detuvo la vista unos segundos en Misha, quería asegurarse que todos aprendieran la lección, y cuando lo hizo, con un ágil movimiento se giró y, sacando una daga de su pantalón, la clavó directa al corazón de Ilich y susurró:

—Los secretos, secretos son. —Luego, con una calma increíble, se dirigió a uno de los hombres que sostenía al médico—. Estos hombres

podrían haber guardado el secreto, si no hubieran muerto —sentenció.

En ese momento, los guardaespaldas sacaron sus armas y a sangre fría dispararon a los hombres que anteriormente habían escuchado toda la conversación.

—Misha —habló—, ahora quiero escuchar tus explicaciones —espetó y al instante, con cara de asco, se dirigió a sus hombres—. Ustedes limpien este desperdicio, odio ver sangre fresca.

En silencio, los dos hombres subieron y se encerraron en una habitación. El primero en hablar fue el *vor*, con un tono de advertencia que no admitía discusión.

—Espero que sepas lo que estás haciendo con esa mujer, o será tu perdición.

—Esa mujer salvó a Katiuska.

—Y es por eso que le estoy perdonando la vida, Misha, pero no te confundas.

—Vadik...

—Silencio, ahora tenemos que trabajar y ver cómo mierda fuimos atacados en terreno neutral.

—Ya tengo una teoría —aseguró y comenzó a contarle todo lo que en pocas horas había descubierto. Ahora ellos dos se entrelazaban en una animada conversación de venganza, como si nada hubiera sucedido minutos anteriores en el primer piso de esa casa.

Unos metros más allá, Emily se tapaba la boca con su puño. Ante los gritos había decidido salir, y al hacerlo se quedó paralizada con la frialdad de esos hombres. Sabía que eran peligrosos y que tomaban represalias si se rompían sus códigos, pero jamás imaginó hasta tal punto. Volvió en completo sigilo a la habitación y cuando estuvo dentro se desmoronó, temblando como

una hoja de papel. Estaba totalmente perdida si Misha o el *vor* la descubrían, su instinto de supervivencia le gritaba que tenía que salir de allí, en tanto su vena de policía le exigía llegar al final del caso. ¿Cuál era el secreto por el cual el *vor* había matado a cuatro hombres sin titubear? ¿Quién era Anastasia?

Agotada, y sin saber cuánto tiempo transcurrió, en el mismo lugar en que estaba apoyada se durmió.

De pronto sintió como unos fuertes brazos la levantaban del suelo, llevándola nuevamente hasta la cama, y lo que vio en esos ojos no le gustó.

Eran unos ojos inertes, sin expresión, nada se podía leer en ellos. Cuando estuvo tumbado sobre ella, comenzó a reprocharle:

—¿Me puedes explicar por qué mierda no te defendiste?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó sin entenderlo. Se sentía indefensa y ni siquiera se podía mover.

—Digo... ¡Por la mierda! —masculló entre dientes—, que tú dejaste que Joshua te tocara —la increpó penetrándola con la mirada, sin quitar la vista de esos labios que tanto deseaba besar.

—¡Estás loco!

—No, no lo estoy, sé perfectamente que te sabes defender.

—¡Ese hijo de puta quería violarme! ¡Pensaba que estaba inconsciente! —exclamó con tanta fuerza que logró separarse un par de centímetros del ruso.

—Entonces reconoces que estabas despierta —siseó furioso.

—¡¿Y cómo querías que me defendiera, Misha?! ¡Anda, dime! Él podía sedarme en cualquier momento y yo habría quedado a su voluntad, ¡¿cómo querías que me defendiera?! ¡¿Con qué?! Ese desgraciado ya me había pinchado por orden tuya, ¿o no lo recuerdas?

—Sí, Ira, lo recuerdo —afirmó al acordarse, arrepintiéndose de sus

palabras.

—¿Acaso crees que yo quería que me tocara? —alegó con rabia mezclada de pena—. ¡Me tocó, Misha! Y... y si no... lo hubieran venido a buscar... ¡no sé qué hubiera pasado! —gritó asustada—. ¡No quería que me pasara nada!

Misha, sin dudarle, la tomó con fuerza y la tiró hasta quedar completamente pegado a ella. En cosa de segundos Ira aceptó su protección y se derrumbó, entregándose a sus brazos como si le estuviera pidiendo ayuda.

—No me gusta lo que pasa aquí, no quiero estar aquí, no sé ni donde estoy...

—Shhh, calma, todo está bien —susurró acariciándole el rostro. No recordaba cuando había tocado a una mujer así, con tanta ternura. La verdad es que nunca había sentido nada parecido, no era solo deseo, era mucho más y eso, a pesar de ser un hombre fuerte, le aterraba—. Acá no te pasará nada, tranquilízate, por favor... yo te cuidaré.

—¡No quiero estar aquí! Quiero irme a mi casa —suplicó desde lo más profundo de su corazón. Era absoluta verdad, no quería seguir en Rusia, quería volver con sus padres, estaba totalmente sobrepasada en ese momento.

—Yo te cuidaré —aseguró apoyando la frente sobre la suya.

—¡No! ¡Maldición! ¡No! ¡Tú precisamente no me puedes decir eso!

—Sí puedo, y lo haré —susurró sin dejar de mirarla, sintiendo un cúmulo de sensaciones en su interior.

—¡Claro que puedes, si para ti soy una puta por la cual puedes pagar! Y... y lo peor es que, a pesar de eso, quiero que seas el único hombre que me toque —confesó abatida cerrando los ojos, sintiéndose humillada por sus propios deseos.

Misha se sentó sobre ella.

—Mírame —le ordenó y cuando lo hizo prosiguió con una sonrisa



malévola—, no te follo porque seas una puta, lo hago porque me gustas y no permitiré que lo haga otro.

—Pero tú siempre me dices que...

—A la mierda lo que te dije, a la mierda con lo que piense el resto, a la mierda con la organización, ¡a la mierda con todo!

En ese momento, e ignorando todas las alertas de su mente, la besó como si estuviera poseído por el mismísimo diablo. Tal vez se equivocaba y Vadik tenía razón, esa mujer sería su perdición, pero en ese momento no le importaba nada, solo quería poseerla como hombre, él ya había decidido que Ira era suya desde el primer momento en que la vio.

Era tanto el fervor del momento que ella dejó de razonar, solo se dedicó a sentir como el ruso le hacía una y mil cosas a la vez, apenas era consciente de la realidad ya que estaba sintiendo cosas que antes jamás había sentido. Sus manos eran exigentes, al igual que sus caricias, tocaban cada lugar de su cuerpo sin siquiera pedirle permiso, con tal intensidad que aunque quisiera de ningún modo se podría negar.

En un rápido movimiento, Ira quedó sobre él y fue el instante en que pudo deleitarse y sentirse poderosa. Era como tener un caramelo y estaba dispuesta a disfrutarlo y, como si fuera una niña pequeña, comenzó a comérselo entero.

Los sonidos que provenían desde el interior de ese hombre, lejos de asustarla, la alentaban y cuando este ya no pudo más la tomó por las caderas, bajándola de su cuerpo. Ahora le tocaba disfrutar a él.

Era tanto el calor que emanaba de esos dos cuerpos desnudos que eran capaces de derretir la nieve que se encontraba alrededor de la casa.

La situación era irreal. La noche anterior habían estado a punto de morir por la explosión de una bomba y ahora, como si el mundo estuviera en calma, se estaban entregando a los placeres carnales de la vida, como si

fueran simplemente dos personas normales, sin nada que perder. ¡Qué equivocados estaban! Aunque de todas formas, y como si fuera un radar, Misha tenía todo controlado, sabía y era consciente de cada palabra que le decía, porque si de algo estaba seguro, era que no la dejaría ir.

—¿Qué haces conmigo, *devochka*?—le preguntó en tanto lamía y tiraba de su oreja al mismo tiempo.

—Lo mismo que tú conmigo —respondió mientras tomaba aire, sentía que se le escapaba de los pulmones—, pero ahora no es lo importante, quiero que me folles como solo tú sabes hacerlo —pidió acallándolo con un beso. No quería hablar, no quería pensar en nada, solo quería entregarse, perderse en él, pero sobre todo, olvidar.

Después de varios segundos Misha pudo reaccionar a esas palabras, la verdad es que esa voz ronca como el mismísimo demonio le nublabla hasta el pensamiento.

—¿Y cómo follo yo, Ira?

—Como una bestia, ruso, y de las peores.

Ante esas palabras se transformó en la bestia que ella quería tener. Le abrió las piernas y colocó sus manos bajo su culo, acercándola aún más, para penetrarla de una sola vez.

Ira comenzó a gemir al ritmo de sus movimientos mientras su espalda se arqueaba de placer. Sus caderas empujaban con movimientos enérgicos, era como una guerra en que ambos querían salir victoriosos. Cuando Misha finalmente eyaculó siguió embistiéndola un par de veces más, hasta caer exhausto sobre ella.

—¿Ya te rindes? —le atusó el cabello, pero lo que no esperaba era que, en menos de un segundo, Misha la giró, poniéndola de espaldas a su pelvis. Si ella creía que eso había sido todo, estaba muy equivocada.

—No conozco esa palabra —le respondió y con su mano izquierda

comenzó a recorrerla de nuevo. Sin vacilar ni un segundo más, volvió a embestirla hasta el fondo, de tal manera que sus testículos quedaron pegados a su culo.

Ira al sentirlo intentó enderezarse, pero le fue imposible. La mano de Misha cargaba su espalda, mientras con la otra comenzaba a acariciarle el clítoris, al mismo tiempo que la penetraba desde atrás.

Sus sonidos se escuchaban por toda la habitación, toda la pasión contenida comenzó a desbordarse sin control, sus caderas se balanceaban violentamente hacia adelante y hacia atrás. Mientras Ira sentía que se partía literalmente en dos, disfrutando de esa pasión desenfrenada que la llevaba a la mismísima galaxia repleta de estrellas.

Misha estaba disfrutando como nunca, todo lo que sentía también se lo estaba haciendo sentir a ella, había estado mucho tiempo atormentado esperando algo como aquello, así que ahora no se quedaría satisfecho fácilmente. A cada queja o suspiro de ella él recuperaba aún más las fuerzas, no la dejaría hasta lograr que ella explotara como nunca lo había hecho en su vida. Ambos lo sabían.

En cosa de segundos, cuando los experimentados dedos del ruso comenzaron un nuevo trabajo, y entre embestidas más prolongadas, rápidas, y bruscas, el cuerpo de Ira se comenzó a contorsionar mientras chocaba su trasero contra el miembro erecto de él, que sintió que con un estremecimiento se descargaba, llevándosela también en un estallido peor del que había presenciado el día anterior. Se desplomó hacia atrás con la cabeza apoyada en su hombro, mientras las convulsiones aún le recorrían el cuerpo de forma lenta, como si fuera una agradable tortura.

Durante un rato se quedaron mirando a los ojos, hasta que él la empujó suavemente a la cama y se volteó hacia la ventana, como si estuviera librando una batalla interior. Ira sintió que debía hablarle, preguntarle algo,

pero no se atrevía. Solo se centró en ralentizar los latidos de su corazón y recuperar su cordura. Ella sabía perfectamente lo que había hecho, había entregado algo que jamás debió entregar. Era el principio básico de una misión encubierta, pero lo que había hecho estaba por sobre todos los límites. Ahora si necesitaría un perro, de eso sí estaba segura.

Cuando se sintió tranquila y muy consciente de lo que hacía se giró hacia él, que seguía con la mirada perdida en un punto inexistente, se inclinó y lo besó en el hombro. Como el ruso no se movió, la agente siguió bajando por su torso desnudo, besando cada uno de sus tatuajes, memorizando cada uno de ellos. Besarlos no era solo un placer para la vista, también para sus labios. Misha poseía un torso esculpido a mano, sin vellos ni marcas. Todo en ese cuerpo era duro, parecía una estatua. Mientras bajaba hacia su cintura, sintió como su miembro se agitaba bajo las sábanas. Lejos de detener su recorrido, prosiguió con una pícara sonrisa en la cara.

«Si voy a tener que comprarme un perro, que valga el esfuerzo el motivo», pensó y con una mano tomó su pene ya erecto. Sin apartar la mirada de él, y sin esperar una autorización, lo besó desde la punta hasta el nacimiento. Luego siguió con sus testículos, y cuando él gimió sintió que llegaba a la gloria, se sentía poderosa, ¡y cómo no! Sí, lo tenía a su completa disposición.

Todo lo que antes el ruso se había recriminado se esfumó en cosa de segundos. Jamás se había permitido tanto, y ahora lo estaba haciendo de nuevo. Separó ligeramente las piernas para darle libre acceso a todo lo que ella quisiera. De pronto sintió como esa boca carnosa empezaba a succionarlo de una manera sublime, obligándolo a hacer acopio de todo su autocontrol, permitiéndose sentir.

Ira lentamente se deslizó por encima de él con la suavidad de un gato hasta situarse sobre sus piernas, y entonces escuchó la voz ronca y

aterciopelada.

—Puedes poseer cada parte de mi cuerpo y yo no sabría cómo detenerte, Ira.

Al escuchar aquellas palabras ella lo miró asombrada, sintiendo que se paralizaba al momento.

—Misha...

En respuesta a eso el ruso, con una sonrisa dulce, acarició su cara con ternura, ayudándola a acomodarse, para que finalmente fuera ella la que con lentitud bajara por su miembro hasta tenerlo completamente dentro, como si fueran un solo ser.

Ira dio un pequeño respingo cuando llegó al final, jamás habían estado en esa posición. Su pene era demasiado grande y su vagina demasiado angosta y deliciosa para él.

Cuando ya se hubo acomodado, comenzó a deslizarse hacia adelante y atrás. Con las manos se asió a su pecho y comenzó a cabalgar, mientras él la ayudaba con las manos en las caderas y comenzó a entregarse, mientras sentía como en cada salto se introducía un poco más, entre gemidos y sonidos de placer, hasta que lo escuchó gritar a todo pulmón, y entonces se descargó en su interior.

Pero esa vez Misha lo hizo mirándola a los ojos, besándola con sentimientos, y cuando la tumbó a su lado, ella supo que iban a dormir. Le dolían las rodillas, sentía cada parte de su cuerpo, pero estaba satisfecha, feliz y, aunque estaba cansada, notó como él subía la colcha y después de un cálido beso susurraba en su frente:

—Sabes lo que has hecho, ¿verdad?

—¿Te he dado un buen orgasmo? —respondió quitándole importancia a su pregunta. Sabía que esa no era la respuesta.

—¿Segura? —inquirió levantando una ceja, sorprendido. No esperaba

esa frialdad y se molestó.

—Sabes lo que soy y lo que hago.

—Desde hoy las cosas han cambiado.

—No... no es necesario que cambies nada.

—Hace tiempo que deseaba que las cosas cambiaran —reconoció esbozando una sonrisa de sinceridad que removi6 hasta el 6ltimo de los cimientos de Ira. La situaci6n se estaba tornando negra para ella.

—No nos conocemos hace tanto —brome6 haci6ndolo perder la paciencia.

—Suficiente para m6 —gru6o enajenado peg6ndola a6n m6s—, ahora ya no te volver6s a escapar.

¡Mierda! Todos sus radares de alerta se encendieron. ¿Qu6 hab6a hecho?

—No me voy a escapar —volvi6 a bromear intentando separarse—, y t6 no me das ordenes, yo no soy de tu propiedad.

—Ahora s6, mujer —afirm6 llevando las manos hasta sus gl6teos, masaje6ndoselos como si fueran masa—. Y s6 me obedecer6s.

—¡Est6s loco! No soy de tu propiedad.

—Ya he pagado por ti.

—¡Qu6! —exclam6 m6s desesperada de lo quer6a parecer, en tanto los ojos de Misha la miraban con satisfacci6n y lujuria.

—¿Preferir6as que el *vor* hubiera pagado por ti?

—¡No! Ni 6l, ni t6, ni nadie, ¡yo soy libre! ¡Libre!

—Pues ya no —sentenci6 tom6ndola de la nuca para que se apoyara en su pecho. ¿Por qu6 simplemente no se pon6a feliz?

—Misha, yo...

—No te he dado permiso para hablar —espet6 con esa voz que no admit6a discusi6n alguna, y en ese momento, Emily Claxon supo que estaba

en un verdadero problema. Como dagas de fuego se le fueron cruzando los rostros de su equipo, de sus amigos y sobre todo la cara de Brad.

¿Qué les iba a decir ahora? Y pensando en eso se durmió profundamente a su lado, sin siquiera recordar por qué estaba en Rusia.

Habían pasado horas desde que él había tomado una drástica decisión en su vida, saltándose así todas y cada una de las reglas que le habían enseñado. Tal vez estaba siendo egoísta pensando solo en él, pero tenía una ilusión. Si todo salía bien él tendría una esperanza, porque al fin y al cabo, la esperanza es lo último que se pierde. Solo procuraría no perderla a ella en ese intento.

Algo muy raro, y que no creía, comenzó a fraguarse en su interior, algo para lo que nadie lo había preparado jamás y, sintiéndose extraño, cerró los ojos, acunándola contra su pecho.

Sí, ahora se sentía en paz. Ni siquiera pensó en su *vor*, en sus obligaciones, ni mucho menos en la masacre que hacía pocas horas había sucedido en el salón, a él ya no le importaba. Era tanto así que ni siquiera le interesaba lo que la pobre de Ira había tenido que hacer para sobrevivir. Tal vez ella ya había tenido muchos hombres, pero si de algo estaba seguro era de que con él disfrutaba como con ninguno y así seguiría siendo.

Afuera nevaba con ganas y la ventisca casi no dejaba ver ni a cinco centímetros de distancia, pero aun así dentro de esa habitación ella tenía calor. Se despertó sudada, estaba completamente atrapada por el brazo musculoso y laxo del ruso, que ahora dormía. Parecía un hombre totalmente indefenso, nada más lejos de la realidad.

Mientras lo acariciaba, trataba de poner la realidad en orden y generar un plan de acción. Recordó lo que su gran amigo le decía de su mujer, de la paz que siempre experimentaba con ella y de ese sentimiento tan apabullador del que ella siempre se burlaba. Pero ahora sentía cosas, cosas que jamás

antes experimentó. Toda su vida había luchado para ser una agente reconocida y salvar al mundo de la escoria humana que lo habitaba, y precisamente ahora estaba disfrutando como nunca de alguien que no era precisamente del equipo de los buenos.

«¡Maldición!», se reprendió internamente. Nunca había sido soñadora y ahora hasta se imaginaba caminando de su mano por la Plaza Roja. No, eso estaba mal, debía centrarse en la misión, en el uranio y en descubrir el lugar exacto de la entrega, pero... no quería que Misha saliera perjudicado, no quería traicionarlo, pero tampoco podía traicionar a su equipo, sus principios... ¡Dios! ¿Qué iba a hacer ahora?

Se separó con cuidado de no despertarlo. Necesitaba hacerlo, y sobre todo necesitaba volver con su equipo, o aunque fuese, comunicarse con ellos.

Al levantarse notó que Misha se movía buscándola. Rápidamente puso su mano sobre la de él y este se tranquilizó como si fuera un gato buscando calor. Cuando se aseguró de que podía caminar y ya no le dolía tanto, salió de la habitación encontrándose con un pasillo de madera que tenía varias puertas. El silencio era abrumador, ni un solo sonido. Siguió caminando y abriendo puertas. Tres tuvo que abrir antes de encontrar una habitación con un computador. Vigiló que no hubiera nadie y entró.

En menos de cinco segundos ya tenía el aparato encendido y sus dedos volaban silenciosos por el teclado. A ella le daba lo mismo si existía conexión, tenía un código que la conectaba a la red desde una IP fantasma, una que solo conocían los agentes infiltrados. Escribió un rápido mensaje a sus amigos, diciéndoles que estaba bien y que pronto regresaría.

Al terminar, tan silenciosa como entró, salió, pero una puerta entreabierta le llamó la atención, y su instinto de gata curiosa pudo con ella.

Caminó sin detenerse hasta llegar al umbral y lo que vio le enterneció tanto que corrió sin mirar nada al pequeño bulto que descansaba sobre la



cama.

—¡Ira! —chilló la pequeña cuando la vio aproximarse, llamando la atención de su cuidador, que hasta ese minuto dormía.

Antes de que llegara a la cama sintió una voz dura que la reprendía.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí?

Ira se giró con una falsa mueca de disculpa en la cara. Ante ella tenía al *vor*, que la miraba reprobatoriamente.

—Señor... yo...

—No tienes nada que hacer aquí —espetó tomándola del brazo, sacándola con brusquedad del lugar—, ya has ocasionado demasiados problemas.

—Yo no he hecho nada.

—Sí lo has hecho, y si dependiera de mí, puta de mierda, estarías muy lejos de aquí.

—Entonces deje que me vaya a mi casa.

En ese momento su risa retumbó por todo el lugar, atrayendo la mirada de sus hombres.

—Soy un hombre de palabra y ya he dado la mía, aunque créeme que contigo estoy tentado a romperla —susurró en su oído.

—Vadik —sentenció fuerte y claro Misha, que venía saliendo solo con el *bóxer* puesto de la habitación.

El aludido levantó las manos y con brusquedad la empujó. Ira estuvo a punto de caer de bruces al suelo.

—Vigila que no pulule por la casa. Si no lo haces tú lo haré yo, a mi forma y con mis métodos —advirtió—, y nada me gustaría más que atarle un collar al cuello y verla arrastrarse como la perra que es.

«¡Sádico cabrón!», gritó Ira en su interior, sintiendo miedo de sus palabras, se sentía desprotegida en aquel lugar.

Antes de recuperar el equilibrio por completo, Misha la tomó de mala gana, empujándola a la habitación.

—¿Qué mierda crees que hacías?

—¡Nada! Solo caminaba y vi la puerta abierta de tu hija. —Eso le sorprendió, pero no dijo nada y, como callaba, ella siguió hablando—. No sabía nada de ella y cuando la vi quise ver cómo estaba, no estaba pululando por ningún lugar.

—Si no quieres llevar un collar como dijo el *vor*, será mejor que no salgas de esta habitación.

—¡Estás loco! —exclamó encarándose a él—. Yo no me voy a quedar aquí porque no soy ni tu prisionera ni tu esclava. ¡Tú no me mandas! Y me importa una mierda lo que tú quieras creer, ¡me quiero ir a mi casa, ahora! ¡Quiero salir de aquí ya! —gritó enajenada.

Misha solo la miró, y después de relamerse los labios y comérsela con la mirada, le habló.

—Tienes razón, nos vamos a mi casa.

—¡No! A tu casa no, a mi casa.

Sin decir nada más salió, dejándola sola para que se cambiara. Si en algo ella tenía razón era que debía sacarla de ahí, pero por su propio bien.

## Capítulo VIII

Si la casa en la que estaba recluida la consideraba segura, al lugar donde entraban ahora parecía un verdadero fuerte impenetrable. La primera vez que entró no tuvo la misma noción, ya que ahora le daba la luz del día. Realmente salir o entrar sin autorización de esa mansión, con cúpulas en el techo doradas, era impensable incluso para una agente como ella.

No dijo ni miró nada mientras seguía a Misha. Él en su tono habitual le había ordenado que lo siguiera y ella, que estaba molesta, ni siquiera le dirigió la palabra, aunque estuvo tentada en hacerlo cuando dos mujeres vestidas con casi nada de ropa salieron a su encuentro, derritiéndose ante él para que les prestara atención.

—Ellas son Keyla y Anika, puedes pedirles lo que necesites y te lo traerán.

—Me quiero ir a mi casa —respondió sentándose en el taburete del bar negro que estaba al fondo del salón.

—Mañana recogerás tus cosas y te mudarás aquí definitivamente —bufó saliendo del salón dejándola completamente sola, sumida en sus pensamientos.

Las chicas lo siguieron inmediatamente. Para ellas parecía que él era su zar. Ira no se preocupó ya que enseguida se le unieron varios hombres armados.

A pesar de que la mansión era hermosa y opulenta poseía gran seguridad, varios hombres armados la resguardaban. Decidió caminar y examinar un poco, si al otro día volvía a su hogar debía aprovechar de sacar el máximo de información, de día todo se veía diferente. Al subir a la segunda planta se dio cuenta que por encima de los altísimos muros podía

distinguir un edificio en particular. Lo memorizó para buscarlo después.

No supo cuánto rato estuvo moviéndose sin rumbo fijo hasta que sus pies acusaron recibo. Sin más se sentó en el suelo, sacándose los zapatos para masajearlos. Al hacerlo se dio cuenta de que estos sangraban.

Había estado tan preocupada de todo que se olvidó hasta de su propio dolor. Apoyó la cabeza entre sus piernas y se quedó así hasta que la única voz que le alegraba el corazón se acercó a ella.

—¿Estás llorando?

—¡No! —sonrió fingiendo felicidad, pero después de abrazarla se sintió verdaderamente en paz.

—Me alegro que estés bien. ¿Quieres qué te cure?

—¿Cuándo llegaste?

—Hace un rato —dijo acariciándole los pies de la misma forma que ella lo estaba haciendo anteriormente.

—Gracias.

—No me las des, tú eres mi amiga y ahora mi hada madrina. ¿Puedes caminar?

Ira afirmó con la cabeza y con una mueca de dolor comenzó a dar pasos hasta llegar a la habitación, que parecía sacada de un cuento.

Se sentó en la cama mientras Katiuska entraba al baño, vertía espumas sobre el agua y llevaba unos cojines. Minutos después Ira tenía los pies en el cálido líquido rosa que se formaba por las esencias que la pequeña ponía.

—Oh, sí... —murmuró de puro placer al contacto, necesitaba eso para calmar su agonía.

—¿Qué haces ahí? —Sintieron ambas al mismo tiempo que daban un respingo de susto ante las duras palabras de Misha, que las miraba desde la puerta. La pequeña se escondió detrás de su amiga y respondió:

—Al hada le sangran los pies.

—¿Cómo? —bufó entrando y sin ningún pudor le sacó los pies para cerciorarse por sí mismo de su estado.

—Estoy bien.

—No, yo te vi llorar. —Volvió a la carga la pequeña.

Misha la tomó entre sus brazos y la acunó contra él para sacarla del baño de la pequeña.

—Duérmete, es tarde.

—Pero...

—Sin peros, Katiuska.

—Eres un dictador, cuando crezca no te respetaré —refutó enojada por como trataba a su hija—, un día llegará a los quince años con los pelos verdes y un *piercing* en señal de rebeldía.

—¿Eso hiciste tú con tu padre? —rio divertido ante esa situación, que por supuesto jamás de los jamases le sucedería a él.

—No, mi padre es el mejor.

—¿Tu padre existe? —preguntó extrañado. Se suponía que no tenía a nadie, lo había investigado.

Dándose cuenta de su gran error, como si no le importara nada aquel hombre, fingió una total despreocupación y respondió:

—No soy hija del aire tengo un padre, uno biológico que ni siquiera sé si existe, pero mi madre nunca habló mal de él, así que en mi cabeza es el mejor de los hombres.

—¡Ah...! —respondió sonriendo. Descubrir cosas diferentes de ella le agradaba, a la par que le asustaba—, creo que llamaré a un médico.

—¡No! —chilló asustada—. No quiero que nadie más me revise, ya... ya sabemos lo que pasó la última vez.

—Te dije que no te volvería a suceder nada. De eso me encargaré yo.

A mi modo, en mi forma.

El ruso no jugaba con lo que le decía, parecía tan tranquilo como un estratega cavilando una maniobra, y tan confiable como el mismísimo guerrero de la batalla.

—Y también me dijiste que me dejarías ir a mi casa —le recriminó mientras la llevaba hasta su habitación, una que ella jamás había visto y lo que vio era nada más lejos de lo que alguna vez imaginó.

—¿Qué? —la increpó divertido al ver su expresión—. ¿Creías que ibas a encontrar cadenas colgando, armas en la pared...? —sonrió socarrón.

Ella solo se encogió de hombros, no le daría el gusto, porque al menos esperaba encontrar armas o prendas femeninas, pero por el contrario era una habitación con una gran cama en medio, un escritorio, una chimenea y un sillón muy cómodo en donde su imaginación de inmediato le jugó una mala pasada y se los imaginó a ellos frente al fogón... acariciándose.

—Dado que no me vas a contestar, lo daré por afirmativo —carcajeó con ganas esta vez, en tanto ella con el ceño fruncido le respondía:

—Tú tampoco respondes a mis preguntas.

—Ahora descansarás, mañana irás con mis hombres a eso que tú llamas hogar a recoger tus cosas.

—Es mi hogar —se defendió dando un salto al suelo para separarse de él—, y no te permito que lo insultes.

—Ira... —Misha se acercó a ella pegando su frente para hablarle con la voz suave y con más sinceridad de la que quería aparentar—. No fue mi intención insultarte ni a ti ni a tu hogar, pero desde hoy esta será tu casa. No puedes solo... ¿estar feliz?

—¿Quieres que esté feliz cuando tú mismo ayer me dijiste que ahora era tuya, que pagaste por mí? Por Dios, Misha, ¿qué tienes en la cabeza? Esta no es mi casa ni lo será jamás.

—Lo que vamos a experimentar desde ahora no lo he vivido nunca y lo descubriremos juntos, es simplemente que no quiero perderte y si esta es la forma que tengo para que solo estés conmigo, no me arrepiento ni de la forma ni del cómo.

Ira movió la cabeza de un lado a otro, no lo podía creer. Su sentido de la razón le decía que tenía que huir de aquella casa, de él. No podía estar con un hombre al que, además, estaba investigando, y por si fuera poco un criminal que no aparecía en ningún lugar, un fantasma, no existía. Pero por otro lado su conciencia le recriminaba que ese era su trabajo, que era una agente federal que debía representar un papel de agente de campo, que debía ganarse toda la confianza de aquel ruso para desbaratar el golpe terrorista que se estaba fraguando, para eso se había infiltrado, no para dejarse engatusar por un hombre. Sin embargo su corazón, uno que no escuchaba muy a menudo para no salir lastimada, había vibrado con frenesí con cada una de esas palabras, que representaban mucho para un hombre como ese. Era un futuro incierto lleno de riesgos que él estaba dispuesto a llevar. Eso era lo que le desarmaba todas las teorías que se hacía, por eso no podía dejar de pensar en él. Eso era lo que la atraía con una fuerza sobrehumana hacia él y... esa misma fuerza era la que la llevaría a salvarlo, porque por mucho que su corazón la traicionara, no podía poner en juego a miles de víctimas inocentes, las mismas que caerían si el uranio llegaba a manos del *vor*, a las de Misha... y eso sí que lo tenía claro.

¿Qué iba a hacer ahora?

—Está bien, Misha —respondió luego de un largo silencio en que no dejaron de mirarse ni un solo segundo—, pero no seré tu prisionera, quiero mi vida de vuelta.

—El club explotó, no puedes seguir trabajando ahí ni en ningún otro lugar como ese. Eres mi mujer.

—¿Y qué pretendes que haga?

—¿No te gusta tanto estar con Katiuska? Pues bien, ahora tienes una nueva ocupación.

—¿Quieres que sea niñera? —preguntó con horror de todo corazón, para eso sí que no estaba preparada ni en un millón de años y por lo demás distaba mucho de su misión.

La risa que en ese momento emanó del interior del ruso se pudo escuchar claramente en toda la mansión. Él nunca había reído con tantas ganas y con... tanta felicidad.

—No, quiero que seas mi mujer.

Sí, estaba totalmente perdida, y en respuesta a eso se lanzó a sus brazos para besarle, beso que por supuesto terminó en la cama y se prolongó por varias horas hasta el anochecer.

Emily Claxon nunca se relajaba, pero ahora algo había sucedido que sí lo había hecho, y vaya de qué forma. Abrió los ojos encontrándose en completa oscuridad, solo unas tenues luces de colores provenientes desde el exterior. Se sentó un tanto desorientada en la cama y, cuando logró salir de la somnolencia, agudizó su audición y comenzó a escuchar música.

Se volvió a colocar su ropa y caminó hasta la puerta. Cuando la abrió el ruido ya era mucho más fuerte. Tardó solo dos segundos en darse cuenta que en aquella casa se estaba celebrando una gran fiesta. Rápidamente fue a la habitación de Katiuska. En ese lugar no se escuchaba nada y la pequeña dormía como el angelito que era, feliz y ajena a todo, eso la tranquilizó, salió y caminó hasta el barandal del segundo piso y claro, ahí entendió y vio todo.

Abajo mujeres y hombres reían, bebían y consumían todo tipo de sustancias que eran suministradas nada más y nada menos que por sus mismas compañeras, también alcanzó a divisar a Zhenya, que conversaba animadamente. Dejó de mirar cuando notó que no solo sus compañeras



estaban en el lugar, sino que también el *vor*. Ese hombre no le gustaba nada y prefirió volver a la habitación a intentar dormir.

Pero claro, su mente le jugaba malas pasadas y se imaginaba al maldito ruso retozando con alguna de las chicas en algún lugar. ¿Es que él no se cansaba? Varios minutos estuvo recreando en su mente una y mil escenas. Ella no bajaría, si Misha no la había despertado era porque simplemente no la quería con él. Se sentó en el sofá y vio como las limusinas entraban y salían, incluso los de seguridad abrían las puertas y los revisaban exhaustivamente. Los invitados vestían elegantes, acompañados de sexis mujeres en tanto ellos mostraban sonrisas manifestando el poderío y superioridad que poseían.

Por otro lado, en la oficina, Misha terminaba de afinar los últimos detalles de la operación con Ahmed. Llevaban reunidos más de dos horas. Por fin se habían puesto de acuerdo y llegado a buen puerto, pero sobre todo, ahora el ruso conocía un poco más al sunita y sus más oscuros secretos. A pesar de pertenecer a una de las mafias más peligrosas del mundo, tenían códigos y estos eran no traicionarse y sobre todo respetar los tratos, y de eso era lo que Misha no estaba seguro, algo le decía que no confiara en aquel hombre. Ahora solo les faltaba definir el cuándo, pero eso lo vería directamente con Vadik, y aunque quería estar feliz después de haber hecho el trato del siglo, no podía.

Él en lo único que pensaba era en la mujer que lo esperaba en la habitación, nunca antes había tenido tantas ganas de vivir experiencias nuevas y estaba dispuesto a entregarse por completo, pero ella no lo estaba. No comprendía que era lo que la frenaba, ¿por qué no solo se limitaba a vivir todo lo que él le podía entregar si ella no tenía nada y ahora sí lo podría tener todo? Pero también por otro lado su cabreo era monumental, no era la primera vez que Ahmed o su *vor* expresaban sensaciones que querían vivir

con Ira y él no lo iba a permitir.

Vadik ingresó a la habitación con varias mujeres dispuestas a celebrar con ellos y cumplirles los caprichos que quisieran. Pero con él no había caso, eso también lo tenía de mal humor, no podía dejar de pensar en ella, incluso se la imaginaba ahí compartiendo, pero no podía exponerla con esos hombres.

Después del cuarto vodka en el cuerpo aún se sentía extraño. Él, siempre tan controlador de todas las situaciones, ahora se sentía expuesto y no lograba encontrar una explicación lógica y racional a lo que le sucedía con Ira. Al tomarse la última gota del líquido transparente de su vaso y al escuchar el desafortunado comentario de su *vor* que hacía alusión de que cuando se aburriera de la puta se la pasara, se levantó con decisión y caminó hasta su habitación.

Al abrir la puerta y no verla, su cabreo subió bruscamente en cosa de segundos, y ni aun así cuando la vio ovillada mirando por la ventana pudo serenarse, todo lo contrario, la veía observando con melancolía.

Sin mediar palabra la cogió en brazos, sin importarle las protestas de esta y que estuviera además solo con un fino camisón.

—¿Qué estás haciendo? ¿Dónde me llevas?

—Cállate, Ira, será lo mejor en este momento —respondió agarrando su brazo para que no se moviera.

—Suéltame —espetó contorsionándose—. Vuelve a la fiesta en donde no quieres que yo esté —le escupió desde sus entrañas con el orgullo herido de mujer.

—¿Qué fue lo que dijiste? —No entendía nada—. ¿Acaso me viste?

—¡¿Qué?! ¡¿Me vas a decir que no estabas disfrutando en la fiesta?! —gritó sin importarle la gente que los miraba. Misha caminaba con ella entremedio de todos como si fuera de lo más normal—. ¡¿Qué no estabas

aquí?!

Misha frunció el ceño y achinó los ojos. Él no había puesto un pie en la fiesta ni sabía quién estaba, aunque eso poco le importaba, cuando Vadik quería hacer una fiesta no escatimaba en gastos y mucho menos le pedía permiso a él para usar su propia casa, después de todo él, era el *vor*.

—¿Bajaste? —quiso saber enojado, ella no tenía por qué haberlo hecho.

—No, imbécil —bufó—, te vi desde arriba —le recriminó soltándose del agarre de su mano.

—No me mientas —gruñó.

—No estoy mintiendo —se defendió.

En ese momento Misha la bajó con brusquedad, poniéndola delante de él para increparla.

—Escúchame bien porque será la única vez que te lo diga —siseó entre dientes—. No soporto las mentiras y no voy a consentir que me mientas, y si lo haces, atente a las consecuencias.

—¡Yo no miento!

—Lo estás haciendo —murmuró acercándose a ella mientras la gente se arremolinaba para verlos—. Porque si no escuché mal me estás diciendo que yo estaba aquí abajo en la fiesta. ¿Crees que estaba con otra mujer? —preguntó en un tono que no admitía discusión—, y piensa bien la respuesta, Ira —le advirtió—, porque no voy a tolerar que me ofendas impunemente ni que me mientas en la cara. Fui claro con lo que sentía por ti y con lo que te quiero ofrecer, así que piensa bien esa respuesta o... ¿es que no has creído nada de lo que te he dicho?, ¿no confías en mí?, ¿prefieres ser puta a llevar una vida conmigo? —Cada una de sus palabras era hiriente.

Ante esas palabras tembló, un escalofrío recorrió su cuerpo, estaba a punto de explotar pero debía tranquilizarse, ella era una mujer sensata que

jamás había tenido ese tipo de sentimientos, pero fue imposible.

—¿Y por qué no me avisaste? Porque preferías divertirme solo, ¿verdad? ¡Perfecto! Sigue en lo que estabas, pero no me busques a mí — exclamó con impotencia a punto de llorar, y ella no era una mujer de derramar lágrimas, ¿qué le pasaba?

Con toda la tranquilidad de alguien que sabía qué estaba haciendo la cogió en brazos poniéndola sobre su hombro de cabeza al suelo para seguir caminando, a pesar de las protestas de Ira, que ahora estaba roja de impotencia.

—¿Dónde está Dimitri? —vociferó por lo alto buscándolo con la mirada. Si había fiesta y la hacía Vadik, seguro estaba el ucraniano, y nunca se había alegrado tanto de ver que él aparecía entre la gente con dos hermosas mujeres.

—Aquí —respondió con un gesto de manos y una gran sonrisa por ver quién lo necesitaba.

—¿Trajiste la máquina?

—Siempre —esbozó una gran sonrisa y se sobó las manos sabiendo lo que vendría a continuación.

—Vamos.

Ira a cada segundo entendía menos y boca abajo perdía rápidamente el sentido de la orientación ya que el ruso caminaba rápido entre la gente que se abría a su paso como si fuera una deidad, y bueno, para casi todos lo era. Al llegar a una puerta, este de una sola patada la abrió y al encender la luz la agente quedó cegada por unos segundos. Pasar de luces de colores y oscuridad a una luz blanca de neón le afectó la vista. Solo sintió cuando aún con ella al hombro Misha, arrastró la silla y la sentó de frente al respaldo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —chilló cuando él con una sola de sus manos atrapó con fuerza las suyas.

No le respondió, en cambio se dirigió a Dimitri que con cuidado sacaba las cosas de su maletín.

—¿Pistola delgada o gruesa?

Al escucharlo hablar Ira se alertó, intentó con todas sus fuerzas levantarse, pero con la mano que tenía libre el ruso la volvió a atrapar, no tenía ni una sola posibilidad de moverse así como estaba, ni siquiera las piernas las podía mover ya que también las tenía cogidas por los muslos de él.

—¡Suéltame, maldito cabrón! Si me vas a matar hazlo de frente para...

A pesar de lo sorprendido que estaba por la rabia y la vehemencia de sus palabras, pero sobre todo por la valentía de esa mujer, se lanzó a sus labios para comérselos. No tenía costumbre de tratar con gente que lo insultara o que simplemente se negara a sus órdenes, pero ella era diferente, era la única que le objetaba, la única que le discutía, la única que no le respetaba y la única que le hacía perder la razón para que le dominara el corazón. Por eso y por muchas cosas más que aún no tenía definido había decido hacerla suya, y la única forma válida en el mundo que él se movía era lo que iba a hacer a continuación.

Cuando separó sus labios de los de Ira pudo sentir el sabor metálico de su sangre y con un gesto despreocupado lamió su propio sabor y le habló al ucraniano, mirándola directo a los ojos furiosos de ella.

—Quiero que su libertad me pertenezca solo a mí.

No hicieron falta más palabras, Dimitri asintió con la cabeza entendiendo perfectamente y encendió la pistola.

—Y que todo el mundo que lo vea lo sepa.

—Hermano...

—No soy tu hermano.

—Señor, para eso tendría que tatuarla en la frente, como a mis chicas.

—¡Qué! —chilló. Ahora Ira salía de su estupor y un gran temblor sacudía su cuerpo—. ¡No!

—Dimitri es el mejor tatuador de Europa del Este, hará una obra de arte en tu piel, a ver si así te convences de a quién perteneces.

—¡No! Olvídalo, ruso. —Saber que no iba a morir de un tiro en la cabeza le tranquilizaba, pero saber que iba a ser tatuada le volvía a poner de los nervios. Con solo escuchar la orden de Misha ya sabía lo que le iban a tatuar, eso no lo podría disimular aunque quisiera.

—Eres un sádico cabrón —escupió directo en su cara.

Misha se limpió con el antebrazo y sonrió maquiavélicamente antes de responder:

—Si fuera un sádico —refutó enérgico—, disfrutaría viendo tu dolor y me correría viéndote sufrir, pero no lo soy, lo que a mí me excita es ver tu cara cuando te follo y pierdes la noción de ti, porque aunque me digas que no y te lo niegues a ti misma así es.

Asustada y sintiendo el primer contacto de la aguja en su piel lo miró con odio, y se tragó el dolor que la máquina le estaba produciendo. La verdad es que le dolía demasiado, estaba tensa y no había manera de que se pudiera relajar. Intentó recordar cuando su hermana se había hecho uno y le había pedido a ella que también se tatuara para lucir uno igual, y no había sido capaz, fue sentir el primer pinchazo y salir despavorida del local, y ahora varios años después la estaban tatuando contra su voluntad.

Varias horas después, exactamente casi tres, se levantó de la silla con las piernas entumecidas y sin mirar a ninguno de los presentes, que se estaban regocijando con el trabajo del artista, salió del lugar y subió a la habitación.

Rápidamente llegó hasta el baño con el dolor instalado en el cuerpo. Con las manos temblorosas se arrancó el plástico que cubría gran parte de su

espalda.

—¡Ay!, no... —murmuró empezando a desesperarse. La imagen que el espejo le devolvía era de su espalda completamente tatuada con un atardecer en colores y en medio, con letras rojas sobresalientes, el nombre del ruso: “Misha”.

Cerró los ojos un momento y al hacerlo una lágrima rodó por primera vez en mucho tiempo por su mejilla.

Misha, que había subido detrás de ella, se quedó paralizado mirándola sollozar. Se sintió un intruso en su propia casa y por primera vez quiso acercarse a alguien y acunarlo, sintiéndose en parte culpable por su dolor, pero no así por haberla tatuado. Tan silencioso como ingresó se retiró, era mejor dejarla sola y que aceptara rápidamente su destino.

Luego, cuando estuvo tranquila, se lavó la cara y se fue a acostar. La cabeza se le partía del dolor que sentía, solo quería cerrar los ojos y dormir. No supo nada de sí hasta que amaneció y lo primero que vio sobre la cama fue un pote de crema y una nota de Misha ordenándole que se la pusiera.

En un principio pensó en tirarlo lejos, pero recapacitó pensando en que si tendría que llevar ese dibujo por un largo tiempo sería mejor que se lo cuidara, si no las consecuencias serían peores y probablemente para siempre.

Sabía mucho de tatuajes, pero poco y nada de sus cuidados, así que decidió ponerse una camiseta de Misha para que no le rozara la piel, así bajó. Ese día iría a su hogar por sus cosas.

Una vez que estuvo en el primer piso le extrañó no ver al ruso, pero internamente lo agradeció. Antes de que pudiera pensar, dos hombres se acercaron a ella y le dijeron que tenían órdenes de llevarla a su casa. Eso alegró su día y la hizo olvidar en parte su dolor.

Lo que no esperaba Ira fue que, al bajar del automóvil, ambos guardaespaldas lo hicieran también.

—¿A dónde creen que van? —preguntó altiva mirándolos con mala cara.

—Tú subes... nosotros también —respondió uno de ellos enseñándole su arma, como si eso la amedrentara.

«Idiota», pensó.

—No entrarán a mi casa.

—Escúchame bien —dijo el otro acercándose peligrosamente a ella para intimidarla—. Misha nos ordenó cuidarte y eso hacemos, me importa una mierda lo que tú digas o quieras y...

—Sergei —lo cortó Mijaíl—, deja que suba —y dirigiéndose a ella continuó—. Tienes treinta minutos para recoger tus cosas, puta. Ni uno más o te irás con lo que tengas.

Sin amilanarse ni un poco, pero regalándoles una sonrisa que los puso nerviosos, asintió con la cabeza. Ella ya tenía un plan y esperaba que treinta minutos fueran suficientes.

Rauda corrió por las escaleras hasta que llegó a su hogar. Era la primera vez desde que había llegado a Rusia que el hecho de entrar en ese pequeño apartamento le producía tanta alegría.

Sacó su computadora y tecleó un escueto mensaje, sabía que sus amigos estaban vigilando el lugar.

Después de eso se cambió de ropa, se puso otro atuendo sobre el que ya tenía y luego, calzándose sus zapatillas de deporte, abrió la ventana. Su plan era simple: debía pasarse al otro apartamento y salir por la escalera de emergencia, cruzar la calle, y correr hasta donde estaban sus amigos, todo esto sin ser vista por los guardaespaldas. Simple, muy simple para una agente tan capaz como ella.

—¡Bien! —susurró para sí al entrar al apartamento contiguo. Todo estaba saliendo como lo tenía planeado.



Cansada y respirando entrecortado iba a tocar la puerta. No alcanzó a dar el primer golpe cuando se abrió y sintió como unos fuertes brazos la apretaban contra un cuerpo duro.

—¡Emily!

Ante ese primer contacto tan fuerte ella rechistó, no le dolían las magulladuras de la explosión que aún tenía visibles, pero sí le escocía la espalda.

—¡Chica, superpoderosa! —continuó Jeff feliz por verla—. Aún estás en forma.

Separándose un poco para abrazarlo fue hasta su gran amigo pero este, al sentir que se quejaba como si fuera una muñeca de trapo y sin que alcanzara a protestar, levantó su ropa. El bramido de Brad los alertó a todos.

—¡¿Qué mierda te hicieron en la espalda?!

—Estás marcada —comentó Peter. Él sabía tanto de tatuajes como ella, de hecho los habían estudiado juntos.

—Dios, Emily —susurró Brad compungido, ni en un millón de años esperó ver algo así.

—No es... no es para tanto —respondió poniéndose un poco nerviosa, no esperaba aquella reacción.

—¡¿Cómo que no es para tanto?! —vociferó Brad—. ¿Qué mierda te han hecho?

Peter, acercándose hasta su espalda, se agachó y, como si examinara una obra de arte, comenzó a relatarles a todos:

—Lo que Emily lleva en la espalda es una marca de propiedad.

—¿Cómo? —habló Brad en un tono pétreo esperando a que Peter le diera toda la información y no se guardara nada—. Quiero saberlo todo.

—Primero debes saber, para la tranquilidad de todos, que este tatuaje fue hecho por uno de los mejores tatuadores de Europa del Este.

—¿Y? —quiso saber Jeff, que en ese momento sostenía los hombros de su amiga que, aunque no se notaba, estaba tiritando, no estaba preparada para aceptar toda la información que sabía vendría a continuación.

—No se te infectará ni te producirá ningún problema de salud, pero...

—¡Pero qué! —lo apremiaron al unísono Jeff y Brad.

—Pero esto es para siempre, imborrable. —Solo un gruñido se escuchó en la habitación.

Ella solo cerró los ojos, ya se temía una cosa así y apretó fuerte la mandíbula para que no le temblara y sus amigos no la vieran tan vulnerable.

—Aunque se puede transformar y...

—Eso no es lo importante ahora —lo cortó Jeff—. Dinos algo más sobre el maldito tatuaje.

—Como ya sabemos, los integrantes de las *bratvas* se tatúan para contar su historia a través de su cuerpo. —Todos asintieron—. Y aunque no es común que las mujeres se tatúen o sean tatuadas —dijo esto solo mirándola a ella—, a veces sucede y lo hacen para demostrar algo. En este caso el atardecer con aves volando significa que la persona ha nacido para ser libre, pero... —Hizo una pausa—, en este caso significa que tu libertad termina y empieza con Misha. Eres de su propiedad y nadie excepto él te podrá tocar. Eres... su esclava.

—Estupideces —respondió Jeff, ahora sí notoriamente nervioso.

—No, Jeff, no para ellos, incluso las consecuencias de la insurrección de estas mujeres puede ser castigada de la peor manera y no me refiero a que sean fatales, sino mucho peor en vida. Si su dueño no las vuelve a aceptar, pueden terminar como esclavas sexuales de otro hombre o de varios, incluso formar parte de una red de prostitución y si tienen mejor suerte alcanzar la muerte, pero jamás serán libres de nuevo.

Emily se llevó las manos a la boca para aplacar un grito ahogado.

—Eso no sucederá, te vuelves a casa ahora —sentenció Brad tomando su teléfono satelital para informarle a sus superiores que Emily Claxon abortaba la misión. Él no la arriesgaría, la sacaría de ahí.

—Brad —habló la agente acercándose a él, estaba igual de impactada —, escúchame —pidió quitándole el teléfono. El rostro del agente era imperturbable y bajo esa mirada se escondía una férrea determinación—. Estamos a punto de saber la ubicación exacta de la entrega de uranio, no podemos desperdiciar la única oportunidad que tenemos.

—¡Olvídalo! —bramó sabiendo lo que le estaba pidiendo.

—Brad —intervino Jeff—, Emily tiene razón.

—¡Razón, y una mierda! —explotó al fin sintiéndose enjuiciado por todos por cómo lo estaban mirando—. No voy a arriesgarte como si fueras un cebo.

—¡Llevo meses arriesgándome, Brad! —comentó la aludida sintiéndose perdedora y no quería—, no puedes enviarme de vuelta a casa, esto va mucho más allá de un simple tatuaje que... que por lo demás terminará de importar cuando acabe la misión.

—No me voy a arriesgar

—Es que no es tu decisión, es mía, ¡nuestra!, somos un equipo —los apuntó a todos uno a uno mirándolos a los ojos, debía mostrarse fuerte o realmente todos los sacrificios hechos serían en vano—. ¿Cuántas vidas vamos a salvar? ¿A cuántas mujeres vamos a proteger? No es eso para lo que nos entrenamos. No es por eso que hemos venido. Esto... esto es circunstancial.

—¿Circunstancial? ¡Circunstancial! ¿Pero tú eres tonta o el ruso ya te ha lavado el cerebro? ¡¿Qué no entiendes que ahora le perteneces a él?! — Ese era el punto que le clavaba a Brad —. Tu vida está corriendo peligro.

—¡No! Todo sigue igual que antes —intervino Peter aplacando los

ánimos—. Emily tiene razón, estamos a pocos días de descubrir el lugar y hora del intercambio y con eso poder detener a una de las *bratvas* más poderosas de Rusia.

—Y evitar un desastre nuclear —apostilló Blake, que se había mantenido en silencio. Él era un experto en comunicaciones, no así hablando.

—¡Exacto! Por eso estamos aquí —prosiguió la agente—, no podemos cegarnos ahora, incluso... incluso ahora tenemos más oportunidades de información.

—Estoy de acuerdo —concluyó Jeff. Él pensaba que mientras más rápido se acabara la misión, más rápido Emily estaría lejos y a salvo. Ahora sí que tenían que detener a esa *bratva*, no solo por la humanidad, sino por la tranquilidad y vitalidad de la chica superpoderosa.

—¡Pues yo no! Y soy el superior en esta misión.

La agente miró su reloj. Le quedaban pocos minutos y ya se comenzaba a desesperar, así que recurriendo a una última estrategia habló:

—Votemos, los que están a favor de continuar la misión levanten la mano.

Todos excepto Brad lo hicieron, no necesitaron más palabras para dejar zanjado el tema en cuestión. Luego rápidamente Blake se acercó entregándole unos pendientes de cristal color negro.

—El collar no sirve porque no tiene autonomía propia, pero estos pendientes —indicó mirándolos—, tienen ciento sesenta y ocho horas de grabación autónoma. Todo lo que tú oigas lo oiremos nosotros y... —anunció ahora sacando una pequeña pistola tipo jeringuilla que le acercó al brazo—, esto —dijo pinchándola de improviso—, es un chip que nos mostrará tu ubicación 24/7, estarás siempre monitoreada.

Emily asintió sobándose el brazo.

—Si te sacas....

—Si te quitas —se interpuso Brad ante Jeff—, los pendientes aunque sea una sola vez no habrá concilio que te salve de abortar la misión.

—Estoy de acuerdo —afirmó Jeff muy serio—, lo que tú escuches, lo escucharemos nosotros.

—Está bien —afirmó con la cabeza y una media sonrisa—, les enviaré información apenas pueda, estando en la casa tengo acceso a las redes.

—¡Vivan los *hacker*! —exclamó Peter—. Y recuerda que lo mejor será mandarnos todo sin desencriptar, nosotros lo arreglamos aquí, así no perderás tiempo en eso y... será mucho más seguro para ti.

Sin siquiera despedirse Brad se volteó para salir, no podía seguir quedándose, el miedo que sentía por ella le impedía sentirse orgulloso por lo que estaba haciendo, lo sabía, pero no podía evitarlo. Ella se estaba comportando como una auténtica agente.

Luego de afinar los últimos detalles todos se despidieron y, sin importar la protesta o el riesgo que significaba, Jeff la acompañó a la entrada del edificio y cuando la abrazó para despedirse susurró en su oído:

—No intentes ser la chica superpoderosa. Si te disparan, sangras y si sangras... mueres

—Jeff, yo...

—Vete, te quedan pocos minutos y... —bajó la voz entregándole un pasador para el pelo—, a solo un clic yo estaré a tu lado en diez minutos, estés donde estés, haz lo que hazas. Esto es solo entre tú y yo. ¿Estamos de acuerdo?

—Gracias...

—Vete.

## Capítulo IX

De la misma forma que salió volvió a ingresar a su hogar, solo que esta vez tenía el semblante triste. No quería estar enojada con Brad, eso le afectaba, pero tampoco podía abortar la misión más importante de su vida.

Justo en el momento en que cerraba la ventana de un golpe certero se abrió la puerta, dejando entrar a Sergei, que la miraba con cara de pocos amigos.

Solo tardó dos minutos en recuperarse de la impresión y responder muy a su estilo, tomando la lámpara que descansaba en la mesa de noche.

—Sal de mi casa ahora, ¡me quedan dos minutos! —chilló lanzándole el objeto que se estrelló en la pared, haciendo que el guardaespaldas cerrara la puerta.

Rápidamente metió un par de cosas al bolso y echando una última mirada a su hogar salió. Los hombres la miraron sorprendidos, pero no dijeron nada.

En la casa, Misha la esperaba ansioso. Creía que al traerse una parte de ella a su nuevo hogar estaría más feliz, pero se sorprendió al ver que no era así.

—¿A qué has ido a tu casa si no traes nada?

—¿No se supone que tú te vas a encargar de mí? —respondió altiva —, pues bien, comienza con la ropa —dijo para quitarle tensión al asunto. Solo se había traído lo que ella consideraba necesario, ya que el tiempo no le alcanzó para sacar nada más.

—Hoy tendré una reunión importante con Vadik y Ahmed, luego cenarán aquí y necesito que te comportes como una mujer normal, que los atiendas como mi mujer.

Ira solo lo fulminó con la mirada. ¿Una mujer normal?, ¡una mierda!

Pero sin duda, esa era una gran oportunidad.

Rauda subió a su habitación para no estar cerca de él, eso le producía un sinfín de sensaciones contradictorias que no quería dilucidar en ese momento.

No, ahora tenía que pensar cómo obtener más información. Su cerebro de agente comenzó a trabajar urdiendo un plan. Eso le dio escalofríos pero también una idea, arriesgada pero idea al fin.

—Brad —susurró bajito, sabiendo que sus compañeros la escuchaban—. Sé lo que hago, no estoy perdiendo la cabeza y... si no es mucho pedir, no escuchen el audio al menos por veinte minutos.

Del otro lado Brad, que por supuesto la estaba escuchando, solo golpeó la mesa. Conocía a la agente y conocía a la mujer que habitaba en ella, por eso después de escuchar al ruso, no le costó nada adivinar qué es lo que la chica superpoderosa iba a hacer.

Tomó aire solo un par de veces para desprenderse de toda la ropa que llevaba puesta. Quiso con todo su ser poder ser capaz de quitarse las bragas también, pero le fue imposible, algo de pudor le quedaba, aunque esperaba que se le esfumara cuando llegara a su objetivo. A cada paso que daba sentía que el corazón se le aceleraba un poco más. Se volvió a arreglar el moño por enésima vez en tres minutos y al fin, decidida, tocó a la puerta.

Una vez... dos veces... y nada, hasta que por fin un malhumorado Misha le abrió, quedándose un segundo impactado con lo que veían sus ojos.

—¿Puedo pasar?

«Claro, por supuesto», quiso decirle, pero en vez de eso solo respondió:

—Entra.

Ira estaba frente a la gran puerta reforzada solo con una bata de seda negra y unos impresionantes tacones del mismo color, que hacían que sus piernas se vieran totalmente perfectas y contorneadas. Avanzó dos pasos hasta situarse en medio de la habitación. Tomó el cinto con delicadeza, acercándose hasta solo rozarlo, y cuando estuvo segura de que obtenía toda su atención, dejó que la prenda se deslizara por todo su cuerpo hasta llegar al suelo, en tanto un escalofrío recorría su columna vertebral, poniéndole la piel erizada sin poder evitarlo.

—No tengo nada para usar esta noche.

Misha, obnubilado por lo que veía, la atrajo por la cintura hasta quedar totalmente pegado a su cuerpo.

—Solucionaré el problema del vestido —murmuró en su oído justo antes de que Ira atrapara su boca, lo cogiera de la nuca por sorpresa y lo besara con toda la pasión que podía reunir en cosa de segundos, manipulándolo con la esperanza de despertar en él todas las terminaciones de su cuerpo y, si tenía suerte, que era lo que necesitaba, tomara su cara con vehemencia.

Mientras le daba ansiosas caricias por su cuerpo sintió como el ruso comenzaba a vibrar con el contacto. Apresurada porque las cosas salieran bien y, aunque no lo quisiera reconocer, excitada por las cosas que Misha le estaba haciendo, se entregó al momento, sin negarle nada de nada. No estaba pensando, solo estaba actuando conforme sus deseos le demandaban, lo único que esperaba era que sus amigos le hubiesen hecho caso y no la estuvieran escuchando por al menos... veinte minutos.

En un movimiento inesperado para Misha, ella desabrochó el botón de su pantalón liberando por fin su erección, acariciándosela. Él la apretó con desesperación, esa mujer le hacía perder el control. Acarició sus senos, quería poseer su cuerpo, ni siquiera pretendía disimular su anhelo, deseaba como



fuera dejar su huella en ella.

Desesperado y poseído por la pasión, le demostró en cosa de segundos cuánto la deseaba, penetrándola de una sola vez. Ambos respiraban con dificultad, y aun así ninguno disminuyó la velocidad, ni siquiera se había quitado las bragas, ni él sacado el pantalón, solo se lo había bajado.

En una última estocada que se llevaría todo, Misha agarró con fuerza su cabeza y, sosteniéndola, se introdujo en ella hasta el final, sin un ápice de cansancio, para que en ese preciso momento ambos llegaran al clímax, profiriéndose sus nombres al tiempo que alcanzaban la gloria donde no existe la razón y a la conciencia le gana el olvido.

Jadeando, Ira fue la primera en retirarse mientras él la sostenía por la espalda y caminaba como si no pasara nada hasta sentarla sobre el escritorio. Sin aliento y con las piernas temblorosas apoyó los pies en el suelo, mientras con un movimiento sexy se retiraba el pelo de la cara.

«Sí...», pensó esbozando una sexy y triunfal sonrisa, había logrado su objetivo.

—Puedes interrumpirme así cuantas veces quieras —comentó Misha, aún lamiendo su cuello, regocijándose con las placenteras sensaciones que su cuerpo experimentaba.

—Solo vine a decirte que necesito ropa para atender a tus invitados como... —hizo una pausa y con un ágil movimiento se bajó de la mesa—, una mujer normal.

Ante esas palabras tan frías y la mirada que ahora ella le daba, sin denotar su molestia ni su decepción, se subió los pantalones, rodeó la mesa y se sentó, para luego de unos segundos, que se le hicieron eternos a ambos, hablar.

—Tendrás ropa para vestir, le diré a una de las chicas que te lleve algo.

—Gracias —respondió sosteniéndole la mirada. A pesar de querer ser dura y parecer despreocupada, ante esos ojos no podía. Esperó pacientemente que él se levantara para teclear el código en la pared y, antes de que él cerrara definitivamente, escuchó como le decía delante de los dos hombres que custodiaban esa entrada:

—Ira —la llamó—, estuvo bien pero podría estar mejor.

Quiso darse la vuelta y gritarle, incluso patearle, pero en vez de eso siguió caminado como si nada le hubiera dicho, aunque en realidad hervía de rabia por dentro. No podía seguir negando lo que ya sabía y su cuerpo le decía: ese ruso era el único que la hacía volar y sentir como ningún otro hombre lo había hecho.

Sabía que cuando acabara la misión, muy a su pesar, necesitaría un perro.

Mientras se daba una ducha con agua fría para olvidar lo vivido no dejaba de pensar en esas manos, en esos ojos, en esa piel... Sus manos la calmaban, esos ojos la transportaban y... esa piel la volvía loca de placer.

Harta de recordar salió del baño, encontrándose con Keyla, que sostenía algo entre las manos.

—¿Tú no sabes tocar? —le recriminó, atándose aún más fuerte la toalla al cuerpo.

—No eres la dueña de Misha —fue lo primero que le respondió la chica, que la miraba con mala cara.

—Eso no está en discusión. ¿Qué haces aquí?

—Vine a traerte esto —dijo lanzándole algo al suelo, pero con lo que Keyla no contaba era con los buenos reflejos de Ira, quien cogió la prenda en cosa de segundos, sorprendiéndola.

—Ahora ya te puedes ir.

—Misha está en una reunión, te espera dentro de una hora en el salón.

Sin decirle nada más la chica se fue, mirándola con desprecio. Estaba claro que ella no era de su agrado y la razón no era muy difícil de adivinar.

Con toda la tranquilidad del mundo Ira se vistió, no tenía ningún interés en acudir a esa cena, y cuando se calzó el vestido contó hasta diez para no soltar el grito contenido que emanaba desde lo más profundo de su interior.

—Maldito seas, ruso... —espetó entre dientes mientras se giraba frente al espejo, observando como el tatuaje que llevaba en la espalda se veía completamente. El vestido era sencillo y se pegaba completamente a su cuerpo. El único escote que tenía era en la espalda, que la dejaba totalmente descubierta—. Así que quieres que todo el mundo vea a quién pertenezco —murmuró en voz alta.

Resignada, se trenzó el pelo en un juvenil moño que le cubría la oreja y para adornarlo se puso el pasador que su amigo le había regalado. Por alguna razón con eso puesto se sentía más segura.

Una vez que estuvo lista fue hasta la habitación de Katiuska. Ella al verla se lanzó a sus brazos para que la acunara. El amor que se tenían se podía palpar, ¡hasta un ciego lo podía ver!

—¡Hada! ¿Estás... negra?

Eso la hizo reír y olvidar por segundos la rabia que sentía hacia al ruso.

—¿No te gusta?

La pequeña negó con la cabeza y, separándose un poco de ella, se dio una vuelta sobre sí misma para que la viera con su hermoso vestido celeste, que hacía perfecta combinación con sus ojos cristalinos y puros.

—¿Cómo me veo?!

Ira cerró los ojos un momento. ¿Cómo le decía lo que tenía que comunicarle a continuación sin dañarle la ilusión? Imposible, pero era por su

bien.

Con cuidado la tomó en sus brazos y la llevó hasta el baño, la sentó sobre la loza y, cogiendo uno de sus maravillosos rizos recién hechos, comenzó a hablarle lo más suave posible.

—Si te pido un favor, pero uno muy, muy grande, ¿me lo harías?

La pequeña sonrió con ganas al ver la posibilidad de hacerle un favor a su hada madrina.

—Necesito que esta noche te quedes acostada, que no bajes a cenar con nosotros. Si lo haces, mañana jugaré contigo toda la tarde a las muñecas.

—Pero yo quiero bajar como princesa —respondió haciendo morritos, incluso con un brillo acuoso en sus ojos.

—Eres una princesa, y la más linda de Rusia, pero por favor... esta noche quédate en esta habitación.

—¿No te gusta la gente que cenará aquí hoy? —preguntó sorprendiéndola. A veces los niños entendían mejor que los grandes, y para no insultar su inteligencia decidió hablarle casi con la verdad.

—La cena será aburrida y...

—Pero habrá niños —la interrumpió—, vendrán las niñas que estaban en el club —aseguró.

—Katiuska, por favor, te lo ruego.

Después de unos largos minutos, en los que la cría la miró como si estuviera analizando sus pensamientos, suspiró y habló.

—¿Y qué voy a decir para quedarme acá acostada?

Antes de que le pudiera responder la abrazó con ganas, con amor y con toda la ternura del mundo, soltando así el aire que ni siquiera sabía que tenía contenido en los pulmones.

—¡Gracias!, ¡gracias! Mañana jugaremos a todo lo que quieras.

—¿De verdad?

—Todo, preciosa, todo lo que quieras, pero ahora ven, deja que te moje un poco el pelo. Ahora tienes fiebre y te duele la cabeza, será nuestro secreto.

Katuska, encantada por ver la alegría de su amiga, se dejó hacer por ella. Luego con cuidado la llevó a la cama, le quitó el vestido y la acostó, y al darse la vuelta para marcharse sintió:

—¡Wow! ¡Qué lindo el dibujo que tienes en la espalda! Yo quiero uno de un castillo, ¿me lo puedes hacer mañana?

Mordiéndose el labio para no reír ante su ocurrencia se dio la vuelta y le dijo:

—No grites, que si no te va a doler más la cabeza.

Salió de la habitación y, por supuesto, iba retrasada. No era su intención demorarse tanto con Katuska, pero era tarde para lamentarse porque en medio del pasillo, y mirándola con arrogancia y enfado, estaba Misha con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Dónde está Katuska?

—Está... acostada, se sentía mal.

—Creo haber sido claro contigo y haberte dicho que no me gustan las mentiras.

—Puedes corroborarlo por ti mismo si no me crees —respondió muy segura de sus palabras, pero cuando Misha comenzó a caminar hacia la puerta decidió volver a hablar.

—¡Es una niña!

Al escucharla, él se giró para mirarla de mala forma.

—Y por eso mismo la estoy buscando para ir a cenar.

—¿Sí? ¿Y con un hombre que tiene hijos con distintas mujeres?

—Es su cultura —contraatacó molesto.

—¿Su cultura es tener a una niña que no llega a dieciséis años como

esclava, porque fue comprada...?

—¡Ira! —la cortó para que se callara de una buena vez.

—Misha... —susurró acercándose con cara de súplica—, por favor, deja que se quede aquí en una realidad diferente de la que está sucediendo allá abajo, deja que conserve su inocencia por el mayor tiempo posible. No digo que viva engañada, pero es una niña y a sus cortos seis años ha pasado incluso por más que algunos adultos.

—Que sea la última vez que me mientes —respondió tomándola del brazo para bajar. Odiaba cuando lo miraba con esos ojos que podían traspasar todas sus barreras, esos ojos que le dejaban expuesto el corazón, el que se empeñaba en ocultar.

Con la mano de Ira tomada muy fuerte bajaron hasta llegar al salón donde ya todos estaban reunidos. El primero en hacer un gesto de arrogancia al verlos tomados de las manos fue Vadik, que movió la cabeza en forma de reprobación, pero cuando la vio pasar y notó su espalda exclamó:

—¡Lo veo y no lo creo! —dijo levantándose para sin ningún pudor tomarla por la cintura y examinar su tatuaje. En pocos segundos también se les unió Ahmed, que más que mirarle el dibujo le estaba mirando el culo.

—Te dije que tenía dueño —habló Vadik mirando a Misha de reojo—, a la puta ya la perdiste.

—¿Me quieres joder?

—¡Yo! —se mofó el *vor* muy tranquilo, pero con un deje de amargura—, yo no te voy a joder, la que te jode los sesos es... esta —concluyó levantándose para alcanzar el vaso de vodka que le traía una de las chicas.

Misha no solo ignoró su comentario, sino que hizo esfuerzos para no decirle nada a los hombres que se comían con los ojos a la mujer que él pensaba de su propiedad. La elección del vestido había sido pésima, la espalda descubierta en un escote que terminaba en la parte baja de su espalda

hacía que todas las miradas nada disimuladas se fueran a su trasero, cabreándolo aún más.

Ira estaba haciendo exactamente lo que le había dicho, se estaba comportando como una anfitriona estupenda, incluso ella misma le había entregado un vaso al sunita, cosa que también le molestó. ¿Por qué le tenía que sonreír?

Por otro lado la agente hervía de rabia, sabía que era el objeto de varios murmullos. Siempre había odiado que dijeran cosas a su espalda y más aún ser el foco de atención de ese tipo de hombres. En el club era diferente, no se sentía tan fuera de lugar como en ese momento. Pero lo que colmó su paciencia fue ver cómo Ahmed manoseaba a la chica que tanto estima tenía. Ella se sentía incómoda y más aún cuando Vadik la hizo acercarse. Sintió ganas de lanzarle el vaso que sostenía, quebrarlo y pasárselo por la garganta a ambos hombres. En ese momento estaba sintiendo un instinto primitivo y animal. Se concentró en no reaccionar de ninguna manera, pero no pudo evitar mirar a Misha con ojos inquisidores y él le apartó la mirada.

La cena transcurrió con toda tranquilidad. Era una celebración, al fin tenían fecha de entrega y todo perfectamente estudiado, no había nada que pudiera salir mal. Ahmed celebraba vociferando sus logros y contando sus proezas como un mercenario dictador. En tanto Vadik, zorro viejo en la materia, lo azuzaba a que contara más, mientras más supiera de su ahora aliado más fácil sería encontrarle su punto débil si llegaba el momento, y era claro que el de ese hombre eran las adolescentes, gusto que él también compartía, solo que por razones muy diferentes. Él solo las utilizaba para olvidar a una, en cambio Ahmed las utilizaba como meras esclavas sexuales, drogándolas para que aguantaran todas las vejaciones e incluso pidieran más.

—Para celebrar podrías haberme traído un regalo, Vadik —dijo el nuevo socio acariciando a una de sus chicas delante de todos.

—Tú solo pide, y Misha te lo concederá —respondió socarrón. A él también le apetecía una diversión de última hora, ver a su mano derecha en esa tesitura le traía recuerdos que le corroían el alma de mala manera.

—¿Qué clase de mujer quieres? —preguntó Misha sacándose el móvil del bolsillo, teclear algo y entregárselo. Ira, que estaba a su lado, tuvo que apretar los dientes para tranquilizarse, de reojo había visto como en la pantalla aparecían fotos de mujeres de muy poca edad.

—Tienes una buena selección, me gustan de pelo largo —y levantando la vista prosiguió—, ¿tú me entiendes verdad? Así es más fácil domarlas.

—Por eso todas tienen el pelo largo —acotó Misha mirándola.

Él, relamiéndose los labios, le entregó el móvil a la chica, y abrazándola comenzó a pasarle las imágenes.

—Elije a una, después de todo jugaremos los tres.

La chica abrió los ojos avergonzada y asombrada. Con dedos temblorosos pasó por cada una de las imágenes hasta que tocó una y se agrandó. La chica que aparecía ante ellos tenía el pelo largo, ojos grandes, inexpresivos y debía tener más o menos su edad.

—Ninoska —comentó casi en un susurro.

—Maravillosa elección —aplaudió el *vor* exaltado—, esa chica aguanta todo lo que le quieras poner y siempre te pide más, tiene una tolerancia al dolor que ya quisieran muchas y no es necesario drogarla hasta las cejas para que rinda.

A Ira en ese momento le recorrió un gran escalofrío por todo el cuerpo al pensar en esas mujeres, que seguro aguantaban todo tipo de afrentas al estar drogadas y en un mundo paralelo a la realidad.

—No se hable más entonces. Arréglalo, Misha —ordenó Vadik mirando la reacción de Ira. A ella no le había sacado el ojo en toda la noche.



El ruso se levantó de la mesa tomando su teléfono al tiempo que tecleaba y delante de todos se ponía de acuerdo con Zhenya, mientras Ira se retorció las manos pensando en que él no tenía remordimientos y mucho menos sentimientos. Cuando volvió a sentarse a su lado soltó un suspiro ahogado que tenía contenido, mirándolo con desprecio.

—¿Qué? —espetó molesto, sintiéndose enjuiciado.

Ira ni se amilanó, solo sujetó el tenedor con más fuerza y respondió:

—¡Oh!, nada, nada, yo no digo nada, ¿Qué podría pensar yo?

—Nada —bufó molesto—, por eso subirás a cambiarte, nosotros los acompañaremos.

—¿Es una broma verdad? —le salió sin poder evitarlo.

—Yo jamás bromeo —respondió levantándola del brazo—. Ahora sube, que nos esperan.

—Cabrón —soltó entre dientes al pasar.

—Y no sabes cuánto más puedo llegar a serlo —lo oyó decir mientras salía del salón con la mente nublada y la rabia corriéndole por las venas.

No alcanzó a entrar cuando la pechugona que bebía los vientos por el ruso ingresó también, entregándole otro vestido. Este era de un azul brillante, claro, mucho más corto que el anterior. Al ponérselo, como no era de ella, inevitablemente se le pegó como un guante.

La media hora que se demoraron hasta llegar al nuevo club a Ira se le hizo eterna, sobre todo porque tuvo que aguantar la fiesta privada que llevaban las amigas de Misha, el *vor*, Ahmed y Lea, la muchacha, quien al menos parecía disfrutar, aunque ella no entendía por qué.

El club, que ponía con grandes letras rojas de neón “V & M”, estaba abarrotado de gente. Al entrar los atendieron de inmediato, como si fueran los dueños del lugar y no estaba lejos de la realidad. Había una zona bastante grande con un escenario central y mesas a su alrededor y al fondo un

escenario privado cerrado con una mampara de espejos que solo permitía ver de dentro hacia afuera. A un costado una zona mucho más elegante que daba la entrada a una habitación con vistas a una especie de cubículo con diferentes artilugios para distintos tipos de juegos sexuales.

Ira no tardó nada en divisar al fondo de esa habitación a Zhenya, y a su lado otra mujer que parecía beber algo. Sin perder más tiempo, Ahmed cogió de la mano a Lea y caminó con paso firme a la habitación, en tanto el *vor* hacía lo suyo con un par de chicas que lo estaban atendiendo.

—Pagaría por saber qué estás pensando —susurró Misha llamando a una camarera para que le acercara una botella de vodka que ni siquiera se molestó en servir en un vaso. Tomó directamente desde la botella.

—Nada. ¿Qué voy a pensar yo?

—Este es tu mundo —comentó más para él que para ella.

Ira solo le respondió con esa mirada despectiva y de reprobación que tanto le molestaba. Él la cogió de la mano y la sacó del lugar.

Pasearse como si fuera una avenida no era normal en aquel club, todo el mundo los observaba y se dirigían a Misha como si este fuera un semidiós.

—¿Siempre te tratan así?

—Me respetan.

—Te temen —atacó con sorna.

—Tú deberías hacer lo mismo.

—El respeto se gana, no se infunde ejerciendo temor a los demás o... matando para conseguirlo.

Misha frunció el ceño y la cogió aún más fuerte de la mano. Odiaba cuando se ponía así, no había forma de imponerle nada a esa mujer, nunca antes le había sucedido, ni menos sentido aquella necesidad por hacerlo.

—Así que así piensas... perfecto —bufó dando la vuelta hasta donde estaban antes.

Ira sentía que el maldito recorrido no terminaba nunca y el ruso, además de cabreado, ya estaba perdiendo la paciencia. No había nadie en ese club que no le mirara el culo a esa mujer. El vestido no se le pegaba, era peor, era como una continuación de su propia piel.

Al llegar sacó a las chicas que lo estaban esperando, se sentó en el único sillón que había y con las manos cruzadas habló.

—Sube, quiero verte bailar.

—¿Qué?

—Bueno, ¿vas a quedarte mucho tiempo ahí?, ¿o bailarás como te ordené?

Contar hasta diez no le era suficiente. Subió al escenario y, cuando iba como en el número veinte, escuchó:

—¿Vas a bailar así?

Misha la apuntó con la botella que aún sostenía.

—¿Cómo así? —preguntó mirándose sin entender nada y luego lo miró a él.

—Quítate el vestido —lo señaló como si lo acariciara—. Ahora.

Ira abrió mucho los ojos y miró para todos lados antes de comenzar a quitárselo. Cuando iba a la altura de la cintura pensó en que seguro los chicos estaban oyendo todo. Un temblor recorrió su cuerpo.

—Detente —ordenó observándola. Segundos después caminó con la calma de un felino que estudia a su presa, deteniéndose en cada peldaño que daba a la tarima. Luego él, con sus propias manos, de un solo tirón, le arrancó la prenda—. No te cubras —dijo deteniéndole la mano que iba en dirección a tapar sus senos.

Con cuidado y lentitud Ira bajó su mano, se sentía totalmente expuesta a él parada sobre una tarima.

—¿Cuántas veces te he visto desnuda, Ira?

—Lo que tú no entiendes...

—Responde.

Ira tomó aire, necesitaba llenar sus pulmones y así poder aplacar lo que sentía en ese momento.

—Muchas... no sé, no las cuento.

—Ese es el problema —resopló lanzando la prenda lejos—, tú no escuchas, no observas y solo juzgas.

—¿Cómo que yo...?

No pudo seguir hablando, Misha levantó la mano y ella automáticamente enmudeció. No era respeto, era miedo a la forma en que la estaba mirando y a lo sobrecogida que se sentía.

—Tú, y siempre tú, te he dicho cosas que ni siquiera sabes valorar, jamás te he visto desnuda de esta forma, Ira —expresó tomando el costado de su braga y, como si fuera papel, rasgó la tela, para ahora sí dejarla completamente desnuda sin dejar de mirarla, en tanto ella a duras penas le sostenía la mirada—. Sin que sea un trabajo es más difícil, ¿verdad?

Se alejó un poco y de pronto las luces del escenario se encendieron completamente, alumbrándola.

—Si únicamente te remitieras a seguir las órdenes todo sería mucho más fácil para ti, porque solo obedecerías, dejarías tu voluntad de lado y no tendrías que pensar.

Misha volvió a caminar hasta el panel para presionar otro interruptor, ahora ya no había luces de colores, era una luz que no dejaba nada sin alumbrar.

Ira comenzó a sentir como ya no solo su cara se teñía de rojo, incluso su pecho subía y bajaba rápidamente. Al ver que el ruso iba a presionar otro botón instintivamente se tapó, ya se imaginaba expuesta a todo el mundo.

—Ni se te ocurra —susurró entre dientes sin dejar de observarla—,

quita la mano. Tú crees que yo soy un monstruo, me lo dicen tus ojos.

—Misha... por favor.

*Clic.* Escuchó y miró en dirección a la habitación contigua, donde se podía observar perfectamente cómo jugaban el *vor* y Ahmed. Al ruso no se le movió ni un músculo, su semblante era pétreo e indescifrable.

—Ven —ordenó estirando la mano—. ¿Sabes la diferencia entre mirar y observar?

¿A qué venía eso?, ¿qué mierda le importaba aquella diferencia? Temblando obedeció y con brusquedad él la pegó al vidrio que separaba las habitaciones.

Se quedó pegada al cristal, no se atrevió ni siquiera a cerrar los ojos por temor a su reacción.

Con cuidado dejó la botella en el barandal, cualquier movimiento brusco la haría caer y romperse en mil pedazos. Lentamente pasó uno de sus largos dedos por el tatuaje, regocijándose por lo que leía.

—Mía... —ronroneó—. ¿Te duele?

«¡Sí, maldito loco!».

—No.

—No me mientas.

—Si te dijera que me duele te estaría mintiendo.

Solo sonrió.

—Separa las piernas —mandó bajando por su columna hasta situarse en la parte enrojecida de su nombre—. ¿Y aquí?

—Un poco...

—Dimitri es el mejor —comentó regocijándose con una ancha sonrisa—. Me habría gustado haberte tatuado mi nombre en otro sitio, pero el ucraniano tendría que haber visto algo que solo me pertenece a mí.

—Estás realmente jodido de la cabeza —gruñó apretando la palma

contra el vidrio. Las manos del ruso la estaban poniendo nerviosa, ya no solo le estaban tocado la espalda.

—Dime qué ves —la apremió molesto, apretándola contra el vidrio, la botella estuvo a punto de caer.

—Al *vor* follando como un animal y al degenerado Ahmed aprovechándose de la chica que tú le facilitaste.

—¡Mentira! —exclamó, pegado a su oreja, recorriendo entremedio de sus piernas—. La diferencia entre mirar y observar es mirar atenta y detenidamente con los cinco sentidos. Ahora... —anunció tocándole su sexo—, dime qué observas.

—¡Oh por Dios, me duele! —saltó cuando Misha le apretó.

—¡Dime qué observas! —la instó con severidad sin soltar presión—, y no te vuelvas a mover.

Ira apretó los dientes, sentía dolor, no uno que no pudiese soportar, pero sí uno que se mezclaba con un placer que rozaba la excitación, uno que sabía que no podría detener.

—Veo... veo...

—¿Qué? —Volvió a la carga, pero esta vez Ira se apretó más al vidrio para no chillar y al hacerlo escuchó la voz del árabe dirigirse a la chica. Y poniendo sus cinco sentidos en alerta pudo fijarse en la mujer, que estaba emitiendo toda clase de sonidos pidiendo ser golpeada para estimular aún más su placer.

—Dios santo... —murmuró para ella. La mujer que veía no era una niña, eso lo podía notar ahora que la estaba observando, no tenía un cuerpo infantil ni tenía ese tipo de complexión, ni rasgos. Jadeó cuando Misha quitó la presión de su sexo. Él la miró amenazante para que le dijera de una vez por todas lo que veía, y tomándole la cara susurró en su oído:

—¿Soy un monstruo como el que crees que soy...? Dime, ¿soy esa

clase de degenerado que tu cabeza intenta demostrar? —Ira negó con la cabeza, la verdad es que no podía ni hablar—. Ni siquiera hables, ni siquiera respires, esta habitación no está insonorizada y lo que hagas ellos lo verán, llamarás su atención y yo no le voy a desobedecer a mi *vor*... ¿me entiendes?

No alcanzó a respirar cuando sintió sus dedos otra vez, ladeó la cara, se mordió los labios y se aferró a la barandilla con todas sus fuerzas, arqueando la espalda para no gritar y atraer la atención de la gente. De pronto sintió como Misha bajaba el zíper de su pantalón, introduciendo su miembro donde segundos antes tenía su dedo. Un gemido le salió al primer contacto y fue Misha, con una mirada ahora juguetona, quien se puso un dedo en los labios para que se callara, el mismo dedo que antes había tenido en su interior, ese mismo que luego lamió sin ningún pudor.

—Silencio...

Ellos podían escuchar perfectamente lo que decían y cómo gemían, lo que Ira no sabía ni imaginaba era que sus vecinos no podían verlos y, como no lo sabía, cuando Vadik miró hacia la ventana, ella intentó apartarse, asustada, ahogando un grito que fue acallado por la mano del ruso, quien estaba gozando de lo lindo con la situación.

—No hagas ruido —susurró en su oído—, o ya sabes lo que va a pasar —anunció enredando los dedos en su cabello haciéndola sentir.

Ella negó con la cabeza en tanto Misha la embistió con gusto un par de veces para saciar su sed.

Era espantoso, costoso y casi imposible soportar aquellas embestidas sin decir nada, sin poder gritar, sin poder jadear, el placer que le estaba proporcionando solo se expresaba de una manera y era justo como no podía hacerlo. Su respiración se aceleraba a cada segundo más excitándolo, él estaba a punto de gritar como un poseso. De pronto ya no pudo aguantarse más y un sonido gutural emanó de él como un verdadero animal, llevándosela

consigo, cayendo al suelo ambos de rodilla.

Cuando ella se dio cuenta lo primero que hizo fue taparse y mirar por la ventana, para ver quienes los estaban mirando.

Antes de que pudiera apartarse él la rodeó con los brazos, levantándola, para luego dejarla caer lentamente, disfrutando de todo lo que ella intensamente le estaba proporcionando. Ahora él estaba al otro lado, apoyado en la pared de vidrio en tanto Ira tenía la mitad del cuerpo en el suelo. Rápidamente le dio la vuelta y antes de que ella pudiera hablar metió la lengua en su boca, le agarró la cara con firmeza y la hizo abandonarse, bebiendo cada uno de sus gemidos. Era inevitable para ella el destino, imposible rehuir y con desesperación llegó al final del abismo, pero antes le soltó la boca.

—Ahora sí puedes gritar, y yo lo voy a disfrutar.

Cogió sus muñecas por sobre su cabeza con una mano y comenzó a meterse en ella nuevamente. Ira no alcanzó a pensar, no podía, sus sensaciones hablaban por ella, sus jadeos gritaban por ella y sus ojos decían lo que sentía.

—¿Quieres gritar? —le preguntó en un susurro—, pues puedes hacerlo.

De una última embestida la hizo disfrutar colocándose sobre ella, vaciándose completamente en su interior. Ira podía fijarse en cada movimiento de su cuerpo, la luz los alumbraba a los dos sin dejar ninguna sombra a su alrededor. Ella se retorció bajo su cuerpo gritando de placer, nunca en su vida había sentido tanto, nunca en su vida había estado tan expuesta, nunca en su vida había hecho una cosa así.

Con cuidado Misha se separó. Esperando su reacción, la aferró con fuerza y le besó la frente. Ira se quedó con los ojos cerrados pensando en todo lo que había sucedido. No entendía nada, ¿había engañado al *vor* y a Ahmed?



Pero no solo a ellos, sino también a ella, la había hecho creer que serían escuchados y le había creído, eso era mejor que una actuación para obtener el Óscar, era... mucho más.

Estaba totalmente inestable, sin nada claro, no entendía nada. Sintió temor de todo lo que había sucedido. ¿Y si un día él simplemente se cansaba y le daba una verdadera lección? ¿O creía que lo era y no lo era? Apretó los ojos más fuertes cuando Misha le pasó el pelo por detrás de la oreja, recordó a su equipo y fueron los inquisidores ojos de Brad los que se le aparecieron.

—Deja de pensar tanto —le dijo como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Espero que ahora puedas confiar un poco más en mí.

—¿Estás seguro que no te gustan las mentiras?

—Ira...

Luego de eso soltó una gran carcajada que retumbó por todo el lugar, haciendo en parte que a ella se le olvidara todo lo que pensaba.

Casi dos horas después, increíblemente él seguía acariciándole la espalda. Fue el sonoro ruido de la puerta el que los hizo ponerse de pie de un salto. En cosa de segundos Ira se vistió, mientras que con toda la calma del mundo Misha se colocaba los pantalones.

—Podrían haberse unido a la fiesta —habló Vadik repasándola con la mirada—, con tu experiencia podrías habernos dado clases.

—Vadik...

—Bueno, creo que te podría dar clases yo a ti, después de todo esa es una de las obligaciones del trabajo del *vor* —expresó pasando por el lado de Ira, y al hacerlo agarrar su trasero pellizcándose—, ya lo tendré... —susurró sin detenerse.

Y por primera vez Ira temió ante una amenaza hecha en toda regla.

Dentro de la limusina que los llevaba de vuelta solo iban ellos dos, el árabe se había retirado a su hotel y el *vor* a un destino desconocido, él

seguiría la fiesta en algún otro sitio, él aún tenía que apagar su sed.

Al llegar a la mansión, en un arranque de espontaneidad, Misha la agarró por la nuca y la besó con ferocidad, y al soltarla notó que algo le faltaba.

—Se te ha perdido un pendiente.

—¡Oh...! —exclamó Ira haciéndose la sorprendida, claro, ella no se ganaría un Óscar, pero al menos sí una nominación a los “Globos de Oro”—. Misha, era de mi madre.

—¿Cuántas cosas heredaste de tu madre? —rio con humor pensando en el collar.

—No tendré nada más de ella si lo pierdo —suspiró con nostalgia.

—Espérame en la habitación, llamaré al club para que lo busquen.

—¿Y... en tu oficina? —murmuró más bajo apartándole la mirada, podía ser actriz, pero no una desvergonzada sin memoria.

Sin decirle nada la cogió del brazo para dirigirse a la escalera que llevaba a la segunda planta. A pesar de haber pasado varias veces por ahí Ira aún se sorprendía de la seguridad de ese pasillo, definitivamente era infranqueable, no solo por los dos gorilas que custodiaban la entrada y los otros dos que estaban en la puerta de la oficina, sino que también por la puerta de acceso con huella dactilar, y sumado a eso, un código de más de diez dígitos y... ¡alfanumérico!

Al sentir la despresurización de la puerta ambos entraron. Ira de inmediato se dio cuenta de que sobre la mesa había unos planos. Claramente eran de un hangar y rápidamente memorizó el número que estaba en el plano. Era un código de acceso y junto a él una dirección de correo electrónico más una clave.

—Vamos, apresúrate, no tengo todo el tiempo.

Hizo como que lo buscaba un poco más. Sabía perfectamente donde

estaba, y cuando lo encontró dio un grito de auténtica alegría.

Una vez que salieron, él volvió a cerrar con la misma minuciosidad que con la que entró. Ira sonrió, sabía que al poner un pie fuera de esa oficina el micrófono comenzaría a transmitir toda la información, eso si es que no lo había hecho ya en vivo y en directo.

Cuando llegaron a la habitación, Misha caminó tirándose directo a la cama. Ira, aunque no quería reconocerlo, estaba nerviosa, no deseaba acostarse a su lado, ¿qué iban a hacer, “cucharita”?

—¿Tienes hambre? —preguntó aún desde la entrada.

—De ti... siempre. —Solo abrió los ojos, haciéndolo reír nuevamente a carcajadas.

—Ven, acuéstate.

Al otro día, incluso antes de que amaneciera, Misha se levantó, le dio un beso en la frente y se marchó, tenía muchas cosas que hacer.

Por su parte Ira no había dormido nada, su mente urdía una y mil opciones de la conversación. Tenía que enterarse de alguna manera, por eso cuando terminó de amanecer se vistió, buscó a Katiuska y, con la promesa de ir a comprar muñecas al centro comercial, salieron en esa dirección, pero no iban solas, las acompañaba la niñera y los mismos dos grandes orangutanes que la escoltaron la vez anterior ejerciendo de guardaespaldas.

Durante todo el trayecto fue transmitiendo su ubicación y esperaba que sus compañeros entendieran el mensaje subliminal que les estaba enviando.

Media hora después llegaron a un concurrido centro comercial. La pequeña estaba feliz, nunca había tenido una salida así, no les costó dejar atrás a los guardaespaldas y entrar a una gran tienda de muñecas, donde se podía escoger de todo tanto para ella como para el juguete.

Mientras estaban eligiendo Ira, melosa, se acercó a la niñera.

—Elijan lo que quieran, yo volveré dentro de un momento.

—¿Dónde vas? —quiso saber la chica rusa muy interesada.

Después de pensar unos segundos respondió:

—Voy a comprar lencería para enseñarle a Misha, tú... tú me entiendes, ¿verdad?

La muchacha se sonrojó por lo que escuchaba y feliz asintió con la cabeza.

Justo antes de salir vio como Sergei y Mijaíl flanqueaban la entrada. Maldijo un momento hasta que pensó en un nuevo plan.

Compró una gorra fucsia, un abrigo del mismo color y junto a un grupo de niñas con sus madres salió totalmente camuflada entre la multitud.

Corrió como una loca por los pasillos, la gente la miraba sin entender nada, hasta que de pronto se topó de lleno con la tienda de lencería, se quitó la gorra, azuzó su pelo y entró. Las dependientas del lugar estaban ocupadas atendiendo a una modelo que había llegado minutos antes así que, aprovechándose de esa oportunidad, cogió un par de prendas y entró al sector de probadores.

Solo dos segundos pasaron hasta que tocaron a su puerta.

Jeff y Blake entraron como una tromba, ahora conversaban los tres dentro de un pequeño cubículo con un gran espejo.

—¿Estás bien? —fue lo primero que preguntó su amigo.

—Díganme, ¿qué saben? —pidió evitando la respuesta, sabía a qué se refería y no estaba preparada para contestar—. ¿Cuándo y dónde será la entrega? ¿Y Brad?

—Vamos por partes, chica superpoderosa. Primero que nada, felicitaciones por el pendiente, muy inteligente de tu parte.

—Soy muy profesional —comentó cerrándole un ojo para alivianar el ambiente, que se podía cortar con cuchillo.

—Sí, muy profesional —se mofó Jeff.

Solo lo miró y con eso le transmitió todo lo que deseaba, ellos no necesitaban de palabras.

—Si ya terminaron, ahora pongámonos serios, esto es grave. El maldito cabrón usó un puerto franco como base de operaciones. El mejor punto para esconder cosas ilegales es junto a cosas legales.

—¿Un puerto franco? —curioseó Emily sin entender.

—Se llama así a los almacenes de mercancía en tránsito entre destinos internacionales, o sea se usan para bodegaje por días. Es tierra del país que lo usa por decirlo de algún modo, ¿entiendes? —preguntó para asegurarse. Llegado a ese punto no podía quedar nada sin aclarar—. Perfecto —le dijo poniéndose serio cuando ella asintió y mirándolos a los dos continuó—. Ahmed ya ha ingresado el uranio, eso quiere decir que no podemos confiar ciegamente en nuestros contactos rusos. —Emily cerró los ojos, lamentablemente ya se lo esperaba—. Eso quiere decir también que el maldito no solo está negociando con Vadik, sino que con el mejor postor, no sabemos quién es su otra opción y no tenemos tiempo para averiguarlo.

—Mierda —protestó ella—. Pero lo que sí sabemos es que la mercancía está y él mismo la ha ingresado al país por una enorme suma de dinero.

—Sí y no.

—¿Qué?

—No solo es dinero lo que se llevará Ahmed de Rusia —prosiguió Jeff—, también ha negociado por otro tipo de mercancía.

—¿Qué... qué otro tipo de mercancía? —tartamudeó con la mirada fija en la puerta del probador, ya casi podía adivinar la respuesta.

—Una veintena de mujeres y hombres serán entregados para usarlos como esclavos. Ese desgraciado... —siseó furioso—, trafica con seres humanos, eso es lo que vino a buscar a los países del Este. Solo aceptó el

trato con Vadik porque el hijo de puta, además, le entregó como *bonus* extra una cierta cantidad de vírgenes, que serán entregadas el mismo día.

—¡Dios mío! —exclamó la agente tapándose la boca. De pronto había sentido unas ganas espantosas de vomitar, las mismas que había sentido antes.

—Emily, necesito que te concentres —la volvió a la realidad Jeff—. La entrega será dentro de tres días. El sunita le enviará un mensaje a una dirección de correo que solo ellos conocen definiendo la hora exacta de la transacción.

—No es necesario que nos la des —intervino Blake al verle la cara, pensando en que ella no sabía cómo conseguirla—. Estaremos apostados con una unidad de apoyo desde mañana en el puerto.

—¿El servicio ruso es confiable? —quiso saber anonadada.

—No —negó con la cabeza Jeff—, el apoyo son fuerzas especiales de nuestro país, llegan esta noche.

—¿Nuestras órdenes han cambiado?

—Sí. No podemos confiar en nadie, ni en la policía. El país está siendo manejado prácticamente por tipos como Vadik. Multinacionales, bancos y comercios están protegidos por la mafia roja, incluso están coaccionando en la política. Los *vor zakone* están en todos lados, no sabemos cuál es su verdadera implicación en el SVR, por eso actuaremos solos.

—¿Y cómo los van a juzgar?, si la política está implicada, la justicia también puede ser corrompida —habló exasperándose. Tantos meses para nada, tanto esfuerzo se tirarían al tacho de la basura.

Nuevamente Jeff negó con la cabeza, sabía que lo que oiría a continuación no le iba a gustar.

—No quedará nadie a quien juzgar.

—Por eso, tú —se apresuró a hablar el otro agente—, saldrás de esa

casa apenas el ruso se marche. No vamos a correr ningún riesgo, ¿me entiendes? Debemos irnos esa misma noche porque el país entrará en caos.

—Y... ¿y Katiuska?

—¡Tú no puedes hacer nada! ¡No eres un superhéroe, Emily! —gritó sin importarle el lugar.

—Mierda, Jeff, baja la voz —lo reprendió su compañero—. Agente —dijo hablándole a ella como superior en ese momento—, Brad quería sacarte del caso ayer, desde que sabe qué sucederá. Nosotros estamos poniendo todo en este caso, y si aún te quedas es porque necesitamos saber si algo va a cambiar. Hay mucho en juego. ¿Podemos confiar en ti?

Emily lo miró. Lo que acaban de decirle era brutal, la *bratva* de Vadik y todos sus integrantes, incluso Misha dejarían de existir en tres días. Como pudo asintió con la cabeza y en ese momento la puerta se abrió.

Jeff la abrazó con cariño y susurró en su oído:

—Un *clic* y estaré contigo. No lo olvides, Ems.

## Capítulo X

Salió pensando en todo lo que le habían dicho, no había vuelta atrás, se convertirían en cazadores. Con disimulo se limpió las lágrimas que caían por su mejilla. Sin ser vista por nadie entró a la tienda de muñecas y lo primero que hizo fue abrazar a Katuska.

—¿No has comprado nada? —preguntó la niñera sacándola de su ensoñación.

—No... no había nada —y levantándose rápidamente preguntó—. ¿Tú tienes familia aquí?

—Mis padres viven en Volgogrado, al interior, es muy bonito.

Eso la dejó más tranquila, podía ver el amor que le profesaba a la niña y quería pensar que si algo sucedía ella se podría hacer cargo.

—Perfecto.

Bien entrada la tarde regresaron a la mansión. No tenía ganas de jugar, pero se lo había prometido, así que sin más se fue a la habitación y sacaron las hermosas muñecas que habían comprado.

Estuvieron jugando mucho tiempo, incluso rio con las ocurrencias de Katuska cuando le preguntó cómo quería llamarla.

—Dime, dime un nombre que no sea el tuyo, así le pondremos a esta muñeca.

—Ems... —suspiró pensando en dejarle algún recuerdo.

—¡Me gusta!

Después de eso ambas se pusieron a reír, hace tanto que no decía su propio nombre que se abrumó al pensar en si supiera Misha.

En eso estaba pensando cuando escuchó:

—Ven acá.



Katiuska al verlo aparecer así, de la nada, se tiró a los brazos de ella como pidiéndole protección, cosa que a ella le llegó hasta la médula de los huesos.

Ira frunció el ceño reprobando su actitud, ¿nunca iba a tener una actitud cariñosa hacia su pequeña?

Él la miró enfadado, aunque minutos antes la estaba observando mientras una extraña sensación le invadía el cuerpo.

—No te lo voy a repetir.

Se levantó con parsimonia y dejó las muñecas a un lado sintiendo un cabreo descomunal. Tenía en su interior una pequeña esperanza de que le sonriera a la pequeña, que aún estaba asustada, pero no, en realidad no podía esperar nada de un hombre así, un hombre que por un lado decía que la iba a cuidar y por otro era capaz de entregar a personas a cambio de un poderoso elemento capaz de volar miles de kilómetros cuadrados. Estaba mal, ¿cómo podía sentir cosas por un hombre así? Porque podía negárselo al mundo, pero no a ella misma. Lo que sentía por Misha no lo había sentido jamás, y ahora lo hacía precisamente con un terrorista.

—¿Dónde fuiste hoy?

—Al centro comercial —respondió soltándose de su agarre, estaba aún confundida con lo que sabía.

—¿Y esa es la forma que tienes de enseñarla? —gruñó molesto, ocultando las verdaderas razones de su disgusto.

—Solo hemos salido unas horas.

—Yo no te he autorizado a salir.

Ira abrió los ojos como si se le fueran a salir.

—No me voy a quedar encerrada aquí —espetó con frialdad, lo estaba odiando.

—Te quedarás los próximos días aquí con la cría porque yo te lo estoy

ordenando.

—Por lo menos podrías llamar a tu hija por su nombre —murmuró rabiosa—, podrías demostrarle algo de cariño, algo de humanidad... algo que está visto que tú no tienes.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Lo que escuchaste.

—Se acabó, ¡estoy harto! —gritó perdiendo los estribos y él nunca los perdía, pero Ira estaba enfadada, dolida, pero sobre todo abrumada por lo que sabía—. ¡No soy lo que tú piensas que soy!

Ira cerró los ojos. Cómo quería creerle, pero rápidamente se le pasaron imágenes de la veintena de personas, y al volverlo a mirar lo hizo con odio.

—¿Y... cómo pienso yo que eres, Misha? —preguntó en un hilo de voz. Esto la estaba desgarrando por dentro—. Porque como yo te veo no te gustaría saberlo. No tienes ni idea de cómo te veo.

—¡No tienes ni puta idea de cómo soy, maldita sea! ¡No me conoces!

—Ni tú tampoco a mí, ruso de mierda —expulsó con toda la rabia que podía sentir.

Mientras la discusión subía de tono algo sucedió. De pronto apareció Katiuska tirándose a sus brazos, desarmándolos a los dos.

En ese momento ambos se callaron e Ira le hizo un gesto para que las dejara. Ella arreglaría el problema, la cogió en sus brazos y la llevó de vuelta a su habitación.

Después de casi una hora ella salió, y por supuesto él la estaba esperando con los brazos cruzados para seguir la discusión.

—Me rindo —dijo levantando las manos al verlo con la misma cara de bestia de antes—. Dime lo que quieras —continuó fulminándolo con una mirada inexpresiva.

—Tenemos una conversación pendiente —fue lo único que dijo y le tiró de la mano hasta que llegaron a su oficina. Era tal la cara que traía que ninguno de los hombres siquiera lo miró, solo le abrieron paso y si se pudieran haber hecho humo seguro lo hubiesen hecho.

Una vez dentro Ira se sentó alejada de él, que daba vueltas como un león enjaulado mirándola de reojo.

—Tú dirás.

—¿No te quedó claro ayer lo que viste?

Ella no habló, la verdad es que no entendía nada.

—¡Mírame! Te lo estoy preguntando, Ira.

—¿Qué quieres que te diga? Ayer vi a una mujer, no a una niña, ¿estás contento?!

—Sí, maldición, sí —dijo arrodillándose frente a ella—. Necesito que confíes en mí solo unos días, luego todo será diferente.

Ella negó con la cabeza sin entender nada y antes de que volviera a hablar puso dos dedos en sus labios. Sabía que todo lo que dijera lo estarían escuchando, ahora más que nunca.

Misha sostuvo su rostro con sus grandes manos. Deseaba y necesitaba transmitirle muchas cosas, sobre todo rogarle unos días y que confiara en él. ¿Eso era mucho pedir?

Tenía que hacer algo. La hizo levantarse y él caminó hasta su ordenador, tecléo un código de acceso que ella memorizó sin que se diera cuenta, abrió una carpeta y vio fotos de varias niñas.

—Observa —le dijo casi en un susurro.

Ira posó la flecha sobre las fotos y... observó, observó atenta y detenidamente utilizando los cinco sentidos. No eran niñas, eran adultas. No es que eso no fuera un delito, pero al menos no era uno capital. Levantó la vista y él la estaba mirando de una forma algo extraña. Le acarició la mejilla

con delicadeza. No lo interrumpió, solo se dejó acariciar sintiendo como algo doloroso se abría camino en su pecho. ¿Quién era realmente ese hombre? ¿Era tan malo como él quería hacérselo creer a todos?

—Lo que soy no lo voy a cambiar ni me arrepiento, pero eso sí que no soy —murmuró mirándola con dulzura.

Ira le sostuvo la mirada, y podía notar que en sus ojos había sinceridad. Eso la desgarró aún más, pero debía continuar, era una agente calificada y la misión ya estaba llegando a su fin, por mucho que ella deseara con todas sus fuerzas que fuera diferente.

Luego de eso se cernió un silencio extraño sobre ellos, solo se miraron sin mediar palabra. En eso estaban cuando la puerta de pronto se abrió y era el mismo Vadik, que con una gran sonrisa ingresaba.

—¿Tienen fiesta y no me invitaron? —se mofó repitiendo lo que siempre decía cuando los veía juntos, en tanto Ira se ponía rápidamente de pie.

—No, dime, ¿qué necesitas?

—Muchas cosas, querido amigo, muchas cosas que tú me puedes dar, aunque una... —dijo mirándola—, lo dudo.

—Vete —le ordenó Misha a Ira, quien salió lo más rápidamente posible. Ella ya había tomado una gran decisión.

Su mente trabajaba a miles de kilómetros por hora. Deseó con todas sus fuerzas tener un computador para poder ponerlas en orden, pero no lo tenía.

Como autómatas deambuló por la casa, debía pensar, el tiempo le jugaba en contra. Tal vez no fuera el mejor plan y no sobreviviera, después de todo lo haría sola, sin equipo, pero sobre todo sin que nadie lo supiera. Era demasiado complicado, pero más aún difícil de entender, solo seguiría una corazonada por primera vez y esperaba ser la chica superpoderosa para poder

resistir, se saltaría demasiadas reglas tanto personales como profesionales. Pero no le importaba, había algo que le decía que debía hacerlo y lo único que le jugaba a su favor era que ella tenía los datos del correo, y lo más importante: la clave que debía poner en él.

Muy entrada la noche, Misha ingresó a la habitación, Ira dormía profundamente, y él se dedicó a observarla, no había nada en esa mujer que no le llamara la atención. Se quedó pensativo y caminó hasta sentarse a su lado, era como si algo lo obligara a llegar hasta ella. Intentó no atender lo que su mente y algo más le decían, pero era imposible, lo que sentía hacia aquella mujer era superior a su voluntad, no sabía cómo definirlo pero con ella le habían pasado cosas por decirlo de alguna manera, “extrañas”.

Él siempre había creído que los sentimientos se podían controlar, que él podía, de hecho así lo había hecho durante toda su vida, ya que veía cómo hombres se envolvían en esa tela de araña y no salían jamás, incluso algunos eran absorbidos teniendo el mismo resultado. Por eso desde hace muchos años había decidido cerrar todo tipo de sentimientos y concentrarse en su trabajo y en eso era uno de los mejores, nadie lo podía negar. Pero de pronto, de la nada apareció Ira y todas sus reglas internas comenzaron a resquebrajarse, ni siquiera le importó que fuera prostituta y mucho menos el trabajo que ejercía, bastaba una sola de sus miradas y algo pasaba en su interior. Tampoco le importó tener que comprarla para poder estar con ella, sabía que así sería la única manera. A él no le iban las cosas a medias en la vida, era todo o nada, y ella tenía dueño con nombre y apellido, incluso lo llevaba tatuado en su piel.

Comenzó con cuidado a quitarle las sábanas y a acariciarle la piel, era tersa y suave. Luego acercó sus labios, deseaba sentirla y como siempre pasaba se quemó al primer contacto, pero ya no le importaba.

—¿Qué me haces, *devochka*...?

Ira tembló al sentir aquel susurro cálido cerca de su oído y fue en ese momento en el que Misha aprovechó para estrecharla entre sus fuertes brazos.

—Solo unos días y todo cambiará...

Y así comenzó a darle cálidos besos por todo su cuerpo. Quería despertarla, verla y por supuesto enterrarse en su cuerpo.

Despertó un tanto desorientada, envuelta en aquel hombre que respiraba agitado y tenía el corazón acelerado.

—¿Qué... qué pasa?

Ninguna palabra obtuvo en respuesta, al menos verbal, porque en cambio recibió una muy corporal. Misha comenzó a mover las caderas para al fin encontrar el alivio que buscaba. Con maestría y una delicadeza que jamás antes había tenido la penetró lentamente sin dejar de mirarla a los ojos, pero lo que ella veía en su mirada era martirio, un gran tormento.

—Misha... ¿qué sucede?, ¿estás bien? En mí puedes confiar —aseguró tragándose el nudo de su garganta.

—No, Ira. No puedo.

—Confía en mí, por favor —pidió con la última esperanza que tenía.

Él negó con la cabeza y en cosa de segundos su rostro cambió, ahora ante ella aparecía el hombre insensible y poderoso de siempre.

—No necesito compartir nada contigo que no sea esto —respondió penetrándola aún más, poniéndose a la defensiva.

—Entonces acaba de una vez lo que estás haciendo —respondió decepcionada, pero sin mostrarle ni una pizca de lo que verdaderamente sentía—, y déjame dormir.

Después de escucharla Misha apretó los dientes cuadrando su mandíbula, cabreado ante lo que oía. Comenzó a poseerla como tanto lo

necesitaba, sin darle tregua, de una forma brutal. Ni siquiera se detuvo cuando ella llegó al orgasmo, sino que siguió incluso mucho más de su propio final. En ningún momento dejó de besarla, incluso con desesperación. A ella le dolía todo, pero no le importaba, el dolor pasaría, esa sería la última vez que estaría con él y la aprovecharía al máximo. Ninguno de los dos cerró los ojos en toda la noche, ninguno de los dos volvió a dormir.

—Dime tu nombre —pidió entremedio del fervor que se estaban profesando. Ella lo miró sin entender nada y él con la voz cargada le aclaró—. No Ira, tu nombre... por favor.

¡Dios! le había pedido “por favor”. ¿Cómo le pedía eso?, y en un momento así donde era casi imposible negarle nada. No podía darle esa información tan clasificada, menos a él, pero en vista de que ya no habría un mañana, cerrando los ojos como si le costara, pronunció:

—Ems...

—Como el nombre de la muñeca —susurró temblando entre sus brazos, sacudiéndose en el último estertor que su cuerpo producía, besándola infinitamente con mucha suavidad. Y así, con besos tiernos, se quedó dormido, mientras Ira trazaba círculos imaginarios en su espalda, en tanto se recriminaba lo que acababa de hacer. Le había dado su nombre. Cerró los ojos pensando en todo lo que estarían haciendo Brad y sus compañeros en ese momento.

Apenas amaneció el ruso dejó de estar en el cuerpo de Ira. Al levantarse sintió por primera vez el agarrotamiento de sus extremidades. Estaba totalmente extenuado físicamente, pero totalmente rejuvenecido en su interior. No sabía cómo exteriorizar lo que sentía, pero tenía que darle un orden, y si algo salía mal, sería la más importante.

—Despierta —espetó sin atisbo de cariño. Cuando ella abrió los ojos,

enrojecidos por el cansancio, le ordenó—. Me voy, si no regreso en tres días quiero que saques todo lo de la caja fuerte y te marches lejos.

—Pero...

—¡No hay peros, maldita sea! Con lo que encontrarás ahí puedes vivir y dedicarte a lo que quieras —anunció mientras anotaba una serie de números sobre un papel y se lo tendía. No podía ni quería quedarse a hablar más con ella. Llevaba años ocultando su verdad, años forjándose un nombre y años despojándose de todo tipo de sentimientos hasta que había llegado ella. Tres letras de un nombre que le habían desbarajustado la vida, implicándolo en problemas que ella ni siquiera era capaz de imaginar.

Ems, ese era su principio y su final.

Con un beso en la frente se despidió de ella y antes de que atravesara la habitación escuchó:

—Despídeme de Katiuska.

Ante eso solo siguió, sin mirar atrás, sin remordimientos. Así salió Misha de esa habitación, y con eso también del mundo de Ira y de la vida de Emily Claxon.

Pero...

Ahora era su turno de actuar.

Apenas la puerta se cerró un silencio abrumador se cernió sobre esas cuatro paredes. Sin dilatar más la situación se levantó, tenía menos de cuarenta y ocho horas para ejecutar el plan más arriesgado de su vida. Después de bañarse sacó uno de los vestidos que Misha le había regalado, escogió el más llamativo, justo el que Emily Claxon no usaría jamás, y se lo calzó. Se maquilló acentuando los rasgos de la cara y puso sobre todo énfasis en sus labios. Sí, era una Ira 2.0 la que le devolvía la mirada desde el espejo.

Con cuidado, y sabedora de lo que hacía y sus consecuencias, se quitó los pendientes, dejándolos sobre la mesa de noche. Lo único que rogaba era



que los chicos pensaran que aún dormía después de la alocada noche que había tenido.

Nada más lejos de la realidad.

Tomó su abrigo y bajó. Los guardaespaldas que la cuidaban se quedaron pasmados al verla, jamás la habían visto así, y eso era todo un privilegio para la vista.

Por fuera parecía que estaba controlada, con una mirada dura y tan fría como Rusia, cuando en realidad era todo lo contrario. Fue tan cortante y directa la orden que les dio a los orangutanes que estos solo pudieron asentir con la cabeza. Su destino, un concurrido restaurante ubicado en la Plaza Roja de Moscú.

Al bajar, solo con la mirada, le dijo a los hombres que la acompañaban que se quedaran. Ella entraría sola.

El restaurante era uno de los mejores de toda la ciudad. Se cocinaban los platos típicos de Rusia, que eran servidos con toda la distinción y exquisitez del lugar. Se sentó segura en una de las mesas del fondo, donde nadie la podía ver. Con elegancia pidió al camarero y este se deshizo en halagos por atenderla. Una vez que se fue, rápidamente su cabeza comenzó a dar paso a la primera parte del plan.

Le fue muy sencillo salir por la puerta trasera del local, y solo le bastó abrirse el abrigo para parar al primer taxi que pasaba por ahí.

Diez minutos después llegaban al lugar indicado, su verdadero destino final.

—Espéreme veinte minutos, si no he vuelto se va —le ordenó con la mirada pétrea, entregándole un fajo de dinero.

Dejó el abrigo y caminó erguida hasta la puerta del edificio blanco que tenía enfrente. Cuatro hombres de traje custodiaban la puerta y dos lujosos Mercedes Benz estaban apostados a un costado, listos para salir en

cualquier momento.

Ya estaba casi en las fauces del lobo.

Mientras avanzaba se fijó en dos francotiradores apostados en la cornisa.

«Imbéciles, a kilómetros los puedo ver», pensó mientras avanzaba, hasta que de pronto dos hombres salieron a su encuentro, apuntándola con sus metralletas PKM cargadas.

—¡Alto!

—Vengo a ver a Zakhar.

Los hombres se miraron entre sí y luego comenzaron a reír. ¿Quién se creía ella? Ira lo notó, así que rápidamente optó por cambiar de táctica.

—Al *vor* no le gusta esperar, deja de mirarme y ve a avisarle que su regalo de navidad anticipado lo está esperando.

Los hombres se volvieron a mirar y, antes de que uno respondiera, Ira volvió a hablar.

—Tengo noticias de Ahmed.

Los orangutanes se miraron sin entender nada, pero fue el que estaba más atrás el que se acercó ahora hasta ella.

—¿Qué has dicho, puta?

—A ti no tengo que decirte nada. Quiero ver al *vor*, dile que tengo noticias sobre lo que tanto busca. Será acaso un... ¿mineral?

El hombre sin ningún cuidado la tomó del brazo y la comenzó a arrastrar hacia el edificio. Lo que había dicho era totalmente confidencial.

—Suéltame, te dije que quiero hablar con tu *vor*.

—Eres la puta de Misha —reconoció esto último hablando con respeto, no a ella, pero sí a ese ruso que tenía una gran fama que lo precedía—. No deberías estar aquí.

—Y tú tampoco —siseó entre dientes. Ella lo había estudiado y sabía

perfectamente quién era ese hombre, de hecho su plan ya estaba marchando sobre ruedas. Era él, la mano derecha del *vor*, a quien tenía que llamarle la atención, y ya lo había conseguido—. El cuartel de policía está un poco lejos de aquí. ¿Verdad?

Ivano solo la miró, esa mujercita sabía demasiado. Siguió arrastrándola hasta que la dejó sola en una habitación, custodiada por dos camaradas más.

El hombre salió de la habitación y después de varios minutos, que a Ira se le hicieron eternos, volvió a entrar, pero esta vez no venía solo, sino que nada menos que con el *vor*. ¡Sí! Ese era su objetivo final.

—Lo veo y no lo creo. Sí que eres preciosa —habló con total parsimonia Zakhar entrando a la habitación, tras hacerle un gesto a su guardaespaldas para que la revisara completamente. Él, con la tranquilidad que lo caracterizaba, miró la operación sentándose en el fondo sobre un gran sofá de color rojo.

Ira cogió aire mientras la revisaban... y de paso la tocaban un poco más. Cuando acabaron, ella, con un elegante caminar, llegó hasta su lado y tuvo que dejar de respirar cuando el *vor* encendió un puro largándole el humo en la cara.

—Zakhar Milav, *vor zakone* —se presentó con superioridad—, pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad?

—Irina o Ira, como prefiera llamarme —respondió improvisando, no esperaba ni contaba con presentaciones. Tenía los minutos contados y los estaba perdiendo—. Sé quién es y lo que le interesa, por eso he venido.

—¿Negocios o placer? ¿Por cuál de esas dos cosas has venido? —preguntó escrutándola completamente.

Estuvo a punto de borrarle la expresión socarrona del rostro con una sola bofetada, pero en vez de eso le dedicó su mejor sonrisa antes de

responder, no podía fallar, tenía una sola oportunidad.

—Negocios —respondió con tranquilidad y a continuación miró a sus hombres, era demasiada gente la que estaba en ese lugar—, y no creo que desee que tanta gente escuche lo que le he venido a ofrecer.

Con arrogancia el *vor* hizo un gesto y todos menos Ivano salieron de la habitación.

—Te escucho —la apremió mientras aspiraba nuevamente su puro.

Era ahora o nunca.

Ahora se jugaría su vida como Ira, como agente, y lo más importante, como persona, ya que sus valores estarían implicados.

—Sé del trato que perdió con Ahmed Zelif y yo soy la persona que puede ayudarle a recuperarlo.

En ese momento dejó de fumar y un ambiente tenso se hizo en la habitación. Lentamente se enderezó descruzando las piernas, haciéndole ahora señas a su mano derecha para que saliera, eso lo vería solo y directamente con ella.

—Escúchame bien —siseó poniéndole completa atención—, si estás jugando conmigo o me haces perder el tiempo no saldrás de aquí y me importa una mierda que seas la puta de turno de Misha y que Vadik sea tu *vor*. ¿Estamos claros?

—Toda la información que tengo es de primera fuente —comenzó a decirle mirándolo de frente, en tanto él se pasaba la mano por el cuello—, sé que perdió el trato porque Ahmed no solo quería un pago en efectivo... sino que también uno de carne y hueso. —Eso hizo que el *vor* levantara las cejas sorprendido—. Y como si eso fuera poco, además, obtuvo como premio a algunas menores que fueron entrenadas y adiestradas por Misha.

—Vaya... vaya, ahora sí captaste mi atención —murmuró sorprendido ante tanta información. Él y su *bratva* traficaban mayormente

con drogas y armas, pero su negocio no era ni la prostitución ni la trata de blancas, eso se lo dejaba a otras organizaciones con menos escrúpulos, como la de Vadik, que era si no la más, una de las más importantes de todo el país y sus alrededores, incluso se comentaba que hasta Latinoamérica se extendían sus redes.

—Además, sé el lugar y hora de entrega —continuó Ira sin desvelar que ella tenía el único código de comunicación—. ¿Le parece ahora importante mi información?

El *vor* afirmó con la cabeza y se acercó a ella cogiéndola por los hombros, poniendo sus cinco sentidos en alerta. Si intentaba algo no dudaría en responder, aunque toda su operación se fuera a la mierda por eso, no perdería la vida sin defenderse al menos.

—Y si ya ha negociado con Vadik, ¿cómo voy a obtener yo ese cargamento?, y lo más importante —susurró en su oído—, ¿a cambio de qué?

—Porque yo le daré la hora y el lugar de la entrega, lo que haga con el sunita me tiene sin cuidado.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Nada.

Un gran estruendo en forma de risa se sintió por toda la habitación, fue tanto que incluso la hizo temblar.

—Siempre he dicho y hoy lo reafirmo, el infierno no tiene tanta furia como la de una mujer despechada —reconoció justo alejándose para verla a la cara, entrecerrando los ojos—. Dime, ¿qué te hizo ese hombre por el cual todas mueren?

—Simplemente me compró —suspiró teatralmente—, soy puta, pero libre y no vine a hablar de mis problemas con usted —bufó mirando el reloj—. Tengo poco tiempo, ¿lo toma o lo deja?

Ya era el momento de ponerse serios en la conversación y él lo sabía,

pero quería probarla.

—Soy tu única opción, perra.

—A decir verdad no. Sé que el último *vor* designado también estaría feliz de recibir esta información, si he venido aquí es porque sé que usted también negoció y... —Se tomó su tiempo, lo que le diría a continuación lo sabía como agente, no como Ira—. Tiene cuentas pendientes con Vadik, una con cuerpo y nombre de mujer, ¿o me equivoco?

—No —respondió apretando los dientes con furia.

—La justicia es la venganza del hombre normal, pero... la venganza es la justicia de usted. Ya una vez le arrebataron algo que consideraba suyo, ¿dejará que Vadik le gane de nuevo?

—Trato hecho —habló serio estirando la mano—, y aunque no desees nada ahora, puedes pedirme lo que quieras después. Y ahora dime dónde y cuándo.

En ese momento Ira comenzó a relatarle su plan. En rigor era bastante sencillo, ella le daría la hora y el lugar exacto, el resto sabía que lo harían sus compañeros. Ellos y las fuerzas de apoyo estarían esperando a la *bratva* de Vadik, y lo que no se imaginaban era que estarían lejos de capturarlos a ellos.

Cuando terminó apretó los labios esperando su respuesta, también para ellos era arriesgado y sobre todo tenían pocas horas para igualar el pago, el terrorista sunita no les entregaría nada si eso sucedía.

—Está bien —afirmó luego de unos segundos eternos—, puedo conseguir todo —y llamando a uno de sus hombres volvió a hablar, recibiendo algo en sus manos—. Ubícame desde este teléfono, tiene una línea fantasma, encriptada, nadie sabrá a quién llamas.

Al recibirlo y con un apretón de manos cerró el trato y salió del lugar. Cuando puso un pie afuera del edificio sintió que el alma le volvía al cuerpo, al menos salvaría a Misha y a Katiuska, aunque no los volvería a ver nunca

más. Todo lo hacía por ellos, aunque se le fuera la vida en eso.

Corrió hasta donde estaba el taxista. Había pasado el tiempo, pero el hombre de igual forma la estaba esperando, y en recompensa le entregó el doble de la paga cuando la dejó de nuevo en la parte trasera del restaurante.

Ella era experta en muchas cosas, pero sobre todo en escabullirse entre la gente y pasar desapercibida.

Con una parsimonia que no tenía en ese momento salió del lujoso restaurante, y lo primero que hizo para distraer a los orangutanes fue soltar:

—¡Qué asco de comida la suya!

Los hombres se miraron sin entender nada, y ella rápidamente se metió al auto y prosiguió:

—Nadie come algo tan asqueroso, denigra a su país, en cambio en el mío sí se come bien.

Desde ese minuto en adelante, los tres sostenían una acalorada conversación sobre comida. Ellos defendían sus posturas, enfureciéndose a cada segundo más, en tanto Ira ya se estaba ganando el Óscar por su actuación, pero su mente estaba muy lejos de allí. Era ahora cuando tenía que seguir con la segunda parte de su plan, que no era la más fácil precisamente, sino todo lo contrario. Ahora, al llegar a la mansión, tenía que acceder a la computadora de Misha, burlar la seguridad, mandar desde ahí la nueva información, intersectar el correo con la hora de la entrega, falsificar el verdadero y atrasarlo para solo ella tener la verdadera hora de la entrega. Para cualquier ser humano normal eso sería casi imposible, pero no para ella, y no por ser la chica superpoderosa, sino porque era una de las mejores *hacker* de su país y, por qué no decirlo, del mundo también.

En su historial como *hacker* podía atribuirse ser la única que había burlado el código de acceso al mismo Pentágono y al Banco Central, incluso había descryptado los códigos de acceso de detonadores nucleares, claro,

todo eso antes de trabajar para el lado correcto de la ley. Eso había sucedido cuando era joven, ansiosa y solo quería demostrar que todo lo podía, luego se encauzó ingresando al FBI y desde ese día hacía todo bajo las normas de la ley... excepto ahora, que no rompería una, sino todas las reglas establecidas, jugándose, además de la vida, su carrera como agente. Lo único que necesitaba ahora era entrar al CCTV de la mansión del ruso y para eso... también tenía un plan.

Al llegar corrió a su habitación, no quería ser molestada por nadie, las mujeres del ruso la miraron con desprecio. Para ellas, Ira solo era un estorbo, así que ni se preocuparon de preguntarle por el motivo de su enfado. Mejor para ella.

Cuando llegó, cerró la puerta, se lanzó a la cama y lo primero que hizo fue ponerse los pendientes y simular que estaba recién despertando. Sí, ahora no solo se ganaba el Óscar, el Globo de Oro, el Altazor y el Goya.

No tenía tiempo de cambiarse de ropa, odiaba ese vestido, pero ni modo. Salió sin ser vista para seguir ejecutando la segunda parte de su plan. A pesar de que las cámaras estaban apostadas estratégicamente, ella ya las había divisado en varias oportunidades y sabía perfectamente dónde estaban los puntos ciegos.

Sacando el cortaúñas que llevaba escondido en sus manos, cortó los cables de la cámara que daba al pasillo y así siguió cortando hasta que apagó seis de distintos lugares, para luego bajar y esperar a que los orangutanes bajaran corriendo por las escaleras que estaban por el lado donde se encontraba la oficina.

Los hombres no tardaron en bajar, y fue ese el momento en el que ella aprovechó para subir sonriendo. Cuando ellos detectaran el primer fallo y volvieran a poner los cables, harían un cortocircuito, haciendo bajar los fusibles de la casa. Ninguno contaría con que los cables estuvieran cruzados y



dirigidos directamente a la fuente de poder de la electricidad, el cobre era un excelente conductor de energía, y ella tenía varios pendientes de ese material que ahora, al sentir los gritos y quejas de los hombres, se estaba cerciorando de su utilidad.

Rapov, que era el jefe de seguridad, fue el último en salir de la oficina blasfemando, ahora no tenía visión alguna en el perímetro interior de la casa. Él pensaba que era por los ineptos de sus hombres, quienes sabían utilizar armas, torturar y matar, pero nada de tecnología de cámaras de vigilancia.

Con cuidado y mirando para todos lados Ira ingresó a la habitación, era la primera vez que la veía y se quedó pasmada al ver la cantidad de tecnología que tenían. Varias pantallas estaban totalmente sincronizadas, se podía ver tanto el exterior como el interior de la mansión. Así pudo también cerciorarse de que todos corrían intentando solucionar el desperfecto.

Se sentó delante de la mesa de los ordenadores, todos de última generación, pero rusa, o sea nada que unas simples “tecladitas” no pudieran averiguar. Con fluidez tecleó códigos y como si fueran luces de árboles de Navidad las pantallas se fueron encendiendo. Los monitores comenzaron a bailar el ritmo que ella les estaba dando, magia para sus dedos. Descriptó uno a uno los códigos de acceso de la computadora de Misha, pero se detuvo ante una amenaza de alerta, si no introducía el último código la computadora se autodestruiría, esa era su gran medida de seguridad.

—Es que no me lo creo —susurró para sí—, esto es como en el “Inspector Gadget”, este mensaje se autodestruirá en 5... 4... 3... 2...1, ¡bingo! —exclamó cuando el código le dio luz verde para acceder a todos los archivos de la computadora del ruso. Incluso una gran sonrisa apareció en su rostro, parecía un ciego que acaba de ver la luz.

A su total disposición tenía todos los secretos del fantasma, como le decían sus amigos, y al pensar en ellos volvió a quedarse ciega, ya no se le

iluminó el rostro, el peso de la culpa y la traición la embargaron en cosa de segundos. Dejó de lado todo ese tesoro virtual para concentrarse en el correo. Lo abrió, y tecleando los códigos memorizados ingresó al correo dónde estaba la ubicación y la hora de la entrega.

—¡Mierda!

Con eso sí que no contaba, ella esperaba que el encuentro fuera de noche y en dos días, no dentro de tan poco tiempo. Todo se había adelantado, la entrega sería en un par de horas.

Con las manos temblorosas por lo que haría a continuación, envió una nueva hora de entrega y esperó.

Esperó solo cinco largos segundos hasta que la respuesta llegó en forma de clave, en donde el interlocutor le pedía un código de ocho dígitos para autenticar la información.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, ahora tenía una sola oportunidad para responder, si se equivocaba, todo se iba simplemente a la mierda.

¡¿Dónde estaba ese código numérico?!

No se desesperó, solo se mordió el labio, y buscó entre los archivos encriptados de la computadora. Miles de números seriales pasaban por sus ojos, hasta que como si encontrara una aguja en un pajar este se detuvo y vio como varios números aparecían delante de sus ojos. ¡Sí! Lo había logrado, o mejor dicho, el troyano que había inventado sobre claves encriptadas lo había hecho, seguro que Jeff estaría orgulloso de ella, pero nuevamente al pensar en ellos la sonrisa se le borró de los labios.

Ingresó el código, y nuevamente en cinco segundos recibió una escueta afirmación.

Ahora sí que ya estaba todo listo. Lo último que hizo antes de desviar el correo fantasma al teléfono que tenía fue cambiar la IP de ese computador. Toda la información que poseía se autodestruiría apenas alguien accediera

directamente. Se reiniciaría desde cero. Desde ese minuto cualquier cambio de planes, vía mensaje, le llegaría a ella y solo ella lo recibiría. Ahora todos jugarían al juego que Emily Claxon quisiera jugar.

Ya no había vuelta atrás.

Cuando soltó el agarre de su labio sintió como un sabor metalizado se mezclaba con su saliva, no había notado cuánta presión había utilizado, tanta, que se lo había cortado.

Antes de salir, tecleó la nueva hora y la dirección.

El trato estaba hecho.

Ahora solo dependía del nuevo postor, Zakhar Milav.

Misha y Katiuska se habían salvado.

Eso al menos la hizo respirar en paz, aunque a cada paso que daba sentía que todos los años de servicio, de sacrificio, se estaban yendo al tacho de la basura, ¿y, por qué?

Por amor.

Uno puro y el otro carnal. Pero sí, todo era por amor.

Bajó por las escaleras sin darse cuenta de que era observada hasta que llegó a su habitación. Se metió en el baño y se quitó el espantoso vestido que traía. Se dio una ducha purificadora, y con la toalla puesta salió, ahora le tocaba irse de aquella mansión... su trabajo había concluido. Ya no tenía nada más que hacer ahí.

Se quedó pasmada, y su cuerpo no dio ni un solo paso más. Viéndola con una gran sonrisa de suficiencia estaba Vadik.

—Qué suerte la mía, entrar y encontrarte así —expresó con las manos en los bolsillos mientras avanzaba lentamente hacia ella, con temor ella daba dos pasos hacia atrás.

—Misha no está.

—Lo sé —respondió mirándola de arriba abajo, quitándose las manos

de los bolsillos—, está recibiendo un paquete para mí, tardará un par de días en regresar.

—Si me necesita para algo enseguida saldré —contestó pegando más la toalla a su cuerpo.

—Sí, te necesito... pero no es preciso que salgas —sonrió ladino.

El tono, la forma y su mirada fue lo que la pusieron en guardia.

—Soy el *vor* de Misha y... el tuyo también. Puede que seas de su propiedad, pero en fin —suspiró—, todo me pertenece a mí —anunció poniendo la mano sobre su hombro desnudo.

El corazón de Ira se aceleró en cosa de segundos, en su vida se había sentido así, asustada, más bien aterrada.

—¿Qué?, ¿me dirás que no lo sabías? Esto —indicó alrededor de la habitación—, todo esto es de mi propiedad y hay algunas cosas que quiero probar.

Todos sus sentidos se pusieron en alerta, pero algo dentro de ella la hicieron ser incapaz de reaccionar. Imágenes de la muerte de su hermana le vinieron de inmediato a la memoria dejándola noqueada.

—¡Oh!..., ¿no sabes que decir? —se burló alejándose para caminar hacia la puerta y dejar la mano puesta sobre el pomo, eso aunque por un segundo breve la tranquilizó—. Después de todo es a lo que te dedicas ¿no?

—¡Maldito hijo de puta! —pronunció con rabia desde sus entrañas.

—Sí, la verdad es que sí... entre otras cosas también, pero no estoy aquí para ser analizado, y mucho menos por alguien como tú —comentó sin ningún tipo de arrepentimiento—. Así que evitémonos el melodrama y quítate la toalla.

—¿Cómo...?

—¡Ah!, bueno, me imaginé que no sería tan fácil —dijo abriendo la puerta, y en ese momento dos de los hombres que siempre lo acompañaban

ingresaron en la habitación. No le dio tiempo ni siquiera de reaccionar, uno a cada costado le sujetaron los brazos. Vadik, se acercó, y de un tirón se la arrancó—. Ahora sí me gusta más.

Aunque intentó cubrirse, fue imposible, se retorció completamente, pero no podía soltarse del agarre de esos hombres que solo tenían ojos para su *vor*.

—Deja de moverte, no luches contra lo inevitable. Yo solo quiero follarte el culo, ese que todos miran. El resto me da igual, tú estás vieja para lo que me gusta a mí —afirmó arqueando las cejas como diciéndole que aquella información no era nueva, ni para ella, ni para nadie—. Pero debo reconocer que tú me pones, me calientas cómo hace años nadie lo hacía —recordó, y su semblante se llenó de amargura.

—No... —susurró.

—¿No? Bueno —suspiró—, entonces tendré que buscar a alguien que no oponga resistencia y sé exactamente dónde la encontraré. Eres muy mala persona, cuidarla tanto, salvarle la vida ¿y todo para qué? Para entregarla a las fauces del lobo...

—¡No! ¡No sería capaz!

—Por supuesto que sí —sonrió retrocediendo dos pasos.

—Vadik, no... —suplicó anhelante.

—Entonces deja luchar —siseó acercándose de nuevo, —porque lo primero que haré si opones un mínimo de resistencia es salir de esta habitación, y ya sabes lo que haré —comentó pasando uno de sus dedos por entremedio de sus senos—. Voy a follarte el culo, pero antes —cogió aire y le dio la vuelta a la cara de una bofetada, fue tan fuerte el golpe que si no hubiera sido porque estaba sostenida habría ido a dar al suelo—, me vas a pedir disculpas por levantarme la voz.

Vadik miró a sus hombres y estos la soltaron, ella se tambaleó, pero

no cayó.

—¡Besa mis zapatos!

No hizo falta repetírselo de nuevo, Ira se arrodilló, los besó al instante y lo miró.

—Bien, eres una perra buena, así me gusta, y ahora gatea hasta la cama y acuéstate boca abajo —le habló cómo quien le habla a alguien que no entiende, luego miró a sus hombres y estos salieron, dejándolos completamente solos.

Caminó, en tanto se desabrochaba el pantalón, la agarró del pelo y la hizo ponerse en cuatro, para eso sí que era muy hábil.

—Así me gusta, perra —gruñó en su oído mientras la acercaba a sus caderas—, quietecita, aunque... —le pasó la lengua por el cuello—, si gritas, nada sucederá, tanto tú, como yo, sabemos que nadie aparecerá por esa puerta y tampoco nadie te escuchará —advirtió separándole las piernas de golpe—. Sí, tienes un culo increíble.

Ira temblaba, estaba completamente en *shock*, desde el minuto en que le había dicho que nadie la escucharía pensó en que sí... sí la estaban escuchando, sabía que cuatro pares de oídos estaban siendo testigos auditivos de lo que sucedería a continuación, y cuando sintió el sonido del metal de la cremallera bajar, supo que a continuación vendría su final.

No sabía cómo prepararse para ello, solo cerró los ojos, y lo primero que vio fueron los ojos de su hermana que de alguna manera le daban fuerza para aguantar.

Todo su cuerpo estaba contraído, rígido y así no facilitaría el trabajo de Vadik, por eso él, al notarlo, tiró más de su pelo y volvió a hablarle en el oído:

—O te relajas o sufrirás, no voy a tener compasión con una puta como tú —le indicó y en cosas de segundos la penetró hasta el final.

Ira apretó la mandíbula.

Emily se desconectó.

Y ella como mujer ni siquiera se movió, no le daría en el gusto, ni en esa ni en las embestidas que siguieron a la primera, y así esperó a que Vadik acabara de mancillar su honor.

—Esto solo quedará entre tú y yo —jadeó al compás de sus movimientos—, porque si abres la boca no dudaré en acabar con tu vida — tiró de su pelo tan fuerte que la llegó a levantar, Ira se aferró a las sábanas pero aun así sintió como estas se rasgaban por la fuerza que utilizaba su torturador.

Pasado unos minutos, luego de darle un beso en el pelo que segundos antes tenía agarrado, se separó de ella tirándola en la cama. Se subió los pantalones, fue al baño y cuando salió le lanzó la toalla al cuerpo.

—Fue mejor de lo que imaginaba, Misha es un cabrón con suerte, creo que volveré por más. Eres una buena perra, aunque estoy seguro que la próxima vez suplicarás por más.

Después de esas amenazadoras palabras salió con una sonrisa feliz en su rostro, había conseguido lo que quería, y lo había disfrutado.

Al sentir la puerta cerrarse, Emily se desmoronó completamente, se quitó los pendientes con rabia, tirándolos lejos, y para aplacar el grito de sus entrañas lo acalló con la almohada. Ella quería desahogarse sola, en completa intimidad, una que sabía no tenía ni menos poseía. La habían humillado de la peor forma posible. El *vor* la había violado y ella, por salvar a Katiuska, lo había aceptado.

## Capítulo XI

Vadik caminó por el pasillo con una sonrisa imposible de disimular, y mientras rememoraba lo vivido, se encontró con ese ángel que le daba luz a su vida, y que a la vez le recordaba el pasado que tanto le torturaba.

—¿Qué tienes en las manos? —preguntó sonriéndole.

—¡Una muñeca! —contestó la cría mostrándosela feliz—. Se llama Ems.

—¡Wow! Qué lindo nombre, ¿y no te gustaría tener otra?

—Sí, una morena que vimos ayer en el centro comercial.

Vadik se agachó para cogerla y cuando la hubo acomodado exclamó:

—¡Vamos a por la morena al centro comercial!

La pequeña lo abrazó con gusto, agradecida hasta el infinito y más allá por el gesto. Y como casi nunca hacía, el *vor* salió con la pequeña para satisfacerla.

Ese día para él estaba saliendo mejor de lo planeado, y tenía que celebrarlo. Así que escoltado solo por dos de sus guardaespaldas y acompañados por la niñera salieron de la mansión.

Aunque lo intentaba y con fuerzas, algo en su interior no la dejaba parar de llorar, ya no tenía lágrimas, era un sollozo incontrolable el que sentía. La agente estaba desnuda con el pelo enmarañado y pegado en la cama. Tenía el rímel corrido y apenas podía ver, sus ojos estaban hinchados de tanto llorar. Ahora sabía cómo se había sentido su hermana, y cómo se sentían tantas mujeres que pasaban por la misma situación.

No supo si fueron segundos o minutos cuando se sentó sobre la cama, se levantó con dolor y caminó hasta donde estaba el teléfono que le había entregado Zakhar. Sin titubear, ni dedos temblorosos, marcó su número y al



segundo ring, él contestó:

—Todo recibido y dispuesto, vamos en camino.

—¿Aún está en pie el ofrecimiento de pedirte lo que sea?

—Para ti siempre, dime, ¿cuánto dinero quieres?

—Quiero que mates a Vadik —demandó con una voz tan cortante y gélida que lo dejó sin palabras, y en ese mismo instante, en el interior de Zakhar se volvió a fraguar, en cosa de segundos, la sed de venganza que tenía dormida. Hace años, él había perdido a una amiga muy querida a manos de ese hombre, pero él no pudo hacer nada, simplemente se resignó a perderla, pero ahora tenía la oportunidad de vengarla, y esta vez no fallaría, después de todo, no había nadie que lo defendiera.

Después de varios segundos de silencio, el *vor* le respondió:

—En unas horas tendrás noticias mías. ¿Necesitas algo más?

—Que no falles —dijo cortando la comunicación.

Todas las creencias, los valores a los que siempre se había apegado se veían desvanecidos en cosas de segundos, ahora una completa oscuridad acaparaba su interior, solo se permitió derramar una lágrima más. La vida como la había vivido hasta ahora había cambiado, su plan maestro podría funcionar, pero su vida se había roto, hecho trizas en cosa de segundos. Siempre supo los riesgos, siempre los asumió, pero cometió un gran error, el más terrible de todos. Se enamoró y bajó las defensas, que no solo fueron avasalladas, si no que destruidas totalmente. Pero ya era momento de reaccionar, primero por ella y segundo... por ella también.

Después de la ducha fría que se dio, se calzó unos pantalones, un abrigo y apretó el *clic* de su pasador.

Rusia, ahora se había acabado.

Su tortura había terminado.

Salió de la mansión sin siquiera despedirse, caminó en una sola dirección hasta el portón, y con tan solo dos palabras, este se abrió ante sus ojos, unos que ahora llevaba totalmente enrojecidos por el dolor.

No hizo falta que avanzara más, antes de que se pudiera dar cuenta una camioneta negra se detuvo, rápidamente y sin ser consciente de cómo, unos brazos la llevaron hasta el interior, cobijándola.

—Ems... —la arrulló, meciéndola con cariño.

Pero ella no necesitaba eso, no ahora o terminaría de desmoronarse sin acabar la misión, la suya personal.

—Jeff, sácame de aquí —ordenó mirando al frente, a un punto ciego.

Ante esas frías palabras, su amigo y compañero arrancó el motor saliendo a toda velocidad del lugar.

El silencio era aplastante, solo se escuchaban sus respiraciones, eso lo estaba matando. Quería abrazarla, darle su apoyo, pero la conocía, y eso era lo que menos ella necesitaba en ese instante. Se moriría en vida si alguien, y sobre todo sus compañeros llegaban a sentir lástima por ella, pero eso..., eso no era lo que ellos sentían por ella, sino una profunda admiración, pero... ¿hasta qué punto?

—Brad se va a encargar personalmente de Vadik. ¿Quieres ir al puerto?

Ella negó con la cabeza.

—Él no estará en el puerto.

—Pero sus hombres sí... —siseó con rabia apretando el volante con tanta fuerza que sus nudillos se quedaron blancos.

—Tampoco estarán.

El frenazo que dio Jeff en ese momento les podría haber causado un accidente si no hubieran ido con el cinturón de seguridad, pero eso no era lo más grave de la situación, se volteó a mirar a Emily, y ella con ojos de culpa

le devolvió la mirada.

—¿Qué hiciste...?

Antes de que ella pudiera responder, la voz de Brad se escuchó por la radio, interrumpiéndolos.

—Llegaron. Esto va por ti, agente —habló con voz de mando, una voz desgarrada también por el dolor.

Y desde ese momento en adelante, ambos tomados de las manos escucharon todo lo que a continuación estaba pasando, a solo unos pocos kilómetros de ahí.

Brad terminó de cargar su ametralladora mientras se cercioraba que Peter hiciese lo mismo, los tres agentes estaban completamente concentrados, apostados desde un lugar estratégico, en tanto las fuerzas especiales de apoyo se resguardaban en el primer piso del hangar.

Nadie sería tomado cautivo, sería una cacería, un ajuste de cuentas, y no solo por el deber de proteger a su país, sino que también por un compañero. Las *bratvas* actuaban sin pudor y jamás eran juzgadas, pero ahí estaban ellos dispuestos a acabar victoriosos en esa misión. Debían ser cautos, uno de los terroristas más buscados estaría ahí, y eliminarlo era la parte primordial, una escoria menos en el mundo, un psicópata menos que vigilar, y si a eso le sumaban que uno de los *vor* más influyentes también caería, se daba “la gloria”.

Brad, Peter y Blake se miraron por última vez, llevándose la mano al corazón en señal de hermandad, ahora llegaba el momento de la verdad.

En ese momento vieron como dos grandes camionetas blindadas entraban al hangar por una puerta trasera, seguidas de una limusina blanca y un gran camión detrás.

Al estacionarse, varios hombres con túnicas fueron los primeros en bajar, claramente eran parte del séquito del sunita, aunque de Ahmed no

había rastro.

Y de pronto, sorprendiéndolos, varios hombres armados salieron de las camionetas.

—¿Pero qué mierda...? —susurró Brad al ver a esos rusos con cara desconocida para ellos. Cerró los ojos y no tardó nada en sacar sus propias deducciones. Emily Claxon, agente encubierta en la misión, los había traicionado.

Eso le dolía como superior, pero sobre todo como hombre, porque solo existía una razón para eso y tenía nombre y apellido.

No tuvo tiempo de pensar más, ya que de inmediato debió volver a la realidad y concentrarse en reaccionar. La misma expresión que había tenido, la estaban teniendo ahora los sunitas.

Cómo ya había atardecido la visibilidad no era tan buena, pero sí, lo suficientemente clara para ver aquellos rostros llenos de confusión y de rabia, ellos también se sentían engañados.

—¿Qué sucede? —escuchó Brad que le decían por el intercomunicador—. No cuadran las verificaciones de identidad —manifestó el oficial a cargo de las fuerzas especiales quien estaba haciendo un reconocimiento facial.

—Zakhar, *vor zakone* —comenzó a recitar con el ánimo de sentirse un hombre traicionado—, uno de los traficantes más buscados de Europa del Este, conocido también como “el amo de las armas”, proveedor de todo tipo de municiones a las guerrillas y organizaciones paramilitares. —Brad sabía perfectamente de quien se trataba, y también de por qué lo había elegido Emily, ese hombre era tan buscado como Vadik, solo que no era su objetivo, ni su misión—. En sus manos el uranio sería el comienzo de la Tercera Guerra Mundial.

—Señor —volvió a hablar cuando confirmó, en cosa de segundos,

que todo lo que decía era verdad—. Todo sigue igual, confirman desde la unidad nuestras ordenes, pero...

Eso sí alertó a los agentes, un pero no podía significar nada bueno.

—Tenemos nuestras órdenes y necesitamos su colaboración. —Brad bufó, ya sabía él que traer ayuda en el último minuto podía salirles más costoso que beneficioso—. Y es nuestra prioridad, señor.

—Colaboraremos. Adelante, infórmenos.

—Ahmed Zeliff debe ser capturado con vida.

Los agentes se miraron, la misión había cambiado tanto que torcerla un poco más en realidad les daba lo mismo, lo único que sí sabían era que el sunita preferiría la muerte antes de lo que seguro le tocaría vivir como prisionero.

—Todo suyo el señorito —entró en línea Peter—. Ahora a la señal, ataquen, no habrá una segunda oportunidad de capturarlo con vida, el auto es blindado a prueba de misiles, si entra, lo pierden —anunció haciendo una identificación en su computadora.

Después del intercambio acalorado que estaban sosteniendo abajo, la mano derecha del ruso, Ivano, sacó varias maletas metálicas con dinero, jactándose de lo fácil que era conseguir buena mercancía en su país.

Al verlo, Ahmed, hizo una señal para que bajaran la caja que contenía el uranio, una maleta negra con el símbolo en amarillo de reactividad.

—Mierda... —habló Brad—, con eso pueden comenzar ya la Tercera Guerra Mundial.

Pero eso no fue todo, de pronto de las camionetas comenzaron a bajar personas vestidas con túnicas blancas.

—Hijos de putas... —gruñó Peter—, traen niñas...

En ese momento, al escucharlo, a Emily se le revolvió el estómago, abrió la ventana del auto y vomitó. Vacío en cosa de segundos todo lo que

tenía en el interior, mientras Jeff sostenía sus cabellos y acariciaba su espalda, era totalmente consciente de lo que le estaba pasando por la mente en ese momento a la agente.

Que hubieran menores implicadas ya era riesgoso y lo sabían, es más lo tenían contemplado, pero que se bajaran como si eso fuera una pasarela de exhibición era aún peor, por eso, y antes de que las chicas dieran un paso, Brad dio la orden de atacar.

En cosa de segundos se desató el caos, el enfrentamiento que todos esperaban comenzó sin más dilación.

Las fuerzas especiales salieron desde dentro del contenedor, disparando a diestra y siniestra, en tanto un grupo de hombres se escabullían para capturar al terrorista.

Desde arriba, los agentes dispararon a las ruedas de los vehículos dejándolos imposibilitados de escapar.

El ataque venía desde todas las direcciones, tenían todo cubierto, los costados eran de las fuerzas especiales, mientras desde el cielo con precisión disparaban los agentes.

Como una gacela, Brad caminó por sobre el riel del techo hasta llegar a su objetivo, el *vor*, y sin pestañar, ni vacilar le disparó en el corazón. Este cayó de inmediato sin siquiera saber quién fue su agresor.

No era con él con quien quería descargar su arma, pero Zakhar de igual modo era una escoria digna de eliminar.

Los rusos heridos gruñían de dolor, pero este duraba poco, ya que a medida que los soldados se acercaban iban dando fin a su eterna agonía, matándolos sin compasión.

Al percatarse de lo que estaba sucediendo, Ahmed tomó a una de las niñas que en vez de salir corriendo, protegidas por los soldados, se había quedado petrificada sin poder moverse.

Él la usaría como escudo humano, y por qué no, como seguro de su huida.

Brad desde los cielos, dio un salto hasta llegar al suelo, y en medio de la balacera, sin titubear le disparó ahora directo a la frente. El mundo tampoco necesitaba un infame como ese, ni siquiera para ser torturado, él sabía muy bien que aunque lo torturaran, jamás diría ni una sola palabra, y peor aún, que podía ser blanco de extorsión para su país, y él no estaba dispuesto a una cosa así.

Simplemente, él no negociaba con nadie.

La chica que retenía corrió despavorida a sus brazos, dejándolo momentáneamente desconcertado, pero al mirarle a los ojos supo todo lo que su amiga sentía por ayudarlas, entendió que al ver el terror de esas crías alguien tenía que hacer algo, y como nadie lo hacía, era la chica superpoderosa quien se convertía en su heroína.

Con cuidado la sacó del tiroteo, aún no había terminado, él tenía que volver. Su equipo se estaba desarrollando a la perfección, a pesar de que había sido una masacre, no habían tenido bajas, y el objetivo, que era recuperar el uranio, se había cumplido.

Mientras avanzaba hacia la salida para reunirse con sus hombres sintió como explotaba el hangar, obra de su equipo, ellos no dejarían huella alguna de su estadía en Rusia.

—Se acabó, volvemos a casa muchachos —habló llevándose la mano al oído—, misión cumplida, agentes —y refiriéndose a Emily dijo—. Creo que nos debes una explicación, y espero que sea una muy buena.

—¡Eh..., chica superpoderosa! —habló Blake acelerado por la adrenalina del momento—. Para la próxima te haré unos pendientes explosivos.

Con lágrimas en los ojos, Emily tomó el radiotransmisor, esta vez sí

le temblaban las manos, y la voz le salía entrecortada:

—Tengo una razón.

—Chica superpoderosa... —suspiró Peter—, simplemente no serías tú si no lo hubieses hecho.

—Vamos camino al avión manada de maricas lloronas —anunció Jeff cortando la comunicación para hablarle a su amiga—. ¿Lista para volver a casa, y escoger un perro?

Antes de que le pudiera responder, nuevamente los interrumpió un sonido, pero esta vez provenía de su bolsillo, se llevó las manos a él, y sacó el teléfono que sonaba y vibraba.

—¿Irina?

—Sí...

—Su pedido está cumplido —le habló una voz ronca desde el otro lado, haciendo que una pequeña sonrisa al fin se formara en su rostro.

Y luego de eso, sostuvo el aparato sobre el tablero del auto, y de un solo golpe, descargando toda su fuerza, lo destruyó.

Jeff, que la miraba de soslayo, supo que ahora su amiga, ya comenzaría a respirar en paz, aunque ni se imaginaba lo que ella acaba de hacer.

Pero lo que ella, ni nadie sabía era que, justo en el momento en que Vadik estaba sentado con Katiuska y sus hombres en un bonito café del centro comercial, después de haberle comprado la muñeca morena, había recibido una llamada telefónica, informándole de movimientos en la zona portuaria. Él para hablar con más tranquilidad se levantó junto a sus hombres y fue en ese momento en que un proyectil de un lanzacohetes se estrelló en el pequeño café, acabando con todo y todos a su paso.

La fuerza centrífuga fue tal, que Vadik ni siquiera fue capaz de



reaccionar, voló por el cielo cayendo a varios metros de distancia.

## Capítulo XII

Hace solo un par de horas era simplemente Ira, así había vivido por seis largos meses en uno de los países más fríos de Europa del Este, infiltrada en la misión más importante de su vida, la que la llevaría a ascender de posición en el FBI, en donde no solo ella estaba orgullosa, sino que sus compañeros también. Sabían que tenía aptitudes de sobra para el caso, era la mejor, la chica superpoderosa como le llamaban con cariño.

Pero el destino, la vida y los sentimientos que siempre pensó que no poseía, se le aparecieron en el peor momento, y su corazón ni siquiera quiso tomar resguardo ante esas sensaciones, simplemente se entregó, y lo hizo por completo sin guardarse nada, asumiendo todos los riesgos.

El problema es que esta vez había cruzado la línea roja, perjudicando finalmente su misión, desobedeciendo sus propias reglas. Pero eso no era lo único malo que le había sucedido, ella misma se había convertido en víctima... y de la peor manera.

Se había reunido con sus compañeros que estaban al tanto de todo lo que le había sucedido, y muy por el contrario de lo que ella pensaba, los cuatro la apoyaron, incluso fue Brad el primero en decirle que él, como agente superior, aclararía todo el mal entendido, después de todo la misión había salido bien, no habían bajas, habían recuperado el uranio, asesinado a uno de los hombres más buscados por terrorista y como si eso aún fuera poco, no habían dejado rastro alguno de su estadía en Rusia. Su recuerdo se desvanecería con los días, porque de ellos ya nada existía en ese lejano país.

Pero Emily Claxon no iba a permitir que ninguno de sus amigos se culpara por ella, así que mientras viajaba en la parte trasera del avión había sido ella misma quien le había relatado los hechos a Hardy Krause, sin ocultarle nada, ni siquiera su propia violación.

Muchas horas después cuando aterrizaron en el aeropuerto privado de la agencia, a todos se les hizo extraño ver un par de militares armados y al mismísimo subdirector del FBI, la única que no se sorprendió fue ella.

Al bajar del avión, Emily se apresuró y rebasó a sus amigos, sabía que esos hombres estaban allí por ella.

El subdirector se acercó y de inmediato los militares la flanquearon. En tanto, Brad corrió a su lado, él no permitiría que nada le sucediera.

—Tranquilo, Brad —dialogó Emily—, ya he hablado con el subdirector, ahora solo voy a firmar mi confesión.

—¡No! —gritó interponiéndose—, el oficial a cargo soy yo, y no voy a permitir...

—Agente Cambell —lo cortó Hardy—, esto ya no está en su jurisdicción, ahora llevaremos a la señorita Claxon a la oficina para que revise su confesión y sí está todo como ella me lo ha relatado telefónicamente, lo firmará. Luego iremos al hospital para realizarle las pruebas de rigor.

En ese momento Emily, que no se esperaba tener que ir a ningún hospital, enrojecida por la vergüenza bajó la cabeza.

Brad la miró verdaderamente apenado y aunque ellos, después de rellenar los informes, podían irse a casa, ninguno de los tres aceptó. Se quedarían con la chica superpoderosa hasta el final.

Un par de horas más tarde los cuatro estaban esperando los análisis de sangre de su amiga sentados en las incómodas sillas del hospital.

—¿Qué fue lo que te dijo el subdirector, Ems? —preguntó Jeff, abrazándola—, ¿no te ascenderán?

—No permitiremos que te enjuicien, ¡olvidalo! —gritó Brad enajenado—. La misión en sí salió como debía.

—Cálmense —les dijo a todos poniéndose de pie—. No tendré juicio, solo...

Era demasiado duro lo que les tenía que comunicar a continuación, su castigo había sido implacable, y desbastador para ella en su carrera profesional.

—Chica superpoderosa —murmuró Peter que ya estaba perdiendo los nervios—. Dinos qué sucede.

—Me derivarán a San Francisco, al cuartel de policía de la Estación Central.

—¿Se... serás... policía? —tartamudeó Jeff moviendo la cabeza de un lado a otro en forma de negación—. ¡Te degradarán!

—¿¡Qué mierda vas a hacer tú en la Estación Central?! —exclamó, el calmado de Blake, el que jamás subía la voz—. ¡Esos policías se dedican al turismo! ¡Cuidan la ciudad en bicicleta! Tú... tú ni de coña sirves para eso, ¿me dirás que tendrás que hacer rondas a las atracciones del parque? ¡No!

—Blake —intentó tranquilizarlo, eso le dolía tanto como a ellos, pero estaba asumiendo las consecuencias de sus propios actos—, también patrullan en el distrito financiero y...

—¡Y una mierda! —explotó Brad callándolos a todos, parecía una bestia, un energúmeno.

Sin decir nada más caminó hasta un costado donde estaba hablando el subdirector de la organización, recibiendo los análisis del médico.

Krause lo vio venir de reojo e incluso se asustó al ver su reacción.

—¿Me puede explicar —espetó entre dientes—, qué significa tamaña estupidez de mandar a Emily a San Francisco?

—Ahora no —respondió mirando los resultados, había algo en ellos que la agente debía saber de inmediato, por eso a pesar de la cólera que veía en su subalterno caminó hasta donde ella sostenía una acalorada conversación

con sus compañeros.

—Necesitamos hablar. Ya.

—Todo lo que tenga que decirle hágalo delante de nosotros —ordenó Brad cogiéndole del hombro para darle seguridad. Emily al verlo así asintió con la cabeza.

El subdirector cogió aire y soltó de una sola vez todo lo que ponían los informes.

Solo las primeras palabras fueron las que alcanzó a escuchar Emily mientras veía que la sala comenzaba a girar a su alrededor, y un escalofrío subía por su columna vertebral hasta que se desplomó, como peso muerto, sin ser consciente de nada más.

Si no hubiera sido por la rápida reacción de Brad, seguro se hubiera hecho más daño.

Mucho más.

# Segunda parte

Cuatro años después...

San Francisco.

Los días se transformaron en semanas, las semanas en meses y así inexorablemente se tornaron en años.

Consumida y desbastada por el dolor y la rabia, Emily abandonó todo lo que le hacía recordar para comenzar una nueva vida, en un lugar alejado de lo que hasta ese minuto conocía para comenzar de cero.

## Capítulo XIII

El cuartel de policía en donde trabajaba ahora Emily Claxon era bastante tranquilo. Recibía el nombre de “Estación Central” precisamente por estar en medio de San Francisco, en el centro neurálgico del turismo, del entretenimiento y de los centros cívicos de la ciudad.

Siete de los diez lugares más turísticos eran resguardados por ellos.

Ahora ya no tenía casos peligrosos, ni mucho menos en donde su vida estuviese en riesgo, no, ahora ella era una mujer diferente, mucho más tranquila que la de antaño.

Sí, deseaba un poco más de acción en su vida, pero se conformaba con la que le daban los traficantes de vez en cuando.

Desde que ella había llegado al cuartel, se había convertido en el centro de atención y de admiración, y no solo por su cara bonita, sino que todos sabían de las proezas de la chica superpoderosa, lo que ellos no sabían era la verdadera razón de su estadía en la estación. Esa había sido uno de los beneficios que había obtenido gracias al buen trabajo que había realizado en Rusia, país que, aunque intentaba olvidar con todas sus fuerzas, no podía, había algo día a día que se lo recordaba, y así sería hasta el último de sus días sobre la faz de la tierra.

Afuera el viento arreciaba y se estaba aproximando una gran tormenta, que seguro echaría por tierra todos sus planes. Por eso, malhumorada, Emily caminó apresurada con un hombre esposado por delante, llevándolo directo a la estación.

—Pondré una demanda por maltrato —se quejó el delincuente.

—Pues... —dijo haciéndolo doblarse por la rodilla—, ahora puedes agregarle esto también.

—¡Me duele!

—¿No me digas? —se mofó, era la tercera vez en menos de dos meses que atrapaba a ese ladrón, lo capturaban, y a los pocos días volvía a las calles, el problema es que ahora no solo lo había pillado en un robo con intimidación, sino que estaba segura que, si no hubiera llegado a tiempo, la muchacha a la que le estaba hurtando hubiera corrido una suerte muy diferente.

Una que de solo pensarlo se ponía mal del estómago.

Al ingresar a la Estación de Policía sus compañeros la miraron. La verdad es que se estaban deleitando con ella, las gotas de lluvia habían mojado su cuerpo y la camiseta blanca que llevaba se le había pegado completamente a la piel.

De mala gana sentó al detenido para, por tercera vez, sacarle las huellas dactilares.

—¡Mierda! —exclamó manchando el papel, con las ganas que tenía de irse ni siquiera se había secado las manos. Miró el reloj de pared y volvió a bufar. Media hora de atraso sería lo menos que conseguiría, aunque ingresara rápido, sus datos se demorarían igual.

—No te esfuerces tanto, lindura —habló socarrón—, en dos días estaré libre, terminaré lo que empecé y...

Antes de que acabara, Emily agarró su cabeza estrellándosela contra el escritorio, rompiéndole la nariz.

—¡Me rompiste la nariz, animal! —gritó levantándose mientras se llevaba las manos esposadas a la cara—. ¡Hija de puta!

En ese momento Emily se volvió a girar, levantó la rodilla y lo hizo doblarse en dos en cosa de segundos. Luego se agachó y le susurró al oído:

—Primero, no soy un animal, y segundo, a mí no me gusta que me digan puta.



Antes de que el hombre le pudiera responder otro policía lo apartó, conocían el carácter de Emily, era tenaz y una de las mejores, pero habían delitos que ella simplemente no pasaba por alto, o palabras, como había sido esta vez.

—Yo termino con él, Claxon.

—No te preocupes, me puedo encargar de esta sabandija personalmente. Al menos, como dice él —lo miró con desdén—, saldrá en tres días, ¿pero en buenas condiciones? Eso está por verse —presumió recibiendo un paño para secarse.

Una vez que lo hubo ingresado y entregado al encargado que lo llevaría al calabozo para que esperara su traslado a la corte, y luego a la cárcel, uno de sus compañeros policías se acercó hasta ella.

—Tenemos una conversación pendiente, me debes una respuesta.

Digel era el sargento en la unidad, un rubio alto, acreedor de unos maravillosos ojos capaces de eclipsar a cualquiera... menos a ella.

—Creo que entre nosotros ha quedado todo claro, compañero.

—Ems...

—¿Te lo repito en chino mandarín?

Rápidamente Digel, que le pasaba por varios centímetros de altura, se acercó hasta ella para tomarla por los hombros. Ese gesto tan inesperado la hizo estremecer, odiaba tener esa sensación, pero le pasaba cada vez que algo o alguien la sorprendían.

—Suéltame... —gruñó apretando los dientes—, llevo tres años dándote la misma respuesta, Digel. Créeme que no cambiará —espetó saliendo de su alcance. ¡Cómo odiaba esas situaciones!

Mientras caminaba al baño para refrescarse, otro de sus compañeros se acercó a ella para decirle que el capitán Avalos la necesitaba.

Emily Claxon resopló, ya se imaginaba el regaño que le iban a dar.

«Maldición, ¡así no me iré nunca!», pensó mientras caminaba decidida a exponer ella primero los hechos, después de todo no le había roto la nariz a una santa paloma inocente.

Entró sin siquiera tocar, dejando la puerta abierta de par en par. Cuando llegó a una distancia prudente, se cuadró ante su superior.

—Capitán... primero de todo, nada de lo que le hayan dicho es cómo se lo han contado.

El capitán, un hombre entrado en años, la miró con esos suspicaces ojos café que la admiraban, él era el único que sí estaba al tanto del verdadero motivo por el cual estaba allí, y tal como se lo había prometido, si dependía de él, nadie se iba a enterar jamás.

—Teniente —la cortó—, ¿podría dejar su arma sobre el escritorio, por favor?

En el fondo de la oficina del capitán de policía, anonadado y sin poder decir ninguna palabra, había dos pares de ojos que la miraban desde atrás. Uno con más interés que el otro por supuesto.

Cuatro largos años habían pasado hasta llegar a ese momento. Cuatro años sin saber qué había sucedido y por qué. Cuatro años buscando una ajuga en un pajar. Cuatro años recordando la traición.

La estaba observando como un cazador estudia a su presa antes de atacar y, a pesar de estar vestida con un uniforme de policía este le quedaba genial, se le amoldaba peligrosamente al cuerpo, sobre todo a esa zona que tanto le gustaba mirar.

Ahora llevaba el pelo corto, no le alcanzaba a llegar al cuello, eso le extrañó. Pero lo que le terminó de alucinar fue ver cuando se levantó la camiseta y notar aún el tatuaje sobre su espalda. Ahogó un suspiro cuandoladeó el cuello y luego se lo frotó, se notaba tensa y por cómo se movía, ansiosa.

—Ahora necesito que me escuches... con tranquilidad.

—Capitán, todo lo que acaba de pasar está totalmente justificado, además, solo le rompí la nariz, lo que debí hacer fue...

—¡Emily! —la detuvo enérgico—. ¿Qué es lo que me acabas de decir?

—¿No... no es ese el motivo por el cual me llamó? —preguntó ahora confundida, dando un paso hacia atrás.

—No, pero de eso sí que vamos a hablar en otro momento. Necesito que te concentres, vendrán ahora...

—¡Ah, no! —lo interrumpió—, ni aunque venga el presidente me quedaré. Vengo planeando esto con el amor de mi vida hace más de un año, y ni él ni Odie me lo perdonarían jamás...

Justo cuando iba a volver a hablar, ambos sintieron como la puerta se cerraba de un fuerte golpe, haciendo que el sonido retumbara por toda la habitación.

El salto que dio Emily no tuvo comparación con el del capitán, que sintió en ese momento que no sería capaz de sostener la situación.

Sin darle tiempo a nada, Emily se giró para ver de dónde provenía el ruido, y al hacerlo se quedó petrificada.

Días, semanas, meses, años tratando de borrar su pasado para que ahora volviera a aparecer frente a ella. Sintió que el pecho le oprimía, que su sangre dejaba de circular y que sus pulmones se cerraban por completo. En cosa de segundos vio dentro de su mente todo lo que su terapeuta le ayudaba a olvidar.

Porque, aunque nadie lo supiera, ella iba una vez por semana a una especialista, que a estas alturas ya se había convertido en una amiga.

Cuando pudo recobrar su cordura, rápidamente cogió el arma que descansaba tranquila sobre la mesa y les apuntó.

—¡No se muevan!

—¡Teniente, Claxon! ¡Baje el arma!

—¡Capitán, usted no sabe quiénes son! —chilló intentando controlar el temblor de sus manos.

Con una mirada furiosa, pero muy controlada, el motivo de su temblor caminó directo hasta ella sin vacilar ni amilanarse, hasta situarse justo en frente.

Provocándola.

—Si me vas a disparar, hazlo, pero de frente, mirándome a los ojos.

Ambos titanes estaban de retándose, y aunque Emily era alta, su cuerpo se veía bastante menor al lado de esa mole que la estaba fulminando con la mirada.

Tras unos segundos de retarse, con una mirada intensa y cargada de reproches, la puerta se volvió a abrir y una voz suave se dirigió a ella.

—Ems —habló Brad, que venía acompañado por el subdirector del FBI—. No hagas algo que después te puedas arrepentir —pidió con voz baja, pero cargada de autoridad.

Y aprovechándose de ese minuto de incertidumbre, él la sorprendió con un movimiento inesperado y brusco agarrándole el brazo, haciéndole soltar el arma, se lo dobló con la fuerza justa para no hacerle daño en la espalda, y le habló en un tono escalofriante, justo en el momento en que Jeff también ingresaba y le apuntaba con su arma. Nada de lo que estaba sucediendo estaba saliendo según lo planeado por Brad Cambell.

—No vuelvas a apuntarme con un arma nunca más.

—Señores... —comenzó el subdirector—, calma, que estamos aquí por un hecho importante —y mirando al hombre que aún la tenía del brazo continuó—. Agente, aquí no aceptamos la violencia de ningún tipo —desvió la mirada hacia Jeff para seguir enérgicamente—. Usted, baje el arma.

—¿Agente? —preguntó Emily mirando, intercaladamente, a su mejor amigo y al que alguna vez fue su jefe.

—¡¿Qué mierda hacen ellos aquí?! —gruñó Jeff poniéndose al lado de Emily, que aún temblaba.

—Como están las cosas, y nadie me ha presentado, lo tendré que hacer yo —hizo una pausa para mirarlos con arrogancia y continuó irguiéndose lo más que pudo—. Misha Novikov, agente del SVR.

—¿Y qué mierda hace un agente del servicio secreto ruso aquí? —siseó entre dientes, apretando la mano de Emily, que ahora temblaba como una hoja de papel sin poder hablar por la impresión. Si antes le costaba respirar, ahora simplemente no podía.

—Porque, además, —habló Brad cerrando la puerta, ingresando con brío, mirándolo despectivamente. Estaba enojado, no, furioso en realidad, el subdirector debía haberlo esperado, es más, el ruso que tanto odiaba debía haberlo esperado. Ellos ya se habían reunido el día anterior y así no era cómo debían suceder las cosas—, es un agente del FBI.

—Un agente doble —continuó Krause, orgulloso de su hombre—, así como el SVR prepara hombres para que se infiltren con la mafia rusa, nosotros también lo hacemos para que nos informen. Es un proceso de años, se infiltran desde muy temprana edad y pasan las pruebas como cualquier mortal, solo son activados cuando un caso lo amerita, como...

—Como lo era el caso del “Proyecto Ruso”—lo cortó Misha—. Llevo años infiltrado para ser aceptado, y desbaratar una de las organizaciones más importantes de Rusia, ¡y del mundo! para que ustedes... —les apuntó a los tres agentes— vengan con aires de superhéroes y me arruinen la misión —y mirándola ahora a ella bramó—, arriesgándose innecesariamente, ¡mandando a la mierda todo por lo que tanto trabajamos! —gritó perdiendo los estribos, una rabia le recorría por dentro. Se sentía por primera vez en su vida

estúpido, jamás se dio cuenta de quiénes eran ellos, pero lo que más le corroía, como veneno por las venas, era no haberse dado cuenta que ella, Ira, la mujer por la cual se arriesgó tanto, también era agente, y peor aún, lo había engañado.

—¿Y crees que nosotros fuimos a jugar, imbécil?! —bufó Brad adelantándose. Estaba a punto de volverse una situación muy peligrosa para todos.

—¡Ustedes arruinaron la misión! —habló la segunda voz, que hasta el minuto se había mantenido en silencio—. ¡Tú! —apuntó a Emily—. No solo arriesgaste tu vida, rompiendo toda clase de protocolos, expusiste a tus compañeros y, cómo si eso fuera poco, ¡vidas inocentes se perdieron con ello!

—Caballeros... —comenzó a poner paños fríos el subdirector nuevamente.

—¡No! Ustedes americanos, acostumbrados a ir de ganadores, jugando con aparatitos milagrosos, creyéndose superagentes, en tanto nosotros nos infiltramos años para saber cómo manejar las organizaciones de trata de blancas, las que mueven mujeres que luego venden como esclavas sexuales, ¿y para qué?!

—Nosotros también cumplíamos una orden —habló fuerte y claro Brad, después de todo, él había sido el agente a cargo de la misión.

—Su misión era el uranio... —gruñó Misha—, no hacer tratos con Zakhar Milav —espetó mirándola directamente a ella.

Emily dio un paso hacia atrás, asustada. Esto no le podía estar pasando a ella, no después de tantos años.

Todo por lo que tanto había luchado para olvidar estaba frente a sus ojos. Él, Misha, estaba recordándole todo en cosa de segundos. Lo bueno y lo malo de tantos meses de trabajo estaba ahí.

—Y ni siquiera son capaces de guardar sus identidades —escupió Zhenya.

Emily y Jeff miraron a Brad, que en ese momento bajaba la cabeza, sintiéndose apesadumbrado por la situación.

Así no era como tenían que ocurrir las cosas, y lo que les contaría a continuación lo cambiaría todo.

—Hace unos meses volvimos a Rusia con Peter, teníamos que monitorear algunos movimientos de... Vadik. —Al escuchar ese nombre y todo lo que significaba, la ahora policía tuvo que afirmarse para no caer—. Estábamos en una misión, muy cerca de agarrarlo... —habló entre dientes—, pero fue descubierto por este...

—¿Y cómo iba a saber que era infiltrado? —rugió desafiante—. El agente... —pronunció apesadumbrado con la mirada apagada.

—Peter fue capturado y torturado.

—¡No...! —exclamó Emily llevándose las manos a la boca para acallar un aullido desgarrador desde su interior.

—Perdimos al agente —retomó la conversación el subdirector del FBI—, y en su tortura reveló su identidad y...

—La de todos ustedes —prosiguió Misha abriendo y cerrando los puños—, por eso estamos aquí.

—¡Oh, Dios mío! —volvió a exclamar ella.

—Brad —comentó Jeff exigiéndole a él, como su jefe directo, una explicación.

—La mafia rusa, o mejor dicho Vadik, ha comenzado a vengarse. Se encargó de Peter, y ahora de la mujer de Blake. La violaron y luego la asfixiaron hasta matarla, dejando una grabación y un mensaje para nosotros.

—¡Maldito hijo de puta! —se precipitó Jeff encabritándose hacia Misha, era tanta su rabia que estaba cegado. El ruso, de un ágil movimiento,

detuvo el golpe, pero tuvieron que ser Brad y el subdirector los que los separaran.

Emily se había quedado tan impactada con la última información que ni siquiera se percató de lo que sucedía frente a sus ojos. Se imaginó el miedo de la mujer de Blake, ella misma había sufrido las consecuencias de una verdadera escoria, claro, no la habían torturado, aunque psicológicamente estaba más que dañada.

Era tanta la trifulca que se había armado que los policías que estaban de guardia, al sentir el ruido en la oficina de su capitán, también entraron. Digel, al ver a Emily paralizada en un rincón, se acercó hasta ella, nunca en todo el tiempo que se conocían la había visto así: vulnerable.

—Emily, ¿estás bien?, dime qué te sucede —preguntó acariciándole el rostro, acto que no pasó desapercibido para Misha, que en ese momento estaba siendo llevado hacia un rincón, y por alguna maldita razón no podía dejar de mirarla, aún estaba muy impresionado.

Él, al enterarse de que Peter era un agente del FBI, rompió todo protocolo y, después de muchos años, se comunicó con su único contacto, informándole de lo que estaba sucediendo, poniéndolo en alerta de todo lo que había descubierto, pero jamás supo de la existencia de Emily Claxon, o Ira, como la recordaba, sino que había sido el mismísimo subdirector de la agencia y su único contacto quien le había enseñado los documentos en donde salían todos los integrantes de la misión “Proyecto Ruso”, quedando impactado al reconocerla.

Tantos años buscándola para exigirle una explicación, y ahora cuando nuevamente estaba en un caso complicado, uno que lo llevaría al retiro con la gloria incluida, aparecía ella en toda su expresión, por eso la noche anterior no pudo pegar ni un ojo, las ansias eran tan grandes que en vez de tomar el vuelo de la mañana, que los llevaría a todos hasta San Francisco para abordar



la situación como equipo, decidió hacerlo en auto y recorrer por más de doce horas seguida la carretera que lo llevaría hasta ella, dejando a Hardy Krause y a Brad Cambell plantados, esperándolo.

Si cuando la vio en la fotografía se había quedado impactado, al verla en vivo y en directo se quedó atónito, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ir a encararla, porque eso es lo que había pensado hacer durante cuatro largos años cuando la encontrara, exigirle respuestas. ¿Pero lo hizo? No, imposible, fue verla y olvidar todo. No era la misma de antes, su cuerpo perfecto había cambiado, pero eso era algo que ahora le atraía mucho más, quería fundirse en ella y hacerle entender que solo le pertenecía a él.

Cuando observó cómo arrestaba a un hombre supo que esa mujer solo se dejaba llevar por impulsos. Había roto más de cinco protocolos, y encima todos sus compañeros la miraban más de lo debido, sobre todo uno, el que precisamente la estaba consolando ahora.

El colmo fue verle el tatuaje, ese que le debería recordar a quién pertenecía. Pero al escucharla hablar del amor de su vida, y un tal Odie, le habían dado ganas de matarlos a los dos y de enseñarle a ella, no de muy buena manera, las reglas de su propio juego.

Todos estaban en peligro y Vadik no cesaría hasta cobrar todas las deudas pendientes que tenía con ellos. Y si llegaba a descubrir que Ira, Emily, o como se llamara ahora, aún existía sobre la faz de la tierra, se vengaría personalmente, él la culpaba del hecho más doloroso de su vida.

A eso era lo que le temía Misha, y por eso, desde que supo que ella había sido parte de “Proyecto Ruso”, encontrándola de nuevo, se había vuelto una misión diferente, una muy personal.

Apretó los puños para controlarse y, con ayuda de Zhenya, su amiga y compañera, se tranquilizó.

—Necesito que se comporten como seres humanos civilizados —

graznó Krause molesto, mirando a sus hombres—. Esto no es un juego, caballeros, y ustedes —exigió mirando a los policías, que aún estaban arremolinados mirando—, ¡fuera! Usted también capitán —le ordenó.

Cuando los policías abandonaron la habitación, pasándose un par de veces la mano por el pelo y soltándose la corbata, el subinspector se sentó detrás del escritorio, mirándolos a todos con severidad.

—Señor —habló Jeff arreglándose la ropa—, lo que está sucediendo es grave y no entiendo qué tienen que hacer los rusos aquí.

El subdirector supo que había llegado la hora de hablar y de confesarles absolutamente todo, y sacando una *tablet* de su bolsillo deslizó su dedo y una imagen apareció ante ellos.

Lo que los agentes vieron horrorizados fue a una mujer de fondo, la novia de Blake, con una bolsa en la cabeza, desnuda, y en la pared fotografías de Brad con Mary, y de Jeff junto a Annie con una inscripción en letras rojas, que seguro debía ser sangre, que ponía:

“Ustedes son los próximos” “Disfrutaré con sus mujercitas”

Emily miró a Brad, quien no necesitó palabras para entender lo que su buena amiga tenía que saber.

—Peter solo nos delató a nosotros. Mi mujer está bajo protección, y en este momento lo están haciendo con Annie —dijo esto último mirando a Jeff.

—¡Hijo de puta, tendrías que habérmelo dicho anoche cuando me contactaste! —soltó sacando un teléfono móvil desde su bolsillo.

—Agente Rosell —lo cortó Krause—, usted anoche venía viajando desde Brasil, no vimos la necesidad de... preocuparlo. Gracias a Misha y Zhenya sabemos que estarán bien, ellas y ustedes.

—¡Cómo! —gruñó como si fuera un animal, sabía que no podía hacer nada y eso lo estaba volviendo loco, lo único que le tranquilizó en ese

momento fue la cara de Brad pidiéndole calma.

—Yo soy el encargado de deshacerme de ustedes, de matarlos —soltó como si nada.

—Me voy —habló Emily saliendo de su estado de *shock*. Ya había escuchado bastante, y si ella no estaba en esa lista no tenía nada más que hacer en esa habitación, porque lo que debía hacer ahora era más importante que todos ellos.

—¡No!

—Por supuesto que me voy —advirtió tomando su arma, pero no alcanzó a dar un solo paso más cuando fue retenida por unos brazos.

—¡Suéltame, Brad! Debo ir por Miko, ¿que no lo entiendes?

—Nadie se moverá de aquí.

—Estás loco si crees que me voy a quedar aquí contigo, ruso, menos después de lo que hiciste con Peter.

—No vine para que me juzguen —sentenció Misha en un tono amenazador—, vine a ayudarlos porque así me lo ha ordenado mi superior. —Eso no era del todo cierto, solo estaba por ella, él solo pensaba darles toda la información y luego volver a lo que estaba. Brad, Blake y Jeff no le importaban en lo más mínimo, para eso ellos tenían protección de la agencia.

Zhenya se sorprendió con lo que escuchó, ella no tenía ni idea de los cambios de planes de su compañero, pero no demostró ninguna emoción, solo asintió.

—Pues me vale una mierda a lo que hayas venido, a mí no me están buscando —y mirando a Brad pidió—, o me sueltas o te juro por el amor y la amistad que te tengo que te vas arrepentir —anunció llevándose la mano hasta su arma.

Brad la soltó, no por miedo al arma, sino porque veía el terror en los ojos de su amiga y sabía que no la dejarían salir, junto a él habían llegado

varios agentes que estarían a disposición para su protección.

No alcanzó a dar dos pasos cuando vio que varios hombres se apostaban en la puerta, impidiéndole el paso.

—La seguridad de todos ustedes es responsabilidad de la agencia, y como subdirector no permitiré que ningún integrante más de esta misión padezca en manos enemigas, ya nos hemos encargado de Blake, lo tenemos en un lugar seguro y resguardado.

—Señor... —suplicó—, Miko...

—Estará bien, nosotros nos encargaremos de él.

—¡Pero es mi hijo! —soltó sin poderse controlar más—, ni usted ni nadie tiene derecho sobre él, yo ya no pertenezco a la agencia.

Zhenya miró a Misha, que se había quedado pálido con esa información que tampoco conocía. Al parecer la señorita Claxon era, además de una incógnita, una verdadera caja de Pandora. Y una... ¿señora?

—Emily —se acercó Brad con cuidado—, por favor, lo mejor que podemos hacer ahora es permanecer juntos.

—¡Juntos, una mierda! Yo me voy a ir ahora mismo de aquí.

—¡No te irás a ninguna parte! Y vas a dejar que la agencia te proteja, así como lo hará con Markov. Piensa con la cabeza, ¡razona!

Emily comenzó a mover la cabeza de un lado a otro, no podía razonar, no estando imposibilitada de actuar.

Jeff, que en ese instante había dejado de hablar y tranquilizar a su mujer, se acercó hasta ella para abrazarla y tenderle el móvil que siempre llevaba consigo, que era imposible de rastrear.

—Llámallo para que te tranquilices.

—Dile que tu madre lo irá a recoger —intervino Brad—, que se irá de paseo con su abuela.

—Mañana es... es su cumpleaños —les dijo a sus amigos con la voz

desgarrada, mientras una lágrima amenazaba por rodar por su mejilla.

—Sí, preciosa, y tú ahora debes ser la chica superpoderosa, por él — afirmó Brad marcando el número de su casa.

El silencio en la habitación era sepulcral, nada se escuchaba, incluso se podía oír el repique del teléfono, hasta que una voz de niño invadió todo el lugar.

—¿Sí?

—¡Miko!

—¡Mami! Odie y yo te estamos esperando, ya estamos listos.

—Miko, escúchame —pidió casi sin voz—, los abuelos irán por ti, yo...

—¡No, mami!, ¡me lo prometiste! —chilló y comenzó a protestar.

—Markov, escúchame —le regañó, en tanto se le partía el corazón—, sé que te lo he prometido. Algo ha surgido en la estación de policía, debo arreglarlo.

—¡Me lo juraste!

En ese momento Jeff le arrebató el teléfono a Emily, quien ahora tenía la cara anegada en lágrimas, pero resistía estoica sin emitir ningún sonido.

—¡Hola, campeón! ¿Cómo está el superniño?, ¿listo para una nueva aventura?

—No —rezongó—, íbamos a ir al bosque con mi mamá, íbamos a acampar en el lago.

—¡Wow! Pero si tu mamá le tiene miedo a las hormigas —sonrió con tristeza mirándola—. ¿Seguro que te lo prometió?

—Sí —hipó por el otro lado, estaba aguantando el llanto—, y yo le hice un repelente especial.

Todos sintieron el grito ahogado que Emily dio en ese momento.

—En unos días tu mami te irá a buscar y pasarán toda la semana en el

lago, ¿qué te parece?

—¿Me lo prometes?

—¿Cuándo no te he cumplido una promesa, campeón?

Miko lo pensó un poco, era un niño, pero no por eso era tonto, sino que todo lo contrario, ese niño era demasiado especial.

—Recuerda nuestro secreto —lo apresuró Jeff, necesitaba que su ahijado se sintiera confiado y bien—, la pistola lanza agua que te regalé...

—¡Tío! —lo reprendió el pequeño, ya sin atisbo de tristeza en su voz—. Los secretos no se dicen.

—Entonces, ¿estamos bien?

El pequeño aseveró con la cabeza, al tiempo que respondía afirmativamente y pedía hablar con su madre. Emily se acercó al teléfono y le prometió que acamparían una semana en el lago. Luego cortó y con autorización del subdirector llamó a sus padres.

Después de darle un informe no tan detallado a su padre, que siempre la entendía y apoyaba, le pidió que fueran por Miko, que solo serían unos días. Por supuesto que él aceptó sin chistar, conocía a su hija y su trabajo, pero antes de colgar pidió hablar con Brad Cambell.

—Dígame, señor Claxon, lo escucho.

—¿Cuidarás a mi gatita?

—Jamás he dejado de cuidar a su gatita, señor —respondió mirándola a ella, que con los ojos enrojecidos miraba al suelo.

—Entonces confío en que todo estará bien.

Luego de tan particular charla, el subdirector volvió a tomar la dirección de la organización.

—Partirán hacia unas instalaciones secretas, ahí se quedarán hasta que todo esto termine.

A esas alturas solo se podían mirar, no tenían nada que objetar.

## Capítulo XIV

Después de recibir las órdenes inmediatas del subdirector del FBI, los cinco agentes fueron conducidos en una camioneta blindada hasta un hangar, ahí abordarían un avión que los llevaría a unas dependencias especiales para protegerlos mientras solucionaban el problema ocasionado por Peter.

Brad no habló durante el trayecto, miraba a Emily de soslayo y sabía perfectamente cómo se estaba sintiendo: engañada.

Por otro lado, por más que Jeff intentaba buscarla, ella se apartaba, no quería hablar con ninguno, saber que el hombre que le había marcado la vida estaba vivo era demasiado.

Tantos años creyéndolo muerto le habían servido para vivir en paz, pero... ¿ahora? ¿qué haría ahora?

El vuelo duró dos horas, en las cuales fueron informados de los últimos acontecimientos de Vadik. Él había abandonado Moscú para refugiarse en un destino que solo Misha como su mano derecha conocía, ahí esperaba a que él le llevara las buenas noticias de que había acabado con sus enemigos, los agentes.

Si antes las camionetas llamaban la atención, las que ahora los transportaban lo hacían mucho más, no por su tamaño, sino por la protección que llevaban. Eran blindadas y por donde las miraran aparecía el nombre de la agencia.

Misha, al verlas, bufó moviendo la cabeza, para él todo eso no era más que hacer escándalo, esa era una de las grandes diferencias entre ambas organizaciones, y aunque no le gustara, debía reconocerlo, el SVR era mucho más cauto y discreto, bueno, eran los ex KGV y no por nada habían

conseguido tanto y llegado tan lejos en el mundo.

Siguiendo todas las normas y protocolos, el viaje se realizó sin contratiempos. Al salir de la carretera avanzaron por un camino de tierra en donde realmente no se veía nada, excepto tierra, kilómetros de tierra, y de fondo una montaña que les cortaba el paso, no se veía ningún camino aparente.

De pronto las camionetas dieron un giro brusco, dejándolos frente a una enorme muralla de rocas, una gran montaña, pero al voltear nuevamente ante ellos apareció un complejo militar, que se encontraba excavado dentro de la misma.

Estaban en una de las bases secretas del gobierno, la gran leyenda de “Cheyenne Mountain”, que se suponía era una instalación preparada para una explosión nuclear con capacidad para albergar a ochocientas personas durante treinta días completamente aislados del mundo exterior.

Poseía puertas de veinticinco toneladas blindadas que garantizaban que ningún intruso podría ingresar a las instalaciones, que estaban a medio kilómetro, de puro granito. Una bóveda para sobrevivientes, o en este caso, una para esconderlos.

Cuatro militares con chalecos antibalas y metralletas en mano los recibieron, verificaron sus identificaciones y como si eso no bastara, a cada uno de ellos los revisaron como si fueran delincuentes.

Los primeros en rezongar fueron Misha y Brad, que aunque hicieron notar su molestia, no fueron escuchados. A Emily, que era la única mujer, ya que Zhenya había sido llamada en el último momento, la trataron con más respeto, solo la revisaron por encima. Ella sonrió con amargura, ¡qué idiota podían ser a veces los hombres!

Todo lo que poseían en ese momento les fue requisado: documentos, teléfonos, credenciales, todo. Ahora entraban como cuatro NN, únicamente se



les asignó una tarjeta de visita que se adosaba a la ropa con un *clip*, poniendo en ella un número.

«Fantástico», pensó Emily, «ahora solo somos un código».

—Buenas noches, señores, los esperan dentro del recinto para una siguiente identificación.

Misha se acercó peligrosamente a uno de los hombres, que al ver su actitud levantó la metralleta para apuntarlo, pero antes de que pudiera avanzar más, uno de los agentes que los trasladaba y estaba a cargo se acercó para detenerlo y tranquilizarlo.

Maldiciendo en ruso retrocedió, no sin antes mirarlos con odio, uno que hizo estremecer incluso a Emily.

En el segundo puesto de seguridad los recibieron cuatro militares más, igual de armados que los anteriores, solo que estos le entregaron unos trajes de una sola pieza de color negro.

Cuando se los entregaron se les ordenó ponérselos de inmediato. Estaban en una especie de sala con ventanas, donde en todo momento estaban siendo monitoreados, aunque no veían a nadie, sí se detectaban cámaras que se agitaban ante cualquier movimiento que ellos hicieran.

Los ojos de Emily se conectaron con los de Jeff, no era fácil tener que desvestirse ante todos ellos. Su amigo la comprendió perfectamente y se puso delante de ella, dándole la espalda para así poder cubrirla. Aunque fuese un poco.

En un movimiento rápido se quitó la ropa, esta cayó al suelo y aunque Jeff intentó tapparla lo mejor posible, Misha pudo ver más de lo que deseaba y merecía, él por su parte estaba controlándose para no quitarlo y poder mirarla en todo su esplendor.

Sabía que no era el momento para tener ese tipo de pensamientos, pero su parte dominante no lo abandonaba, incluso en esas circunstancias, y

por lo demás, su parte animal le indicaba que esa mujer era de su propiedad, por algo llevaba el tatuaje en su espalda.

Minutos después, cuando estuvieron vestidos iguales, un nuevo militar llegó hasta ellos, muy amablemente les saludó a todos con la mano y un gesto de cabeza, dándoles pase por fin a las instalaciones, para posteriormente cuadrarse ante Brad Cambell, entregándole una nueva identificación y un colgante con un código que no pasó desapercibido para nadie.

—Me alegro por su regreso, señor. Bienvenido.

Dicho esto, varios hombres se cuadraron ante Brad, haciéndole una reverencia.

—¿Qué es lo que me he perdido? —preguntó Jeff acercándose, confundido.

Brad miró su identificación sintiendo el poder que esta le otorgaba, hacía muchos años que no la tenía. Con una sonrisa de orgullo, sosteniéndola para enseñárselas, les habló.

Ahora volvía a ser un oficial operativo.

—Verán... esto que sostengo es nuestro salvoconducto —respondió con cuidado, no todo se lo podía decir—. Pertenezco, o mejor dicho, vuelvo a pertenecer al Destacamento Operacional de Fuerzas Especiales Delta.

—¿Eres un Delta Force? —parpadeó incrédulo Jeff.

—Sí —respondió con orgullo—, aunque he trabajado años para el FBI ahora vuelvo a mis orígenes para vengar a nuestros amigos y de una vez por todas...

—O sea —lo cortó Emily, dolida—, nos has engañado a todos durante todo este tiempo fingiendo ser alguien que no eras.

—No. Somos hombres entrenados para combatir al terrorismo, por eso me uní posteriormente al FBI.

—Vaya, Brad, esto sí que no me lo esperaba —apostilló Jeff, tomando el colgante de metal brillante con bordes de goma negro en sus manos para admirarlo.

Jeff y Emily estaban totalmente sorprendidos. Años compartiendo, pensando que eran como una gran familia y que entre ellos no existían secretos, para que de pronto toda esa confianza se quebrara. Brad no solo era un agente del FBI, sino que también un Delta Force. Les dolía, esa era la verdad, aunque en ese momento lo estaban disimulando muy bien.

—¿Debemos rendirte pleitesía o seguir avanzando? —bufó Misha, mirándolo con la insolencia que lo caracterizaba.

—Ni lo uno ni lo otro, ruso —soltó con desprecio, manteniendo la calma cuando fueron por ellos.

Al ingresar a la base militar se dieron cuenta de cuánta seguridad había, y eso que no se veían hombres armados, solo habitaciones codificadas y monitores por doquier.

—Bienvenidos —los saludó un hombre canoso con uniforme militar, el único que vestía diferente.

Él y Brad se fundieron en un abrazo fraterno por unos segundos. Luego lo presentó a sus compañeros, que fueron saludados con la mano, excepto Emily, que fue besada en la mejilla.

—Me alegró mucho la noticia de tu reincorporación, es mejor jugar en las ligas mayores, no hacerlo en la segunda división.

—La segunda división, como dice usted —intervino Misha—, existe para indagar delitos, y con información privilegiada ustedes poder proceder, porque investigar no es lo mismo que actuar, señor —respondió cuadrándose con un perfecto estilo militar.

El coronel sonrió ante la respuesta. Ese muchacho con acento ruso tenía agallas y le gustaba.

No sabía a ciencia cierta quiénes eran, solo se le había dado la orden de protegerlos, y al enterarse de que Brad Cambell, uno de sus mejores hombres, estaba entre ellos, les abrió la puerta del recinto sin perder más tiempo. Si con eso recuperaba a su hombre, todo el esfuerzo sería mínimo y la recompensa totalmente excesiva.

—Bueno, creo que deben estar cansados, se les llevará a un ala apartada con acceso a comunicaciones por vía satelital en donde podrán estar conectados con el mundo exterior —explicó—. Con estas tarjetas codificadas podrán pulular por las instalaciones comunes. Tengo entendido que mañana recibiremos la visita de Krause para que en conjunto armemos un plan de acción —y mirando a Brad con una sonrisa continuó—, enséñales el lugar, tú ya lo conoces, mañana nos reuniremos aquí a las cero ochocientas en punto.

Brad, que en ese momento se hizo el oficial a cargo, los guio hasta donde les habían indicado. A pesar de estar bajo tierra, la luminosidad les hacía saber que aún era de día, aunque próximo a llegar estaba el anochecer.

Caminaron unos metros hasta que llegaron a la zona indicada. La estancia que les habían asignado era amplia, poseía dormitorios individuales y un lugar para ejercitarse. Estaba claro que no era la primera vez que eran utilizadas, y estaba todo pensado para que los hombres y mujeres que lo usaban, aparte de trabajar con los equipos de alta tecnología que habían dispuestos, pudieran arrojar las tenciones con el ejercicio.

Los ojos de Emily se fueron directos a un saco de boxeo. Inevitablemente.

Fue directa hasta él, abrió el armario y sacó justo lo que necesitaba. Luego se fue a una de las habitaciones más alejadas, no quería ver ni hablar con nadie, solo necesitaba desahogarse y con suerte olvidar, durante cinco minutos, dónde se encontraba y la pesadilla que se avecinaba.

Brad y Jeff caminaron directos a donde estaban los modernos

ordenadores, con teclados empotrados en la mesa y varias pantallas adosadas a la pared. El escritorio estaba pulcro y ordenado, contaba con varios aparatos tecnológicos y parecía una especie de centro de operaciones como los que se veía en las películas, incluso contaba con una mesa holográfica que proyectaba diversos escenarios. Jeff se sintió en el paraíso, con lo que tenía en frente podía hacer maravillas, así que rápidamente se sentó a trabajar.

En tanto, por otro lado, Misha caminó hacia otra estancia igual de preparada. Él debía empezar ya a rastrear a Vadik, y esperaba no equivocarse, tenía motivos personales esta vez para encontrarlo en el menor tiempo posible.

Varios minutos después, cuando Emily salió de la habitación, ya no vestía el mono oscuro y ancho, sino que lo hizo enfundada en unas calzas negras y un top del mismo color. Caminó sin mirar a nadie, se vendó las manos con parsimonia y comenzó a golpear el saco, quitándose la rabia, la pena y la angustia. Se sentía engañada y eso era lo que más le dolía, eso, y bueno, tener al ruso que se juró una vez no volver a ver nunca más.

Todo había pasado muy rápido. En la mañana estaba feliz porque seguramente a esas horas ya estaría con su hijo comenzando la celebración de su cumpleaños en el bosque, que era lo más le encantaba a su pequeño, ¿y con quién estaba ahora?, con el padre de Miko.

Un puñetazo más fuerte, el que dio seguido de una gran patada, fue lo que hizo que el saco se volviera, pero con agilidad lo esquivó, y al apartarse hacia atrás sintió como unos brazos la tomaron por la cintura y le ayudaban a recuperar el equilibrio.

—No estás en muy buena forma.

—¡Suéltame! —jadeó por el esfuerzo, en parte tenía razón, ya no estaba en tan buena forma. Hacía mucho que no practicaba. Ahora nadaba,

porque así, cuando estaba sumergida, era la única forma que tenía para encontrar paz y olvidar.

—Tenemos que hablar, llevas una hora dándole al saco.

—Es porque no puedo darte a ti.

—¿Segura? —preguntó levantando una ceja.

No esperó a que subiera la otra ceja, como si fuera un vendaval se lanzó hacia él, Brad no la vio venir, Emily se estrelló contra su cuerpo.

Rápidamente se puso en posición para defenderse, y así, como si estuvieran practicando, ella comenzó a golpearlo en tanto le recriminaba su actuar.

—¡Me mentiste! —Golpe en un hombro.

—¡No! Jamás.

—¡Sí! —Le pegó en el pecho. Sus ojos se llenaron de rabia, cegándola, impidiendo que lágrimas de resentimiento brotaran de su pecho y se alojaran en un lugar de su corazón.

—¡Te estaba protegiendo!

—¿Protegiendo? ¿Protegiendo? ¡¿De qué?!

—¡De ti misma, mujer, por Dios! ¿Es que no lo ves? —exclamó tomándole las manos, dejándola imposibilitada de responder.

Jeff, al darse cuenta de lo que ocurría, se levantó rápidamente para ver qué sucedía y lo que vio no le gustó. Ella tenía la cara roja por el esfuerzo, pero sobre todo por la rabia que sentía, miraba a Brad con reproche, pero más que eso era pena, una profunda y tremenda pena.

—Ems... —habló cuando llegó a su lado.

—¿Tú lo sabías?

—Sí, Ems, siempre lo supimos. —Avergonzado afirmó con la cabeza, ya no podían seguir mintiéndole—. Fue por tu bien.

—¿Engañarme fue por mi bien?

—Tú no estabas bien, te reclinaste en casa de tus padres, y con lo que te había pasado con...

—¡Cállate! —gritó asustada, eso sí que no quería recordarlo—, no hay una sola puta razón para que todos me hayan mentado con algo así, he vivido cuatro años sin preocupaciones pensando en que todo había acabado, y en realidad ha sido una mentira.

Brad la soltó y no dejó que Jeff la tocara.

—Ahora ya lo sabes —anunció devolviéndola a la realidad, no había tiempo para lamentarse, ahora todos corrían peligro—, tienes que centrarte en lo que vamos a hacer, tener la mente despejada para tomar decisiones.

—No hables como si fueras mi superior porque ya no lo eres, y no tienes ni idea de lo que estoy sintiendo en este momento.

—Sí, lo sé.

—Si lo supieras, jamás me lo hubieras ocultado, dejándome desprotegida de saber la verdad, dejando que creyera que todo estaba bien mientras ese malnacido seguía vivo.

—Nunca has estado desprotegida, Ems. Siempre he...

—No quiero saberlo, Brad Cambell, si es que es así cómo te llamas realmente —le escupió haciendo alusión a su reciente descubrimiento como agente del Delta Force.

—Yo siempre he sabido quién eres, aunque hace cuatro años nos traicionaste como compañeros, pero sobre todo como amigos —soltó de pronto. Ya estaba dicho, esas palabras que nunca habían sido pronunciadas en voz alta, ahora se las había soltado de golpe y de una sola vez, sin anestesia.

—Y pagué por ello —respondió con una lágrima en su rostro. Ese golpe había sido duro, la desconfianza en la amistad era un leñazo cruel. Ella sabía que había cometido un error, pero su corazón en ese entonces estaba dividido—. Y no me arrepiento, porque tengo de ese tiempo lo mejor que me

pudo haber quedado.

—Emily, Brad, no podemos desunirnos en este momento, eso es lo que quiere conseguir Vadik, que nos asustemos, y con eso sí nos destruirá.

—Es cierto —lo apoyó Brad mirándola.

—No quiero más mentiras —dijo y tragó saliva—, ya les he pedido perdón por lo que sucedió hace cuatro años, y si hoy no estamos unidos... — La voz se le quebró, que los estuvieran cazando era demasiado grave, y ella no quería siquiera imaginar lo que pasaría si los encontraban.

—Siempre hemos estado unidos —comentó Jeff alargando su brazo para tocarla, pero ella dio un paso atrás.

—Déjame continuar. —Los miró a ambos—. Si no somos francos, esto no resultará. ¿Hay algo más que yo deba saber?

Brad y Jeff se miraron, le estaban ocultando información, pero creían que no venía al caso comentársela en ese momento, así que ambos negaron con la cabeza.

—Está bien, confío en ustedes.

Luego de mirarlos a los ojos, como si cerrara un pacto, salió de la sala, necesitaba estar al aire libre. «Ojalá pudiera ir a nadar», pensó, cosa que era imposible en ese lugar. Por eso se fue a su habitación, encendió la ducha y bajo las gotas de agua lloró por pena, por miedo, por culpa.

Aún estaba pagando un alto precio por su error.

Por otro lado, Misha no se había perdido ni un solo detalle de la conversación, escuchándolos detenidamente, y ahora veía cómo esos hombres se debatían en una discusión acalorada. Por eso, sin querer esperar más, pensó que ya era hora de aclarar sus dudas.

Con rabia se levantó para ir al único lugar donde sabía al fin se podría aclarar.



Bajo la ducha, Emily luchaba contra los recuerdos y una crisis de ansiedad estaba a punto de alcanzarla. ¡Maldición! No tenía sus medicamentos, le estaba costando respirar, se estaba ahogando. Como pudo cerró la llave y caminó hacia la cama, se sentó y comenzó a mecerse de un lado a otro, contando desde cien hacia atrás. Eso debería ayudarle, al menos eso le había dicho su doctora.

Pero los recuerdos le golpearon, todo lo que había tapado con tierra ahora estaba siendo arrasado por un río, enrostrándosele frente a sus ojos.

Tenía una mezcla de sentimientos: escuchar que Brad la culpaba, que su peor pesadilla estaba viva y que Misha estaba a metros de ella era demasiado espantoso para ser verdad. Era una realidad que había querido tapar. Pero sobre todo, era una realidad que no estaba preparada para afrontar.

—Aaahh... —intentó tomar aire, luego tosió para volver a inspirar, su pálida piel se estaba amarotando. Dios... se estaba ahogando. El aire ya no le llegaba a sus pulmones y con eso sabía que se desmayaría, tenía que pedir ayuda, era consciente de que esa crisis no la podría controlar sin sus medicamentos.

Como pudo caminó hasta la puerta, y justo cuando estaba a punto de girar la manilla esta se abrió, dando paso a un encabritado Misha, que estaba totalmente fuera de sus cabales.

Entró sin siquiera mirarla, no podía si quería hablarle, por eso viendo hacia la pared comenzó:

—Cuatro años —siseó con la mandíbula apretada—, te busqué por los países de Europa del Este moviendo cielo, mar y tierra para encontrarte, y resulta que tú —habló más fuerte, dándole un golpe a la pared—, ¡estabas en América! Y no eres huérfana, ni bailarina, eres... eres... —Un gruñido salió desde el fondo de su interior, ni siquiera podía pronunciarlo.

Emily desde la puerta, al verlo aparecer, había conseguido tragar un soplo de aire, pero la puerta se había cerrado y no tenía fuerzas para volver a abrirla. Así que solo pudo hacer un pequeño sonido.

—Aaahh...

—Te entregué mi confianza. —Volvió al ataque cerrando los ojos, necesitaba tranquilizarse para encararla, no quería ser violento y sabía que si se volteaba lo sería, porque cada vez que en esas horas esa mujer lo había mirado, había sentido inquina, y eso lo estaba matando lentamente—. Te lo dije innumerables veces, te protegí de todo y de todos, lo tatué en tu piel para que nadie te hiciera daño...

—Mish... —intentó decir con el poco aire que absorbía. Estaba apoyada en la pared y su cuerpo lentamente se iba quedando laxo.

—¡No! —la acalló aún más fuerte—. Ahora que sé toda la verdad, quiero que me aclares lo que me falta por entender. ¿Por qué me engañaste?! ¿Por qué me mentiste?! ¿Tan poca confianza te inspiraba?! ¡O es que siempre me viste como un degenerado de la peor calaña!

—Aaahh... —respiró con fuerza, ahora a su ahogo se sumaba que sus ojos eran dos represas, tanto tiempo pensando que él la había olvidado, aferrándose a eso para quitarlo de sus recuerdos, para darse cuenta que nunca había sido así.

—¿Acaso nada te importó?! —gritó con la voz desgarrada por la emoción—. Me enamoré de ti, maldita sea, y estaba dispuesto a mandar todo a la mierda por ti, por nosotros, ¡solo necesitaba unos días más!

En ese momento ya no aguantó más, se desmoronó en el piso sin poderse sujetar. Misha, al escuchar el golpe, se quedó paralizado un par de segundos, Ira o Emily estaba en el suelo con los labios morados, totalmente desnuda. Le bastaron solo dos grandes zancadas para llegar hasta ella y acunarla entre sus brazos. Al sentir que no se movía, la rabia, el odio y el

rencor desaparecieron como agua entre los dedos dando paso a un miedo inimaginable.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, encendiendo todos los sentidos de alerta. No alcanzó a recostarla cuando la puerta de la habitación se abrió abruptamente, dándole un golpe al costado.

—¡Qué has hecho! —espetó Brad viéndola en el suelo.

Al escuchar gritos provenientes de la habitación había ido junto a Jeff a verificar qué sucedía.

Misha levantó el rostro, en sus ojos había incertidumbre, así que fue Jeff quien se agachó para ver si respiraba. La tomó en brazos y la llevó hasta la cama.

—Vamos, Ems... —comenzó a decir. Cuando al ver sus labios supo lo que le sucedía—, respira, Ems, vamos, cuenta, estás conmigo, todo estará bien ahora, no estás sola.

Lentamente todos vieron como ella apenas comenzaba a respirar, devolviéndole la tranquilidad a todos.

—Brad, consigue chocolate, y tú —le dijo a Misha—, prepárale un baño con agua tibia. —Luego volvió con ella—. Eso es, Ems... cuenta, diez, nueve...

—¿Qué haces?

—Tiene una crisis de pánico —afirmó masajeándole las sienes.

—¿Qué? Imposible, Emily jamás ha padecido eso —gruñó incrédulo por lo que decía Jeff, en tanto Misha ya había ido a encender el agua.

—¡Claro que sí! —alzó la voz siseando entre dientes—. Después de lo que le hizo Vadik, Emily las ha sufrido, te dije que esto traería consecuencias.

—Maldito hijo de puta —gruñó ahora entendiendo muchas cosas, sobre todo esas pastillas que siempre llevaba en su bolso—. Todo esto es por

tu culpa —siseó mirando al ruso, que en ese momento salía del baño a preguntar qué es lo que había pasado.

—¿Qué dijiste de Vadik?

—¿Ahora lo vas a defender?

—Te exijo que me digas ahora qué fue lo que sucedió.

—Vadik...

—No... por favor, Brad —suplicó en un susurro acongojado Emily, abriendo apenas los ojos—, no digas nada.

—Emily... —siseó con rabia, apenas podía controlar la ira que ese tema le hacía sentir.

—Cállate, Brad —lo cortó fuerte y claro Jeff. Veía el terror en los ojos de su amiga, ahora al menos respiraba, pero tiritaba como una hoja en plena tormenta.

Misha apretó los puños, mirándolos con rabia, en un estado entre angustia, rabia e impotencia.

—Dile la maldita verdad a este imbécil para que de una puta vez sepa lo que aguantaste por él.

—Brad... —gruñó Jeff realmente molesto.

—¡Qué! ¿No es verdad lo que estoy diciendo?

—No más... no más, por favor —suplicó en un sollozo.

Sin importarle quién la estuviera viendo, porque ya no aguantaba más, perdiendo toda la fuerza comenzó a llorar, su antigua herida de guerra se había abierto y ahora sangraba sin detenerse, manchando todo a su paso, desgarrándole el alma y el corazón.

—¡Fuera! —gritó Jeff poniéndose de pie con ella entre sus brazos—. Salgan de aquí. ¡Ahora!

Fue tal la magnitud de la fuerza que usó en sus palabras que ambos hombres salieron de la habitación, dejándolos solos.

Misha fue el primero, quería explicaciones, necesitaba enterarse de lo que había sucedido, había ido por respuestas, y ahora solo tenía una y mil dudas, comenzando por la existencia de Miko. ¿Sería hijo de ese tal Odie?

Ofuscado como estaba, se sentó en uno de los ordenadores. Cambiaba totalmente su búsqueda, no le interesaba Vadik, ni Rusia, ni la muerte del agente. Ahora tenía otro propósito, uno mucho más inmediato.

Pulsó un código de cinco letras, y unos segundos después el monitor cobró vida, mostrándole el símbolo de la organización rusa, una estrella con cinco puntas rodeando una esfera.

Siempre quiso separar las cosas, por eso se había negado a utilizar ese recurso en la búsqueda de Ira, pero ahora todo era diferente, quería respuestas y si su propia agencia, a la que había servido, respetado y entregado su vida se lo había ocultado, sabía que los rusos se lo entregarían.

No solo les había entregado años de su vida, sino que también desmantelado varias *bratvas*, redes de tráfico de armas, de trata de blancas, y cuando pidió respuestas, éstas fueron negadas, el subdirector de la agencia no le había dicho nada. Sí, el FBI lo había abandonado, así era como se sentía.

Él guiaría su lealtad. No seguiría los protocolos establecidos para conseguir información, iría directo a la fuente. Después vería qué hacer en el futuro, sabía que actuar como estaba a punto de hacerlo le traería consecuencias, muchas puertas se cerrarían para él.

Una vez dentro de la página, con su código que lo validaba como agente, volvió a teclear un par de números más, estos iban a la agencia de inteligencia rusa. En dos segundos recibió una alerta en donde debía poner un único código de acceso. Sin titubear ni amilanarse los tecleó y... *voilà*, toda la información necesaria estaría a su alcance en tan solo unos minutos.

Estaba en los archivos secretos de la agencia gubernamental.

Le bastó teclear “Proyecto Ruso”, y ante sus ojos encontró todo lo

necesario. Sí, él era invencible, al menos así se sentía. Ahora que tenía los nombres verdaderos, nada lo podría detener.

A pesar de sus ansias, con un ligero temblor en los dedos escribió el nombre y el número de identificación de Emily Claxon, y al fin apareció.

### *EXPLORADOR BUSCANDO IDENTIFICACIÓN...*

—Vamos... vamos. —Tamborileó sus dedos sobre el escritorio. Se sentía inquieto, hasta que de pronto ante él apareció el historial completo de la exagente. Se quedó unos segundos estudiando lo que allí decía hasta que comprendió. El vaso de agua que sostenía entre sus manos cayó, estrellándose con fuerza en el suelo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, acompañado de una ansiedad que no había sentido jamás. Ante sus ojos se confirmaba que ella tenía un hijo llamado Markov Claxon, cuya edad coincidía exactamente con el tiempo en que la había estado buscando, y como si eso fuera poco, había sido denigrada después de la última misión por razones confidenciales.

—Confidencial, ¡una mierda! —gruñó despacio poniendo un código nuevo, pegándole a las letras para obtener mayor información.

Una ventana se abrió a un costado. Esta le llamó poderosamente la atención. “Antecedentes médicos”. “Tratamiento en curso”. ¿Qué mierda significaba eso? ¿Y por qué él no podía tener acceso? Siguió leyendo y la frase “Daños colaterales” volvió a llamarle la atención. ¿Qué mierda le había pasado? Por primera vez en su vida se tocó el corazón, este latía tan aprisa que incluso lo estaba mareando.

Lo que sentía no era normal, algo le decía que “Daños colaterales” era más de lo que se podía imaginar. ¿Y si Vadik...? No, negó vehementemente con la cabeza, eso no podía haber pasado. Apretó los dientes con tanta fuerza

que estos rechinaron y el teclado del ordenador recibió el resultado de su malhumor.

Sin perder más tiempo se levantó, quería respuestas y las quería ya.

Caminó con grandes pasos hacia donde seguro estaría el único que sería capaz de darle respuestas, y antes de llegar hasta donde se encontraba Brad, lo miró colérico. Tenía los ojos tan enrojecidos que su aspecto era de temer.

El Delta Force al verlo se cuadró para recibirlo, ya sabía a lo que venía, pero a pesar de querer gritarle con inquina lo que había sucedido por su culpa, sabía que no le correspondía a él hacerlo, y solo por Emily, y el amor incondicional que le profesaba, no la delataría, aunque sus entrañas se lo recriminaran por dentro.

—Te exijo saber la verdad y la quiero ahora.

—No soy quien para... —No pudo decir ni media palabra más cuando, ante la negativa de seguir, Misha arremetió contra él con el hombro, pegándole en los riñones.

Ambos cayeron al suelo y comenzaron a golpearse duramente.

—¡Dime ahora qué sucedió! —pidió el ruso con rabia mezclada con dolor.

Con un rodillazo Brad lo apartó, poniéndose ahora a horcajadas sobre él.

—Nada me gustaría más que decírtelo, pero no seré yo quien lo haga —respondió con el rostro compungido.

Así siguieron golpeándose unos minutos hasta que Jeff, alertado por los ruidos, salió de la habitación de Emily.

—¿Pero es que ustedes son imbéciles? —protestó intentando separarlos, pero ninguno se soltaba y él con todas sus fuerzas los apartaba.

—¡¿Por qué no me dicen la verdad?! ¡¿Qué sucedió?!

—Lo que sucedió te lo tiene que contar Emily —le dijo tomando el puño del ruso, apretándoselo con fuerza, deteniendo en parte su furia—. No hagas que algo tan importante para ella y tan doloroso se filtre por consecuencias provocadas —sonrió con tristeza—, ninguno de nosotros es tu enemigo, esa mujer que está ahí dentro es nuestra amiga, y haremos todo por ella, hoy, y siempre, y si tú —dijo mirándolo a los ojos con valor—, la respetas o si sientes algo por ella, deja que sea Ems la que hable.

—Si estás aquí es porque el destino te ha puesto en su camino de nuevo —prosiguió Brad, cortando a Jeff—. Emily ha sufrido bastantes daños para que, además, ahora tú le exijas verdades que ella intenta enterrar. Tú, el primero de ellos —finalizó con ponzoña—, porque con un dedo no se puede tapar el sol.

Al escuchar esas palabras, Misha dejó de luchar, se levantó absorto, no entendía qué había sucedido, solo esperaba fervientemente que no fuera lo que su corazón le estaba gritando. Porque si fuera así, eso jamás se lo podría perdonar, ni en esta ni en la vida siguiente.

Brad no aceptó la mano que el ruso le estaba tendiendo, se levantó con lentitud, y con la palma se limpió la sangre que corría por la comisura de sus labios, y sin decirle ni media palabra más salió, dejándolos solos. A él, ni antes ni ahora le había gustado Misha, aún seguía siendo un fantasma.

—Deja descansar a Emily, no es fácil saber que los muertos vuelven a la vida —habló Jeff con un tono que no admitía reproches.

—Necesito respuestas.

—Acaso no son obvias, ¿qué quieres, hurgar más profundo?

Misha empuñó las manos y se irguió para demostrar su estatura.

«¿Obvias?», pensó, nada era obvio para él, no quería sacar conjeturas, necesitaba respuestas y las quería, ¡ya!



Dentro de la habitación, Emily al fin había podido dormirse, ya estaba un poco más tranquila. Jeff con un masaje, después del cálido baño, había conseguido que se relajase, pero no fue mucho lo que aguantó así. Su estómago le reclamaba comida, se ajustó una bata y decidió ver si encontraba algo, sabía que tenía que descansar, el día siguiente sería una jornada dura y debía estar concentrada para lo que viniera, y para colmo, ese día era el cumpleaños de su precioso niño.

La única luz encendida del ala estaba al final. Maldijo para sus adentros, no les bastaba con tenerlos cientos de metros bajo tierra, sino que también los tenían a oscuras. Llegó a lo que parecía una cocina, no tenía nada de cálida como la suya, que estaba llena de dibujos y pegatinas. Esta poseía algunos muebles modulares en color metálico y algunos utensilios que se podían asemejar a una vajilla.

Encendió el hervidor y comenzó a prepararse un té. Hubiera dado cualquier cosa por un agua de hierba, pero como no tenía, se tuvo que conformar.

Antes de que hirviera el agua lo apagó.

—Odio estar bajo tierra —murmuró mientras vertía el líquido—, odio tomar en esta taza de metal, odio este lugar, odio no poder estar haciendo la torta...

—¿No crees que tus odios están demasiado dispersos? —susurró el ruso poniéndose a su lado, sorprendiéndola.

—No, todo mi odio proviene de la misma causa —siseó tensándose, no esperaba verlo y menos tenerlo tan cerca.

—Tenemos que hablar —le soltó sin rodeos.

—No sé nada diferente de lo que sabes tú, en unas horas nos reuniremos con el coronel y el subdirector, ellos nos darán un plan de acción —respondió evadiendo el tema importante, porque no quería referirse a nada

de lo que él le había dicho anteriormente, no estaba preparada para procesar esa información.

—Ira...

—Mi nombre es Emily Claxon, y te agradecería que me llamas así —lo cortó.

—Perfecto —afirmó acercándose lo suficiente—, ya que estamos hablando con la verdad, quiero saber cuándo pensabas decirme que Markov es mi hijo.

Si no hubiera sido por sus rápidos reflejos, la taza que sostenía entre sus manos se habría caído al suelo. Con una parsimonia abismante se giró para verlo, con una mirada capaz de derretir los hielos del polo norte y sur juntos.

—No te permito que hables de ¡mi hijo!

—No eres un ser que se reproduce de forma asexual, eres...

—Escúchame bien, ruso de mierda —siseó sujetándolo de la solapa, con toda la fuerza que pudo reunir en ese momento. Ante esa reacción, Misha se quedó pasmado—, no te permito que vuelvas siquiera a pensar una cosa así.

—Contrólate.

—A la mierda el control —repitió poniéndose de puntillas para quedar a su altura—, si estás aquí es únicamente por el “Proyecto Ruso”, no vengas a buscar nada, porque aquí no lo encontrarás.

—Lo que se me perdió ya lo encontré —bramó a escasos centímetros de sus labios—, y no lo voy a volver a extraviar. Quiero... ¡no!, exijo respuestas, y las quiero ahora, no agotes mi paciencia, o si no...

—¿O si no qué?

En ese momento, y sin poder contener más sus instintos primitivos, Misha se llevó el resto de sus palabras abalanzándose contra ella, dejándola

tan sorprendida que no fue capaz siquiera de reaccionar, incluso sus labios la traicionaron abriéndose para él, en tanto pasaba la lengua por su labio inferior, observando el brillo de sus ojos, que estaban tan abiertos que incluso podía ver su reflejo.

Solo milésimas de segundos bastaron para que el cavernícola que habitaba en él saliera a la luz y poseyera su boca como tanto lo deseaba, con un beso le demostraría a quién pertenecía, al menos así lo pensaba.

Ese beso demostraría la química que existía, el anhelo que él tenía y lo más importante, que la estaba reclamando nuevamente para él.

Pero lo que recibió en cambio no lo esperó, en ese contacto de piel contra piel, Emily, la mujer, la amante, la madre, la agente, se transportó hacia el baúl de los recuerdos, encendiendo después de tantos años la llama que tenía totalmente apagada. No solo era algo químico, era celestial, era como si todo su cuerpo reaccionara a ese hombre, borrando todo el sufrimiento vivido, bloqueándolo para dejarla disfrutar, como si por primera vez se estuvieran entregando sin secretos de por medio, solo hombre y mujer... como la última vez.

Al pensar en eso los ojos de ella se anegaron de lágrimas, volviéndola a la realidad del momento, del lugar y del tiempo.

Ese había sido su punto de quiebre, el momento en que todo cambió, y que luego transformaría su vida para siempre.

Con una dificultad que no esperaba que le diera su cuerpo, se retiró abrumada, dolida, resentida, pero sobre todo confundida, ese placer que creyó jamás volver a tener lo había sentido otra vez, y con él, con el ruso, con Misha... con el padre de su hijo.

Antes de que se retirara completamente él la aferró a su cuerpo, impidiéndole el escape, pegándola tanto que incluso Emily pudo sentir cómo el cuerpo viril de ese hombre la estaba reclamando, suplicando por apagar la

llama encendida de la lujuria y la pasión. ¿Y qué hizo ella? ¿Se quedó? No, no podía volver a vivir de nuevo esa vida que había olvidado, no quería estar en riesgo y menos en peligro, porque eso significaba ese hombre, y desde hacía casi cuatro años ella ya había abandonado la adrenalina de ese momento.

—No... —murmuró Misha, usando un tono nuevo para ella, no era súplica, ni orden, eran palabras expresadas desde lo más profundo de su ser, que era capaz de olvidar rencores solo para avanzar por la senda del amor—, déjame quererte para querer respetarte, para respetar y... aceptarte para aceptar, nadie me ha dado lo que tú me das.

—Debemos... debemos dormir, en unas horas nos prepararemos y recibiremos órdenes —repitió como autómatas y con dificultad, separándose completamente, o salía de ahí o seguro las cosas terminarían de otra manera.

—No necesito que me ratifiques lo que ya sé, y lo que no sé lo averiguaré, eso tenlo por seguro —respondió con un tono demasiado tranquilo, pero sobre todo, seguro y arrogante.

Emily no le dijo nada, solo un temblor recorrió su cuerpo y se marchó, dejándolo solo, sumido en sus propios pensamientos y conjeturas.

Cuando llegó a su habitación, cerró la puerta con pestillo, y como si su cuerpo pesara toneladas arrastró su espalda por la pared hasta quedar totalmente sentada en el suelo.

—Esto no me puede estar pasando a mí...

## Capítulo XV

A las seis de la mañana en punto, y sin que nadie se los ordenara, Jeff, Brad, Misha y Emily estaban reunidos en la cocina con una taza de café humeante, sin dirigirse la palabra.

La primera en salir fue ella, ese era un día muy especial y Brad lo sabía, por eso le dejó retirarse sin agobiarla. Él siempre la había admirado, no solo porque destacaba en las operaciones, sino por el gran temple que poseía, lo que nunca imaginó fue el gran sentimiento que sentía por ella. Se enamoró al poco tiempo de conocerla, pero como hombre inteligente, también supo que ella jamás le correspondería, y ante el miedo de perderla si se lo confesaba, lo ocultó y rehízo su vida, incluso estaba felizmente casado.

Cogió aire y valor para avanzar hasta donde estaba sentada, mirando un punto ciego en la pared.

—Debes tratar de relajarte —le regañó. Sabía, porque la conocía, que no había dormido en toda la noche.

—Lo haré cuando salgamos de aquí —respondió ausente. Ella estaba con su mente en el lago, junto a su hijo.

—Solo serán unos días, gatita.

—Brad... él... él ya mató a Peter, a la mujer de Blake, y si...

—No —la cortó, dejando que la frase se perdiera en el aire—, eso no pasará. Además, Emily, ese bastardo no sabe que existes, tú y Miko están completamente a salvo.

—Tengo tanto miedo...

—Shhh, tranquila, esta vez no fallaremos.

Ante esas palabras, Emily abrazó a su amigo, y este feliz le correspondió, en tanto desde el otro extremo de la sala Misha los miraba, sintiéndose un extraño en esa ecuación.

—La próxima vez que intentes amenazar a Emily no lo contarás.

En ese momento el ruso salió de su ensoñación y se percató de que Jeff lo estaba amenazando en toda regla.

—Sí, no me mires así, te escuché anoche y lo único que te voy a decir, y no por lealtad a ti, es que la dejes en paz. Si te interesa saber la verdad, dale tiempo.

—Tiempo es lo que no tenemos.

—No —lo increpó—, tiempo es lo que tenemos si tú estás aquí y haces bien tu trabajo, lo que necesitamos saber es si estás con Vadik o de este lado.

—Estoy aquí, ¿no?

—Más te vale —susurró alejándose para llegar hasta su amiga y unirse al abrazo.

Definitivo, el que no cabía en la ecuación era él.

«¿Cuántas misiones habían hecho juntos?», pensó. Eso era camaradería, hermandad, algo que en su mundo no existía. Ni siquiera con Zhenya, a la que conocía desde hacía muchos años, lo había conseguido jamás.

El resto del tiempo pasó con celeridad. Ahora estaban reunidos en el despacho del coronel junto a cuatro hombres más, eran miembros del equipo Delta Force. Brad los conocía a todos, y así lo habían notado sus compañeros por el saludo amistoso que se habían propinado minutos anteriores.

—Por lo que nos ha dicho el coronel Hunger, nosotros debemos terminar una misión que ustedes fallaron —expresó uno de los hombres, el que tenía la cabeza rapada y un tatuaje que le subía por el cuello hasta la nuca.

—No fallamos, Stark —aseveró Brad, mirándolo inquisitivamente.

—Pero nosotros debemos terminar la misión porque uno de sus hombres cacareó como una gallina clueca —apostilló Cooper, burlándose. Esos hombres eran así, solo ellos se creían superiores, como si fueran de otro mundo, incluso había películas basadas en Delta Force, por eso ellos se creían de una raza infinitamente superior, bueno, no por nada eran elegidos de diferentes destacamentos, y solo los mejores obtenían el puesto y el honor de pertenecer a esa rama militar.

Antes de que Brad pudiera defender a su amigo y compañero, una voz desde el fondo se hizo notar.

—Ya quisiera verte en esa situación, en donde te sodomizan con una botella de champán en el culo y te golpean hasta hacerla mierda, o sobre una parrilla...

La mano de Emily apretó la de Misha para que se callara, arcadas habían comenzado a alojarse en su garganta con el solo hecho de imaginar lo que su amigo había vivido.

Increíblemente, Misha se calló.

—Caballeros, por favor —sugirió el coronel, invitándolos a sentarse —, no estamos aquí para juzgar a nadie, sino para iniciar un plan de ataque. El subdirector no ha podido venir, pero me ha dejado a cargo de todo.

De inmediato, ante la voz de mando de su coronel, todos los hombres del Delta Force se callaron, inclusive Brad. En cambio, los agentes se miraron, que no estuviera Krause no era buena señal.

Cuando se sentaron todos observaron a Emily, haciendo que el ruso de inmediato se pusiera en guardia, sentándose a su lado, y como si eso fuera poco, pasó el brazo por detrás del respaldo de la silla.

Emily estaba nerviosa, esos hombres no tenían voluntad de ayudarlos, solo seguirían órdenes y, según ella creía, así nada funcionaría.

Brad, con solo una mirada de asentimiento de su coronel, se puso de

pie y caminó hacia la pantalla, que en ese momento bajaba y les mostraba un mapa con una región de Rusia marcada en color gris.

—Como verán aquí —comenzó a hablar con seguridad—, en esta cadena montañosa se encuentra la ubicación exacta de Vadik. Nuestro trabajo será limpio, eliminar el objetivo sin dejar huellas. Misión de entrada y de salida.

El coronel se puso de pie ahora, interviniendo en el tema, afinando algunos detalles técnicos.

—¿Estás bien? —preguntó muy bajito Jeff a su amiga, que la veía retorcerse las manos una y otra vez, sin perder atención de todo lo que se decía.

—Sí... —susurró—, pero confío más en mí.

—Lo sé, pero tú estarás aquí porque no te puedes arriesgar, se lo debes a Miko, y sobre todo a Odie.

—Odie ha sido mi fiel compañero, no sé qué hubiera hecho sin él, tú siempre tuviste razón.

—¿Alguna no vez no la he tenido?

«Maldición, otra vez ese maldito nombre», pensó el ruso. ¿Quién era ese tal Odie? ¿Y qué significaba en su vida?

—Tienes razón —respondió aún más bajito.

En ese momento los decibelios del tono de voz de Hunger subieron, y mirando a cada uno de sus hombres prosiguió:

—Como verán, no solo vengaremos la muerte de nuestros compatriotas, sino que también acabaremos con una segunda misión inconclusa, acabando de una vez por todas con una de las mafias más importantes de Rusia. Así que, además, ellos estarán en deuda con nosotros una vez más.

—¿Segunda? —preguntó uno de los Delta Force.



—La primera no tuvo el éxito deseado, se detuvo la entrega de un cargamento de uranio y con eso se destruyó una *bratva* que se dedicaba al tráfico de armas —concluyó el coronel, dándole paso a Brad para que prosiguiera.

—Hace cuatro años atrás, la operación “Proyecto Ruso” fue terminada con algunos contratiempos, pero no por eso menos exitosa, no solo se extinguió la *bratva*, sino que también capturamos con vida a parte de una de las células terroristas más importantes del Medio Oriente, aunque lamentablemente —ironizó—, su cabecilla murió en el acto, pero gracias a eso, durante este tiempo, hemos tenido controlada esa parte del mundo. Ellos son, por decirlo de algún modo, muy colaboradores con la CIA.

Ante ese comentario sarcástico todos los hombres rieron, sabían perfectamente cómo esa entidad obtenía información, y no era precisamente de la mejor manera.

—El problema —continuó el coronel, poniéndose de pie de nuevo para caminar hacia la pantalla y enseñarles ahora un mapa con puntos rojos en distintos distritos estratégicos—, es que no estuvimos exentos de daños colaterales. Al desaparecer esa *bratva*, la de Vadik se hizo cargo del tráfico de armas, incrementando el armamento en grupos ilegales del Medio Oriente. Por lo tanto, sus arcas han crecido sustancialmente y en este momento, además de ser uno de los hombres más poderosos de Rusia, es de los más ricos.

—Según lo que hemos investigado en una segunda misión —retomó Brad, mirando a Emily, sintiéndose culpable—, Vadik se ha hecho más fuerte y está cambiando sus negocios, ya que la trata de blancas no le está siendo tan lucrativa, pero lo que aún no podemos averiguar es para qué está reuniendo tanto dinero.

—El dinero reunido —los sorprendió Misha sin siquiera ponerse de

pie—, es para fabricar droga, que será vendida en América y sus alrededores, partiendo desde Colombia, ya que Vadik ha hecho una alianza con un poderoso narcotraficante que dirige uno de los cárteles más cotizados que, además, le da entrada íntegra a México. Teniendo de su lado el mercado armamentista y controlando el narcotráfico, Vadik sería invencible.

Todos seguían muy atentos la información nueva que estaba aportando Misha, eso no lo sabía nadie. Como no tenían tanto conocimiento, rápidamente debían recopilar todo.

—¡Entonces tenemos que acabar con él ya! —gruñó Stark.

—No es tan fácil como creen, caballeros —volvió a hablar el ruso, ahora con soberbia, levantándose para con un lápiz comenzar a rayar a destajo la pantalla digital, dejando asombrado al coronel—. Lo que su compañero propone —recordó mirando a Brad—, es atacar a Vadik y salir de la zona sin ser vistos, pero... —volvió a mirarlos y trazó otra raya—, ningún vehículo aéreo puede sobrevolar este diámetro —dijo apuntando a un círculo—, está completamente monitoreado por radares satelitales que pertenecen a un privado que jamás les dará acceso a su monitorización, ya que él y Vadik son la misma persona. —Un murmullo generalizado se escuchó y él prosiguió, sintiéndose aún más arrogante—. La única forma de atacar es por tierra, por las montañas rocosas, atravesando este acantilado. Y para salir, la única forma será hacerlo en el único aparato autorizado para volar: un helicóptero, que es propiedad del *vor*, que debe hacer escala para repostar en un punto que también es controlado por él. ¿Tienen alguna idea de cómo poder lograr la misión? —Los miró a todos y a cada uno de ellos a los ojos, les había echado a perder el plan por tierra en menos de cinco minutos.

—La única forma de hacerlo es por tierra, por los caminos establecidos —respondió muy segura Emily.

Misha se volteó a verla, vislumbrando por donde iba su idea.

Todos sin excepción la miraron como si estuviera loca y le salieran culebras por la cabeza o no supiera nada, pero como siempre, su inteligencia se antepuso a los hechos, por eso era una de las mejores, aunque hoy en día no fuera considerada en ningún destacamento gubernamental, pero no por eso se iba a quedar callada o como mera espectadora si la vida de todos estaba en peligro, ya que en cierta forma se sentía culpable.

—¿Y cómo pretendes que no nos masacren, bomboncito?, ¿qué piensa tu linda cabecita? Porque esto no es una película de Tom Cruise ni nos ayudará James Bond.

—Primero de todo, mi nombre es Emily Claxon, y no creo que esto sea una película de cine, sino la realidad, y por si no te has enterado, fuimos nosotros los que estuvimos en esa misión infiltrados... ¡ah! claro, es que tú no sabes lo que significa infiltrados porque no los preparan para eso, ¿verdad?

Incluso a Brad se le escapó una sonrisa de satisfacción y todos la dejaron proseguir. Misha ahora la miraba con orgullo y se sentía completamente embobado al escucharla hablar, esa mezcla de voz ronca con la seguridad de sus palabras era una poderosa combinación.

—Como les decía anteriormente, ninguno de nosotros puede entrar ni por tierra ni por aire sin ser descubierto. En ese lugar solo podemos ser apoyo de esta operación, no los héroes que tanto les gusta ser.

El coronel le hizo un gesto con la mano para que prosiguiera, por alguna razón su desplante le parecía interesante.

—¿Saben lo que es Caballo de Troya?

Los hombres se miraron entre sí ¿Qué les estaba preguntando? Como nadie abrió la boca, de forma sarcástica ella prosiguió.

—¡Ah...! Porque no es solo una película protagonizada por Brad Pitt, es un hecho histórico, estrategia de guerra para ser más precisos, en donde un grupo de hombres se escondió dentro de un caballo de madera y esperó a que

todo el mundo durmiera para atacar y así lograr la victoria.

—Estás loca... —murmuró Stark, un poco furioso por ser tratado como idiota.

—Para tu desgracia, no.

—¿Y cuál sería nuestro supuesto Caballo...? —habló otro de los hombres, que le había mirado con respeto y mucha atención durante la larga hora que llevaban conversando.

—Nuestro Caballo de Troya será... —se detuvo mirando a Misha, que en ese momento se sintió capaz de todo y de mucho más, y aunque no estaba acostumbrado a acatar planes de nadie que no fuera él, este le pareció genial y completamente inteligente.

—Yo.

—¿Tú? —preguntaron todos, sin excepción, al unísono.

—Sí, soy el *brigadir* <sup>[11]</sup>del *pakham* <sup>[12]</sup>—comentó y como vio que esos hombres fornidos y altivos que se creían los héroes de América no entendían nada, él con la insolencia que lo caracterizaba, respondió como si fuera un catedrático en la materia, burlándose de ellos—. *Pakham*, significa padre, y a su vez es el *vor*, en este caso Vadik, supongo que ahora ya nos estamos entendiendo. —Solo un brillo feroz divisó en aquellos ojos, pero no le importaba—. Y el *brigadir* es su mano derecha y ese, como sabrán, caballeros... soy yo.

En la sala se hizo el silencio y todos lo miraron como si fuera un extraterrestre.

—Tú, ruso, eres un espía —apostilló Stark, tajante.

—No.

—Explicáte entonces —pidió Cooper, el otro Delta Force, que estaba totalmente inmerso en la conversación.

—Llevo quince años infiltrado en la mafia rusa —relató con

parsimonia—, pasé cinco años en la cárcel forjándome como un ladrón entre los hombres más peligrosos, para poder llegar a ser un *vor zakone* y así tener información de primera mano para extinguir en parte la corrupción de las *bratvas*.

—¿Y qué es lo que has hecho? —preguntó Stark muy interesado, quince años era una vida y ese ruso, que en un principio había subestimado, era toda una leyenda. Era sabido por todos que la KGB utilizaba ese tipo de hombres para infiltrarse, pero de que existieran y fueran reales, nada se sabía... hasta ahora.

—No tengo que darte explicación sobre nada de lo que he hecho, Stark, ni a ti ni a nadie. Solo me reporto con mi oficial, que pertenece al servicio de inteligencia, ¿comprendes? Esto no es un juego de niños con súper armas, o de agentes superpoderosas, que no sangran cuando les disparan —dijo mirando a Emily—. Muchos de mis compañeros mueren en misiones, y a diferencia de ustedes —los apuntó a todos—, nadie se entera jamás, porque la misión es secreta hasta el final. Lo único que sí me apetece decirles es que todo lo que he hecho en esta vida es lo que me hace ser quien soy hoy.

—¿Y quién se supone que eres? —se mofó Cooper.

—La única persona capaz de llevarlos hasta donde está Vadik y arreglar el embrollo en que hoy están metidos tus compatriotas porque, además, soy el encargado de acabar con sus vidas. ¿Te queda claro o te lo dibujo para que lo entiendas?

El aludido se puso de pie de un salto, no pensaba permitir que nadie lo humillara, y menos un ruso, que se creía claramente superior a todos los que estaban allí presentes.

—¡Basta ya! —los cortó el superior al mando, él no estaba tratando con niños, sino con expertos, aunque sobre todo con sus egos, y él lo sabía

muy bien. Los había observado reaccionar y les había dejado opinar, necesitaba tener una estrategia clara, muchos frentes estaban abiertos, y aunque estaba acostumbrado a actuar solo con sus hombres, esta vez necesitaba la colaboración de los agentes, pero sobre todo la del ruso, aunque le pesara—. Entiendo entonces que la única forma de atacar es utilizando “El Caballo de Troya” —reconoció mirando al que creía extranjero y este afirmó—, pero lo que quiero saber es que, si lo incluimos en esta misión, ¿usted obedecerá solo mis órdenes?

Misha siempre había trabajado solo, no le gustaba seguir órdenes de nadie, pero esta vez todo era diferente, y ¡maldición!, todo era distinto y la culpable tenía nombre y apellido, él no se hubiera involucrado si ella no estuviese corriendo peligro, sabía que aunque no la hubieran delatado, Vadik tardaría poco o nada en encontrarla, pero sobre todo, cobrarle la deuda que tenía pendiente.

—No obedeceré sus órdenes, pero sí me regiré por el protocolo que usted disponga —respondió muy seguro, sin querer explayarse más.

—No te voy a mentir, si fuera por mí o mis hombres no te pediríamos ayuda, pero sé que eres el único capaz de llegar hasta el *vor*, y por lo que tengo en estos documentos —indicó haciendo alusión a unos papeles que le habían llegado hace poco y que había leído mientras ellos estaban hablando—, eres el hombre indicado, con habilidades cualificadas para esta misión, pero aquí no aceptamos la doble militancia, o estás con nosotros o con él.

—No le repetiré la respuesta, coronel. Estoy aquí.

Emily y Jeff se miraron dándose cuenta de la animadversión que había entre esos dos, los demás miraron expectantes la conversación.

—Perfecto —dijo dándole la mano, sellando un pacto de honor entre caballeros, con códigos implícitos que iban mucho más allá de lo escrito. Era la ley de la palabra pronunciada.

Luego se enfrascaron en todos los detalles de la misión, atando todos los cabos sueltos y creando alternativas de ataque y diferentes opciones por si un plan fallaba.

Los hombres de alrededor de la mesa eran gente preparada para salvar al mundo de la escoria. Eran todos muy parecidos y muy diferentes a la vez, pero tenían un único objetivo y como siempre darían su vida por la nueva misión.

Después de casi cuatro horas trabajando codo con codo, el coronel juntó las palmas y se levantó de la mesa.

—Ahora, señores, solo queda esperar que el informe climatológico sea favorable para tener una complicación menos en la misión. Tú —anunció mirando a Misha—, asegúrate de confirmar que ese malnacido esté en la cueva, todos nuestros rastreadores están a tu disposición, y tú, bombón, haz la magia que sabes hacer con las computadoras y danos todo lo que nos sea de ayuda, quiero que busques hasta debajo de las piedras. Según me ha dicho Brad, eres la chica que entró en el pentágono hace...

—¡Señor! —lo detuvo Brad, se lo había contado en forma confidencial.

—Tranquilo, soldado —le habló llamándolo como llamaba a sus hombres, después de todo, Brad Cambell ya no era agente, volvía a su redil —, tengo el perfil de cada uno de ustedes y, si la exagente Claxon hubiera sido mi subalterna, no la hubiera degradado haciéndola una simple policía.

—Me gusta mi trabajo, señor, la policía de nuestro país es tan importante como el trabajo que sus hombres o los agentes de campo realizan. La ciudad no se cuida sola.

—¡Esa es mi chica superpoderosa! —exclamó Jeff abrazándola y besándole el cabello, cosa que al ruso no le pareció bien y lo hizo notar con un gesto adusto.

Todos salieron de la oficina pensando en lo que tenían que hacer a continuación, las órdenes ya estaban dadas. Ahora comenzaba la acción, debían actuar rápido, mientras menos se demoraran, menos tiempo estarían bajo tierra, y así cada uno podría volver a su vida.



## Capítulo XVI

Apenas Emily salió de la sala de reuniones, se fue directamente hasta los ordenadores. Ella tenía un solo objetivo: acabar lo más rápido posible y volver con su hijo, no tenía tiempo que perder conversando ni con los hombres que se creían Rambo ni con sus antiguos compañeros, que le habían ocultado la existencia de Vadik, y mucho menos para el ruso, que no dejaba de mirarla en ningún momento.

Atormentándola más de lo que ya estaba.

Pero antes de dirigirse al cubículo, sin que nadie la viera, o al menos eso creía, fue hasta donde estaba la zona de enfermería. Después de veinte minutos dentro salió renovada, no con una sonrisa, pero sí con un semblante más tranquilo.

Lo que ella no se imaginaba era que, muy de cerca, Misha seguía absolutamente todos sus movimientos.

El ruso la vio sentarse muy diligente, ponerse unas gafas que la hacían parecer una mujer diferente, concentrada, pero lo que pasó por su cabeza fue una imagen muy diferente a esa. Para él, ella se veía más que sexy y apetecible, es más, cuando Emily se sentó, estiró los brazos y echó la espalda hacia atrás, lugares de su cuerpo que creía dormidos volvieron a despertar. Se quedó acechándola durante largo rato, tratando de buscar una excusa creíble para acercarse.

Emily estaba totalmente concentrada frente al ordenador, tecleando con velocidad diferentes tipos de códigos, concentrada absolutamente, hasta que de pronto se sobresaltó cuando sintió algo a su lado.

—¿Qué quieres? —preguntó nerviosa, intentando que no se le notara el temblor de su voz, en tanto se decía mentalmente que todo estaba bien.

Con la arrogancia que lo caracterizaba, el ruso esbozó una media

sonrisa. La observó sin perderse detalle y cuando notó un ligero temblor en el dedo índice, que estaba a punto de caer sobre una tecla, se sentó en la silla de al lado.

—Nada, también sigo órdenes —respondió mirándola de soslayo solo por un par de segundos. Luego, como si fuera el autocontrol absoluto, encendió el ordenador y comenzó a bajar imágenes satelitales de posibles entradas y salidas a las que era capaz de acceder. Quería conocer todas las opciones, el plan aunque parecía simple no lo era, y él quería estar totalmente seguro.

No sabía si podía confiar en esos hombres, después de todo llevaba años trabajando solo, siendo únicamente él contra la mafia y, mucho más importante, siendo su propio superior de misiones, en cambio ahora tenía un oficial directo al que reportarle sus avances, y peor aún... obedecerle.

Tanto Misha como Emily sabían que estaban siguiendo órdenes, así que cada uno siguió en lo suyo tratando de concentrarse lo máximo posible, porque ninguno de ellos quería mostrarse débil ante el otro.

—Vamos... vamos... —murmulló muy bajito Emily para sí misma, esperando un código que estaba tardando más de lo normal, en tanto Misha, que no se perdía detalle, la miró de reojo primero a ella y luego a la pantalla.

Su expresión daba miedo, por eso ella ni siquiera se giraba a mirarlo.

Pero de pronto se puso nerviosa al sentirse observada, sabía que lo que estaba haciendo no era correcto, pero ella no estaba para eso, tenía un objetivo y a como dé lugar lo iba a lograr. Sabría todo de Vadik, hasta lo que había en el basurero de su casa si se lo proponía.

Esa era la magia de lo que hablaba el coronel. Era una de sus virtudes, ser *hackeadora*, podía ver todo y más de quien se lo propusiera, y ella hacía cuatro años había memorizado más de un código que le serviría de utilidad.

Teclear código de acceso...

La sonrisa de Misha se extendió, esa clave de nueve dígitos y letras solo la poseía el *vor*. Ni él, que era su hombre de confianza, la sabía.

—Vamos... tú puedes —volvió a susurrar, pero esta vez cerrando los ojos. Se llevó la mano a la frente y, como si apretara un *switch* de recuerdos, los volvió a abrir y tecleó lo que su mente le ordenaba y comenzó a contar los segundos.

Uno... dos... y no alcanzó a llegar al número tres cuando la pantalla se iluminó completamente, dándole acceso a datos clasificados que solo el *vor* y Misha sabían.

Varias ventanas con información empezaron a aparecer como si fuera un circuito eléctrico.

—¡Te tengo cabrón! —exclamó feliz sin percatarse de nada.

—¿Cómo has hecho eso? —gruñó apartándole la silla del escritorio para poder corroborarlo con sus propios ojos, lo que veía no lo creía. Todos los informes financieros, negocios, transacciones, correos electrónicos, incluso mensajes de voz estaban frente a sus ojos.

—¿Es que acaso tú no sabes que estás hablando con la chica superpoderosa? —dijo Jeff con orgullo desde atrás.

—Eso es ilegal —volvió a gruñir y esta vez las risas de Jeff se escucharon por todo alrededor.

—¡Necesitaban datos!, pues en eso estoy trabajando y no perdiendo el tiempo fijándome en qué está haciendo mi compañero —reprochó malhumorada, sacándolo a un lado para volver a su posición original.

—La gente que trabaja para Vadik podría rastrear la salida de esos datos y llegar hasta ti en cosa de segundos —habló relamiéndose los labios con soberbia—. ¿Estás segura de querer hacerlos enfurecer?

Los ojos oscuros del ruso estaban evaluando la respuesta, ansioso de ver un poco de arrepentimiento en su actuar, hasta tal vez un poco de miedo.

—Ellos jamás se darán cuenta de lo que acabo de hacer, trabajo con una IP fantasma que funciona mediante un algoritmo asistemático que no se detiene —contestó mirándolo ahora con soberbia—. Y me bastaría con apretar solo un par de teclas para saber absolutamente todo de ti.

—Imposible, no pudieron descubrirme antes, menos ahora —se burló de ellos, retándolos con la mirada.

—¿Seguro? —levantó una ceja.

—Totalmente.

Emily suspiró, lo que él no sabía es que mientras él la miraba de reojo y se concentraba en su figura, ella lo hacía en sus dedos, memorizando también sus códigos personales de acceso.

—No tengo tiempo para demostrarte de lo que soy capaz, ruso, pero te diré que Alfa 3 Gama 5 Beta, Bromo 34569 ya no es una clave segura para ti.

Ante eso el ruso se quedó totalmente en silencio, ese era más que un código de seguridad, era su verdadera identidad ante el mundo.

—Pero...

—Tranquilo, no me interesas en lo más mínimo, exfantasma —se mofó acercándose de nuevo a la pantalla.

—Chica superpoderosa, necesito de tus servicios por cinco minutos, tengo algo que ni en tus mejores noches has soñado.

—¿Un masaje?

—No, con el de anoche has cumplido la cuota del mes —sonrió, en tanto ella le hacía morritos en forma de protesta, mientras la sangre de Misha se calentaba a niveles abismales.

El ruso se quedó sin ser capaz de decir nada, ni siquiera de mirar la

pantalla del ordenador que había dejado con todos los datos abiertos, solo se dedicó a seguirlos sin perder detalles de cómo Jeff la abrazaba con mucha confianza para su gusto.

Varios metros más allá, después de felicitarla por lo conseguido, le pidió que cerrara los ojos un segundo. Emily no estaba para juegos, tenía sus cinco sentidos alerta, pero la voz tan tranquila de su amigo la hizo obedecerle.

—Listo... ahora puedes hablar.

—¡Mami! —escuchó Emily Claxon que le decían, y en cuanto abrió los ojos vio frente a ella al ser humano que más amaba sobre la faz de la tierra—. ¡Te veo!

—¡Miko, mi niño! ¡Feliz cumpleaños! —exclamó palpando la pantalla como si así le tocara la carita.

—¡Nos vamos con los abuelos al campo! El abuelo me dijo que podíamos dormir en la carpa y jugar a los cazadores.

—Hoy puedes hacer todo lo que quieras —recordó tragándose el nudo de la garganta—, ¡es tu día campeón!

—¡Sí! Y soy Batman, el abuelo me va a comprar una capa y el tío Jeff una moto de verdad.

—¡No...! De juguete —se defendió el aludido cerrándole un ojo, ya que veía la cara de Emily, que lo miraba de soslayo, regañándolo.

—Tío, ¿esto es como lo de la metralleta? —le respondió cerrándole también el ojo. La complicidad entre ellos era increíble.

Así siguieron conversando durante un par de minutos, riendo por las cosas que decía el pequeño. Miko era un niño activo que no le tenía miedo a nada ni a nadie, él quería ser un superpolicía cuando fuera grande.

Misha, que los siguió, se quedó petrificado cuando vio la cara de ese pequeño, fue mirarlo y remontarse a su niñez, la misma forma segura de

hablar, esa misma sonrisa pícaro que se veía ante el espejo, pero sobre todo, era la misma mirada dulce, tan igual a la de su madre.

No lo podía creer.

No podía ser.

Era imposible.

Sintió que desfallecía por primera vez en su vida, sus entrañas se revolviéron. Su pecho se le oprimió al instante, sintiendo que no podía respirar. Intentó hablar, pero ni media palabra salió de su interior.

Estaba hipnotizado, escuchándolo dar órdenes solapadas, igual como siempre lo hacía él.

No era capaz de racionalizar en su cabeza cómo es que ese pequeño era su hijo, pero estaba totalmente seguro de que lo era.

Él, que había derramado tanta sangre, marcado su vida por la mafia, un hombre al que muchos temían, sintió unas ganas locas de llorar y de gritarle que él era su padre, pero a su vez le invadió el miedo a ser rechazado, sobre todo cuando lo escuchó hablar del tal Odie con tanto cariño. Se sintió destronado, excluido. Jamás se quiso involucrar con nadie, por eso tampoco cruzaba más de dos palabras con Katuska, pero ahora era diferente, era sangre de su sangre.

Haber encontrado a Emily había sido su objetivo durante años, pero no para plantearse una familia ni nada por el estilo, solo la quería para él y nadie más, sin tener que compartirla nunca más, pero ahora...

«¿Qué pasaría si Vadik se enteraba de la existencia del niño?».

«Deuda de sangre», pensó de inmediato, entrando en pánico.

Ese niño sería la culminación de la venganza de Vadik, si se enteraba que existía.

Ese niño pagaría con su vida la rabia de tantos años acumulada por el vor.

Ese niño sería la victoria de Vadik si él fallaba en la misión.

Ese niño debería desaparecer, debería ser un NN, nadie podía enterarse de su existencia, si no las consecuencias serían demasiado... no, ni siquiera se atrevía a pensarlo.

De pronto, y como si el mundo se confabulara en su contra, sus ojos se cruzaron con los del pequeño, pero cuando lo escuchó preguntarle a su madre por él, el ruso sintió que la habitación daba vueltas.

Al escucharlo, Emily y Jeff se giraron al mismo tiempo.

—¿Mami?

—Él... él es...

—¡El Capitán América! —exclamó al ver su tamaño, su envergadura y la cantidad de tatuajes que cubrían sus brazos y parte de su cuello.

—No, es solo un compañero —intentó tranquilizarlo Jeff, pero sabía que su chico era curioso y no se quedaría con eso.

—Pero es muy grande —contestó pegándose más al monitor para verlo de cerca, en tanto Misha no salía de su asombro, y por supuesto Emily tampoco.

—Se llama Misha —continuó Jeff, aclarándole que era humano igual que ellos, mirando con mala cara al ruso.

—¡Hola, señor Misha! Me gustan los tatuajes, mi mami tiene uno en la espalda y... —Se quedó en silencio un minuto hasta que casi gritó, llamando la atención de todos—. ¡Mami, se llama como tu amigo especial!

Ahora sí que Emily moría un poco en vida, atrapada en su propia mentira. Intentó tragar saliva, ya que ahora Jeff tampoco entendía nada y se había quedado mudo.

Era incapaz de seguir inventando otra mentira para tapar la anterior, su cerebro había hecho corto circuito al instante en que había visto al ruso detrás de ellos. Ella, que siempre tenía todo claro, que siempre tenía un plan

B en su vida, ahora estaba siendo atrapada por un niño de cuatro años. Tampoco podía desdecir todo lo que le había contado sobre el tatuaje que él mismo tantas veces había coloreado.

«¡Por qué me pasa esto a mí, por la mierda!», gritó en su mente mientras trataba de recuperar su cordura.

—Eh, él no... no... —tartamudeó moviendo la cabeza de un lado a otro—, no es...

—No soy el Capitán América —habló por fin Misha, salvando la situación con una voz apenas plausible.

—Entonces, ¿quién eres? —lo interrogó frunciendo el ceño, un gesto tan típico del ruso—, ¿y por qué te llamas como el amigo especial de mi mamá?

Ya no había atisbo del niño amoroso de minutos anteriores. El que le hablaba era todo un hombre, protegiendo lo que consideraba suyo y eso al ruso le gustó, no, le encantó.

—Soy un amigo de tu tío Jeff y de Emily...

—Y también mío, campeón —habló Brad poniéndole la mano al ruso bajo la nuca, apretándole el cuello, diciéndole que no dijera nada más o se las vería con él—, y ahora, Miko, debemos seguir trabajando, despídete de tu madre. Recuerda que mientras más rápido terminemos, más pronto volverá contigo.

—Bueno, pero yo pensaba que tu amigo especial se había *morido*, por eso lo tenías escrito en la espalda —le expresó a Emily ignorando a Brad, cosa que le hizo gracia a Misha, que sentía que el alma le volvía al cuerpo.

«“Amigo especial”», pensó.

—Es verdad lo que dice Brad, ve con los abuelos, en un par de días nos veremos —continuó su madre acercándose al monitor para verlo solo a él, y como si su hijo presintiera lo que iban a hacer ambos, al mismo tiempo



besaron la pantalla, sintiéndose el uno al otro, a pesar de la distancia que los separaba. Después de unos segundos esta ennegreció, cortando la comunicación, pero Emily permaneció allí.

—¿Se puede saber qué mierda acabas de hacer, Jeff? —lo increpó Brad con rabia—. Está prohibido todo tipo de comunicación con el exterior. ¿Acaso no puedes seguir una simple orden?

—Yo ya no sigo tus órdenes, Brad, no desde que eres un Delta Force. Aquí estamos todos como iguales y, además, es el cumpleaños de Miko, no me pidas que no haga un simple contacto, que por lo demás nadie sería capaz de rastrear.

—¡Pero eres imbécil!

—Chicos... —Llegó hasta ellos Emily, presintiendo lo que vendría, no quería que Jeff sufriera las penas del infierno por su culpa, no era justo.

—Contigo voy a hablar después, ¡no tenemos horas! Los minutos son oro y ustedes están perdiendo tiempo valioso. El coronel ya tiene el informe climatológico, partirán en un par de días —anunció esto último volteándose para ver al ruso, pero él ya no estaba.

Apenas la pantalla se había apagado él había vuelto a su ordenador, ahora trabajaba con más ahínco, no podía fallar, nada podía resultar mal.

En ese momento Emily asintió mirando a Brad, que de tranquilo no tenía nada, y como se sentía descubierta le pidió a Jeff que la acompañara hasta el ordenador. Desde ese minuto en adelante, ambos como equipo y amigos que eran, compenetrándose a la perfección, comenzaron a trabajar.

Mientras que a los pocos minutos, Misha no pudo soportarlo más y decidió salir del lugar, él no quería ser testigo ni podía desconcentrarse de su objetivo, había algo que no le gustaba, algo no cuadraba y no sabía descifrar bien el qué.

La noche le dio paso a un nuevo día. Si bien las condiciones atmosféricas habían mejorado, no era el momento exacto para iniciar un ataque, aún debían esperar, y si tenían suerte, en dos días se abriría una ventana climatológica.

Todo estaba claro y decidido, se formarían dos equipos: el equipo denominado “Troya” sería comandado por Misha, y el equipo “Tierra” sería el apoyo comandado por Brad. Ambos hombres ya habían tomado sus cargos y posiciones y repasaban exhaustivamente el plan de ataque sin dejar ningún punto al azar.

Nada los tomaría por sorpresa.

Brad observaba una gran cantidad de armamento que estaba sobre la mesa, escogería solo lo mejor y a su vez sentía como un antiguo sentimiento comenzaba a fraguarse en su interior. A pesar de querer olvidarlo, él siempre sería un Delta Force, era su naturaleza y por más que intentó actuar de modo diferente, ese sentimiento siempre estuvo presente.

En cada caso del FBI siempre quiso llegar al final de la misión, preparándose al máximo, ya que cuando algún imprevisto aparecía, solo disparaba a mansalva, saliendo siempre ganador.

Pasó la mano por un par de armas hasta que llegó a su favorita, una pistola semiautomática Colt M1911, muy potente en municiones. Ya estaba preparado, y como era costumbre, ellos no llevaban nada que los pudiera delatar, así que caminó parándose frente al espejo, y mirándose a través del cristal se quitó la única cosa que lo unía a la realidad, y a su esposa.

Sí, ahora sí, estaba completo.

Cuando volvió escuchó a Jeff:

—Ahora nada te une al mundo real, cometes un gran error —reprochó moviendo la cabeza negativamente. No es que no aprobara su destacamento, pero tenía muchos reparos sobre ellos, eran hombres creados para el combate,

incluso en el entrenamiento corrían riesgo de vida, no estaban preparados para pensar, solo para reaccionar y atacar, no por nada eran la mejor arma del pentágono de su país, y él como hombre y sobre todo como amigo sabía que ahora Brad Cambell dejaba su nombre para convertirse en un ser ávido de venganza, y eso no los ayudaría a ninguno.

Emily estaba sentada sobre la mesa con una taza de té entre las manos cuando lo vio llegar. Supo de inmediato que Brad ya no era el mismo y en un acto reflejo, que a él le supo a gloria, le tendió la taza.

—¿Estás... estás seguro de que esto es lo que quieres?

Brad asintió con la cabeza, tomó un sorbo y se la devolvió.

—Esto tiene que acabar de una buena vez, y no me mires como si te diera lástima, Emily Claxon, no después de haberte ocultado que Vadik estaba vivo todos estos años.

De un ágil salto se bajó de la mesa y le acarició su dedo índice, en donde siempre había llevado un anillo. Él no se apartó ni quitó la mano, solo la observó.

—Lo que me has ocultado todos estos años supongo que fue para protegerme. Aunque me hubiera gustado ser consciente de la verdad, y que no me consideraras tan idiota como para no haber notado que me vigilabas... así que no me das lástima. Solo tienes que prometerme que volver a ser un Delta Force es lo que realmente quieres en tu vida, que de verdad quieres dejar de ser el agente Cambell y que esto no es para pagar el error que yo y solo yo cometí hace años dejándolo vivo. Eso sí que me daría pena, y no por ti, sino por mí.

—¿Y por qué sentirías pena... por ti? —preguntó tragando saliva.

—Porque eso solo significa que me consideras una estúpida que necesita protección y eso sí me mataría. Aunque te admiro por tomar una

decisión así, no es lo que espero de ti para mí.

Brad tomó aire con una expresión indescifrable en sus ojos y le retiró el brazo. Eso solo podía significar que la conversación había llegado a su fin.

Pero no para Emily que prosiguió a pesar de la negativa de él.

—No te preocupes, jamás te lo volveré a preguntar —le aclaró antes de que el carácter explosivo de Brad estallara—. Pero que sepas que yo me sé cuidar y no necesito de ninguna niñera a mi lado. Y que si estamos aquí todos es porque nos están cazando, y como agente o la policía que soy me voy a defender con mis propias armas, no voy a dejar que un puñado de Rambos me cuide el culo. —Él asintió con aparente calma, una que por supuesto no sentía, pero se mostraría seguro y frío ante la decisión. Él siempre estaría cuidándola, más desde la posición de Rambo que estaba tomando, aunque no se veía ni de lejos como Sylvester Stallone, él se veía como él, como Brad Cambell—. No quiero tener problemas contigo después, ¿está claro, soldado? No quiero que me protejas de nada, que me vigiles ni que me mientas para ocultarme la realidad de la situación.

Le estaban dando órdenes tan claras como el agua, pero él no era capaz de mirarla, y afirmar positivamente algo a lo que no se podía comprometer. Aquellas palabras significaban dejarla ir para siempre, dejar que volara libre y él no estaba preparado para eso. Durante años su forma de... amarla había sido esa, cuidarla desde la lejanía o, simplemente, observarla cuando ni ella misma se lo imaginaba.

Realmente todo estaba saliéndosele de control, no quería ni pensar qué pasaría o cómo se pondría cuando terminara de saber toda la verdad.

—No te prometeré nada hasta que ese hijo de perra esté acabado, y antes de que sigas hablándome... ¡fin de la conversación! —bufó y salió dejándola sola, sumida en sus propios pensamientos.

La tercera noche ya estaba cayendo, no es que lo supieran porque la veían, sino que la intensidad de las luces ya estaba bajando, y Emily necesitaba imperiosamente ver el sol. Estaba totalmente segura que estar a setecientos metros bajo tierra le estaba afectando el estado de ánimo. Llevaba más de diez minutos sumida en sus propios pensamientos, lanzando una pequeña pelotita de goma azul contra la pared. Mientras, los chicos, Jeff y Brad, jugaban como críos a un juego de *PlayStation*, en donde solo se escuchaban balas y bombas. Pero muy por el contrario de lo que la gente pensara, esa era su forma de soltar adrenalina, de mantener la mente activa y despejada, si no, esos hombres de acción se volverían locos.

Cosa muy distinta era la que pasaba a solo metros de ahí. Misha estaba prácticamente destruyendo el saco de boxeo, incluso sus nudillos estaban comenzando a sangrar, pero no le importaba, de alguna manera debía sacarse la rabia y la angustia que le producía no poder corroborar la verdad de boca de la propia Emily, eso era lo que lo tenía totalmente enajenado.

De un momento a otro, el teléfono que había llevado a escondidas la chica superpoderosa, y que los soldados de la entrada no descubrieron comenzó a vibrar dentro de su pantalón. Se alegró en el alma, ese número solo lo tenía su hijo, era su conexión especial y, como se lo había regalado Jeff, tenía cobertura incluso debajo de las piedras.

Sin siquiera mirarlo con efusividad, pero despacio para que nadie se diera cuenta de que lo llevaba, exclamó:

—¡Miko!

—Nunca imaginé que tuvieras un hijo tan inteligente —escuchó—, claro, desafía toda lógica, pero viniendo de tu ADN no me extraña. —La voz le erizó la piel e hizo que el rebote de la pelota se le estrellara directamente en el pecho, haciéndola reaccionar—. ¡Vaya!, ¿no tienes nada que decirme, puta?

Como si de un robot se tratara, Emily se irguió en la silla e intentó que la voz le saliera lo más clara posible.

—Te mato. Si le tocas un solo pelo te asesinaré.

Después de una gran risotada, al fin por el otro lado esa voz extranjera le respondió:

—Veo que me recuerdas... ¿Ira? ¿O debo llamarte Emily Claxon? — Hizo una pausa que ella sintió eterna y luego con una risa amarga continuó —. ¿Qué gracioso, no?, todo se vuelve a mi favor, como nunca debió dejar de ser. Así que ahora escúchame bien, perra de mierda. Saldrás al exterior, Zhenya te estará esperando y te traerá ante mí. Ahora yo dirijo la función, Emily —espetó en un tono grave—. No te imaginas lo sorprendido que estuve cuando supe de ti, pero... me parece que no tan sorprendido como pareces estarlo tú ahora. Si te sirve de consuelo, fue tu adorado Misha el que me llevó hasta ti. Deberías sentirte orgullosa, ¿lo hizo bien, no? Encontré tu talón de Aquiles, puta, aunque no estaba seguro de que... lo tuvieras.

—Sí, el ruso lo hizo bien.

—¡Bien! Más que bien, pero ahora no estamos hablando de él, tienes una deuda importante que pagar, y así como yo vi a mi hija morir en mis brazos, tú lo verás con el bastardo —volvió a reír—, que ni siquiera sabe quién es su padre. ¿Tú lo sabes, puta? Porque mío no puede ser, yo solo te follé por el culo.

—No te atrevas a tocarlo... —lo amenazó entre dientes.

—No me hagas reír, perra —la cortó y él prosiguió—. De más está decirte que esto es solo entre tú y yo, igual como aquella vez que me apoderé de tu culo, y si te portas bien...

No alcanzó a terminar de hablar cuando Emily cortó la llamada y se puso de pie, ni siquiera miró el teléfono, ahora tenía que actuar. Una sensación de terror que jamás había sentido dominó su cuerpo, pero

rápidamente fue reemplazada por la adrenalina y la necesidad de salir corriendo de allí.

Caminó lo más lento posible hasta donde estaban las habitaciones. Tenía que entrar a la de Brad a como dé lugar, y sacar la única arma disponible a su alcance.

Los chicos ni siquiera la vieron atravesar el salón. Luego de tomar lo que necesitaba, cogió una chaqueta y avanzó como si nada sucediera hasta el otro extremo del ala en donde estaban reclusos.

Cualquiera que la viera pensaría que estaba feliz, llevaba una sonrisa deslumbrante y saludaba a todo el que se le cruzaba, en tanto iba urdiendo un plan para salvar a su hijo, aunque en lo único que podía pensar era en matar a Vadik.

Necesitaba tiempo, uno que claramente no tenía.

Pulsó los códigos que había visto teclear a Brad a medida que las puertas se lo pedían, la verdad es que todo le estaba saliendo muy fácil, cosa que a la vez le asustaba, no sabía cómo iba a eludir el control de salida ni que diría, pero ahí estaba a punto de salir al exterior cuando de pronto...

—Señorita, Claxon —le habló un soldado, cuadrándose ante ella—. La esperan en la salida tres para llevarla a declarar.

«¿A declarar?», pensó, pero no dijo nada, actuó como si fuera de lo más normal y siguió las instrucciones.

Una vez fuera Zhenya, quien venía totalmente uniformada, enseñó una orden al último guardia y este la dejó salir libremente, pero antes de que avanzara un paso más, la rusa la tomó fuertemente del brazo, llevándola hasta la camioneta negra que esperaba por ella.

—¿Cómo puede cambiar la vida en un instante, eh? —se mofó—. Seguro te estás diciendo a ti misma que todo va a salir bien, que nadie saldrá lastimado, ¿verdad?

—Cállate y haz tu trabajo, llévame donde tu *vor*, traidora.

—No tan rápido, puta —dijo al tiempo que la tomaba del pelo y la introducía al vehículo con brusquedad, poniéndola en el asiento del conductor —, aquí las órdenes no las das tú.

—¿Tú sí? —escupió con rabia, jamás pensó que esa mujer era una espía, una traidora.

—¿Sabes lo que Vadik va a hacer en cuanto estés en su poder? Vengará a su hija, ¿y sabes por qué? Porque desde que descubrió que fuiste tú la que habló con Zakhar Milav para que atentaran contra él no ha pasado ni un solo minuto del día en que no piense en su venganza, es lo que lo ha mantenido vivo todos estos años, y ahora por fin se hará justicia.

—Estás peor de lo que pensé si crees que voy a creer algo de lo que dices.

—¿Ah no?, ¿crees que miento? Pues no, el día del atentado a Vadik él decidió ir con Katiuska al centro comercial, ¡en donde tú! —la increpó, obligándola a hacer partir la camioneta—, quedaste de acuerdo con la *bratva* de Milav para que mataran a mi *vor* por lo que te hizo, pero erraste, perra, ¡erraron todos!, Vadik no estaba cuando el misil explotó destruyendo todo a su paso, ¡matándola!

La mente de Emily comenzó a girar a toda velocidad, entendiendo ahora demasiadas cosas, destapando información que nuevamente sus amigos le habían negado. Su estómago se revolvió al pensar en que sí era la causante de la muerte de la pequeña, pero ¿era la hija del *vor*? Respiró hondo para no vomitar y así controlar en algo el pánico que estaba sintiendo por dentro, porque lo único que sonaba en su cabeza era “Deuda de sangre”. Sabía que así actuaba la mafia, vengándose con los familiares, no con el victimario.

¿Cuáles eran sus posibilidades reales de vencerlo?

Ninguna.



—Quiero...

—¿Quieres una prueba de vida? —se adelantó Zhenya tomando el teléfono, marcando un número que no fue capaz de memorizar.

Mirando los cientos de kilómetros de carretera que estaban delante de ella, sin despegar la vista, cogió el aparato que ahora le tendían.

—Hola...

—¡Mami... mami...! ¿Eres tú? —respondió lloroso su hijo.

—Miko, mi amor, ¿cómo estás?

—Estoy asustado... tengo *medio*.

—No te asustes, mi amor, voy para allá ahora, no sucederá nada... —comenzó a decirle para que se tranquilizara, su hijo lloraba por el otro lado de la línea y ella, creyéndose a miles de kilómetros de distancia, no podía hacer nada, impotencia era lo que sentía—, te quiero, mi vida y... —no pudo seguir hablando porque Zhenya le arrebató el teléfono.

—Listo, ahí estaba tu bastardo, vivo... al menos por ahora.

—¿Cómo volaremos a Rusia?, el tiempo está inestable —le dijo para no escuchar nada más sobre su pequeño, de solo pensarlo se le destrozaba el corazón y eso no la estaba dejando pensar.

—Pero tú sí que eres realmente idiota. ¿Quién te dijo a ti que volaríamos a Rusia? Vadik está aquí, esperándote, solo sigue manejando hasta donde te ordene y no intentes nada, porque soy capaz de desobedecer y matarte yo misma por lo que le hiciste a mi niña Katiuska.

—Si tanto la querías, debiste defenderla del mundo en que vivía —soltó con rabia, pero nada obtuvo por parte de la rusa, parecía un robot que solo cumplía órdenes.

Casi una hora estuvo conduciendo por la carretera hasta que Zhenya le indicó que girara bruscamente hacia las montañas. Sin preguntar nada, con la pericia que ella tenía, lo hizo y la rusa tuvo que afirmarse para no caer.

—¿Dónde vamos?, ya es hora que me lo digas, no serás tan idiota y creerás que voy a escapar, ¿verdad? —le habló utilizando sus mismas palabras. Zhenya lo sopesó por un momento, hasta que decidió responderle.

—Al final del camino está el hangar que utilizaron los militares para la llegada de sus aviones en la construcción de la base secreta en que están ustedes ahora —se mofó haciendo alusión al secretismo que había en torno a la montaña, como si ellos fueran unos genios al haberlo descubierto—. Ahí te están esperando mi *vor* y el bastardo de tu hijo.

Con esa nueva información el primer plan coherente empezaba a fraguarse en su cabeza, al menos ahora sabía por dónde comenzar. Zhenya le hablaba, pero ahora ella ya estaba convertida en la chica superpoderosa, totalmente concentrada, ideando un plan para salvar al único ser que le importaba.

Con un movimiento absolutamente controlado se cruzó el cinturón de seguridad y, con una tranquilidad asombrosa, colocó una moneda en el broche del asiento de Zhenya y luego apretó a fondo el acelerador.

—¿Qué estás haciendo?! —chilló la rusa afirmándose del tablero—. ¡Baja la velocidad!

Ante esa orden Emily ni se inmutó, solo hizo movimientos bruscos y aceleró aún más, la aguja del velocímetro estaba llegando al final.

Zhenya sacó una pistola de entremedio de su ropa y le apuntó a la cabeza gritando:

—¡Baja la velocidad! ¡Ahora!

—Necesito llegar pronto, solo abróchate el cinturón de seguridad —espetó sin siquiera mirarla, ahora sí que parecía una autómatas.

La rusa, sin dejar de apuntarle, tomó el cinturón y trató infructuosamente de abrocharlo. Estaba desesperada, no había forma de anclarlo y ella no aminoraba la velocidad.

—¡Detente, maldita sea!

Con un movimiento digno de la niña del exorcista, Emily giró la cabeza y, con una media sonrisa, le habló de manera espeluznante.

—Colisión.

No alcanzó a reaccionar cuando ambas sintieron que se estrellaban contra una gigantesca roca a la que Emily había dirigido el vehículo. En cosa de milésimas de segundos fueron disparadas hacia delante. La rusa salió expulsada por el parabrisas y Emily atajada por la bolsa de aire.

Varios segundos transcurrieron hasta que Emily recuperó de nuevo la conciencia.

—¡Dios...! —chilló la chica superpoderosa cuando echó la cabeza hacia atrás, acto seguido se limpió la sangre que corría de su labio—. ¡Qué dolor...!

Con cuidado y tambaleando se bajó de la camioneta, la rodeó y se dio cuenta de que se había librado de Zhenya que estaba tirada en el suelo. Sí, su plan había funcionado. La movió con el pie y esta abrió los ojos.

—Espero que Vadik mate a tu bastardo y te deje viva para sufrirlo...

La rabia se apoderó de ella al escucharla y, con toda la fuerza que pudo reunir en ese instante, la pateó en el estómago. Luego se agachó y le quitó el teléfono móvil, destruyéndolo con la suela de su bota, y comenzó a buscar el arma, mientras más recursos tuviera para defenderse, sería mucho mejor.

Una vez que tuvo el arma en su poder, en medio de la noche, amparada en la más absoluta oscuridad, comenzó a correr para llegar al hangar.

## Capítulo XVII

Si algo había aprendido Misha durante todos esos años oculto dentro de una de las mafias más peligrosas del mundo era a observar, y eso había hecho con Emily, la vio dejar de lanzar la pelota y hablar por teléfono demasiado concentrada. Quizás para cualquiera ese acto hubiera pasado desapercibido, pero no para él.

Confirmó que algo andaba mal cuando la vio caminar con una sonrisa demasiado intensa para el momento que estaban viviendo.

Por eso, y porque por primera vez ese músculo que tenía en medio del pecho latía para algo más que para que le bombeara la sangre, había decidido obedecer su corazonada y seguirla.

Pero cuando vio a Zhenya, su compañera, y por qué no decirlo, también amiga, enseñarle un papel al soldado, supo de inmediato que algo andaba mal.

Apenas se alejaron por la carretera observó qué vehículo tomar, y el rostro se le iluminó cuando vio perfectamente estacionada una motocicleta camuflada, era nada más y nada menos que una Hayes M1030, una de las últimas invenciones en motocicletas, una versión mejorada de la Kawasaki KLR 650, esta era capaz de funcionar con siete tipos diferentes de combustibles, antibalas y apta para terrenos arenosos y pedregosos, era lo mejor para las zonas escarpadas como en la que estaban, seguro serían la que los militares usaban para patrullar los alrededores y, sin pensárselo dos veces, caminó decidido hasta ella.

Se subió y antes de que el guardia le pudiera decir algo aceleró, pasándole por el lado, al tiempo que le daba una certera patada en el pecho, haciéndolo caer.

Ahora avanzaba a toda velocidad, sin las luces encendidas, siguiendo

a su único objetivo.

Ya no le cabía duda, eso solo podía ser obra de Vadik.

Mientras avanzaba se dijo a sí mismo que no la iba a volver a perder, y que no era momento para concebir el miedo profundo que sentía. Sabía que la única razón para que Emily abandonara todo y a todos no podía ser otra que su hijo.

Miko estaba en peligro.

Si algo le pasaba a esa mujer o a ese niño, él no se lo podría perdonar jamás, seguro se volvería loco y perdería el poco corazón que estaba recuperando. Hace mucho tiempo había aprendido una dura lección: para vivir tenía que matar o incluso torturar, el problema es que desde que esa mujer hace años se había presentado en su vida, había empezado a cuestionarse su actuar.

No le temía a nada ni a nadie, pero ahora todo era diferente. Emily, Ira, o como quisiera llamarse, le tocaba un *clic* que antes no había sentido jamás, la amó creyéndola una prostituta y ahora que sabía que no lo era, y que, además, tenía algo que según él también le pertenecía, sería imposible dejarla escapar, era un sentimiento que iba más allá de toda lógica explicable, ya no solo le bastaba con estar tatuado en su piel, no, ahora quería todo y más.

Se sentía extraño porque, al pensar en ella, se llenaba de inseguridades que no lo ayudaban a mantener su mente en blanco, sobre todo ahora que era cuando más lo necesitaba.

—¡Maldita seas, Emily Claxon, maldita seas por segunda vez! —gritó cuando vio lo que esa insensata estaba tratando de hacer al acelerar la camioneta al máximo y dirigirla directamente a una roca. Esa mujer estaba loca de verdad, de eso sí que no le cabía duda alguna.

Su corazón se aceleró en cosa de segundos al ver el vehículo

estrellarse. Tenía acelerada la motocicleta a todo lo que daba para llegar más rápido. El ir sin antiparras le dificultaba la visión, pero sintió un alivio increíble cuando la vio salir, tambaleándose.

«¿Pero qué hace?», pensó cuando pateó a Zhenya y comenzó a correr sin ninguna dirección aparente.

Cuando llegó hasta donde yacía la rusa, casi saltó de la motocicleta y se agachó para interrogarla.

—¿Dónde está Vadik? —gruñó enajenado.

—¿Crees que te lo voy a decir? —escupió con odio—, precisamente a ti.

En ese momento el puño de Misha se estrelló contra su antigua compañera, que lo miraba con odio.

—¿Me lo dirás ahora? —Le pegó esta vez en la cara para que reaccionara.

Zhenya parpadeó un par de veces y su semblante cambió completamente al escucharlo.

—Ya es muy tarde, querido, Misha, Vadik tiene lo único que destruirá a esa perra y se hará justicia por la muerte de Katiuska, ese maldito bastardo pagará con su vida.

Esas palabras se le clavaron como balas directas al corazón, una tras otra, ahora sí tenía la confirmación de todas sus sospechas.

Ya no había vuelta atrás.

—Yo misma se lo entregué a Vadik después de matar a sus abuelos, y debo reconocer que ese mocoso tiene agallas igual que su madre, incluso intentó defenderse.

Misha apretó los puños y rechinó los dientes, sabiendo de todo lo que eran capaces de hacerle al pequeño, y sobre todo si Emily estaba presente para ver la destrucción de su hijo, ya que con eso la destruía a ella,

haciéndole pagar por el accidente de Katiuska. Volvió a mirar a Zhenya furioso, en cambio en la cara de ella solo había tranquilidad y un tremendo regocijo por lo que iba a suceder.

—Vas a pagar por lo que hiciste.

—¡Mátame! —lo provocó, pero él, que era una máquina, en ese momento sabía que eso era lo que quería, una muerte rápida para dejar de sufrir, y mirándola a los ojos se quitó el cuchillo que llevaba escondido en la bota y se lo enterró directo debajo de las costillas, justo en el hígado. Luego, sin dejar de mirarla, tomó su propia mano y se la puso sobre la herida, que ahora sangraba copiosamente.

—Tu hígado está perforado, tendrás lo que te mereces.

—Tu puta y su bastardo también lo tendrán.

—Ese bastardo... —siseó entre dientes—, ¡es mi hijo!

Los ojos de Zhenya se abrieron como platos, ese dato era totalmente desconocido para ella y una información valiosa que su *vor* debía saber, pero ahora para ella, al menos, ya era tarde, sabía que moriría dentro de los próximos treinta minutos desangrada, sabía que vendrían calambres, estertores y aun así su cuerpo seguiría funcionando hasta que se vaciara completamente.

Su muerte no sería digna.

Moriría desangrada.

Misha se levantó despreciándola, ahora tenía que encontrar a Emily, eso era lo único importante en ese momento para él. Miró por última vez a la persona que lo había traicionado y siguió su camino como el asesino que era.

No dejaría a Zhenya viva para que fuera juzgada y llevada a la cárcel, una que de alguna u otra manera saldría o conseguiría beneficios, beneficio que él no estaba dispuesto a otorgar.

Ahora sabía perfectamente qué iba a hacer, se convertiría en un

vengador, decidiría a quién mataba o a quién dejaba vivir, haría pagar a esos hombres de la única forma posible, ninguno se iba a regenerar. Los hombres de la mafia eran ladrones, estafadores, violadores y cosas peores, sí, para él, ninguno merecía vivir.

Con ese pensamiento volvió al vehículo que lo llevaría hasta Emily. Fue tanta la velocidad que estaba utilizando que cuando la divisó a lo lejos al girar la motocicleta derrapó. Eso la puso en alerta, ella de inmediato supo que alguien la seguía, se agachó acuclillándose para que no la vieran y así poder parapetarse en la oscuridad. Esperó... esperó, y cuando tuvo a su objetivo relativamente cerca, sin poder divisar bien a su presa, disparó.

Misha solo vio el resplandor salir del cañón del arma y sin pensarlo saltó de la moto, impulsado por la velocidad, para caer sobre ella.

Con el impacto, ambos se precipitaron al suelo rodando varios metros hasta que Misha con fuerza la atrapó entre sus brazos y gritó:

—¡Soy yo, Emily, soy yo!

Esperó a que ella reaccionara y asimilara lo que le acaba de decir. Ella era una mujer no solo inteligente sino que, además, totalmente preparada para la batalla, por eso debía estar en guardia, a pesar de tenerla entre sus brazos.

De pronto, inesperadamente, Emily se aferró a él y comenzó a llorar sin control, hasta que con lágrimas de resignación se separó, impotente, para comenzar a sollozar:

—Vadik tiene a mi hijo, lo va a matar, Misha... se va a...

—Shhh —la acunó de nuevo entre sus fuertes brazos, jamás la había visto llorar así y no era bueno que se sintiera perdedora antes de comenzar la batalla—. Vamos a acabar con esto, pero necesito que estés concentrada, necesito que seas la chica superpoderosa que todos dicen que eres.

—No soy la chica superpoderosa —aclaró limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—, solo soy una madre que está dispuesta a



cambiarse por la vida de su hijo.

—¡No! Tú sabes que Vadik jamás lo permitirá, reacciona, Ira, por favor —le dijo de corazón, la necesitaba, por primera vez necesitaba una compañera para actuar. Estaba agotado emocionalmente, él era un mercenario, un asesino que actuaba sin conciencia, no un hombre embargado por diferentes sentimientos. Que ella estuviera rindiéndose sin pelear a punto de entregarse al *vor* para ser torturada cruelmente hasta quedar como un estropajo humano lo tenía desconcertado, no sabía cómo hacerle frente. Además, ahora contaba con lo que Zhenya le había dicho que harían con su hijo, todas esas emociones lo estaban devastando.

En cambio ella estaba actuando, seguía su instinto de leona, defendiendo a su cachorro, dispuesta a todo y más, pero sabía que el ruso tenía razón, y como la profesional que era, se limpió las lágrimas y se concentró.

Ahora la que se dirigía a él era otra.

—¿Has visto a Zhenya?

—Sí.

Solo eso le contestó y Emily supo por su respuesta que seguro ella ya no existiría, no le hicieron falta más palabras.

—¿Te dijo algo?

Ahora el ruso solo afirmó positivamente, dirigiendo su vista hacia el horizonte.

—¡¿Qué?! —lo increpó molesta—, ¡no me vas a decir nada, no me puedes ocultar las cosas! Vadik no te quiere a ti, me quiere a mí.

—No voy a permitir que vayas sola, yo sé lo que hará Vadik, ¡maldición!, ¡sé lo que pasará! —gruñó.

—Nos asesinará a los dos, ¿verdad? —le preguntó con tanta seguridad que le fue imposible mentirle.

—Es una posibilidad.

—¿Qué vamos a sentir? —quiso saber, haciendo una pregunta muy estúpida para alguien tan preparado como ella, pero necesitaba escucharlo, necesitaba saberlo para reafirmar su convicción.

—Nada.

—Imposible.

—Una bala viaja a mil doscientos metros por segundo, cuatro veces más rápido que la velocidad del sonido, el efecto de la velocidad es absoluto, solo... dejas de existir.

—¿Y sabiendo todo eso aún me quieres ocultar información?

—No sé nada diferente a lo que sabes tú, y ahora, ¿quieres seguir hablando o actuar?

—Quiero rescatar a Miko y matar a Vadik —espetó tan decidida que no admitía discusión, en tanto comenzaba a caminar.

—¡Por la mierda, mujer! —le gritó deteniéndola—. ¡Primero necesitamos un plan! ¿O qué piensas, llegar hasta allá, golpear la puerta y empezar a disparar? —ironizó molesto—, porque sí es así, déjame decirte que antes de que te acerques te atraparán.

Emily se quedó mirándolo un momento pensando en esa posibilidad, hasta que soltó:

—¡Sí!

—¡Qué! ¿Estás demente?

—No, tengo un plan para...

—Silencio —le indicó interrumpiéndola, y antes de que fuera a protestar se acercó a ella tapándole la boca dejándola imposibilitándola para hablar—, alguien viene.

Y de pronto, pillándolos totalmente desprevenidos, dos faros los encandilaron como conejos, atrapándolos al instante, no alcanzaron a

reaccionar cuando de frente un vehículo todoterreno parecido a un tanque se detuvo delante de ellos.

Rápidamente las puertas se abrieron y ambos sintieron un grito enajenado.

—¡Cuándo vas a entender que no estás sola en esto!, que somos compañeros, maldita sea —siseó Brad acercándose a Emily sin importarle que estuviera atrapada por Misha, separándola para zarandearla.

—¿Cómo... cómo me encontraron? —preguntó sin terminar de comprender la situación. Ahora frente a ella estaban Brad y Jeff, que la miraba con mala cara.

—Porque tu teléfono móvil tiene un GPS instalado —respondió sin una pizca de arrepentimiento Jeff.

—¡Me espías! —lo increpó.

—Sí, y gracias a eso sé lo insensata que eres...

—¿Cómo se te ocurre salir sola y...?

—Vadik la amenazó —los cortó a todos Misha, defendiéndola—, y ahora no tenemos tiempo para dar explicaciones, Emily —la miró directamente a ella—, estaba por explicarme su plan para rescatar a Miko.

—¿Ese malnacido tiene a Miko? —preguntó y gruñó Jeff al mismo tiempo.

—Y te repito —volvió a decir el ruso, ahora con la voz ronca—, la chica superpoderosa está a punto de decirnos su gran plan —se mofó.

—Bueno, esto no es un gran plan pero es lo que tengo —informó sin ningún preámbulo—, la que falló en “Proyecto Ruso” fui yo y por eso estamos aquí, hoy y ahora, independiente de todo lo hayamos logrado —recalcó al ver que Brad se lo iba a recordar—. Lo único que sabemos es que Vadik está en la antigua base militar y tiene a mi hijo como rehén y yo voy a entrar por él —comunicó mirándolos a todos detenidamente—. No tenemos

tiempo para un plan elaborado, él me está esperando ahora y no voy a pasar más tiempo conversando con ustedes, porque todos los minutos en que estoy aquí Miko está con él y... no sé en qué condiciones lo voy a encontrar.

—Vadik no le hará nada —siseó Brad, apretando los puños de rabia.

—No puedes hacer ese tipo de suposiciones —intervino Misha, él prefería decir la verdad en ese momento a ocultar información, nadie conocía al *vor* mejor que él—, Vadik está cegado por la rabia y se cobrará la vida de Katiuska, ese es su objetivo ahora.

—Por eso debemos movernos ahora, yo me entregaré a Vadik por la vida de Miko y ustedes... bueno ustedes harán lo mejor que saben hacer y saldremos todos de ahí.

—¿Ese es tu plan? —ironizó Jeff, que se había mantenido en silencio analizando la situación.

—Sí, y es lo que haré, con ustedes o sola, y no intenten detenerme porque no lo conseguirán. Mi hijo no morirá en las manos de ese malnacido —sentenció.

—¿Y tú sí?

—Yo no...

—No me vengas con estupideces, Emily, no somos idiotas, ¿crees que puedes llegar, tocar la puerta y presentarte ante Vadik y decirle “mi vida por la de mi hijo”? ¡¿Tú eres tonta o crees que nos puedes engañar?!

—¡Y qué quieres que haga! —estalló al fin con todas sus fuerzas—. ¡Yo jamás pensé en herir a Katiuska! Esa es una muerte que llevaré en mi conciencia toda la vida, pero no voy a entregar la vida de Miko a cambio de la de nadie.

—Ese cabrón se merece todo y más por lo que te hizo.

—¡Cállate, Brad!

—Bueno, ¿no querías hablar con la verdad?

Emily abrió los ojos implorando que se callara, pero ya era tarde. Brad no se quería guardar nada, no cuando sentía que el culpable de todo era ese maldito ruso que tenía frente a sus ojos.

—Brad... —siseó Jeff poniéndose delante de él, tratando de hacerlo recapacitar. Él no necesitaba mirar a Emily para saber cómo se sentía y, además, no era el mejor momento para que Misha se enterara de la verdad—. Esto es algo que no nos concierne a nosotros revelar —aclaró con voz suplicante, petrificándolo con la mirada—, no digas nada.

—¿Por qué no? Si todo esto es por su culpa —lo apuntó.

—¡Cállate, idiota, tu impulsividad va a joder a Emily! —gritó encarándolo, quería golpearlo por primera vez a ver si así entendía.

Ambos eran amigos, pero ahora se retaban con la mirada, estaban a menos de un palmo de distancia y estaban a punto de trenzarse a golpes.

Emily caminó directo hasta ellos.

—¡Alto!

—¡No!, se acabó esta mierda, se acabaron las mentiras. Si vamos a poner fin a esto, que este hijo de puta sepa lo que has sufrido por él.

—Dime de una buena vez qué es eso que tengo que saber, cabrón —gruñó atrevido Misha llegando hasta ellos, apartando a Emily de un solo empujón.

—Claro que te lo voy a decir —le aseguró mirándolo con inquina.

—¡No! —gritó Emily con todas sus fuerzas.

La orden que dio Emily no detendría a Brad, quien tenía las pupilas dilatadas por la rabia y la tensión acumulada por la adrenalina, pero sobre todo, por la culpa que le corroía el alma al no haber estado presente en cuerpo y alma, porque sí lo había escuchado todo y ese recuerdo jamás se lo podría borrar.

—Lo siento, Ems... —murmuró mirándola, en tanto Jeff la abrazaba

para lo que vendría, para eso ella nunca estaría preparada, no había forma menos dolorosa para desvelar una verdad así.

Ni ahora ni nunca.

—Me vas a matar... —susurró estremeciéndose ante esas duras palabras, abriendo los ojos para decir una última suplica, que nunca llegó porque Brad se le adelantó.

—¡No lo sigas protegiendo! —exclamó, no era capaz de comprender por qué no quería desenterrar al culpable de todos sus males—, merece saber por la mierda que has pasado, por la que él te ha hecho pasar.

Ante tanta palabrería sin explicación, Misha reaccionó, cogiéndolo por la solapa de una buena vez. Ver la mirada compungida de Emily tenía que tener una razón y él quería saberla para acabar con su tormento, porque por primera vez en su vida no quería tener razón en lo que intuía.

—¡Dime ya la maldita verdad! —lo apremió con vehemencia—, ¡yo la protegí siempre!

—¿La protegiste? No, imbécil, no fue así.

—¡Claro que sí! —rectificó.

—¿Sí? ¡Y una mierda que la protegiste!

—¿Sabes por qué ella se arriesgó y fue con otro *vor*? —le escupió en la cara y ante el silencio del asombro continuó—, ¿sabes por qué? Porque si tú la hubieras protegido como dices, Vadik nunca la hubiera violado... ¡En tu cama y en tu propia casa, hijo de puta!

La confusión se notó en su rostro. Por un segundo no supo que decir y bajó el puño amenazante que mantenía en el aire.

—¿Qué...?

—Lo que oíste, Vadik la...

Antes de que por segunda vez repitiera esa fatídica verdad, el puño de Jeff se estrelló en su cara, tirándolo al suelo. Brad se incorporó sobre sus

codos, pidiéndole disculpas a Emily, que lo miraba anonadada, todo era demasiado surrealista para ser verdad, pero sobre todo, para estar pasándole a ella.

Cuando al fin pudo reaccionar, Misha caminó hasta Emily, que no despegaba la vista del suelo, ni siquiera se atrevió a tocarla.

—¿Es verdad? —preguntó en un tono tan bajito que llegaba a ser espeluznante. Emily levantó lentamente la cara hasta que sus ojos conectaron y eso solo le bastó al ruso para saber que Brad no mentía. No lo pudo seguir aguantando, su estómago se revolvió, se separó de ella como si ahora no pudiera ni siquiera mirarla a los ojos por la culpa.

Retrocedió casi tambaleándose y, amparado en la oscuridad, casi perdiendo el equilibrio, llegó hasta la moto, que yacía tirada a algunos metros. Agarrándose como pudo se afirmó al volante, tragándose la bilis amarga que le subía por la garganta.

Aceleró a todo lo que daba la potencia, incluso fue tanta la fuerza empleada que el neumático delantero se llegó a levantar.

Ahora Misha volaba sobre el camino, ya ni siquiera escuchaba los gritos que le pedían que se detuviera, él ya no era un hombre normal, ni uno que simplemente quería proteger a una mujer y al que creía su hijo, el que volaba en la motocicleta era un hombre lleno de odio, rencor y de venganza, no tenía nada claro, en su mente solo había oscuridad.

¿Cómo podía ser posible? Él se lo había advertido, no podía tocarla, es más, tenían incluso un trato. Aún no era capaz de dimensionar todo lo ocurrido, solo quería acabar con Vadik.

Su cuerpo temblaba de impotencia de solo pensarlo, y a pesar de que inspiraba aire, se sentía ahogado y estaba seguro que solo respiraría cuando estuvieran frente a frente.

A la velocidad que iba, apenas veía, el viento casi le impedía tener los

ojos abiertos, pero era tal su rabia que nada le importaba, solo tenía un objetivo: llegar hasta el hangar abandonado.

De pronto, sin siquiera pensarlo, frenó la motocicleta, haciendo que esta derrapara por varios metros, dejando una estela de tierra a su paso. Con la rabia que aún sentía aceleró varias veces, quería sentir el rugir del motor solo para calmar sus ansias. Estaba realmente transformado en una bestia, pero aunque no quisiera, debía recuperar la cordura para poder actuar, únicamente por eso ahora estaba detenido... intentando retomar el control.

Después de algunos minutos sintió como el todoterreno se acercaba, ni siquiera se volteó, sabía perfectamente quiénes eran, y muy a su pesar los necesitaba.

Por última vez aceleró el motor, y esta vez lo acompañó con un rugido gutural desde lo más profundo de su interior.

Frustrado y enrabiado se bajó de la motocicleta, no sabía qué esperar de los chicos, pero estaba dispuesto a enfrentar lo que fuera. Todo se le había venido encima en muy poco tiempo, ahora no solo se centraba en su trabajo, en su misión de tantos años, se trataba de algo mucho más importante, algo que le correspondía como hombre, incluso era más que una venganza, de solo recordarlo se le erizó el vello y un escalofrío gélido le recorrió la columna, cerró los ojos un solo segundo y a pesar de todo la vio.

Emily y Jeff, ágilmente, se lanzaron del vehículo para llegar hasta él.

Misha rápidamente apartó cualquier idea de su cabeza y decidió centrarse en ellos.

—Han tardado.

—¿Nosotros? —se mofó Jeff poniéndose por delante de Emily, protegiéndola.

—No tenemos tiempo para malgastar en tus arranques de...

—Cállate, Brad —lo cortó su amigo, no quería empezar la batalla en



el lugar equivocado—, lo que necesitamos ahora es unirnos y actuar como equipo, por separado no conseguiremos nada, ruso, ¿estás de acuerdo?

—Soy el único que puede entrar.

—¿Sí?, ¿y pretendes sacar a Miko y acabar con todos?, ¿con qué? —  
bramó Brad, ese hombre no sabía qué era trabajar en equipo.

Misha fijó la vista en Emily, que lo miraba solo a él, esperando su respuesta. Varios segundos pasaron hasta que al fin dijo:

—Somos un equipo.

—Perfecto, aquí —enseñó Jeff abriendo un portátil desde dentro de  
automóvil—, está la ubicación exacta del hangar, el satélite nos proporciona  
una imagen calórica, según esto Vadik está acompañado por...

—Doce hombres —interrumpió Brad, acostumbrado a ser el superior  
del equipo—, según esto nuestro objetivo debería estar aquí —apuntó  
mirando de soslayo a Emily para ver su reacción, pero ella estaba estoica, una  
razón más para admirarla—. Cuando ingresemos, tendremos una ventaja  
máxima de un minuto, será todo lo que el estallido del generador nos  
proporcione, en ese tiempo debemos llegar hasta nuestro objetivo y  
rescatarlo.

—Miko —murmuró Emily refiriéndose a su hijo, no quería que solo  
fuera un objetivo.

—¿En la oscuridad también estaremos en desventaja? —preguntó  
Misha, esa parte no la entendía.

—No —respondió Jeff acercándose—, destruiremos el generador y  
con esto —explicó sacando unos dispositivos de visión nocturna—,  
tendremos la ventaja del factor sorpresa.

—Tú podrás saber mucho de Vadik, pero nosotros, los militares  
americanos, tenemos la tecnología necesaria.

—No es el momento de ser Rambo, Brad.

Emily negó con la cabeza, no era el momento de medir fuerzas ni conocimiento, la situación no estaba para juegos y ella no sabía cuánto tiempo más podría aguantar, ya que un cúmulo de sentimientos la estaba recorriendo, lo único que sí sabía era que tenía que respirar, no podía sufrir un nuevo ataque de pánico.

Levantó la cabeza mirando al cielo, apretó los puños e intentó no pensar en todo lo que se le aproximaba. Necesitaba estar calmada, como si fuera cualquier otra misión. Tenían que trabajar juntos, si no jamás lo lograrían, todo lo que decían en teoría resultaba maravilloso, fácil y eficaz, pero en combate o en el momento todo podía ser muy diferente, incluso resultar desastroso.

—Necesitamos estar unidos —insistió—, todos tenemos capacidades diferentes y es ahora el momento de demostrarlas. Brad, de ti necesitamos tu fuerza y pericia; Jeff, necesitamos de tu paciencia, tu calma y de la magia que sabes hacer; y de ti... —se detuvo mirando al ruso—, necesitamos tus conocimientos, pero por favor —expresó mirándolos a todos detenidamente—, no desperdicien el tiempo protegiéndome a mí. Esto se puede salir de control en cualquier instante y necesito imperiosamente saber que seguirán concentrados en salvar a Markov. ¿Lo harán? Necesito saber que seguirán hasta rescatar a mi hijo, que no lo van a dejar en las manos de...

La voz de Emily se quebró, se le hizo difícil continuar con la frase. Todos eran conscientes de los riesgos de la operación y de que esta podía ser la última, lo que pretendían hacer era realmente arriesgado y solo poseían las armas que estaban en el vehículo de comando.

—¿Misha...? —pregunto después de ver la respuesta afirmativa de Jeff y Brad, necesitaba escucharlo de su boca.

El ruso, tragándose sus sentimientos, asintió guardándose lo que sentía realmente, él no estaba dispuesto a fallarle en su verdadera misión.

Emily sabía que esa sería toda la respuesta que obtendría de él, ahora solo tenía que creerle y confiar en que sus compañeros, a costa de todo, terminarían la misión.

Disimuladamente se secó la lágrima que no pudo contener, mientras veía como Jeff ahora se ponía en medio para terminar de explicar la operación.

Al terminar, Brad negó con la cabeza, resoplando. No le gustaba tener solo una oportunidad, el generador estaba en un lugar abierto, de seguro estaría vigilado.

—¡No! —exclamó exaltado—. ¡No voy a dejar el principio de la misión en manos del ruso! Tiene que haber otra forma.

Emily y Jeff se miraron, sabían que a Brad le gustaba hacerlo todo y no confiaba en nadie más, esa misma exaltación ya la habían vivido en antiguas misiones.

—No tenemos ni tiempo ni otra opción.

—Sí la hay, somos cuatro.

—Sí —se adelantó Jeff—, pero yo manejo, tú cubrirás a Emily y el ruso nos dará la ventaja del factor sorpresa.

Brad volvió a negar con la cabeza. Emily abrió los ojos incrédula por lo que veía. ¿Qué le pasaba a Brad?

Jeff, que también lo conocía, molesto, estaba a punto de volverle a explicar cuando escuchó:

—¡Qué mierda tienes en la cabeza, hijo de puta! —le gritó Misha abalanzándose sobre él, pero la rápida reacción de Jeff impidió que lo alcanzara.

—¡Basta! ¿Qué tienen en la cabeza los dos?

—No me vengas con los discursitos de siempre, Jeff —le devolvió el grito, enajenado.

—Aquí todos tenemos el mismo objetivo, o estamos en esto juntos o a Miko lo matan, ¿es eso lo que quieren? —les preguntó—, porque a cada minuto que pasa estamos perdiendo tiempo valioso, y todo porque ustedes, par de imbéciles, no saben lidiar con sus egos. ¿Qué creen que son? ¡Animales! ¡Pues no lo son!

Emily se giró hacia ellos, no necesitaba de esa absurda discusión, y menos de los arranques de testosterona de esos machos alfa. Decidida, se puso frente a ellos, que aún permanecían agarrados y con furia siseó:

—Miren, par de estúpidos, no tengo tiempo que perder. Tú, Rambo de cuarta categoría, y tú, espía de pacotilla, si van a venir, ¡nos vamos ahora! Si no, se pueden ir a la misma mierda, pero ni un solo minuto más me retrasaré por culpa de ustedes, porque es la vida de mi hijo la que está en juego —bramó, poniendo énfasis en su hijo.

Esa fuerza, esa entrega y ese arrojo en la batalla era una de las características que más les gustaba a ellos, pero en ese momento tenía razón, nada era más importante que el pequeño Miko. No era una simple misión, era “La misión”, una que si salía mal podía cambiarles la vida a todos y para siempre.

Sin mediar más palabras los hombres se separaron, volviéndose hacia ella en señal de obediencia y aceptación. Luego, con todo el respeto del mundo, Brad se sacó de entremedio de su ropa un pequeño aparato con señal satelital y se lo entregó a Jeff.

—Si consigues el número de móvil de Vadik, con esto lo podremos ver.

—¿Esto es lo que creo que es?, ¿un trasmisor satelital con acceso a la red móvil?, ¿de dónde lo sacaste?

—No preguntes tanto y haz la magia que tanto dice la chica superpoderosa que sabes hacer, y veamos qué está haciendo ese cabrón del

vor —señaló Brad, entregándole lo que había sustraído.

—¿Qué hace eso? —preguntó hosco Misha sin entender nada de tecnología.

—Dame el número de tu jefe y te lo explicaré. —Apenas se lo dio comenzó a teclearlo y así, en cosa de segundos, acceder desde la computadora portátil al teléfono móvil de Vadik. En ese momento no le interesaban ni los datos ni las fotos que cómo hormigas se empezaron a grabar, lo que a él le interesaba era poder acceder a la cámara del aparatito, y no solo de ese móvil, sino que de toda cámara que hubiera en treinta metros a la redonda.

La verdad es que Jeff solo había escuchado hablar de ese sistema, es más, creía que solo era un prototipo, pero jamás imaginó tenerlo en sus manos y menos en ese momento. Gracias a Brad, ahora ya no solo verían puntos marcados en color rojo sin rostro en el monitor, pues ahora les podrían poner cara, y lo más importante... tener visión a varios kilómetros de distancia.

¡Ahora sí que contaban con el factor sorpresa!

—¿Se puede? —preguntó impaciente Emily.

—Chica superpoderosa... ¿estás dudando del mago? —respondió sin mirarla. Estaba demasiado enfrascado en el programa como para distraerse, hasta que de pronto la pantalla se iluminó de forma diferente.

—¡Dios mío! —exclamó ella llevándose la mano a la boca—. Miko...

—Calma, Ems —intento tocarla Brad, pero ella no se lo permitió. Con las manos temblorosas le quitó el portátil a Jeff para así poder ver mejor a su hijo. Él estaba sentado en una especie de cama sobre unos soportes de metal. A pesar de que la luz era tenue, podía ver su cara de afligido, eso le trituró el corazón.

—Ahora ya sabemos cuál es la habitación donde está Vadik con Miko

—continuó Jeff, que ahora con otro programa le ponía cara a las luces rojas. Todo parecía un videojuego, solo que aquí las balas serían de verdad.

Brad, junto a Misha, observaban lo que Jeff estaba haciendo, en tanto Emily seguía contemplando a su pequeño, que ahora se rodeaba las rodillas con sus bracitos.

La habitación no era muy grande, pero sí estaba resguardada por dos hombres visiblemente armados. Según lo que podían notar, en ese momento, era que el lugar estaba equipado con aparatos de última tecnología, y gracias a eso ellos podían tener un plano tan general. El ruso miró a Jeff, transmitiéndole sus pensamientos, algo más planeaba el *vor*, ¿pero qué?

Segundos después, gracias a un programa en 3D, las líneas comenzaron a tomar forma ante sus ojos en forma de plano. La verdad que el programa era de última generación, y aunque los chicos ya lo habían utilizado otras veces, nunca lo habían agradecido tanto, sobre todo ahora que estaban recibiendo datos de todas las cámaras web existentes en el lugar.

La puerta principal estaba resguardada solo por dos hombres y luego un pasillo ancho sin entradas ni salidas, de aproximadamente unos treinta metros. A continuación, un espacio abierto que se dividía en dos plantas. En la subterránea se encontraba Vadik, eso les daba la ventaja de la total oscuridad cuando fuera el momento.

Emily ya había dejado de mirar a su hijo, ahora se concentraba en guardar en su retina toda la información, ya no había más pena ni tristeza y mucho menos algún otro tipo de sentimiento, ahora sí era la verdadera chica superpoderosa que regresaría con su pequeño y acabaría con el malnacido de Vadik.

—Misha... —quiso saber con seriedad Jeff, en tanto pasaba los datos al programa de reconocimiento facial—, ¿reconoces a alguno de ellos?

—Son todos aliados de Vadik.

—¿Seguro? —preguntó ahora sí muy interesado, había obtenido la información de todos, excepto de uno, que era un... ¿fantasma?, ¿otro?—, ¿y ese de ahí también? —inquirió apuntándolo.

—Es uno de los espías de los Barrios Rojos de Vadik, no sé qué está haciendo aquí, pero es de los nuestros... —Al momento en que terminó la frase se arrepintió, pero fiel a su naturaleza no se corrigió.

Brad solo levantó la ceja en señal de reprobación, de cierta forma hasta comprendía ese lenguaje.

—Bueno, esos son nuestros objetivos, ¿estamos preparados?

Todos, uno a uno y con solemnidad, asintieron con la cabeza, luego chocaron los puños llevándoselos al corazón en señal de unidad. Misha, se sintió un poco fuera de lugar en ese juramento especial, él solo asintió positivamente, nada más.

—Nos vamos —anunció Emily poniéndose las gafas nocturnas, para a continuación cargar su arma y ponérsela al cinto.

Brad repitió la misma operación, en tanto Jeff, antes de subirse al todo terreno, caminó hasta Misha, que se ajustaba sus gafas. Luego de unos minutos en que ambos conversaron, regresó.

—¿Todo bien? —preguntó Brad, conociendo a su amigo y compañero.

—Todo bien, ahora conectemos los audífonos. ¿Me copian?

—Fuerte y claro, Jeff.

—Afirmativo.

—*Ponimat*<sup>[13]</sup>.

## Capítulo XVIII

Después de la pequeña conversación con Jeff, Misha cambió rápidamente de objetivo, olvidando así su blanco principal. En un principio le resultó impensable, pero luego de analizarlo a fondo supo que esa sería la mejor salida para él, dándose cuenta de que con ese detalle cambiaría todo, y para siempre.

Fiel a su forma de actuar se montó en su Hayes M1030, saliendo a toda marcha del lugar, ya no necesitaba esperarlos más, cada uno tenía un propósito que realizar.

No podía cometer errores, porque si fallaba sería mortal, y no solo para él.

—¿Qué mierda hace el ruso? —gritó Brad, consciente que se estaba saltando las normas.

—Abróchate el cinturón, nos vamos —lo tranquilizó Jeff, encendiendo el motor.

—¿Qué fue lo que le dijiste al ruso?!

—Comunícate con los demás Rambos y dales la ubicación, necesitaremos refuerzos.

—¡Vas a cagar la misión! Serás el culpable de todo lo que suceda.

—Asumiré la responsabilidad y la culpa —aseguró mirando por el espejo retrovisor a Emily, que no entendía nada.

—Jeff...

—Confía en mí, chica superpoderosa.

Sin más que decir, pisó el acelerador a todo lo que daba. Como tenía la ventaja de un todoterreno, Jeff tomó otro camino, uno que les aseguraba seguir sin ser vistos, en tanto Brad le daba órdenes a sus compañeros Delta Force, que despotricaban por el otro lado, enajenados por la falta de



información.

Antes de colgar el radio, los tres escucharon los primeros disparos, y a continuación fuego, acompañado de destellos de chispas por los aires. Eso solo significaba una cosa, el ruso había cumplido la primera parte de su misión.

A toda velocidad, a pesar de que les faltaba camino, los chicos ingresaron, disparando hacia todo lo que se movía, como si su único objetivo fuera hacer una carnicería.

La pericia de Jeff al volante los hizo salvarse de un proyectil de bazuca que iba justo en su dirección, pero con tan mala suerte que al rozarlos perdió el control, estrellándose de lleno contra una muralla. El tiroteo era impresionante, dantesco, ahora solo veían balas dirigiéndose hacia ellos.

—¿Están todos bien? —preguntó Brad a gritos al segundo de reaccionar. Todo a su alrededor era oscuro, solo podían ver a través de las gafas y el panorama no era nada alentador—. ¡Cúbranse!

Un par de hombres armados con metralletas y varias granadas caminaron hacia ellos disparando. En cosa de segundos, los neumáticos se reventaron y los vidrios explotaron en miles de pedazos. Los rusos los superaban en número, sin contar que estaban doblemente equipados en armas.

Los chicos rápidamente se parapetaron detrás de los asientos, al tiempo que las balas agujereaban el metal del todoterreno. Tenían que actuar rápidamente, si bien el vehículo era blindado, sabían que no resistirían mucho tiempo estando volcado. Brad, al desabrocharse el cinturón cayó, y aunque tenía un gran corte en el costado, afirmó la metralleta y comenzó a disparar a mansalva, cual Rambo que creía que era.

De pronto el sonido de un motor por sobre la balacera los distrajo, dándoles un respiro a los agentes, que en ese instante aprovecharon a soltarse

y salir para ponerse a salvo.

El ruso había llegado en su ayuda, apareciendo como si fuera el dios de la guerra, disparando directo a la frente de los que alguna vez fueron sus compañeros. No pensaba, solo disparaba, derribando uno a uno a los hombres que apuntaban hacia ellos. El primero en morir fue víctima de un tiro en la cabeza, el otro directo al corazón y el tercero que estaba atrincherado detrás, que no vio venir, erró disparándole en el brazo, pero sin dejarlo siquiera actuar, se lanzó contra él, sosteniéndolo con las piernas para luego hacerle crujir el cuello. Luego levantó la vista, solo necesitaba saber que ella estuviera bien, y cuando hicieron contacto visual, ambos volvieron a respirar tranquilos de nuevo.

—¿Estás bien? —gritó Jeff por sobre las llamas y explosiones, llegando hasta Emily, que tenía un feo corte sobre la frente y el visor de las gafas hecho añicos.

—Tenemos que seguir —señaló empezando a correr, pero justo cuando estaban a punto de entrar, una ráfaga de disparos los hizo caer.

Misha apareció de pronto, arrastrándola de la pierna para sacarla del campo de visión de los rusos. Cuando la tuvo a escasos centímetros, sin importarle nada, le quitó el visor nocturno para comprobar la envergadura de su herida, que ahora libre sangraba profusamente.

—¿Puedes ver? —preguntó pensando en que había perdido la visión. Su ojo estaba completamente inyectado en sangre y apenas lo podía abrir.

—Sí, un poco —respondió Emily con la cara visiblemente contraída de dolor, pero aun así levantándose. Los segundos transcurrían aprisa y ellos aún no lograban ingresar al hangar.

—Tenemos que entrar ahora —bramó Brad al ver al ruso tomando a Emily. Algo de ese hombre no le gustaba antes y menos ahora, pero no obtuvo respuesta alguna. Misha se levantó veloz y corrió en dirección a la

puerta, dejándolos atrás.

—Te pondrás bien, Ems...

—¡Yo estoy bien, vamos! Sigamos —volvió a repetir Emily, empezando a correr junto a sus amigos. Pero de pronto, una nueva balacera los separó a todos, y ya no contaban con la oscuridad, ahora el lugar volvía a estar completamente iluminado, parecía como si la noche fuese día y uno muy soleado.

Los disparos del lado enemigo no cesaban, en tanto ellos avanzaban al tiempo que respondían con sus metralletas, dejando una nube de humo a su paso.

Justo cuando uno de los hombres de Vadik apareció para embestir a Emily, ella rápidamente se agachó, atrapándolo por la espalda, poniéndole un puñal en su garganta.

Tomándolo de rehén.

—No intentes nada o te mato —le ordenó presionando el metal en su cuello—. Llévame hasta tu *vor*.

El hombre intentó zafarse, pero Emily en un movimiento diestro lo pegó aún más a ella, dejándolo ahora completamente imposibilitado de moverse.

—Supongo que no necesitas saber que, ante cualquier intento de escapar, tu cuello sufrirá las consecuencias. ¿Verdad?

El ruso, que era bastante corpulento, ante esas palabras temió por su vida, pero no por el cuchillo que la chica superpoderosa sostenía, sino por lo que sabía que haría su *vor* si no era capaz de llevarla ante él. Él tenía una oportunidad y no la desaprovecharía, aunque su vida se le fuera en ello.

Emily oyó los gritos de los hombres de Vadik, que se escuchaban por todo alrededor. Estaban cayendo uno a uno a manos de los suyos, claramente el factor sorpresa los había desestabilizado y la misión estaba siendo

favorable para ellos, al menos en ese instante, aunque no por eso se confiaba, sabía que en cualquier momento todo se podía salir de control. Con cuidado comenzó a avanzar, utilizando al ruso como escudo humano, en cada esquina era él quien se mostraba primero. Lo llevaba pegado a su cuerpo, como si fuera una extensión de ella. Cada paso que daban retumbaba en el lugar. Podía oler el fuego y el humo les estaba quitando visibilidad, el eco de los disparos se escuchaba demasiado fuerte en el subterráneo y tenía muy claro que su rehén no se dejaría mostrar ante Vadik.

Justo antes de doblar la esquina, vio como un guardia protegía la última puerta en donde seguro estaría su hijo. Su corazón se aceleró en cosa de segundos, sus manos empezaron a sudar y un ligero temblor produjo un corte en el cuello de su prisionero, que lo hizo chillar, avisando con eso al hombre que custodiaba la puerta, quien rápidamente sacó su arma y le disparó, pasándole a llevar, pero en cosa de segundos la chica superpoderosa lo antepuso a él.

Las balas que siguieron impactaron directamente en el pecho del ruso, tal como ella lo había supuesto.

Tomándolo con toda la fuerza que le quedaba lo sostuvo y corrió para estrellarse con el guardia. Cuando estuvo a escasos centímetros soltó el cuerpo y se abalanzó con el cuchillo en la mano, enterrándose directamente en el pecho, sin siquiera dejarlo reaccionar.

El guardia soltó su arma y llevó las manos al cuello de Emily, apretándose, estrujándose. Intentó zafarse, pero el hombre le ganaba en envergadura y sobre todo en fuerzas. Sintió como la respiración le faltaba y su vista comenzaba a nublarse, en tanto sus piernas comenzaban a doblarse. Mientras el grandulón la tendía en el suelo sin soltarla, ella con pericia y sin desesperarse comenzó a tantear el piso para encontrar el arma, uno... dos... y al tercer intento tocó algo duro. Casi con el último aliento quitó sus propias

manos de su atacante y con el pulso firme, sin titubear, mirándolo a los ojos, descargó el arma en el estómago de su captor.

Solo un segundo se permitió Emily antes de volver a ponerse de pie. Estaba herida, pero sus ansias podían más. De un golpe duro y certero abrió la puerta, pero lo que vio la dejó totalmente paralizada, ni un músculo le respondió.

Su cuerpo ya no quiso obedecerle.

Abrió los ojos de par en par, no creía lo que veía, meneó la cabeza negativamente, incluso parpadeó un par de veces para enfocar mejor.

Miko, su pequeño hijo, estaba frente a sus ojos, siendo apuntado con un arma en la cabeza, en tanto Vadik poseía una sonrisa triunfal en el rostro.

Él ya se sabía ganador.

—Vaya... vaya —susurró al oído del pequeño—, tu mami ha venido a rescatarte —le dijo poniéndolo de pie. El pequeño miró a su madre, que aún no salía de su asombro, pero como digno hijo de ella, y a pesar de tener tan solo cuatro años, le habló:

—Mami...

—¡Qué! —escupió con sorna—, ¿aún no lo puedes creer? Pues créetelo. ¡Tu bastardo pagará por la vida de mi hija!

—¡No...! ¡Fue un accidente...!

—¡Me importa una mierda! Llevo años pensando en cómo vengarme, pero jamás siquiera imaginé un final como este. ¿Sabes? Incluso llegué a pensar que te habías esfumado de la faz de la tierra —le aclaró mientras le pasaba el cañón de la pistola al pequeño por el cabello, desordenádoselo.

—Deja que se vaya —ordenó temblando por dentro. Cualquier movimiento brusco o premeditado podía estropearlo todo, y en un movimiento rápido se quitó la pistola del cinto y, antes de poder apuntarle, Vadik con pericia cogió a Miko, anteponiéndolo entre ellos.

—Vamos, dispara, ¿no eres tan valiente? —la instó, ahora poniéndole el cañón al pequeño en la sien.

—¡Mamá...!

En ese momento Emily lanzó la pistola al suelo, para luego patearla en su dirección, ahora levantaba las manos en forma de rendición.

—Deja que se vaya, te lo imploro, por favor, no le hagas daño... —suplicó con los ojos anegados en lágrimas.

Miko miraba a su madre sin comprender bien la situación, jamás había visto a su madre llorar, y él, cómo su hijo, lo único que deseaba en ese momento era poder abrazarla, pero a pesar del tironeo que hacía para correr a su lado, el agarre del *vor* no cesaba.

—¡Te lo ruego! —insistió Emily—, déjame pagar a mí por la muerte de Katiuska.

—¡No te atrevas a nombrarla! —gritó él exasperado, tironeando a Miko, que no dejaba de moverse.

Por otro lado, sin titubear ni un solo segundo, Misha caminaba al mismo tiempo que disparaba. Hombre que aparecía, hombre que caía a su paso. Él no estaba ileso, tenía un corte en el hombro, aunque ni eso lo detenía. Varios de los rusos, al verlo se sorprendían, pero eso no les impedía atacarlo.

Varias puertas abrió antes de encontrar a su objetivo principal. No encontraba al *vor* por ninguna parte, y claramente en el lugar indicado ya no estaba. A cada paso que daba, analizaba aún más la situación. Esto no era un simple secuestro, las cámaras de televisión diseminadas en esa habitación eran una clara señal de lo que Vadik pretendía hacer con Ira o con Miko. Él, el gran *vor* de Rusia, le enseñaría al mundo entero que con él, un hombre poderoso, no se jugaba, y demostraría en vivo y en directo la amenaza.

El solo pensarlo produjo un escalofrío en su piel.

De pronto, y sin que él lo notara, una bala proveniente de la oscuridad se estrelló en su hombro. Misha, a pesar de reaccionar rápido, no fue capaz de repelerlo con un nuevo tiro. El hombre, que era el más nuevo en la organización de Vadik, alcanzó a salir del lugar, dejándolo herido, pero no por eso impedido. Aun así siguió adelante, ya no se podía mover con tanta agilidad, pero tenía la certeza que en la última puerta que le quedaba encontraría su objetivo personal.

Había llegado la hora de vengarse por tantos años, y él era un vengador.

Abrió la puerta con ímpetu, y lo primero que recibió fue una bala directa al antebrazo. El impacto lo hizo retroceder un paso y, sin que nadie lo pudiera siquiera sospechar, tomó a Emily por el cuello, poniéndola como escudo.

Vadik no creía lo que veían sus ojos. El hombre que había sido su mano derecha durante años y ahora creía un traidor, se presentaba ante él y nada más y nada menos que tomando de rehén a la mujer que él creía que amaba.

Atónito aún le seguía apuntando con el arma, zigzagueando entre Misha y Emily.

El *vor* no era capaz de entender cómo finalmente ambos habían llegado hasta él, que era resguardado por más de doce hombres armados hasta los dientes, pero no solo eso.

¿Qué hacía Misha apuntándole a Ira en la cabeza?

Por otro lado, no muy lejos de ahí, el agente y el Delta Force luchaban para defender su vida y avanzar para rescatar a Miko, sabían que los minutos que perdían eran oro, y aunque creyeron que sería más fácil, les estaba

costando seguir, era como si los rusos se multiplicaran a medida que avanzaban.

Emily sintió un antebrazo pesado y con fuerza apretar su cuello sin podérselo creer. Misha... el ruso, su ruso la había traicionado. Ahora sí que estaba totalmente segura de una cosa: iba a morir, solo esperaba que su hijo no padeciera, y por eso tenía que hacer su máximo esfuerzo.

Una última jugada.

—Lo veo y no lo creo —habló Vadik sin dejar de apuntarle a Misha, en tanto movía la cabeza de un lado a otro.

El pequeño era el que menos entendía algo en esa habitación, solo tenía ojos para su madre, que le devolvía una mirada segura y tranquilizadora, como diciéndole que nada malo iba a suceder, aunque por dentro, Emily sabía que nada iba a acabar bien.

En un arrebato, intentando conseguir una milésima de tiempo, Emily se quitó el cuchillo de entremedio de la bota que Jeff le había entregado para enterrárselo, pero Misha, en un movimiento con el que ella no contaba, se giró haciendo que la hoja de metal ni siquiera le rosara. Por un instante perdió el equilibrio, pero rápidamente lo recuperó. Cuando levantó el brazo para devolver a Emily a su posición inicial escuchó:

—¡Mamá...!

Detuvo su brazo en cosa de segundos al escuchar la súplica amarga del pequeño, que en ese momento no le caía ni una sola lágrima por el rostro. A pesar de las circunstancias, él quería defender a su madre, removiéndose inclemente entre los brazos de Vadik.

—Deja que el bastardo de la puta se marche —dijo Misha, con una sonrisa sardónica en sus labios.

—¡No! Me pagaré con él la muerte de mi hija.



—El crío no tiene la culpa de la muerte de Katiuska. La puta sí, y ella es quien lo va a pagar... y muy caro.

El cuerpo de Emily se paralizó al instante, su corazón dejó de bombear y sus pulmones dejaron de respirar, ¿moriría? ¿La torturarían hasta matarla? Todo valía la pena si dejaban libre a su hijo.

—Dejen que mi hijo se vaya, dejen que yo tome su lugar.

—¡Cállate! Ya has dicho demasiado —siseó entre dientes Misha tirándole del pelo, moviendo con brusquedad su cabeza hacia atrás—. ¿Fuiste tú la culpable? —le preguntó, poniéndole el mismo cuchillo en el cuello que ella le había enterrado segundos anteriores.

—Sí... —respondió con amargura en sus palabras—, y estoy dispuesta a pagar por ello, pero...

—Vadik, deja que el bastardo se largue.

—Tú, no me das ordenes, me traicionaste —afirmó levantando la mano, para que un hombre que jamás ninguno vio entrar, se acercara, era el mismo que le había disparado anteriormente a Misha, el joven desgarrado que se había escabullido luego en la oscuridad—. Llévatelo al helicóptero, espérame ahí.

Como si fuera un saco, el *vor* le entregó a Miko al hombre, que sin dañarlo lo cogió entre sus brazos para luego, a pesar de los gritos del pequeño, salir de la habitación.

—Yo jamás te he traicionado —habló una vez que los gritos de Miko dejaron de escucharse y pudo acallar a Emily, presionando con sus dedos su garganta.

—¿De verdad crees que te voy a creer? ¿En serio? —preguntó mirándole a los ojos, pero ya sin apuntarle.

—Te llevé hasta ellos ¿o no?, ¡la encontré para ti!

—¡Me ocultaste información! Zhenya me dijo toda la verdad.

—¿Sí? ¿Ella, que era un agente americana trabajando para el SVR? ¿Ella que siempre supo donde estuvo esta puta? —escupió soltándole el agarre del cuello para que así pudiera respirar.

—¡Mentira!

—¿Quién descubrió que estábamos siendo investigados?, ¿quién torturó al agente para sacarle información, Vadik? ¡Yo quiero ser el próximo *vor*! Ese es mi único objetivo en esta vida.

Los ojos incrédulos de Vadik lo miraron de manera inquisidora, pero fue en el instante en que lo vio titubear que prosiguió, estirando su puño para que lo viera.

—He matado por ti —aseguró enseñándole las calaveras de sus dedos —, he torturado, he asesinado en tu nombre. ¡Y cuidé a Katiuska seis años porque el *vor* no tiene hijos, ni esposa! ¿Recuerdas? ¡Y estás juzgándome a mí!

—¡Katiuska no merecía morir así! Era una niña...

—Y por eso el culpable lo pagará, ahora, ante tus ojos —anunció volviéndola a coger del pelo. Emily ya no tenía fuerzas ni para sostenerse en pie.

—¡Quiero que el mundo entero lo vea! —exclamó apuntando a las cámaras.

—¿Para qué? ¿Para que nuestros enemigos sepan que somos vulnerables, que tenemos puntos débiles? —habló con voz de mando, como si el *vor* fuera él—, ¿para que escarben en nuestro pasado, desenterrando errores como el de Anastasia, la madre de tu hija?

—¡Cállate! Eso solo fue un error.

—Uno que no puede volver a repetirse, bastante nos costó silenciar a todos los que sabían de tu secreto para ahora volver a abrir la cripta. Eso se tiene que acabar ya.

Misha, con decisión, comenzó a bajar el cuchillo por el pecho de Emily, en tanto no dejaba de mirar al *vor* y hablarle mirándolo a los ojos.

—Esta puta pagará todo lo que ha hecho, lo que me hizo a mí, y por supuesto lo que te hizo a ti, pagará con su vida la muerte de Katiuska.

—La mataré yo —afirmó acercándose con la pistola ahora apuntándole.

—¡No!, mi *vor* no se manchará las manos por una mujer como esta.

—Me he manchado mucho más con esa mujer.

Misha solo lo miró, enseñándole algo parecido a una sonrisa. Luego se giró a ella y pudo ver el terror que emanaban sus ojos.

—Misha... por favor, escúchame —susurró tomando un último aliento, el ruso casi no la dejaba respirar.

El *vor* sonrió con ganas ante la escena que veía, le encantaba ver a las personas suplicar por su vida, más aún a las mujeres, así mismo lo había hecho con la madre de su hija, la había obligado a suplicar hasta el último momento, incluso mientras la violaba, la obligaba a pedirle clemencia, por eso ahora se estaba regocijando... otra vez.

—¿Que acaso no te cansas, chica superpoderosa? No hables más... — la intentó acallar Misha.

—Déjala, quiero escucharla, quiero oír sus suplicas, sus gemidos...

Antes de que el *vor* siguiera hablando, y para acabar de una vez con el martirio de Emily, terminó de deslizar el cuchillo hasta situarlo en la parte izquierda de su estómago y, con precisión, enterrárselo hasta el fondo.

Emily abrió los ojos, sorprendida con lo que acababa de suceder, intentó luchar para separarse, pero a cada movimiento el metal se le enterraba un poco más.

—¡Ah...! —alcanzó a chillar mientras el ruso miraba cómo una lágrima le caía por sus preciosos ojos, que ahora estaban perdiendo la vida.

—Esta misión nunca te perteneció —explicó en tanto la acomodaba en el suelo, dejándola perfectamente acostada, ladeada hacía un costado.

Un aplauso magnánimo rompió el silencio, acompañado de una ráfaga de disparos al aire. Vadik estaba celebrando la muerte de la mujer que había matado a su hija, de la mujer que estuvo a punto de atraparlo y de la única mujer que jamás se rindió ante él. Sí, Emily Claxon merecía morir.

De pronto, interrumpiendo la algarabía, a lo lejos sirenas se hicieron escuchar. Era el momento que tenían para escapar. Sin dudarlo ni un segundo, Misha se hizo cargo de la situación, tomando a Vadik por sorpresa.

¡Tenían que salir ya!

—Vámonos al helicóptero —bramó enfurecido, tenían los segundos contados y el tiempo no se detendría, tenían que salir.

Salieron corriendo del lugar, disparando a todo lo que se le cruzaba por delante. Los Delta Force ya habían llegado y estaban tomado el lugar. Un humo blanco proveniente de las bombas lacrimógenas era todo lo que se respiraba, retardándolos en su actuar.

A trompicones subieron las escaleras para llegar a la azotea. El helicóptero ya los esperaba con las hélices girando, y asomado esperando ver a su madre aparecer estaba Markov.

Los disparos los estaban alcanzando y chocaban, dejando una estela de chispas, en el metal blindado del helicóptero, que ya estaba a punto de despegar.

Justo antes de que Vadik pusiera el primer pie en el patín de aterrizaje, la furia de Misha lo lanzó hacia atrás, haciéndolo caer al pavimento. Nunca había esperado tanto por una venganza, pero ya había visto y anhelado demasiado, ahora ningún arma le bastaría para acabar lo que con sus manos haría personalmente.

En un principio, Vadik no se dio cuenta de quién lo atacaba, pero al

ver que era su propio hombre, su amigo, el que minutos antes le había jurado que no era un traidor, no lo pudo creer. Como pudo, comenzó a luchar para sacar su arma, consiguiendo fuerzas de donde no tenía. Lo que lo golpeaba era una bestia enfurecida que no lo dejaba respirar. Levantó la pierna para detener un golpe, dándole de lleno en las costillas, eso hizo que Misha retrocediera al quedarse sin aire con un gran dolor.

—¡Te voy a matar por traidor! —exclamó sacando la pistola al fin, dándole un balazo que solo le rozó el costado, pero el siguiente impacto le dio en el muslo, que aún tenía sano, haciéndolo caer de rodillas al suelo, apoyándose solo con las palmas de sus manos.

Luego, poniéndose la mano sobre la herida de bala del muslo, se levantó haciendo un sonido gutural de dolor, parecía un animal a punto de atacar, una verdadera máquina de destrucción, y así fue. Con todo arremetió contra Vadik, estrellándolo contra el suelo, poniéndose sobre él. Lo primero que hizo fue quitarle la pistola, que voló lejos por el aire, luego comenzó a darle golpes certeros en el rostro, sin importarle que sus nudillos sangraran, y una vez que ya se hubo descargado, lo cogió del pelo y siseó:

—¡Hasta aquí llegaste, cabrón! Se acabó tu juego, maldito hijo de puta.

El *vor* negó con la cabeza, riéndose de él.

—¿Todo esto por una puta y su bastardo?

—Esa puta, como dices tú, es mi mujer y ese bastardo es mi hijo —afirmó noqueándolo con su propia frente. Había recobrado todas sus fuerzas y no le faltó un segundo contacto para saber que Vadik ya había muerto, ya que luego del golpe con sus propias manos, y sin ningún remordimiento, le había girado la cabeza primero a la derecha y luego hacia la izquierda para asegurarse.

Después se volteó para ver a Miko, que estaba abrazado al ruso que

pilotearía el helicóptero. Solo quería correr a abrazarlo, para luego bajar a ver a su madre, rogando en silencio que todo hubiera salido según lo planeado con Jeff.

—Suéltalo... —fue todo lo que le dijo, en tanto apretaba los puños y se preparaba para una segunda batalla.

El ruso se separó del pequeño, al mismo tiempo que Miko intentaba pegarse con todas sus fuerzas.

—Te dije que lo soltaras —volvió a rugir ahora ya con medio cuerpo dentro, tomándolo del brazo, amedrentándolo.

El piloto, al ver los ojos y la cercanía de la bestia que le hablaba, separó al pequeño con sus propias manos, era eso o padecer bajo esas garras animales.

—Miko... ven, yo... —Nunca le había costado tanto tener que dialogar, lo más fácil sería tirarlo y cargarlo al hombro, pero sabía que esa no era la solución para nada, y mucho menos para infundirle confianza a un pequeño que había vivido en pocas horas situaciones que seres humanos no vivirían jamás.

—¿Tú eres el amigo especial de mi mami...? —preguntó con tanta ternura que, por primera vez en su vida, se conmovió y en un acto reflejo lo abrazó con todas sus fuerzas, para segundos después besarle la cabecita.

El abrazo no duró demasiado. De pronto varios hombres, vestidos completamente de negro, aparecieron con metralletas en las manos.

Encabezándolos estaba Stark, quien había disparado al piloto, que ahora se apretaba el hombro con dolor.

Sin soltar a Miko se levantó con él, ni siquiera dejó que los inspeccionaran, solo se cercioró que su pequeño estuviera bien.

—¿Estás bien, Miko? —preguntó realmente preocupado.

—Sí... pero quiero ir con mi mamá —le respondió haciéndose el

valiente. Misha podía ver a través de sus ojos el miedo y el desconcierto, pero al igual que su madre, eran personas demasiado fuertes, no se dejaban ver vulnerables ante nadie jamás.

No hicieron faltas más palabras. Afirmándolo contra su cuerpo se levantó, sintiendo un gran dolor, uno que a cada paso que daba el muslo se le desgarraba un poco más, pero ya no le importaba, al fin había liberado a Emily de la mafia rusa, ya nadie nunca más le haría daño, ahora ella podría vivir en paz. Una paz que él mismo le había regalado, solo esperaba que ella entendiera sus explicaciones y no lo juzgara por ello.

Mientras bajaba no podía dejar de rememorar una y otra vez la súplica de ella, pero eso no era lo que más le dolía, sino la decepción que vio en sus ojos. Pero estaba seguro que ella entendería su explicación.

Cuando al fin llegó hasta el lugar que había dejado a Emily, un temblor recorrió su cuerpo al verla tendida en brazos de Jeff.

—¡No...! —susurró con un suspiro casi ahogado, apretando a Miko aún más contra su cuerpo.

—Lo siento —se lamentó en tono compungido Jeff sin mirarlo fijo a los ojos.

Como si un muro apareciera frente a él intentó dar un paso, pero sus piernas, que ahora tiritaban, no le respondieron. Cerró los ojos un momento para tener fuerza y hacer frente a lo que sus ojos le señalaban y él se negaba a aceptar.

Transcurrieron un par de segundos antes de que consiguiera el valor para abrirlos, y cuando lo hizo sintió que algo dentro de su pecho se trizaba. Sacudió la cabeza negando lo evidente, rechazando la sola posibilidad de aceptarlo.

La culpa lo estaba matando.

La había matado de verdad.

De pronto, y devolviéndolo a la realidad abruptamente, sintió como una masa se estrellaba, gritando contra él.

—¡Hijo de puta! —Misha intentó recibir la embestida lo mejor posible, sobre todo para proteger a su hijo, que en ese momento se aferró a él con todas sus fuerzas, como si su vida pendiera de ello.

El golpe lo hizo caer, pero si Brad pensaba que eso lo detendría estaba muy equivocado. La rabia que estaba consumiéndolo por dentro hizo que Misha se levantara y protegiera al pequeño, que el Delta Force cegado por la rabia no veía.

Los golpes provenían de ambos lados, descargando así la pena, la furia y la desazón que ambos sentían. Uno porque sentía que había perdido una de las cosas más valiosas de su vida, y el otro porque necesitaba saciar su sed de sangre por su inconmensurable error.

Misha había planeado con Jeff una estrategia para salvar a Emily de la mafia rusa para siempre. Haría parecer que él mismo le quitaba la vida ante el *vor* para ganarse nuevamente su confianza y así nadie en el Este ni sobre la faz de la tierra la buscaría jamás. Luego Jeff tendría que encargarse de que ella supiera que todo había sido una trampa, un engaño. Por eso la había tomado del cuello en un principio, para aminorarle la respiración, y así luego poder clavarle el cuchillo sin tocar ningún órgano vital, pero...

Jamás pensó siquiera en la sola posibilidad de que algo resultara mal, jamás pensó en fallar. En un movimiento inesperado Brad lo golpeó, tirándolo de bruces al suelo, y ahí, en un momento, como si nada más existiera, como si no estuviera siendo golpeado brutalmente por un hombre, su mente recordó. Conmemorando así los primeros recuerdos en que Ira apareció en su vida por primera vez. La vio cuando ambos chocaron y él, con el impacto, la envió al suelo, para luego repasarla sin ningún pudor. Frente a la ventana, apoyando ambas manos en el cristal, el día que él mismo había



pedido explícitamente que aquella muchacha llevara los cócteles al *vor*. Sintió el primer beso que le había obligado a darle. Veía su mirada cuando llegaba al clímax siempre queriendo decirle algo más, pero al mismo tiempo conteniéndose. Veía la determinación en sus ojos, unos que jamás le temieron, a pesar de todo lo que podía hacerle. No, Ira o Emily jamás se rindió ante él, pero sí se entregó, y lo más importante, lo había salvado de sí mismo justo en el momento que le había devuelto las ganas de vivir. Porque eso era lo que esa mujer representaba para él, por eso había estado dispuesto hace años a abandonar la misión más importante de su vida, por eso la había buscado incansablemente durante cuatro años y por eso había aceptado el plan descabellado de Jeff, ¿y para qué?

Todo lo que estaba sucediendo era irónico, tantos años solo, sin importarle nada ni nadie, y ahora que quería todo y podía ser capaz de tenerlo, no era el destino quien se lo arrebatava, sino que él con sus propias manos lo había destruido.

Cuando sintió el grito ahogado de Miko abrió los ojos, viendo como un hombre lo tomaba para sacarlo del allí, pero él no volvería a perder a nadie que le importara de verdad, y ese pequeño era suyo, tan suyo como lo había sido Emily Claxon.

—Afírmenlo —escuchó que decían, sin poder reaccionar ante un par de hombres que se cernieron sobre él, deteniéndolo, impidiéndole retener a Miko, que clamaba por él.

Con la potencia que irradiaba hicieron falta dos hombres más para detenerlo. En ese momento vio cómo, además de llevarse a su hijo, Jeff tomaba a Emily y la sacaba de ahí.

Luchó con todas su energía, pero era inútil, estaba totalmente inmovilizado e impotente. Ahora sí la estaba perdiendo y para siempre.

Entonces, de pronto y contra todo pronóstico, reuniendo fuerzas de

flaqueza, logró zafarse de sus atacantes, golpeándolos al unísono, con tal vehemencia que Jeff, al escuchar el sonido gutural de la bestia que le pedía que se detuviera, no pudo hacer otra cosa más que obedecerle. Casi dejó de respirar al girarse con su amiga entre sus brazos, pero ahora era el momento de la verdad, la prueba de fuego.

—Ve con Miko, tu hijo es quien te necesita ahora.

—No... —graznó Brad, pero en ese momento el cuello de Misha se arqueó como si fuera el mismísimo demonio, para amenazarlo con tan solo una mirada.

—Markov es su hijo, Brad, y tú lo sabes—murmuró su amigo y compañero, tenía que salir imperiosamente de ahí, ya habían perdido demasiado tiempo.

Un silencio sepulcral se hizo en la habitación. Ambos hombres, que minutos anteriores se querían matar entre sí, solo se miraron en pos del bien del pequeño. Ninguno de los dos habló, pero se entendieron perfectamente.

Misha, con las manos temblorosas, tomó el pelo de la cara de Emily, apartándoselo, para luego besar sus labios inertes y susurrar sobre ellos:

—Perdóname...

El tiempo que el ruso contempló a la chica superpoderosa se le hizo una eternidad a Jeff, pero sabía que no le podía decir nada, a él la culpa también lo estaba matando por dentro.

Repentinamente, como si ya no tuviera nada más que hacer en ese lugar, Misha se dio la vuelta como si una voz desde la distancia lo estuviera llamando.

Y él, desde hacía pocas horas, le estaba haciendo caso a los designios de su corazón.

Solo a unos metros de distancia, entremedio del caos, se encontraba el pequeño, aferrado a sus propias piernas. No dejaba que nadie lo tocara, tenía

la mirada perdida, pero cuando vio aparecer al amigo especial de su mami, corrió a su encuentro, en tanto Misha, como pudo hizo, lo mismo hasta llegar a abrazarlo.

## Capítulo XIX

En una sala especialmente acondicionada para ellos se encontraban reunidos, después de veinticuatro horas, los integrantes de la misión “Proyecto Ruso” y, acompañándolos, Misha Novikov, que a diferencia de los demás no se había sentado ni un solo segundo, parecía un león enjaulado de tantas vueltas que daba. Por fuera podía tener la apariencia de un hombre tranquilo, incluso con nervios de acero, pero en realidad por dentro estaba hecho trizas. El único que lo sabía era Jeff, quien desde el día anterior se sentía responsable de su estado.

—Caballeros —saludó el subdirector Hardy Krause, al momento que ingresaba con varios papeles en la mano—, tenemos poco tiempo antes de los funerales.

Todos, con dolor en su mirada, asintieron, ninguno quería estar allí entre esas cuatro paredes. Esa mañana fría serían los funerales con honores de la exagente del FBI y policía Emily Claxon.

Brad observaba de reojo todos los movimientos del ruso, sin disimular su molestia de tenerlo a tan pocos metros. En tanto, Jeff estaba concentrado, mirando los papeles que el subdirector tenía entre manos.

Sin dilatar más la situación, Krause abrió la carpeta, dejándola visible para todos y levantó la vista para mirarlos a los ojos por un segundo a cada uno de ellos.

—Lamentablemente —musitó subiendo el tono de voz para parecer más enérgico—, estamos reunidos aquí a causa del caso “Proyecto Ruso”, el que a lo largo de los años ha tenido algunas... variaciones. A pesar de que la misión terminó con éxito hace algún tiempo, los daños colaterales nos han afectado hoy, alcanzándonos como equipo —carraspeó para poder seguir—, concluyendo así finalmente la misión. La colaboración del SVR ha sido

fundamental en este caso, ayudado, claro, por nuestros hombres del FBI actuando como agentes encubiertos, pero lamentablemente no contábamos con agentes dobles. —Se hizo un silencio en la habitación—. Aunque también debemos reconocer que para tan peligrosa misión hemos tenido bajas aceptables. —Un gruñido fue lo que realmente todos escucharon y se giraron rápidamente hacia Misha, que tenía las manos empuñadas en los bolsillos de su pantalón—. Caballeros, debemos enfocarnos con altura de mira. El caso está legalmente cerrado —aseguró, estampando visado de un certificado que daba fe de lo que acaba de decir—. Ahora, por favor, no hagamos esperar al cortejo fúnebre que nos llevará hasta el cementerio para despedir a un compañero con honores, por haber sacrificado su vida...

—No sacrificó nada, la...

—Caballeros —volvió a hablar el subdirector, mirando específicamente a Brad, que en ese momento era contenido por su capitán—. No imagino el estrés que están pasando, pero después de hoy podrán retirarse a unas merecidas vacaciones —concluyó cerrando la carpeta de golpe, para luego mirar al ruso—, pero antes, Misha, quisiera que te quedaras un segundo.

—Debo tomar un avión junto a mi hijo.

—¡Insensato! ¿Cómo no lo llevarás al funeral de su madre? —gruñó sin poder contenerse Brad, que rodeaba peligrosamente la mesa para llegar hasta él.

—Brad, amigo, lo mejor es que Miko se lleve un recuerdo alegre de Emily, él en las últimas horas ha pasado por mucho, necesita tener un recuerdo normal.

—No me parece...

—No te tiene que parecer a ti... —bufó Misha, conteniéndose sin siquiera mirarlo, necesitaba salir—. Markov es hijo mío.

El subdirector no se sorprendió de la animadversión que se tenían esos dos hombres, y tampoco había que ser un experto para saber por qué, aunque no por eso dejaría que la situación se volviera aún más insostenible.

Una vez que se quedaron solos, Krause le ofreció la silla de enfrente a Misha y sacó una nueva carpeta de su maletín, con parsimonia la abrió y comenzó a girar las hojas como si estas contuvieran escritos realmente importantes, pero sobre todo absolutamente confidenciales.

—¿Tiene todo lo que acordamos telefónicamente? —habló el ruso, irguiéndose en su posición.

—No ha sido fácil —respondió sin mirarlo—, son demasiados documentos...

—¿No ha sido fácil? —lo interrumpió acercándose aún más a la mesa, poniendo su cuerpo hacia delante—. ¿Sabe lo que no ha sido fácil? Pasar dieciocho años infiltrado para una agencia respondiéndole a otra, eso no ha sido fácil. ¿Sabe que más no ha sido fácil? Entregarse por completo a la organización y ser un prototipo experimental, en donde solo he sido un número que reporta hechos importantes para que otros puedan actuar sin siquiera enterarme yo —murmuró muy bajo—, ¿y sabe que más no ha sido fácil? Pasar cinco años en la cárcel forjándome un nombre, para ser reconocido por el *vor*. He robado, torturado y matado para hacerme un nombre y llegar hasta donde estoy. Por mi agencia he traicionado mis principios como infiltrado ruso, engañándolos para estar dentro de su organización —dijo subiendo el tono de voz—, y jamás en estos putos años les he pedido un favor. He actuado solo, entregándoles mucho más de lo que correspondía a mi misión, pero desde ayer se acabó. Ya no más, no quiero esperar más. Quiero que cumpla su palabra, así como yo he cumplido la mía, y me dé la puta identidad con la que me pueda a ir junto a Markov.

—Lo que me estás pidiendo no es una simple transcripción de nombre

—afirmó Krause levantando una ceja.

—Pero es lo que debe hacer si quiere obtener su recompensa — ironizó Misha, metiéndose la mano al bolsillo, para luego sacarla con un *chip* y ponerlo sobre la mesa a la vista del subdirector, que al momento de verlo sus ojos brillaron como luciérnagas en una noche sin luna—. Esto contiene las cuentas de los hombres más influyentes de Rusia que tienen contacto directo con la mafia: empresarios, diplomáticos, incluso gente de gobierno y, además, contiene la única prueba que usted necesita para que el mundo sepa que su agencia es la mejor, a pesar de los baches que esta pueda tener.

—¿Averiguaste sobre la corrupción en el SVR?

—Más que eso, Krause.

—¿Estás seguro que no quieres quedarte conmigo? Tendrás una oficina... en el mismo piso que yo, más dinero, un puesto importante...

—¿En su mismo piso? —caviló apretando los dientes.

—Exacto y no deberías pensarlo tanto —afirmó poniendo la mano sobre el *chip*—, o podría tomarlo como un insulto. Además... —continuó mirándolo a los ojos—, ¿no crees que el mejor lugar para vigilar la vida de tu hijo sea con nosotros?

—Con ustedes... claro —siseó, afirmando positivamente—. ¿Y qué si quiero hacerlo a mi modo?

Hardy Krause comenzó a reír despectivamente, él era un hombre seguro de sí mismo pero, sobre todo, al que nadie jamás le negaba ni contradecía, por eso había llegado al cargo que ejercía.

—Nadie puede estar sin protección.

—Pero ese es mi problema, ¿no, Hardy?

—Ah... mi querido Misha, eres mi mejor hombre y sabes que no es fácil para mí reconocerlo.

—Buena suerte entonces y ojalá encuentre un nuevo hombre que me

sustituya, que le sirva para hacer el trabajo... difícil, y espero que todo el mundo crea que lo hizo solo —remató con una sonrisa sardónica en los labios, metiéndose la otra mano en el bolsillo del pantalón.

—No estarás protegido. Serás un blanco fácil.

—Me he protegido solo desde que entré en este juego.

—Si te vas y dejas la agencia, ¿sabes lo que significa? —preguntó subiendo en un tono los decibelios de su voz.

—¿Qué? ¿Qué significa? —respondió molesto al estar escuchando tantas amenazas solapadas.

—Que estás abandonando a tu país, a la organización... pero sobre todo a mí.

—Ten cuidado con creer que tú y solo tú eres la agencia, porque la organización es mucho más que un solo hombre —afirmó tuteándolo, al momento que se ponía de pie y sacaba lo que tenía en su pantalón.

—¡Yo te hice! ¡Y yo te destruiré en el momento en que cruces esa puerta!

Intentando ser un hombre racional, y jugándose la última carta para ser un hombre libre y sin pasado, al fin extendió los dedos de su mano enseñándole un *chip* exactamente igual al que él ya tenía en su poder, solo que este de color rojo, y mirándolo a los ojos habló.

—No le repetiré lo que ya sabe, subdirector. Nuestro trato, y lo quiero antes de las seis. Esto que ve aquí es mi pasaporte al anonimato, es información privilegiada de mi agencia, donde estoy seguro, no solo los rusos estarían deseosos de saber. Si a mí o a mi hijo nos sucede algo en menos de dos horas esto estará en todas las redes gubernamentales de los países más influyentes del mundo.

—Hijo de... —espetó apretando la mandíbula con rabia, pero antes de terminar vio anonadado como Misha, el ruso, su fantasma, ponía el *chip* en el



puerto USB y, tal como había anunciado, información privilegiada y muy peligrosa capaz no solo de comenzar una guerra, sino que también de hundirlo a él hasta lo más profundo de la tierra, aparecía ante sus ojos.

—Adiós, Krause, que tenga un buen regreso a casa, ¡ah!, salúdeme a su esposa y a sus hijos, y dígame de mi parte que creo que el corte de cabello que se realizó ayer no le sienta tan bien como el anterior.

—No metas inocentes en esta mierda.

—Nadie es inocente en esta mierda, Krause —fue lo último que dijo antes de salir por la puerta y dejarlo sumido en sus pensamientos, agarrándose la cabeza con las dos manos.

Krause, por primera vez en su vida, debía acatar las órdenes de un hombre que no fueran las de él mismo. Ni siquiera el mismísimo director de la agencia le ordenaba cosas, solo le consultaba, pero ahora, el mismo hombre que él había creado y forjado, lo había puesto en jaque, y no solo eso, sino que estaba completamente en sus manos.

Con rabia, pero sobre todo, saboreando el sabor de la derrota, cogió el computador, sacó el *chip* para guardárselo en un lugar seguro, luego vería como esconderlo para siempre, y a continuación hizo lo único que no quería hacer: borrar todos los antecedentes de la existencia de Misha Novikov y de Markov Claxon. Ahora ninguno de los dos existía, nada, ni una señal quedaría después de que él tecleara su código personal.

Después de unos segundos lo tecleó y todo quedó en blanco. Por último, introduciendo un nuevo código, ingresó al departamento de identidades especiales. Ni siquiera tenía que preocuparse por buscar una nueva identidad, pues Misha se había encargado de todo, le había entregado él mismo los nombres y cédulas de su hijo y de él.

El ruso lo había hecho todo y, aunque le pesara, era digno de admirar. Solo por un segundo se permitió pensar en qué hubiera sucedido si Emily

Claxon no hubiera muerto, no hubiera sido un daño colateral, y sí, volvió a darle un golpe a la mesa, porque seguro todo habría sido muy diferente. Ambos seguro trabajarían para él, haciéndolo tan invencible que incluso le darían la bienvenida en la presidencia de la república, pero ahora ya todo estaba acabado.

Cuando el aire frío tocó la cara de Misha al fin pudo respirar en paz. Nunca en toda su vida había estado tan nervioso, se había jugado una carta que jamás pensó utilizar, amenazar a la agencia no era cualquier cosa, pero él, tal como lo había dicho, no era un inocente, solo estaba siendo precavido. Debía comenzar una nueva vida, llevarse lejos lo único hermoso y puro que poseía, pero más que eso, era lo único que le quedaba del amor de su vida.

Jamás se perdonaría el daño que le hizo o que le hicieron por su culpa, pero él cuidaría a Miko con su vida si era necesario.

Ahora era un hombre nuevo, o en realidad, a las seis de la tarde cuando tomara el avión con destino a su libertad, muy lejos de donde estaba ahora.

Jeff, nervioso, terminaba de darle la última pitada a un cigarrillo cuando vio salir al ruso. Lo estaba esperando.

—¿Pudiste negociar con Krause?, ¿aceptó? —preguntó al tanto de todo lo que él quería hacer. Después de todo, lo había ayudado en cada paso para obtener su libertad. Lo único que no sabía era el “as” bajo la manga que guardaba Misha.

—La libertad nunca estuvo en entredicho para mí —explicó mientras se subía al automóvil para ir a recoger a Markov—. Desde hoy en adelante seré un hombre nuevo. No más FBI, no más SVR, he renunciado a todo y he exigido lo que me corresponde. Soy un hombre libre, sin pasado, para empezar una nueva vida —aseveró con los ojos vidriosos, aún no podía creer

que Emily ya no existiera sobre la faz de la tierra—. Nos iremos a las seis.

—¿Estás seguro que no quieres ir al funeral de...?

—Iré a buscar a mi hijo —lo cortó antes de que terminara de hablar.

Arrancó el auto y, frente a la atónita mirada de algunos oficiales, se fue rumbo a la casa de Jeff, en donde lo esperaban Annie y Markov, Jeff llegaría luego de los funerales.

## Capítulo XX

El día estaba gris. Unas gotas de lluvia eran lo único que empañaba el parabrisas del automóvil que llevaba a Jeff y a Brad, cada uno en un lado del asiento, sumidos en sus propios pensamientos, uno con una tristeza amarga y otro con culpa.

Al llegar al cementerio de Arlington ambos se bajaron al mismo tiempo, uniéndose al resto de los oficiales que llevarían el féretro, que ya poseía la bandera pulcramente extendida.

Era impresionante y conmovedora la escena que estaban presenciando. Ninguno pensó jamás que la vida de uno de ellos acabaría así, por eso ahora le estaban rindiendo tributo a su gran amiga, y con todos los honores que se le da a un miembro de la fuerza caída en acción.

Cuatro hombres a cada lado, seguidos por compañeros del FBI y de la Estación de Policía, eran los únicos que se encontraban en el lugar. Habían decidido hacer algo íntimo. Los padres de Emily habían muerto días antes por órdenes de Vadik y en un comunicado a la prensa mundial habían dicho que había sido un accidente automovilístico, hasta de eso se había preocupado de cubrir la agencia.

En medio del cementerio, una vez que ya se hubieron detenido, el silencio fue interrumpido por el pelotón de tiradores, veintiún cañonazos al cielo anunciaban la partida, acompañados de la música del toque del clarín.

Un pequeño responso fue orado por el sacerdote, para luego dejar hablar al subdirector Krause, quien era el encargado, además, de entregar la bandera a la familia. Como Emily ya no tenía y Jeff, su casi hermano, se había negado, era Brad quien se cuadraba frente al oficial mayor y recibía el paño pulcramente doblado doce veces, representando así cada uno de los sentidos que este tenía.

Brad, sin importarle el protocolo, se llevó la bandera al pecho y la besó. Tuvo que ser Jeff quien lo contuviera. Él se sentía un hombre derrotado, sus ojos acuosos ya casi no le permitían distinguir.

A varios metros, parapetado detrás de un árbol, Misha había roto su propio juramento y estaba observando todo con una solemnidad digna de admirar, recitando uno por uno cada uno de los votos en los dobleces de la bandera, agregándole sus propias palabras, en tanto lágrimas de pena y dolor no cesaban de correr por sus mejillas. Por primera vez, él estaba llorando y no se podía ni quería contener.

—“El primer doblez es el símbolo de la vida”, la que entregaste, dedicándote cien por cien a lo que amabas, Ira. “El segundo es la creencia en la vida eterna”, porque estoy seguro que vivirás en nuestros corazones. Yo jamás seré capaz de olvidarte, y te juro que nuestro hijo no habrá día en que no te recuerde. “El tercero es honor y recuerdo de los veteranos que dejaron las filas”, en tu caso, en la plenitud de la vida. “El cuarto representa nuestra naturaleza. Como ciudadanos, creemos en Dios”. —Apretó los puños al nombrar a un ente supremo en que no creía, pero al que sí había suplicado piedad—. Ese Dios que no me ayudó a salvarte —concluyó comprimiendo la mandíbula—. “El quinto es el tributo al país”, país al que diste todo y más, y debería sentirse agradecido de todo lo que has hecho. “El sexto es para el lugar en el que nuestro corazón yace. Es con nuestro corazón, que le prometemos nuestra alianza a la bandera”, pero aquí frente a ella, yo te prometo mi corazón eterno. “El séptimo es un tributo a las fuerzas armadas”. “El octavo es un tributo a los nuevos miembros que entrarán en el valle de sombras de la muerte”, que estoy seguro revolucionarás con tu valentía y belleza, chica superpoderosa —recordó con amargura—. “El noveno es un tributo a la femineidad”. Este es tu tributo, Emily Claxon, eras la fuerza, la femineidad hecha mujer, luchando hasta el... final. “El décimo es un tributo

al padre, porque él también ha dado sus hijos e hijas para la defensa del país”. Tus padres están orgullosos de ti, estén donde estén. “El décimo primero, a los ojos de los ciudadanos judíos, representa la porción baja del sello del Rey David y del Rey Salomón”. “El décimo segundo, a los ojos de los ciudadanos cristianos, representa el emblema de la eternidad”. Descansa en paz, Ira. Vuela tranquila, Emily, y... ayúdame a vivir sin ti, mi amor —terminó diciendo al tiempo que veía como Brad se ponía la bandera sobre el pecho. No fue capaz de ver qué seguía, se fue en busca de un pedacito de ella.

Tras los funerales, Jeff se despidió afectuosamente de Brad. Él volvería a los Delta Force, pero antes se tomaría un tiempo para recuperarse y sobre todo para estar con su esposa, ya había llegado el momento de hablar y de enfrentarse a su propia verdad, eran demasiados años ocultando todo y a todos. Él creía que todo esto le había dejado una lección: vivir.

—Adiós, Jeff —le dijo abrazándolo con cariño.

—Hasta pronto, Brad, espero que algún día volvamos a trabajar juntos.

Ante esa respuesta su amigo no supo qué decir, solo cogió la mano de su esposa firmemente y caminó hacia el exterior del cementerio Arlington. Mary lo miró con cariño, pero más que nada con admiración, su marido le había contado toda la verdad, incluso sus sentimientos, y ella, al contrario de enojarse, en cierta forma lo había entendido. Toda su vida había representado un papel y ella estaba dispuesta a conquistarlo sabiendo toda su verdad. Le dio un apretón a su mano, y luego una bonita sonrisa hizo que sus ojos brillaran, y Brad, por primera vez, y en medio del dolor de sus entrañas, vio una oportunidad.

—Gracias...

—Aún no me las des, Rambo.

¿Rambo? ¿Le había dicho Rambo? ¡Sí! Le había llamado exactamente

igual que Emily, pero en labios de Mary había sonado diferente, a... ¿esperanza?

Una vez que la última persona dejó el cementerio Jeff lo abandonó también, ni siquiera miró el ataúd. Aunque su estómago no dejaba de darle vueltas, él jamás miró atrás, no podía.

En tiempo récord llegó hasta su casa, en donde estaba Annie esperándolo junto a Misha, que parecía una estatua mirando un punto ciego de la habitación. Ese hombre carecía de emociones visibles, aunque en ese momento a leguas se notaba que estaba destruido.

—¡Jeff! —exclamó Annie al verlo. No se sentía cómoda estando con aquel ruso, que a pesar de su estado, exudaba poder y testosteronas.

—Amor... —respondió besándola, acunándola entre sus brazos, necesitaba fuerza para seguir representando su papel y solo su mujer era capaz de dársela—. ¿Todo bien?

—Miko está arriba, no quiere bajar —respondió disculpándose. Ella había tratado de hablarle, tratar de tranquilizarlo, es más, había estado a punto de decirle la verdad un par de veces, pero se contuvo, aunque con eso se le partiera el corazón.

—Si no baja en diez minutos subiré por él, Jeff, no nos queda más tiempo —comentó Misha mirando su teléfono móvil con una pequeña sonrisa. Krause había cumplido, ni Misha ni Markov existían para el mundo a partir de ese momento.

—Ruso, necesitas inteligencia emocional para esto y para todo lo que vendrá —lo reprendió. A pesar que sabía que ese hombre era como un demonio, es más, no dudaba que fuera un asesino, sabía que en ningún lugar que no fuera con él su sobrino estaría mejor.

Markov estaba sentado abrazando a Odie como si este le diera el calor que le daba su madre, su carita de niño estaba apenada y su alma muy acongojada, pero aun así tuvo la entereza para dedicarle una sonrisa a su tío Jeff cuando lo vio.

—Hola, campeón, ¿qué haces aquí?

—No quiero irme con él —apuntó hacia la puerta, aferrándose más aún a Odie.

—Él... él es el amigo especial de tu mami.

—Pero no es mi amigo, no se ríe.

Jeff se acercó hasta él, arrullándolo en sus brazos, ¡Dios!, qué difícil se le estaba haciendo todo. Sus emociones también lo traicionaban, sintió ganas de llorar y de reír al mismo tiempo. Esperaba estar haciendo lo correcto, si no sabía que de todas formas lo matarían. Él, un psicólogo connotado en la agencia con misiones importantes en su haber, no sabía qué decirle a un niño de cuatro años, sin contar con que lo invadió el pánico ante todo lo que aún le quedaba por hacer. De todas formas, Markov ya era el hijo oficial del ruso y de la chica superpoderosa.

—Si te cuento un secreto, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie?

Sin una risita en ese bello rostro, Markov afirmó.

—Si me prometes que te portarás bien con el ru... con Misha, yo te prometo que muy pronto te daré una gran, pero gran sorpresa.

La cara de Markov fue impávida, ni un músculo se le movió, es más, ni siquiera Odie se movió.

—Vamos, campeón, sé que te gustará.

—No me quiero ir con él, no me gusta —susurró y esta vez una lágrima rodó por su mejilla.

—¡Maldición! —exclamó Jeff, apretándolo contra su pecho, la situación ya se le había salido de control y, es más, sabía, porque lo conocía,



que Misha en cualquier momento aparecería por la puerta buscándolo y ni él ni un ejército completo podrían impedirle a ese hombre que se llevara a su hijo—. Markov, escucha —comenzó poniéndolo frente a él—, tienes que prometerme que lo que te voy a contar no se lo dirás a nadie, júramelo por Odie.

«Dios, sí, soy idiota», pensó.

Después de unos segundos, que se le hicieron eternos, Markov aceptó y Jeff soltó el aire que ni siquiera sabía que tenía contenido.

—Tu mamá irá a buscarte.

—¿Qué?! —chilló y con eso atrajo de inmediato la atención de Misha, que no se demoró nada en subir a ver qué sucedía. Jeff abrió los ojos y solo con una mirada le pidió silencio al pequeño, no había sido correcta la forma, pero sí la única que encontró para tranquilizarlo.

—Así que ahora tú te irás con Misha y le obedecerás, no olvides que él es el amigo especial de tu mamá.

—Sí, yo soy —respondió entrando como si fuera un robot. Sí, definitivo, él carecía de inteligencia emocional.

Annie, que venía detrás, también negó con la cabeza y Odie, al verlo, le gruñó al robot.

—¿Qué? —bufó mirándolos, y sorprendiéndolos a todos se agachó, algo había en ese pequeño que le llenaba de ternura, obligándolo a quitarse la coraza que siempre poseía—, Miko, yo soy el amigo especial de tu mamá, ¿recuerdas lo que tenía dibujado en la espalda?

Markov achinó los ojos como si lo estuviera escrutando, se despegó de los brazos de Jeff y caminó con desplante hacia el ruso, que aun agachado era mucho más alto.

—¿Podemos ir con Odie?

—¡Pero...!

—¡Odie es el perro! —se apresuró a decir Jeff, que se imaginó de inmediato el rosario de impropiedades que el ruso diría a continuación.

—¿Un... un animal? —tartamudeó por primera vez en su vida, dirigiendo sus ojos hasta el perro, que le enseñaba sus pequeños colmillos.

—¿Qué pensabas que era? —preguntó Miko—, es ruso como tú, mi mamá lo compró una vez que estuvo en Rusia estudiando —contó como si nada, y Jeff agregó:

—Lo único que siempre la conectó con Rusia fue Odie, y además, ha sido su fiel y único compañero todos estos años.

Misha miró hacia el suelo y vio la pequeña bola de pelos a la que sin saber qué era había odiado tanto, en tanto el perro lo miraba también observándolo. Ambos, cada uno a su manera, se estaban conociendo.

Pero de repente, él, y aún en estado de sorpresa, cogió al perro, abrazándolo junto a su pecho. Extrañamente el perro ni siquiera ladró, solo se dejó acariciar y quedó aún más estupefacto cuando Markov se acercó a él, rodeándolo por las piernas.

Él, un gigante.

Un espía.

Un robot, no supo qué hacer.

—Vámonos —propuso Markov con una gran sonrisa que mostraba sus diminutos dientes blancos, una sonrisa que incluso a él lo llenó de esperanzas de un nuevo futuro.

—Misha. —Jeff intentó sacarlo de su estupor para hacer la situación de lo más normal—, ahora deben irse, el avión saldrá a las ocho —y mirando a su sobrino prosiguió—, y tú, Miko, serás un buen niño, obedecerás a Misha y no te separarás de su lado.

El ruso, sin esperar más tiempo, cogió a su hijo. Ahora tenía en un lado a Markov y al otro lado a Odie, lo único que le había quedado de su

amor. Pero cuando sintió un cálido beso en su mejilla volvió a quedar impactado. ¿Le estaba sucediendo todo de verdad? Fue como sentir sobre su piel los labios de ella, de Ira, de Emily, de su *devochka*.

Se olvidó de todos los presentes, no le salieron las palabras, su hijo era tan perfecto... Pero lo más importante es que estaba junto a él, jamás imaginó ser padre, menos de una criatura tan perfecta proviniendo de él. A pesar de saber cómo era su trabajo, dentro de sí siempre se sintió un monstruo, un ser que no podía amar, pero hasta eso le había enseñado Emily, fue verla y saber que muy dentro de su pecho existía un músculo que no solo servía para bombear sangre y mantenerlo vivo, sino que le daba esperanzas al mismo tiempo que conocía el amor, por eso ella había sido tan importante para su vida y ahora solo le quedaba ese pequeño. Tendría alguien a quien cuidar, a quien amar, pero sobre todo, a quien enseñar a ser un buen hombre, alejados del mundo, en donde cada vez la corrupción se comía a la justicia, la tecnología avanzaba a pasos agigantados, devorándose todo a su paso, por eso su destino sería más que lejos, una regresión al pasado, un lugar que siempre vio por fotografías y al mismo tiempo envidió, una isla en medio del Pacífico Sur en donde ni siquiera sus aguas eran cristalinas, pero la hermosura de sus costas y la historia que lo envolvía también lo había envuelto a él.

Además de ser un hombre nuevo sería responsable de otro ser y claro, de ese perro que también seguro amaría. Ya no tenía nada más que hacer, debía irse, estaba ansioso por comenzar de nuevo y ya buscaría la forma de decirle a su hijo que él era su padre. Eso sí le daba verdadero pavor, ¿y si no lo aceptaba?

Realmente Markov era asombroso, se despidió de sus tíos como si fuera un hombre grande y ante esa incredulidad Jeff, antes de que saliera por la puerta, le dijo:

—No te olvides de nuestro secreto.

—¡Nunca, tío! —chilló el crío, aferrándose nuevamente a Misha.

Cuando los vieron desaparecer, al doblar la esquina, Annie cogió de su mano e intentando sonar seria y enfadada le soltó:

—Así que el ruso debía tener inteligencia emocional, ¿eh...?

—Yo... yo la tuve —se defendió, esa era la única persona en el mundo que lo ponía nervioso y... le encantaba.

—Mmmm, y por eso le dijiste que Emily lo iría a buscar.

—¿Y cómo sabes tú eso? —se exaltó soltándole la mano, incluso su corazón había comenzado a latir más rápido.

—Jeff —susurró en su oído, haciéndolo estremecer—, no seré un agente encubierto, pero te conozco demasiado y estoy segura que le contaste parte de la verdad a Miko y no lo hiciste con Misha porque no tuviste tiempo —sonrió—. Vi la cara de culpa que tenías al mirarlo.

—Annie, es que...

—Shhh, no digas nada, no serías el hombre del que me enamoré si hubieras actuado diferente, pero ahora creo que tenemos asuntos más importantes de los que preocuparnos.

—Sí —afirmó con la cabeza, apretándola contra él—, y no sé si será tan fácil como con Markov.

—¿Fácil? No, mi vida, será todo menos fácil, y yo que tú entraría a la habitación con chaleco antibalas y... ¡ah!, también deberías cubrirte cierta parte —indicó apuntando a sus genitales—, quiero tener hijos algún día, agente.

Riendo ingresaron de nuevo a su hogar. Subieron directo a la habitación. El día siguiente sería decisivo y difícil, pero ya era hora, no era necesario esperar más.

Luego de haber tomado el desayuno, en que cada uno casi ni tocó su plato, decidieron que ya era el momento. Movieron un estante que estaba situado al fondo del salón y una puerta metálica codificada apareció ante ellos.

Solo doce números tecleó Annie para que esta mágicamente se despresurizara y se abriera, dándole entrada a una habitación que solo se podía ver en las películas. Un cuarto igual al de un hospital, con una cama y todo en medio, y en ella una mujer conectada a un monitor que vigilaba su corazón, un suero que ingresaba por la vena de su brazo y una mascarilla que le permitía respirar.

Ante ellos, y sumida en sus propios sueños, descansaba la chica superpoderosa, ajena al mundo, y sepultada ya hace varias horas.

Si ellos creían que por los latidos pausados y por la presión estable Emily estaba descansando, estaban realmente equivocados, ella estaba inmersa en un recuerdo que se le aparecía una y otra vez desde que había visto los ojos oscurecidos de Misha, para luego sentir como un cuchillo ingresaba en el costado de su estómago, dejándola sin respiración. Sintió nuevamente cómo perdía la fuerza de sus piernas y cómo, no contento con haberla apuñalado, el ruso... su ruso la asfixiaba, poniendo dos dedos en su tráquea. Lentamente su respiración comenzó a cesar y, al no llegarle aire al cerebro, este se fue apagando, dejándola literalmente en la oscuridad. Se movió un poco ahora intentando esquivar unos brazos que, en vez de ayudarla, le introducían un líquido que la estaba dejando imposibilitada de moverse. Supo en ese instante que iba a morir, se lo dijo a sí misma llena de pánico, pero incluso en ese momento intentó concentrarse para abrir los ojos y ver por última vez a su hijo, pero lo único que pudo ver, y muy disperso, fue el reflejo de Jeff, que la sostenía entre sus brazos. Vio también como él mismo le volvía a cerrar los ojos con sus propias manos, hasta que finalmente

todo se difuminaba y se volvía negro y asumía que realmente había llegado su momento final, imposibilitada de actuar.

Pero el dolor que sentía en ese momento la desconcertaba. ¿Los muertos sentían dolor?, ¿dónde estaba? Había intentado abrir los ojos, pero en cada intento había fracasado, creía también que alguien la sedaba cada cierto tiempo, porque cuando comenzaba a sentir molestias, un nuevo líquido entraba por sus venas, devolviéndole la paz y, por supuesto, a la oscuridad.

Su mente dividía el momento en dos, la irrealidad de ver todo negro y sin dolor y la realidad era la que le decía que con dolor existía posibilidad, pero... ¿quién la estaba reteniendo así?, ¿Vadik la torturaría a continuación? Si era así quería recuperarse porque, a pesar de saber las aberraciones que esos hombres cometían, viva tenía una oportunidad para luchar por su hijo, su puntal, y si le quedaba vida, para vengarse del ruso, que no solo le había arrebatado el corazón, sino que también la había traicionado, pero y... ¿Jeff?, ¿por qué no la había ayudado?

La luz de la habitación se encendió completamente, haciendo que ella, en un acto reflejo, apretara sus ojos.

—Despertará luego —habló Annie, acariciándole el rostro níveo que parecía inerte.

—¿Cuánto más? —quiso saber Jeff, que se había sentado en un sillón y tenía sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón, para disimular su nerviosismo y el temblor de sus dedos.

—Soy enfermera, no adivina, pero lo hará en unos minutos, creo que... sería mejor si te viera. —Él negó con la cabeza, sí, se sentía cobarde—. Eres su amigo, y lo entenderá.

Ante la negativa de su querido esposo, Annie supo que tendría que terminar el trabajo sola. Untó un pedazo de algodón en agua y con cariño se

lo pasó por los labios, pero nada, no había reacción.

Se habían cumplido setenta y dos horas desde que el ruso la había apuñalado con un talento especial para acuchillarla del modo correcto, dejando una cantidad convincente de sangre para cualquiera que la viera, pero sin llegar a asesinarla. Jeff, por su parte, cuando había hablado fuera de la camioneta, le había contado su plan. Era arriesgado pero sencillo, Misha debía hacerle creer al *vor* que la había matado, para luego ir tras él, pero lo que Jeff no le contó a nadie fue la segunda parte de su plan. Él mismo había cubierto el cuchillo de ella con un bloqueador beta, que hacía que los latidos del corazón disminuyeran, dando la ilusión de una muerte. Así todos creerían que Emily Claxon habría fallecido y eso significaría que ya nadie la buscaría jamás, sería libre para comenzar una nueva vida. Lo había hecho sin preguntarle a nadie, solo él había tomado la decisión, creía que así sería la única forma de darle a su amiga una vida, una que se merecía para vivirla junto al ruso, porque él sabía que, por muchos perros que se comprara, Misha era su único amor. Él la salvó sin tener que revelar su plan completo a nadie, esta vez debía actuar solo y hacerle creer al mundo que ella había fallecido. Por eso ahora ella estaba en esa cama recuperándose, y ya era hora de que volviera al mundo de los vivos, y apenas se recuperara fuera en busca de los hombres que significaban todo para ella.

Verla sumida en ese estado de indefensión era desgarrador para él, no soportaba más mirarla así, se sentía inútil por no poder hacer nada, aunque sabía que la herida estaba sanando bien. Annie había hecho un trabajo increíble, después de que él mismo les asegurara a todos que estaba muerta. Como su amigo más cercano había ordenado que nadie la tocara, que él se encargaría de todo, para nadie era un secreto que ella y su mujer eran grandes amigas, así que la verdad es que, con la situación que se suscitaba, nadie puso objeción, incluso Brad se lo había agradecido. Rápidamente Annie se las

había arreglado para conseguir un acta de defunción y, en vez de llevarla hacia el hospital, llevarla directa hasta su casa, en donde junto a un amigo médico la había curado. El desconocido había jurado que jamás revelaría nada, claro, también había sido un poco coaccionado por Jeff, que juró que lo mataría si hablaba, pero ahora ya nada importaba, solo que despertara de una buena vez.

Con gran esfuerzo y lentitud, después de escuchar reiteradamente su nombre, Emily comenzó a abrir sus párpados, sentía que había dormido por una eternidad. Miró a su alrededor y se exaltó al no reconocer dónde estaba, pero rápidamente vio a su buena amiga, que le regalaba una maravillosa sonrisa, para luego abrazarla y besarla como si se le fuera la vida en ello. Ella intentó hacer lo mismo, pero no tenía fuerzas ni para levantar la mano, y eso la asustó.

—¡Al fin! —gritó Jeff abalanzándose sobre ella, olvidándose de todo, era tal su felicidad que podía con su miedo a la recriminación, ahora lo único que importaba es que había despertado. La besó mientras le pedía perdón, y por supuesto ella no entendía nada, solo miraba a Annie, y cuando pudo hablar susurró:

—Miko...

—Tranquila, amiga, Miko está bien.

—Misha —enunció con terror y su cuerpo comenzó a temblar. En ese momento volvió a revivir todo en cámara lenta. Jeff, como psicólogo, supo de inmediato qué le sucedía y, aunque le doliera, tenía que contarle la verdad lo más pronto posible, antes de que entrara en shock.

—Ems, necesito que me escuches —comenzó poniéndose a su lado, tomándole una mano, en tanto Annie le ponía un calmante para que no se estresara demasiado con lo que ya comenzaba a relatarle Jeff.



—¡Dios mío...! Mi niño lo vio todo —expresó agotada cerrando los ojos, estaba entendiendo todo perfectamente bien. Aunque en un principio les costó convencerla, ya sabía que debía estar tranquila, ya que por lo demás el dolor se le estaba haciendo insoportable—. Necesito agua —pidió casi en un murmullo y con la voz más ronca de lo normal.

—No aún —respondió su amiga, empapándole los labios con el algodón.

—Mis padres... —volvió a murmurar con lágrimas visibles en sus ojos.

—Lo siento, Ems, ellos fallecieron.

—¿Por qué, Jeff? Mis padres no tenían nada que ver...

—No pienses en eso ahora, no te angusties, piensa que ya todo acabó. Vadik ya no existe más, y te aseguro que ya me ocupé de todo. Cuando estés bien, podrás ir a buscar a Miko.

—¿Cómo que a buscar?, ¿dónde está?

¡Dios, claro que no tenía inteligencia emocional!, ahora le faltaba la segunda parte, y tal como se lo imaginó, en cuanto terminó de contarle, reuniendo toda la fuerza que pudo y aguantando el dolor, le dio un pequeño golpe en el hombro. Por supuesto que a él no le dolió nada, pero para ella fue como si le diera con la fuerza de Hulk.

Después de ocho largos días, al fin Emily estuvo más repuesta y logró salir de aquella habitación. Ya había sopesado toda la situación, incluso ya había hecho el duelo por sus padres. Aún no podía ir a buscarlos, debía seguir haciendo reposo, pero ya se recuperaría y volvería a ser la de siempre.

—¿Qué estarán haciendo? —le preguntó a Jeff, que trabajaba desde el ordenador.

—Si me prometes no exaltarte, puedo hacer que veas lo que están

haciendo en este momento.

—¡¡Quiero!!

Dos meses después.

Luego de que Jeff le enseñara, mediante una imagen satelital tomada por un dron, en qué lugar se encontraba su hijo y qué estaba haciendo, no había día en que ella no los espicara, sabía perfectamente lo que sus hombres hacían. Jeff había conseguido colgarse de un satélite privado y lograba conexión dos horas al día, horas que por supuesto eran muy bien utilizadas por Emily, que ya no aguantaba más el aislamiento.

Cada día que pasaba se volvía a enamorarse un poco más de su ruso, y cada vez que pensaba en él se tocaba la espalda para recordarlo. Él, al final, había resultado ser un excelente padre, y Miko un excelente hijo. Ambos se acoplaron de inmediato, no podía ver lo que hablaban, y no porque no lo intentara, sino que era muy peligroso. No podía hacer nada que llamara la atención de alguna agencia, y la NSA registraba todo y más, por eso eran tan cautelosos con la información.

Pero esa madrugada en particular estaba nerviosa. Despertó sudando en medio de la noche y, sin que la sintiera nadie, accedió al computador. Sabía que no los vería a esa hora, ya que solo podía ver el exterior. Dirigió el dron satelital a tres mil seiscientos metros de altura y sí, su corazón comenzó a bombear como hace mucho que no hacía. Allí, a miles de kilómetros de distancia, su ruso, su hombre, estaba sentado mirando al horizonte y, por una fracción de segundos, él miró al cielo y fue como si ambos se conectaran cuando él se llevó la mano al corazón, en tanto ella lo miraba a través de la pantalla del monitor.

Con lágrimas en los ojos subió hasta donde dormían sus amigos y encendió la luz abruptamente.

—¡Ya, se acabó! No puedo aguantar ni un solo día más —jadeó por el

esfuerzo. Ella aún no estaba del todo bien—, me quiero ir a Isla de Pascua mañana.

—¿Qué? ¿Pero tú estás loca? —chilló Annie tapándose, ella dormía desnuda junto a su marido.

—Piensa lo que quieras, pero si no quieren que de verdad me vuelva loca, necesito volar a verlos —y acercándose como un gatito suplicando cariño llegó hasta la cama—, no aguanto más... —pidió y comenzó a llorar —, necesito ir con ellos, Jeff. Terminaré de recuperarme allá. Nadie me busca —continuó para convencerlo—, haré todo lo que quieras, si quieres no saldré de esa casa en un año, pero ayúdame a volar hasta el Pacífico Sur...

—Está bien —aseguró Annie tomándole las manos.

—¿Qué? Pero...

—Pero nada —lo cortó su mujer enérgica—, ¿tú no dices que eres el mejor? Pues ahora nos lo vas a demostrar y mañana conseguirás un pasaje para... ¿cómo te quieres llamar, Ems?

Emily no lo pensó dos veces, y pensando al lugar al que iría soltó:

—Ulani<sub>14</sub>

—¿Ulani?

—Sí, significa alegre, con el corazón lleno de luz, y es así como me siento —reconoció abrazándolos a ambos. Sin ellos hubiera sido imposible soportar tanto, ellos habían sido sus pilares fundamentales.

—Bueno, como dice mi mujercita —suspiró Jeff, entregado al amor de esas dos mujeres tan importantes en su vida—, mañana viajarás a la isla, y tú —continuó mirando a Annie—, pagarás por el viaje de...

—¡Ulani! —exclamaron las dos al unísono, haciéndolo reír con ganas.

Tal como su amiga se lo había prometido, ahora ella viajaba más de dieciocho horas, con escala de dos horas, literalmente al fin del mundo, pero

no le importaba, y mientras observaba las nubes comenzó a pensar en cómo había cambiado su vida en tan pocos años, de ser una agente infiltrada había pasado a ser oficial de policía, y ahora, después de casi perder la vida, ya ni siquiera era eso. Ahora era una mujer polinésica, con un futuro totalmente incierto y un pasado que borrar.

Hacía pocos meses solo tenía un hombre en su vida por el que se desvivía y ahora su corazón se dividía en dos, y esperaba fervientemente que él la escuchara, pero sobre todo también la entendiera y perdonara, porque si ella algo tenía claro es que lo había engañado y de la peor manera, por eso ahora nuevamente en un avión intentaba poner su cabeza en orden y recobrar fuerzas, porque aunque les había jurado a sus amigos que estaba bien y que nada le dolía, era mentira.

Se sentía cansada, incluso si se miraba al espejo se veía demacrada, ni siquiera el nuevo corte y tinte de pelo que llevaba le gustaba, aunque claro, eso solo lo creía ella, porque sabía que varios hombres se la habían quedado mirando al abordar, pero claro, ¿quién no miraba a una rubia alta con pelo corto marcando tendencia? Sí, hasta eso había cambiado, su apariencia era otra, solo esperaba que a su hijo no le chocara demasiado y que a Misha le gustara así como estaba.

Al cruzar la Cordillera de los Andes sintió las primeras turbulencias y eso la asustó, contrajo el estómago y una mueca de dolor apareció en su rostro, lo que más le habían recomendado era no contraerlo y ella, desde hacía una hora, no podía relajarse, a eso había que sumarle que odiaba volar. Pero ahí estaba... por ellos y para ellos.

Con lo aplicada que era, había llevado como compañero de viaje un libro en donde se hablaba de la isla, de su idioma y de sus costumbres, para al menos así pasar lo más desapercibida posible. Esperaba que el ruso le ayudara y la guiara en todo lo que le faltaba. Ella sabía muchos idiomas,

aunque jamás había aprendido español, pero ya creía saber lo necesario para llegar.

Mientras esperaba el trasbordo al segundo avión, que al fin la llevaría a su destino, se puso un simple vestido blanco que le llegaba hasta el suelo. Para ella el color significaba mucho, era un cambio y un nuevo renacer, y así quería llegar a la isla.

Al llegar, lo primero que hicieron los isleños fue ponerle un collar de flores alrededor del cuello para darle la bienvenida.

Fue de las primeras en salir del aeropuerto. No llevaba equipaje, solo un bolso de mano.

El sol la recibió dándole color a sus pálidas mejillas y el olor a mar de inmediato la rejuveneció. Miró para todos lados en busca de un taxi, pero claramente la isla no funcionaba así. Cada persona que llegaba era esperada por alguien, en cambio ella estaba sola.

Valiéndose de su audacia, caminó hasta un chico que leía un periódico apoyado sobre una motocicleta celeste y le habló.

—*Iorana*<sub>15</sub>.

El chico casi se atragantó al verla. No era solo su porte, era incluso su voz, el sueño erótico de cualquier adolescente, y más de uno de dieciocho años como él.

Como no hablaba bien aún, sacó el libro para señalarle un lugar. El chico de inmediato supo a dónde quería dirigirse, y claro, no le extrañó, el lugar era de un americano que recientemente había abierto un local en el que se vendían jugos. Claro, el hombre era un poco hosco, pero tenía gran éxito con los turistas, sobre todo con las mujeres, y como no, si ahora bronceado parecía un modelo de trajes de baño.

Con los dientes apretados, recorrió estoica el camino hasta “Playa Ovahe”, una de las más alejadas y vírgenes del lugar. Al bajarse, el primero

en sentirlo fue su corazón. A lo lejos los vio, incluso el chico la ayudó para no caer, y ni siquiera escuchó cuando le preguntó si necesitaba ayuda. Ella, fiel a su apodo, la chica superpoderosa, comenzó a bajar hacia la arena para llegar al chiringuito en donde ya los podía ver.

El viento en esa playa arreciaba, así que tuvo que afirmarse el sombrero con sus dos manos mientras caminaba.

Esa mañana en particular Misha, ahora llamado Alex Williams, se había despertado inquieto. La noche anterior casi no había podido dormir, el recuerdo de Emily le rondaba en su cabeza y no lo dejaba tranquilo, es más, se lo reprochaba porque se sentía un completo idiota, incluso su hijo asumía la pérdida como todo un hombre, nunca una cara triste o un llanto, todo lo contrario, era él quien le daba ánimos todas las noches y todas las mañanas. Ambos se habían compenetrado de una manera sin igual y cada día él intentaba ser mejor para Marco, su hijo. Ya habían tenido “la conversación”, no porque él quisiera adelantarse, sino que Marco, como se llamaba ahora, era demasiado inteligente. Una noche frente al mar se había parado delante de él y le había preguntado, mirándolo a los ojos, si él era su padre, con tanta seguridad que Misha no fue capaz siquiera de tardarse en responderle. De inmediato le había contado la verdad y esa noche ambos habían llorado, pero también había sido un nuevo comienzo.

Su comienzo.

Vestido solo con un bañador negro y una camiseta sin mangas que dejaba ver todos sus tatuajes, apoyado sobre la barra, él miraba a un grupo de niños jugar a la pelota con su hijo a la orilla del mar, en tanto un par de mujeres sentadas muy cerca no dejaban de comérselo con la mirada, pero a él nada le interesaba.

Con su mirada relajada siguió el balón que cayó al mar y que, por

supuesto, el valiente de su hijo corrió a buscar. Suspiró pensando en Emily al mismo tiempo que negaba con la cabeza, no quería pensarla más, le hacía demasiado daño y solo le ocasionaba sufrimiento. Tenía que acabar ya. Con brutalidad puso la mano sobre la tapa de la juguera y presionó el botón para que esta girara, dándole un exquisito jugo de piña mezclado con coco. Algo tenía que refrescarlo, aunque fuera solo su garganta. Lo vertió en un vaso y sin siquiera saborear se lo bebió, pero por alguna extraña razón su corazón comenzó a palpar fuertemente.

—¡Maldición! —bufó pegándole al mesón tan fuerte que atrajo la mirada de todas las chicas—. Disculpen —habló enojado, pero fue ahí, en ese preciso momento, que su corazón se detuvo, dejó de latir. Era una soberana estupidez, lo sabía, pero su vista se dirigió hacia una mujer que caminaba con un vestido blanco al viento, afirmándose un sombrero que amenazaba con volarse. Hasta que de pronto sucedió, el sombrero de paja voló directo al agua, dejando a una rubia con grandes gafas de sol totalmente descubierta.

Pestañeó una, dos y tres veces. ¿Qué le pasaba que no podía dejar de mirarla?

«¡¿Qué mierda...?!».

Emily sintió el chillido de unos niños que jugaban, y lo vio. Su hijo corría detrás de la pelota, siendo perseguido por varios pequeños más, pero él era el vencedor. Curiosa lo siguió con la mirada, no quería distraerlo, no podía darle un impacto así, y menos avergonzarlo frente a sus nuevos amigos. A pesar de tener el pelo corto, este le caía desordenado sobre el rostro. Eran tantas las ganas que tenía de correr y abrazarlo que se llevó la mano al pecho para tranquilizarse. Le restaban pocos metros para llegar al local, pero de pronto ya no pudo más, su corazón simplemente explotó cuando vio caminar a su ruso a paso decidido hacia ella, pero sintió que moría cuando, sin saber



cómo, escuchó:

—¡Mami... mami...! —gritó su pequeño. Sus pies no fueron capaces de avanzar un solo paso más. En frente lo tenía a él y a su derecha a su hijo, ambos caminaban a su encuentro.

Misha, Alex o como quisieran llamarle, al escuchar a su hijo no tardó nada en comprender. Corrió como si lo persiguiera el diablo hacia la mujer rubia de blanco con grandes gafas de sol. Él sí que parecía un niño, aunque claro, un poco más robusto y pelín más grande que los demás.

—¿Emily?

Mientras corría pudo darse cuenta de que sí, sí era su Emily y... ¡viva! La pudo ver con completa claridad, su mujer estaba como los mismísimos “moáis”. Detenida, mirándolos a ambos sin saber qué hacer o cómo reaccionar, pero él sí lo sabía, cambió de dirección hasta llegar a su hijo y cogerlo en sus brazos, para luego correr a su encuentro.

¡Dios! Esa mujer estaba viva, olía como la recordaba y, sobre todo, le entregaba la fuerza y le ratificaba que no la había matado. ¡Cuánto la había necesitado...! Durante varios segundos, incluso minutos, permanecieron los tres abrazados, oliéndose, respirándose, sintiéndose, hasta que fue Miko quien, muy a su manera especial, les dijo:

—Mami, ya sé que él no es tu amigo especial, que es mi papá.

Su sonrisa y cara de chico sabio la descolocó completamente. En realidad, desde hacía rato, no tenía palabras que decir.

—Estás viva...

—Solo estaba durmiendo, eso me dijo mi tío Jeff.

—Lo voy a matar...

—¡Misha!

—No se llama así, su nombre es Alex y yo me llamo Marco —le

recalcó, explicándole a modo de regaño.

—Y yo me llamo Ulani.

—¿Ulani? —dijeron los dos arriscando la nariz al mismo tiempo, hasta en eso se parecían.

—¿Que... no les gustó?

Ambos se miraron y respondieron.

—¡No!

—Pues a mí tampoco me gustan los suyos —les dijo mientras otra lágrima caía por su rostro y luego, mirando hacia el cielo, levantó su mano, haciéndole una señal al que sabía la estaba mirando.

Ahora sí que todo estaba bien. Estaba en casa y con los hombres que amaba, ahora sí comenzaría una nueva vida, y no solo para ella, sino que para los tres.

—Bueno, Ulani, o como te quieras llamar, nosotros nos debemos una conversación —reconoció Misha después de besarla nuevamente en los labios. Parecía una abeja pegada a la miel, y eso que hasta Miko ya había vuelto a jugar con sus amigos.

—Nos debemos más que una conversación, ruso —respondió con una pícaro sonrisa imposible de borrar.

Cuando ingresaron a la cabaña, Emily sentía que su corazón hinchado de felicidad se le saldría del pecho. Tantos días anhelándolos, mirándolos solo un par de horas y ahora al fin estaba con ellos, con el amor de su vida y con lo más maravilloso que tenía, su hijo. Y lo que más la dejaba tranquila era que ese pequeño estaba bien a pesar de todo lo que había sucedido... Sí, el pequeño era un valiente de verdad.

Luego de varios besos, cariños y hasta un cuento, Miko al fin se durmió con su mano tomada, incluso le había jurado y vuelto a jugar que irían a acampar como regalo atrasado de su cumpleaños.

Por otro lado, mirándola como si nada más existiera en el mundo y viendo la escena como un mero espectador, estaba Misha. No se sentía ajeno, pero sí con demasiados temores para ser aceptado tal cual era.

Con sigilo se acercó hasta su mujer, porque una cosa sí tenía claro, ella siempre sería su mujer.

—Emily... —susurró a su espalda poniéndola tensa, era la primera vez que él le decía así, por su nombre verdadero. Ya no era Ira, era simplemente ella—. Creo que ahora por fin, después de tantos años, es tiempo para hablar. Tengo y tienes muchas cosas que decirme, sé que algunas serán más difíciles que otras, pero yo estoy aquí, al fin del mundo, por y para ti.

—Yo... no sé por dónde comenzar —dijo mirando a Miko, que dormía plácidamente y ya le había soltado la mano.

—Por el principio —le ayudó mirándola con tanta intensidad que ella tembló, al fin llegaría el momento de quitarse las caretas de una vez por todas. Hablarían sin mentiras, sin ocultarse información.

Una vez que estuvieron en el salón, Ems esperaba guardar un poco de distancia, al menos con una mesa de por medio. Pero claro, estaba muy equivocada. Misha se sentó en la silla frente a ella y puso sus piernas separadas a su alrededor.

—Necesito pedirte perdón... por favor, no te apartes —pidió en un ruego que antes jamás había pronunciado. Emily quería alejarse y él no solo lo sabía, sino que lo sentía—. Pasé cuatro años buscándote, nunca te olvidé. Cuatro años tratando de entender qué es lo que había sucedido, cómo habías desaparecido y por qué, pero ninguna vez me imaginé algo parecido a la verdad.

—Misha... —susurró tocando su rostro, nunca lo había visto tan vulnerable. Frente a ella no estaba el ruso que todos temían, tenía a un

hombre de carne y hueso y que, si lo pinchaban, sangraba.

—Miko es increíble, es tan puro, tan noble y es... mío —pronunció tardando unos segundos, no porque no lo sintiera así, sino porque necesitaba que esos labios, que lo tenían totalmente desesperado, se lo confirmaran. Imperiosamente necesitaba escucharlo de ella.

—Sí, Markov es nuestro hijo.

Dios, se iba a volver loco, no solo por lo que había escuchado, sino porque tenía unas ganas increíbles de besarla, tenerla entre sus brazos y hacerla olvidar todo el sufrimiento que veía en sus ojos. Maldita sea, debía calmarse y ser el hombre que ella necesitaba, no uno de las cavernas que, además de todo, quería hacerla suya una y otra vez hasta que ninguno de los dos tuviera aliento.

—Cuando regresé de Moscú, no sabía que estaba embarazada, me hicieron pruebas el mismo día porque...—Una lágrima recorrió su rostro, esa maldita verdad aún le dolía demasiado. Un nudo se atoró en su garganta, se llevó la mano al pecho para respirar y él la miró anonadado, impresionado, ella era demasiado fuerte.

—Nada importa, nada de lo que sucedió en Rusia empañará lo que siento y lo que he sentido siempre por ti. Dame la posibilidad de formar parte de tu vida, de la de nuestro hijo, dame la posibilidad de protegerte incluso de mí, pero por favor, no me vuelvas a abandonar, tú eres para mí el complemento que necesito para respirar. Estos meses he sido un muerto en vida, solo he respirado y me he cobijado en los brazos de Miko... sin él yo hoy no existiría.

—Mi...sha —tartamudeó llorando—. Tengo tanto que explicarte y no sé, no sé ni cómo empezar.

—No llores, que me partes el corazón. Si alguien te hace daño, a ti o a mi niño, lo mato —afirmó pensando en Vadik y ella lo entendió—, pero esto

—dijo limpiándole las lágrimas—, no sé cómo afrontarlo, no puedo luchar así.

Emily estaba demasiado expuesta, demasiado sensible, demasiado feliz, demasiado todo... y por primera vez en tantos años no sabía cómo controlarlo.

—Ems —habló Misha, dejando la cordura de lado, pasándola de su silla a sus rodillas. Necesitaba su contacto y ya no quería reprimirse más—. Quiero que nuestra vida juntos comience hoy. Somos tres en esta isla y te juro que nada nos va a pasar. No queda ningún registro sobre nosotros y Markov no existe para nadie, solo para nosotros dos.

—Misha...

—Confía en mí, Ems —ordenó en un petitorio muy especial, o mejor dicho, muy a su forma—. Sé todo lo que he sido en el pasado: un asesino, un ladrón, un traficante y muchas cosas más. He sido juez y verdugo, Dios y demonio, de muchas cosas y situaciones me arrepiento, pero de otras no, e incluso me gustaría repetir las. También sé lo que soy hoy, y me gusta, sé lo que seré en el futuro porque te tengo a ti y a mi hijo y sé lo que no tengo que hacer, porque ese pequeño, que duerme plácidamente, necesita unos padres que lo protejan, que lo amen, pero sobre todo que lo cuiden, porque tanto tú como yo sabemos que lo que vive allá afuera no es siempre maravilloso. —Volvió a quitarle una lágrima—. Pero para eso estamos, para entregarle unas sólidas herramientas para enfrentarlas, juntos tú y yo. Porque lo que hemos pasado nos ha enseñado a sobrevivir, pero ahora es tiempo de vivir—. La miró a los ojos y puso ambas manos alrededor de su cara para que no desviara su vista—. No me importa nada de lo que hayas sido antes, quiero escuchar lo que tú quieras decirme y esa será mi verdad. Lo que sucedió hace cuatro años será un secreto hasta que tú quieras revelármelo, nunca te forzaré a contármelo. Tú elegirás el día, la forma, el cómo... pero si no quieres o no

te sientes preparada jamás, no importa. Y no me importa no porque no me interese, sino porque yo te amo a ti, Emily Claxon. Te amé como Ira, sabiendo todo lo que significaba, y te amo ahora, a la mujer, a la chica superpoderosa que fue capaz de traicionar sus valores por una rata como yo, sin saber quién era realmente. Mi lealtad, mi devoción y mi vida están para servirte hoy, mañana y siempre. Si me dices salta, yo lo haré, ¿y sabes por qué? —Ella negó con la cabeza—. Porque confío en ti y eres mi dueña desde el día en que te conocí. Quiero pasar el resto de vida que me quede a tu lado. Sé que no soy un santo y que tú tampoco eres la Madre Teresa, pero sí sé que juntos seremos mejores personas, porque no estamos solos y... porque no somos tres.

—¿No? —preguntó con la barbilla temblorosa, acababa de escuchar las palabras más bonitas del mundo.

—Si no cuento a la bola de pelos, mi hijo me mata. Le tuve celos por el cariño que le tenías, le tengo celos por cómo lo mira Miko, así que aunque me encantaría a veces y solo a veces estrangularlo, sé que es parte de nosotros.

—¡Misha!

—Te dije que no era un santo —sonrió besándole suavemente los ojos humedecidos—, pero sí quiero ser una mejor persona para ti y hacer las cosas como se deben.

—¿Y eso cómo sería?

—Eso primero lo conversaré con mi hijo que, además de todo, es un mandón, no sé a quién habrá salido —sonrió—, pero lo que sí quiero decirte, porque no quiero mentirte nunca más, es que Jeff me las pagará.

—Él me salvó —lo defendió pasando las manos por su cuello.

—Pero él único que te salvará de hoy en adelante seré yo, y me importa una mierda que Brad sea un puto Delta Force, estoy seguro que así

todo lo puedo vencer.

—¡Misha!

—¿Qué?, solo te digo la verdad, nadie toca lo que es mío, y sí, suena cavernícola, pero es lo que siento. Te amo más de lo que te puedes imaginar y no habrá día que no te sientas amada por este bruto que está seguro que la cagará muchas veces más.

—Misha, yo también te amo más de lo que te puedes imaginar.

—Lo sé, Ems, y no lo puedo entender, solo agradecer. —Y así como irrumpiendo todo una lágrima cayó por la mejilla de Misha, entregándole no solo su cuerpo a esa mujer, sino su alma. Se sintió en paz, pleno, así como nunca pensó estar. Solo hace unas horas creía que había perdido la felicidad, que solo respiraba por su hijo, y ahora, como si todo fuera un sueño, estaba con la mujer que era dueña de eso que se llamaba corazón, y que solo desde hace muy poco sabía que existía no solo para bombear sangre.

Tenía una vida por delante, un propósito y lo iba a lograr. No permitiría que nada ni nadie empañara su felicidad.

Esta vez no se sometería a la agencia ni a la mafia, se sometería al amor, a ese amor verdadero que todo ser humano quería experimentar. Y lo aprovecharía y aprendería de la mejor forma, porque Misha estaba seguro de algo.

Siempre en la vida, si se lo proponía, era el mejor, y aquí él nuevamente lo sería y esperaba que se le fuera la vida en ello, porque Emily Claxon era su verdadero amor.

—No puedo esperar más para tenerte. Y puedo dar fe que esperaba ser más racional, pero es que tú...

—Haz lo que quieras conmigo, ruso.

Casi sin dejarla terminar la cogió entre sus brazos y la llevó a la habitación. Daba igual la cama que los esperaba, a él solo le bastaban sus

brazos para sostenerla contra la pared. Asaltó su boca y las caricias comenzaron a hacer el resto. Su vestido blanco quedó a la altura de la cintura y se aferró a esos glúteos que tanto le gustaban, ¡y por Satanás que los había extrañado! Emily enredó sus piernas alrededor de su cintura y dejó de pensar. Solo se dejó llevar, rindiéndose ante él.

Las pupilas dilatadas de su ruso eran una confirmación del momento. Se acercó de nuevo y en un beso lujurioso y tierno se entregó con solemnidad, en tanto un cúmulo de sensaciones se hacía cargo de la situación, y cuando lo sintió en su interior tembló. En ese instante abrió los ojos, demostrándole todas sus emociones, mientras él, con la mandíbula apretada y un rostro extasiado por el amor, le estaba entregando su corazón.

—Tú eres mi hogar, Ems, eres todo lo que necesito para respirar.

Fin.



## Agradecimientos

Este libro va dedicado a ti..., a ti que te tomaste el tiempo para leerme, que dejaste de hacer las cosas de la casa, que dejaste de hacer tu trabajo, que dejaste de hacer lo que tenías que hacer o lo hiciste más rápido de lo normal y te tomaste el tiempo para sumergirte en estas letras. Por eso y por el apoyo que me estás dando, “Deuda de sangre” va dedicado a ti.

Agradezco todos los minutos de su tiempo que se tomaron y los utilizaron para leer.

Agradezco infinitamente el apoyo que me das, sea la primera o ya varias veces que lo haces.

Agradezco a Letras de Conti, mi grupo literario.

Agradezco a mis amigas de siempre por apoyarme en cada locura que se me ocurre, así como sin lectoras la escritora no existiría, la loca que vive en mí tampoco.

Agradezco a mi familia, hijas y al ogro (lindo) por bancarme en este camino literario, y siempre estar sin pedir nada a cambio.

Y finalmente y no menos importante, le agradezco al universo que siempre confabula positivamente a mi favor.

Gracias a todos y a todas por siempre estar.

# Glosario

---

[1] Vor. Señor de la mafia rusa.

[2] Bratvas. Hermandades.

[3] Devochki. Chicas.

[4] Ne, ne. No, no.

[5] «To, chto, chert voz' mi, ty delayesh' mne Devochka». «Eso, que, qué diablos me haces, chica»

[6] Devochka. Chica

[7] Moy dorogoy drug. Mi querido,preciado amigo.

[8] Vor zakone. Ladrón buscado por la ley.

[9] Bedlah. Traje árabe de danza.

[10] Makarov. Pistola ligera de fabricación rusa, también llamada makarova.

[11] Brigadir. Capataz.

[12] Pakham. Es parte de los vor.

[13] Ponimat. Entendido, comprendido.